





ORTIZ.

HISTORIA

DE ESPAÑA.

Imprenta y librería que fué de FUENTENEbro.



ORLITZ.

HISTORIA

DE ESPAÑA.

Imprenta y librería que fue de Fuentebarrica.

R.24

COMPENDIO CRONOLOGICO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA,

desde los tiempos mas antiguos

hasta nuestros días,

ESCRITO

por el célebre literato español

DON JOSÉ ORTIZ Y SANZ,

*Dean de la Santa Iglesia de Tátiva
y Bibliotecario de S. M.*

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

MADRID: 1841.

COMPENDIO CRONOLOGICO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA

desde los tiempos mas antiguos

**Esta obra es propiedad de sus Editores, y
nadie puede reimprimirla sin su consentimiento.**

Por los Señores DON JOSE ORTIZ Y SANJUAN

Donde se ha de vender en la Libreria de D. Juan

y de D. Juan de la Cruz, en la Calle de San Martin

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

MADRID: 1841.





NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE

Don José Ortiz y Sanz.

Don José Francisco Ortiz y Sanz,
PRESBITERO, nació en Ayelo de
Malferit, reino de Valencia, el día 5
de Setiembre de 1739: estudió la teo-
logia y jurisprudencia; y ordenado
de Sacerdote sirvió el economato del
lugar de Muslata, y después la Vi-
caría mayor de la colegial de San
Felipe, antes Tativa.

Su afición á las antigüedades, y
en especial á las de arquitectura, le
hizo emprender un viaje á Roma,
donde permaneció bastante tiempo: vuel-
to á España se estableció en Madrid,
dándose á conocer por sus producciones

literarias, y muy particularmente por esta obra. Fue nombrado Académico de la Historia, y en 1803 le agració el Poy con la dignidad del Deanato de Jativa, siendo ya su Bibliotecario. Su avanzada edad y estar algo dañado del pecho, le obligaron á domiciliarse en Valencia, donde permaneciò hasta su muerte ocurrida el sábado 21 de Diciembre de 1822.

OBRAS QUE ESCRIBIÓ.

- Los diez libros de Arquitectura de M. Vitrubio, traducidos del latin y comentados.
- Los diez libros de Diógenes Laercio y su vida, traducidos del griego é ilustrados con notas.
- Azote de tunos y holgazanes, que corren por el mundo y viven á costa ajena.
- Los cuatro libros de Arquitectura de Andrés Paladio, traducidos del italiano é ilustrados con notas, y la vida del mismo Paladio.
- Viaje arquitectónico, ó descripcion latino-hispana del Teatro Saguntino.
- Manual de Epicteto, traducido del griego y con una nueva traduccion latina.
- Historia Evangélica del P. Pezron, traducida al español con notas.
- Demostracion de la existencia de Dios, por Fene- lon, traducida al español.
- Y además otras varias.

PROLOGO.

La Historia de España es en gran parte la de los pueblos mas célebres del mundo, que de lejanas regiones vinieron á sojuzgarla, y la hicieron mudar de aspecto cada vez que prevalecieron nuevos conquistadores introduciendo su religion, lengua, leyes, artes y costumbres. Famosas fueron sin duda las colonias y contrataciones de fenicios y griegos en España establecidas; pero mucho mas la conquista de los cartagineses (en su origen tambien fenicios) disfrazados al principio como sus antecesores, con la máscara del comercio. De los cartagineses pasó el dominio de la apetecida península á los romanos; de los romanos á los godos; y por último, de estos á los árabes: de cuyo poder la recobraron poco á poco sus legítimos dueños á costa de millones de vidas. Obra por cierto prodigiosa que completaron nuestros abuelos, acaudillados por los

Reyes Católicos el gran Fernando de Aragón y la virtuosa Isabel de Castilla.

Libre España de señores extraños, ensanchó sus dominios hasta los confines de la tierra, surcó desconocidos mares, descubrió y conquistó nuevos mundos. Así engrandecida, y con los agregados de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Lombardía, Flandes, Parma y muchos países africanos, fué respetada y temida como la Monarquía mas poderosa del universo, hasta fines del siglo décimosexto, dando recelos de que podia aspirar al dominio universal.

¿Podrá pues no ser agradable una pintura proporcionada de tan dignos y brillantes objetos? ¿Un teatro de tan varias y maravillosas escenas podrá no deleitarnos? ¿Tanto número y diversidad de vicisitudes, estados, política, gobierno en dilatados siglos, podrá no ser interesante? ¿Quién habrá que á vista del valor y constancia de tan gloriosos abuelos no se sienta enardecido en su imitacion? Pero los españoles nos hemos esmerado mas en el manejo de la espada que de la pluma; y nuestros hechos son menos conocidos de lo que á su grandeza corresponde. Así, será loable cualquiera desvelo que se dirija á recoger las memorias de nuestros mayores, y presentarlas al

público limpias de las fábulas y supuestas narraciones con que algunos, ó ignorantes, ó crédulos, ó enemigos de la verdad, llegaron á desautorizarlas. Esta empresa tomó á su cargo el sabio Juan de Mariana, y la desempeñó en su *Historia general de España*, á fines del siglo XVI, conduciéndola hasta el año 1516. Las muchas ediciones que de ella se han hecho y hacen atestiguan su mérito, y confirman el parecer de los que dicen que esta obra siempre será nueva. Pero no todos pueden entrar en leyenda tan prolija. La mayor parte de las personas que se deleitan en la historia tienen falta de tiempo, y buscan un Compendio en que emplear los ratos que les sobran, desempeñadas sus obligaciones. ¿Y á dónde recurrirán para conseguirlo? No tienen otro asilo que el descarnado y miserable esqueleto de nuestra historia que escribió en francés el P. Duchesne, que despues del P. Espinosa (ya dado al olvido) tradujo el P. Isla, añadiendo algunas notas de poca consideración. Los versos que lleva al principio de varios períodos, la gracia del estilo, y sobre todo, el no haber otra cosa de qué echar mano, le han adquirido fama y nombre que no merece. No sé si deba llamar

oprobio ó desidia de nuestra nacion contentarse con la traduccion de un ruin Compendio de su historia, y no componer otro siquiera tolerable (por cuya razon omito el nombrar al del P. Alvarez, y al del Dr. Parra). Menos malo hubiera sido traducir el del P. Orleans, del Abad de Bellegarde, de Mr. Verdier, de Mr. Desormeaux, ú otro, que aunque tambien extranjeros, prestan alguna mayor luz. Verdad es que estos apenas hicieron otra cosa que contraer la Historia de Mariana, Ferreras, ó Mayerne Turquet, quien mas, quien menos, con poco conocimiento y caudal para rectificarlas, y con bastante pasion para corromperlas.

Estas consideraciones, y el deseo de dilatar el útil estudio de nuestra historia entre toda clase de gentes, me estimularon á emprender un Compendio de ella, ni tan difuso que desvíe de su lectura á los ocupados, ni tan lacónico que omita cosas de particular importancia. La referida Historia de Mariana escogí tambien yo para fondo y guia principal de este Compendio: pero no cautivando mi juicio sino en obsequio de la verdad, libre siempre de pasiones y estudio de partes. Me he no menos ayudado de las luces de los otros his-

toriadores antiguos y modernos, impresos y manuscritos, singularmente de una gran coleccion de privilegios antiguos que poseo. Mi mayor cuidado ha sido arrancar del campo de nuestra historia las fábulas y consejas, que como cizaña han tenido casi sofocados los acontecimientos verdaderos; pero tambien en esto he procedido con cautela y parsimonia, no deferiendo demasiado á la crítica desmoderada. Adoptó Mariana varias narraciones mas agradables que seguras; si bien la desconfianza con que las escribe muestra bastante el poco mérito que de ellas hacia. Yo tomé diverso rumbo, como un Compendio pedia. Creí mas conveniente dar al silencio semejantes impertinencias, que gastar tiempo en impugnarlas. Impugnolas con el desprecio. La Cronología es el fanal ó norte de la historia. Lo primero que deseamos saber, leído un hecho, es el tiempo en que sucedió. Por esta razon los he coordinado cronológicamente en lo posible, siguiendo en esta parte los cómputos mas acreditados y verosímiles.

A la Cronología se sigue la Geografía. Sabido un hecho y el tiempo en que sucedió, preguntamos por el lugar ó sitio. Pero en esta tenemos dificultades insupe-

rables. La Geografía de España antigua yace todavía cubierta de nieblas. Se sabe poco de ella respecto á lo que falta por saber; y sus progresos serán lentos ó ningunos, mientras alguna sociedad de sugetos versados en antigüedades no corran la península con el objeto de descubrir cuantas ruinas de pueblos y monumentos antiguos oculta la tierra y el descuido. En los puntos geográficos pues que encierra nuestra historia me he tenido que contentar con lo poco que hay averiguado; y en lo dudoso he propuesto lo que creí mas verosímil.

El estilo ciertamente carecerá de las bellezas y nervio que la historia pide; pero en cambio llevará la ventaja de no abrigar debajo de las flores el aspid de la mentira, fábulas ni noticias mal seguras. Añádase á esto mi declarada aficion al estilo natural y fácil, sin buscarle demasiado. *Non multum oportet consilio credere*, decia Petronio, *quia suam habet fortuna rationem*. Pero si mi cortedad no ha podido presentar á la patria obra mas digna de su merecimiento, espero por la razon misma se escitará algun talento proporcionado al empeño, que nos compendie sus glorias con las gracias de Salustio, y la solidez de Livio y Polibio.

INDICE

DE LOS CAPÍTULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO I.

LIBRO PRIMERO.

Pág.^s

CAP. I. <i>Situacion y límites de España. Sus provincias, montes y rios principales. Sus primeros pobladores. Sus idiomas, &c.</i>	5
CAP. II. <i>Entrada de los cartagineses en España.</i>	11
CAP. III. <i>Segunda y tercera venida de los cartagineses. Establecimiento de Amilcar en España hasta su muerte.</i>	15
CAP. IV. <i>Eleccion de Asdrúbal en general de los cartagineses. Sus hechos y progresos hasta su muerte.</i>	22
CAP. V. <i>Eleccion de Anibal, y sus hechos en España.</i>	27
CAP. VI. <i>Guerra saguntina y destruccion de Sagunto.</i>	34
CAP. VII. <i>Dispónese Anibal para pasar á Italia, y su marcha por los Alpes.</i>	51
CAP. VIII. <i>Venida y hechos de Gneo Scipion en España.</i>	56
CAP. IX. <i>Victoria naval de Scipion contra Asdrúbal á las bocas del Ebro, con otras expediciones.</i>	61
CAP. X. <i>Venida de Publio Scipion, hermano de Gneo. Batallas que tuvieron acá sus tropas con los cartagineses.</i>	66
CAP. XI. <i>Continúan las mismas guerras.</i>	74
CAP. XII. <i>Los Scipiones restauran á Sagun-</i>	

	<i>to. Destruyen á Túrbola. Tienen sus últimas batallas con los cartagineses, en las cuales mueren ambos.</i>	85
CAP. XIII.	<i>Sostiene L. Marcio el honor de Roma muertos los Scipiones.</i>	95
CAP. XIV.	<i>Viene á España el pretor Claudio Neron, y toman otro semblante las cosas de los romanos en ella.</i>	104

LIBRO II.

CAP. I.	<i>Venida de Publio Scipion el jóven, y toma de Cartagena.</i>	109
CAP. II.	<i>Otras victorias de Scipion en España contra cartagineses.</i>	127
CAP. III.	<i>Prosiguen las victorias de Scipion contra los cartagineses en España.</i>	132
CAP. IV.	<i>Continúa Scipion la derrota de los cartagineses hasta sacarlos de España.</i>	141
CAP. V.	<i>Reduce Scipion á la obediencia de Roma algunos pueblos de España que se mantenian por Cartago</i>	148
CAP. VI.	<i>Enfermedad de Scipion en Cartagena. Rebelion de algunos pueblos. Tumulto del ejército romano que habia en Júcar.</i>	156
CAP. VII.	<i>Ultimos hechos de Scipion en España. Su regreso á Roma.</i>	165
CAP. VIII.	<i>Vienen por gobernadores de España con título de procónsules Léntulo y Acidino. Sus hechos en armas.</i>	176
CAP. IX.	<i>Sucesos de Marco Porcio Caton en España.</i>	183
CAP. X.	<i>Vienen al gobierno de España Publio Cornelio Scipion Nasica, Sexto Digicio, y despues otros. Guerras con Celtiberia.</i>	196
CAP. XI.	<i>Siguen la guerra carpetanos y celtiberos con Tiberio Sempronio Gracco.</i>	213

LIBRO III.

CAP. I. <i>Estado de España hasta las guerras de Viriato y Numancia.</i>	225
CAP. II. <i>Destrucción de Coca, y combates de Intercacia.</i>	238
CAP. III. <i>Guerras de Viriato.</i>	245
CAP. IV. <i>Continúan las guerras de Viriato hasta su muerte alevosa.</i>	254
CAP. V. <i>Guerra Numantina.</i>	260
CAP. VI. <i>Continúa Scipion Emiliano la guerra de Numancia hasta destruir la ciudad.</i>	272
CAP. VII. <i>Vicisitudes de España hasta las guerras de Sertorio.</i>	285
CAP. VIII. <i>Prosiguen las guerras de Sertorio hasta su alevosa muerte. Comienzan las de César en España.</i>	295
CAP. IX. <i>Continúan las guerras hasta rendirse Afranio y Petreyo.</i>	305
CAP. X. <i>Pacífica César á España y regresa á Roma. Inquietudes en Andalucía contra Casio Longino. Venida de los hijos de Pompeyo el Grande, y guerra de César con ellos.</i>	316
CAP. XI. <i>Siguen las guerras de César con los pompeyanos, y la célebre batalla Munda.</i>	328
CAP. XII. <i>Ultimos acontecimientos de esta guerra y muerte de Gneo Pompeyo. Guerra de Augusto en Cantabria y Asturias, hasta el nacimiento de Cristo.</i>	337

LIBRO III

Cap. I. Estado de España hasta las guer- 297
ras de Viriato y Numancia

Cap. II. Destrucción de Gadir, y combates 298
de Cartago

Cap. III. Guerras de Viriato 299

Cap. IV. Continuán las guerras de Viriato 300
hasta su muerte alfonso

Cap. V. Guerra Numantina 301

Cap. VI. Continúa Scipion Emiliano la 302
guerra de Numancia hasta destruir
la ciudad

Cap. VII. Visitaciones de España hasta las 303
guerras de Cartago

Cap. VIII. Prosiguen las guerras de Car- 304
tago hasta su ruina por el Comien-
zo de César en España

Cap. IX. Continuán las guerras hasta ven- 305
dise España y Portugal

Cap. X. Pacifica César á España y regreso 306
á Roma, apaciguados en Andalucía
contra Casio Longino Tenida de los
hijos de Pompeyo el Grande, y guer-
ra de César con ellos

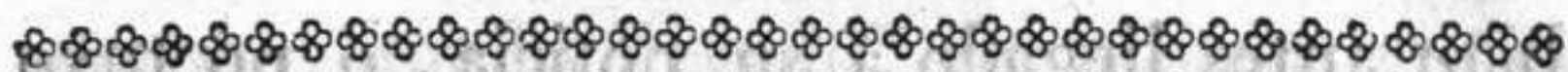
Cap. XI. Siguen las guerras de César con 307
los pompeyanos, y la celebre batalla
de Munda

Cap. XII. Últimos acontecimientos de esta 308
guerra y muerte de Greco Pompeyo.
Guerra de Augusto en Cantabria y
Asturias, hasta el nacimiento de
Cristo



Irrupcion de los cartaginenses.

Resueltos los cartaginenses á recobrar el dominio y riquezas que tubieron antes en España, desembarcó en Cadiz con poderoso ejército Amilcar Barca: y empezó desde alli sus excursiones saqueando y talando pueblos y campiñas, esclavizando á los habitantes, y enriqueciendo con el botin á sus tropas. ¡Qué antiguos son en pueblos comerciantes la agresion injusta, la crueldad y el robo!



ADVERTENCIA PRELIMINAR

DE LOS EDITORES.

El compendio cronológico de la historia de España del ilustrado D. José Ortiz y Sanz, acaso el mas exacto de cuantos han visto la luz pública hasta el dia, era buscado con ansia por los amantes de la literatura; pero concluida la primera edicion, y negadas todas las instancias que hicieron tanto su mismo Autor, como sus herederos, para hacer otra segunda edicion, se habia ya casi olvidado que existia una obra de tanto mérito. Empero tenemos la satisfaccion de remediar este descuido, por no decir injusticia; y aunque á fuerza de sacrificios personales y pecuniarios hemos conseguido adquirir no solo el manuscrito original del Autor que tenia preparado para la prensa, con las correcciones que tuvo á bien hacer en su primera obra, sino tambien con la relacion de muchos hechos que antes habia omitido, y varios documentos que los comprueban, los cuales, ó no ha-

bian antes llegado á su noticia, ó no tuvo por conveniente publicarlos entonces temiendo la rigidez de la censura. Si algun lector quisiese cotejar la primera edicion con esta segunda, hallará pruebas incontables de esta verdad.

Mas no es solo este el beneficio que hacemos al público y á la literatura. El Autor, aunque ofreció una historia desde los tiempos mas remotos hasta el año 1800, que constaria de nueve tomos en octavo marquilla (los que ya tenia preparados) solo publicó siete, y aun estos tardaron en imprimirse mas de siete años, desde 1795 hasta 1803, lo que prueba las dificultades que tuvo que vencer para conseguir las licencias necesarias, y cuánto hubo de trabajar en borrar y omitir lo que no acomodaba á los censores. No era extraño en un tiempo en que la ilustracion despreocupada era un delito. Hemos dicho que tenia preparada toda la obra al comenzarse la impresion, y prueba esto mismo el anuncio y título de ella, que entonces se publicó, el cual decia así: *Compendio cronológico de la Historia de España, desde los tiempos mas remotos hasta 1800, por D. José Ortiz: nueve tomos en octavo marquilla: hay impresos siete; los otros dos estan á punto de imprimirse.* Pero este caso no se verificó, y por lo mismo dice en el prólogo del tomo

séptimo, que ha llegado, por último, con el favor de Dios al fin y término del proceloso mar de la historia, y que *si hubiera considerado con madurez los innumerables escollos y bajíos, entre quienes habia de trasfretar la navecilla de su obra, antes de llegar á surgidero, seguramente no hubiera entrado en el golfo.* Y añade un poco mas adelante, al fin de dicho prólogo: *Cierro pues la obrita con la paz de Aquisgran año 1748. No la continúo hasta donde puedo; sino hasta donde debo y conviene.*

Mudaron despues los tiempos, y aunque en una edad muy avanzada, y molesto de enfermedades, pensó publicar lo que antes habia reservado, preparando un grueso tomo octavo (en el que sin duda refundió lo que debió haber comprendido en los dos que no se publicaron) prosiguiendo la relacion de los acontecimientos mas dignos de historiarse de los treinta y dos años que corrieron desde 1748, en que dejó el séptimo, hasta el año 1780. Este es el que ahora se ofrece al público, para complemento de la obra, el que nunca se imprimió, y que no por eso deja de ser el mas curioso é interesante, por los singulares sucesos que ocurrieron en España en este período: no siendo el menos atendible todo lo ocurrido en la expulsion de estos reinos de los regulares de la Com-

:

pañía de Jesus, hasta su total extincion por el papa Clemente XIV, referido extensamente por el Autor, con todo lo que antecedió y sucedió, los documentos originales que entonces se publicaron, y algunos que hasta ahora no han llegado á noticia del público, y el Autor los dejó escritos, acompañados de sus sabias observaciones. Asimismo el apéndice que acompañará á esta obra, y comprenderá desde 1781 hasta 1833 en que falleció el monarca Fernando VII, procuraremos no desmerezca de la historia del señor Ortiz, pues las que nos han servido de testo para su formacion han merecido ya justo aprecio del Público, y ademas incluiremos un copioso número de documentos que le harán sumamente interesante. Tales son las ventajas que ofrece al público esta segunda edicion, en la que no hemos perdonado fatiga, ni escaseado intereses (despues de los empleados ya en la adquisicion de los preciosos manuscritos) para que salga á luz digna de la buena memoria de su sabio Autor, y del ilustrado público español, á quien si acertamos á complacer, nos creeremos suficientemente recompensados.

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA.

Libro primero.

CAPITULO PRIMERO.

Situación y límites de España. Sus provincias, montes y rios principales. Sus primeros pobladores. Sus idiomas, &c.

~~~~~

1



ESPAÑA es la region mas occidental de Europa. Su figura, segun Estrabon y otros geógrafos antiguos, es semejante á una piel extendida en largo desde Oriente á Poniente, de modo que las partes anteriores miren al Oriente, y las laterales ó su ancho de Norte á Sur. No dice Estrabon de qué animal ha de ser la piel; pero suele entenderse de buey. La circunferencia



de España es en esta forma: desde Cabo de Creus (ó Cruces) en Cataluña, que es el extremo y promontorio del Pirineo, hasta el Estrecho de Gibraltar, la baña por Oriente y Mediodia el Mediterráneo en distancia de unas doscientas treinta leguas, de una hora de camino cada legua, ó sea de veinte al grado. Desde Gibraltar al Promontorio Nerio (llamado tambien *Cabo de Finisterræ*, en Galicia, hay como doscientas leguas; y en este lado, que mira casi todo al Poniente, se incluye Portugal. De *Finisterræ* á Fuenterrabía y Promontorio Olarso en Guipúzcoa, hay unas cien leguas. Este lado mira derechamente al Norte, y le baña el mar Océano. Finalmente, desde Fuenterrabía hasta Cabo de *Creus* en Cataluña, corre la prodigiosa barrera de los montes Pirineos que nos unen, ó mas bien separan de Francia. Este lado de España es entre Norte y Oriente en distancia de ochenta y cuatro leguas; y es el istmo que la hace península. Resulta de aquí, que su circuito, incluso Portugal, viene á ser de seiscientas leguas, corriendo la línea circular entre senos y promontorios, formando como veinte y cuatro mil leguas cuadradas superficiales.

2. Hállase nuestra Península dentro de la zona templada septentrional, y comprendida entre los grados 36 y 44 de latitud, y los 9 y 22 de longitud. Extiéndese en largo como doscientas veinte leguas, y en ancho ciento sesenta: y aunque la irregularidad de la figura no permite dimensiones del todo exactas, para nuestro objeto bastan estas. Su poblacion es como doce millones de almas.

3. Omitidas las antiguas divisiones de España



como ya inútiles, fuera de la historia antigua, hoy está dividida en diez y seis provincias ó reinos, que son: las dos Castillas vieja y nueva, Leon, Estremadura, Asturias, Galicia, Sevilla, Córdoba, Jaen, Granada, Murcia, Valencia, Cataluña, Aragon, Navarra y Vizcaya (1). Sus mas notables montes son el Pirineo, de que se derraman casi todos los otros, el Idubeda ó montes de Oca, el Oróspeda, Sierra-morena, Sierra-nevada, los montes de Cuenca y Alcaráz, de Guadalupe, Moncayo, Monserrate, Segura, Guadarrama, Somosierra y otros ramales del Oróspeda y del Idubeda. Sus principales rios son el Ebro, Júcar, Guadalquivir, Tajo, Guadiana, Duero, Pisuegra, Miño y Segura. Son de España las islas de Mallorca, Menorca, Ibiza, Canarias y otras en este continente. Cada uno de sus diez y seis reinos tiene su ciudad capital, con otras menores ó subalternas.

---

(1) Actualmente está dividida en cuarenta y nueve provincias, á saber: Alava (Vitoria, su capital), Albacete, Alicante, Almería, Avila, Badajoz, Barcelona, Burgos, Cáceres, Cádiz, Castellon de la Plana, Ciudad Real, Córdoba, Coruña, Cuenca, Gerona, Granada, Guadalajara, Guipúzcoa (San Sebastian, su capital), Huelva, Huesca, Jaen, Leon, Lérida, Logroño, Lugo, Madrid, Málaga, Murcia, Navarra (Pamplona, su capital), Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Sevilla, Soria, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia, Valladolid, Vizcaya (Bilbao, su capital), Zamora, Zaragoza, Islas Baleares y Canarias.



4. Dejado á la indagacion de los doctos el averiguar los antiguos idiomas de España, hoy se hablan en ella varias lenguas provinciales, v. gr. la lemosina en Cataluña, Valencia y Mallorca, aunque con mas ó menos aspereza en unas que en otras de estas provincias. Portugal habla su lengua, que se diferencia poco de la gallega en cuanto á su fondo. Las provincias Vascongadas hablan el vascuence; pero la general de España es la castellana, por lo mismo llamada *Española*. Háblase mas pura en las dos Castillas, en Extremadura y Leon, que en las Andalucías, Granada, Aragon, Murcia y Navarra, donde tambien es materna.

5. El templado clima de España, lo despejado de su cielo, aires puros y moderados, lo fecundo y vicioso de su suelo, los preciosos minerales de sus entrañas, lo saludable de sus aguas, frutos, pastos, carnes, granos y todos los otros mantenimientos son cosas bien sabidas de las mas apartadas naciones, aun en la antigüedad mas remota, y las refiere brevemente Justino en el libro XLIV de su Trogo. Ellas fueron la primera causa de las porfiadísimas guerras que para poseernos se hicieron los antiguos, en especial Cartago y Roma.

6. Nuestros historiadores han disputado mucho sobre quiénes fueron los primeros pobladores de España despues del Diluvio, pues antes creemos estaba desierta. Unos siguiendo lo que juzgan haber escrito Josefo en sus *Antigüedades Judáicas* (libro I, cap. 6) afirman que fue Tubal quien con su familia vino á poblar nuestra Península..... otros hacen este honor á Tarsis; y otros discurren variamente. Lo que yo creo es que si aquellos po-



bladores no vinieron milagrosamente luego despues de la dispersion de los hombres en el campo de Sennaár y torre de Babel, como 140 años despues del Diluvio, debieron de pasar muchos antes de llegar á España. Por mar no tenían comodidad de bajeles, no conocian los rumbos ni aun las costas: por tierra no habia caminos abiertos, ni modo de pasar los grandes rios. Así que, nos debemos contentar con que los descendientes de Jafet sean los que, llegando por los Pirineos á España, la poblaron poco á poco, y nosotros seamos sus descendientes.

7. Permitida esta probable suposicion, muchos años y siglos habitaron aquellos primeros colonos por acá, sin que sepamos nada de sus leyes, costumbres, acciones y gobierno, á falta de escritores que nos las hayan trasmitido: pues del Manetón y Beroso del Viterbiense, hacemos alto desprecio. Destierrense pues de nuestra historia todos los monarcas descendientes de Tubal, Ibero, Idubeda, Brigo, Tago, Beto, los Geriones, Abidis, Tifon, Hispalo, Héspero, Sícoro, Sicano, Testa, Sesac, Romo, Palátuo, Licinio, Eritro, Teron, Gadíro, Celto, Teucro, con infinitos otros reyes de farsa, que no tuvieron otra existencia que la desocupada fantasía del impostor que fingió aquellos escritos, publicados (y acaso tambien compuestos) por Fr. Juan Nanni de Viterbo, para lisonjear y ganarse la benevolencia de D. Fernando el Católico, á fines del siglo XV. Causa maravilla la facilidad y ceguedad con que se tragaron tantos disparates y absurdos Ocampo, Vaséo, Tarafa y otro gran número de hombres,



por otra parte bastante expertos, no contando la General que es un agregado de simplicidades. Acotan y definen los años y dias que reinaron, con otros ilustres hechos, inventados á placer, no habiendo monte, rio, cabo, promontorio, ciudad, pueblo, valle ni provincia en España que no tenga su rey cognombre, cuando andamos á tientas en cosas de tiempos mas recientes.

8. Debemos pues confesar sin rodeo, que ignoramos todas nuestras cosas desde nuestros primeros colonos hasta la venida de los fenicios, como unos 800 años antes de la ley de gracia; pues todas las bellezas que cuenta Ocampo y otros acerca de Tubal y compañeros en España, son verdaderos embelecros, y sueños de sesos delirantes. De los 1500 años, que comprenderá este período, nada sabemos que podamos contar en historia verdadera. Pero pasado este período en que los fenicios, ó sea givios, aportaron á nuestras costas, fundaron á Cádiz y otras colonias donde formar escalas, demás de lo que dice Estrabon y otros antiguos, tenemos monumentos y testigos indubitables en inscripciones y medallas, grabadas y acuñadas en las colonias mismas, como las hallamos en todas las costas del Mediterráneo y parte del Océano. Ni fueron los tirios y sidonios los únicos extranjeros que en la antigüedad se nos vinieron acá, si damos crédito á Herodoto, Diodoro Sículo, Livio, Plinio, Justino y otros. Vinieron asimismo persas y otros asiáticos, griegos, focenses, celtas, africanos y rodios: pero no sabríamos adivinar el tiempo de tantas venidas de gentes. Las expediciones y flotas de Salomon á Es-



paña en busca del oro, la peregrinacion de Homero, la de Nabucodonosor y la del profeta Jonás (que se dice procuró refugiarse entre nosotros huyendo de Dios), son un bello pasatiempo, ó mejor, un tiempo mal empleado en leerlas. Hasta la venida y ocupacion por los cartagineses de las Islas Baleares ó Mallorca, y de ellas á nuestro continente, como 700 años antes del nacimiento de Cristo, toda noticia histórica es aventurada y mal segura.

9. De la referida entrada pues de los cartagineses en España podemos ya contar con alguna firmeza nuestras memorias por los historiadores griegos y romanos, y gobernarnos por ellas hasta tiempos menos nebulosos.

## CAPITULO II.

### Entrada de los cartagineses en España.

1. Como 160 años despues de la fundacion de Cartago por Dido, 728 antes de la venida de Cristo, entre las Olimpiadas 12 y 13, los cartagineses, ya bastante poderosos en mar y tierra, adquirida noticia de la riqueza de España, su poblacion y suave temple, determinaron hacer una tentativa de fijar el pie en ella si pudiesen. Sallieron pues de Cartago con escuadra competente, y corriendo los mares de Sicilia, Cerdeña, Córcega y demás islas adyacentes, que no pudieron ocupar por ser grandes, bien pobladas y defen-



didadas, siguieron adelante su camino hasta nuestras islas Baleares. Probaron aportar en Mallorca y Menorca; pero fueron repelidos de los isleños. Solo pudieron saltar en Ibiza, que estaba des poblada ó poco menos. La rodearon y corrieron toda: halláronla fuerte por naturaleza y muy á propósito para sus intentos, y desde luego pusieron cimientos de poblacion, llamándola *Pitiusa* como la isla se llamaba: nombre griego que significa *pinosa*, quizá por los muchos pinares que en ella habria. Los cartagineses mismos se lo fueron mudando poco á poco, y vino á parar en *Ereso* y *Ebuso*. Efectivamente Ibiza les era lugar importante para escala y abrigo en sus ulteriores expediciones á España. Fortificada bien y presidiada la nueva colonia, pasaron con su escuadra al promontorio Dianio, ó Denia, y seno Sucronense, doce leguas distante de Ibiza; y desde Dianio, siguiendo las costas de Valencia (fundada muchos siglos despues) llegaron á la de Sagunto, ciudad ya fundada y fuerte. Procuraron introducirse con los saguntinos con suavidad, buenas palabras y comedimiento: pero no hallaron la correspondencia que se prometian. Los saguntinos eran griegos de origen, y nada bozales como los otros españoles. Habrian sabido lo sucedido en las Baleares y fundacion de Ibiza, y tuvieron por sospechosos unos aventureros demasiado fuertes para huéspedes y amigos. Este mal hospedaje, ciertas sediciones y guerras civiles movidas á la sazón en Cartago, y algunas calamidades sobrevenidas, obligaron á los advenedizos á dar la vuelta para Cartago con su escuadra y las noticias adquiridas de



nuestro continente, con la fundacion de Ibiza, ya colonia suya.

2. Esta primera tentativa de los cartagineses en España, por mas admitida que sea de varios historiadores, me parece no tiene aun toda la seguridad que yo deseo en las aseveraciones históricas. Cada uno la podrá dar el crédito que quiera, como se lo da Diodoro Sículo, que la compendia en el libro V, número 46, edicion de 1746. Estrabon en el libro III, número 167, supone tambien que los cartagineses estuvieron en las Islas Baleares: pero no señala el tiempo en que fue, como Diodoro: prueba de que dudaba de ello.

3. Dicese tambien que por entonces vino á España cierto rey de Etiopía llamado *Taraco* y fundó á Tarragona en Cataluña. Que nos hizo una visita Neco, rey de Egipto; y que aportó y pobló en Cantabria con gente que trajo de Lacedemonia ó Esparta, nada menos que su famoso legislador Licurgo. ¿Si estos espartanos darian nombre al esparto del *Campo espartario* de España, planta indígena de España sola? Hacia los años de 650 antes de Cristo dicen que nació por acá el celebérrimo Argantonio, rey ó capitan de los tartesios, que son los pueblos de las riberas del Betis de Cádiz á Tarifa. Que los gobernó ese rey 80 años y vivió hasta 120; si bien hay quien le da 150. Silio Itálico, mas liberal que todos, con licencia poética le hace vivir 300 años, diciendo en su libro III, v. 398: *Ter denos decies emensus belliger annos.*

4. Reinando este Argantonio en Tarteso, y defendiéndola de las hostilidades, robos y correrias



de los tirios y sidonios, dueños ya de la isla de Cádiz, el grande Nabucodonosor, rey de Babilonia, puso cerco á la ciudad de Tiro. Corrieron allá los gaditanos con grandes fuerzas de naves y gente en socorro de su patria; pero no fue bastante contra enemigo tan poderoso, y se prolongó el sitio hasta trece años. Hubieron los tirios de pedir auxilio á los españoles comarcanos á Cádiz, con quienes estaban aliados, y brevemente lo enviaron en una gruesa armada, la cual favorecida de los vientos, destreza de los pilotos y valor de los comandantes, atravesó por medio de la de Nabuco, y metió socorro en la plaza, que ya se hallaba en el postrer apuro. Tan grande socorro de españoles y comestibles, y unos alborotos populares ocurridos en Egipto, dieron ocasion á que Nabucodonosor desconfiase de rendir á Tiro, y levantase el cerco. Hay quien añade, que este rey, pacificado el Egipto, vino á España y la sujetó á su dominio. Crea todo esto quien no tenga que creer.

5. Hácia los años de 540 antes de Jesucristo se cuenta que los focenses y griegos de la Jonia, hicieron tambien sus navegaciones á España, saltaron en ella y fundaron sus colonias. *Menaca* cerca de Málaga, *Denia* en el reino de Valencia, á cuyo promontorio llamaron *Emeroscopio*, y á *Empurias* de Cataluña. Segun habla Ciceron en su libro de *Senectute*, se puede sospechar, que Argantonio con sus tartesios, hallada sazón, ocupó la isla de Cádiz. Lo mismo se deduce de Valerio Máximo, libro VIII, núm. 13. Confirmase esto por lo que dice Justino en el libro XLIV, núm. 5, á saber, que los españoles comarcanos de Cádiz, zelosos de la



prosperidad de los tirios en ella , les hicieron cruda guerra. Sin duda les apretaron mucho, y les tomaron algunas fortalezas , puesto que los gaditanos pidieron auxilio á Cartago (que originariamente era Tiria ) con el cual no solo desalojaron á los tartesios de lo tomado , sino que les quitaron parte del terreno circunvecino. En esta guerra fué la invencion del ariete , como refiere Vitruvio en el libro X, cap. 19. Nuestros cronistas añaden y describen aun otras guerras de los cartagineses contra Tarteso , en las cuales perdió su ciudad de Turdeto. Dicen que los turdetanos fugitivos de su patria se juntaron con otros españoles , y formando un ejército numeroso , cuyo capitan era un tal *Baucio Capeto* , dieron sobre tirios y cartagineses con tanto valor y órden que los derrotaron , saquearon el distrito y destruyeron el gran templo de Hércules Gaditano para que no les sirviese de fortaleza en lo venidero. Será así como lo dicen ; pero no tiene buen apoyo en los autores antiguos , que no hablan de propósito sino solo por acaso.

## CAPITULO III.

---

Segunda y tercera venida de los cartagineses. Establecimiento de Amilcar en España hasta su muerte.

1. Como 450 años antes de la venida de Cristo al mundo , recobrada ya Cartago de las gravísimas pérdidas y quiebras padecidas en las guerras contra Sicilia y otras que la ocuparon , volvió á meditar en las cosas de España conserva-



da todavía Ebuso, y acordó su república tomar en ella asiento á cualquiera costa y ocuparla toda si pudiese. Sin embargo sus fuerzas aun eran débiles, y los progresos de sus armas fueron escasos. El empeño era grande, y la Providencia divina le tenia reservado para los Barcas. Cincuenta años adelante se cuenta que los cartagineses Hannon y Himilcon emprendieron sus nuevas y largas navegaciones, en descubrimientos de las costas del Mediterráneo y Océano. Que Himilcon aportó á Menorca y fundó á Magon, hoy *Mahon*. Tampoco esto pasa de conjetura. Del viaje marítimo de estos dos navegantes afirman hubo relacion hecha por ellos en lengua púnica. Hoy queda un pequeño extracto griego de poca importancia, llamado *el Periplo de Hannon*, que Rodriguez de Caupomanes imprimió en castellano, ilustrado con notas, el año 1756.

2. Despues de las grandes pérdidas de los cartagineses en Sicilia y Cerdeña por las armas de Roma (auxiliadas por Hieron II, rey de Sicilia) en la que llamaron *primera guerra Púnica*, y sentada paz entre las dos repúblicas por el cónsul C. Lutácio, volvieron por tercera vez á pensar en España, suponiendo que Roma no se lo podria estorbar fácilmente por estar España mas distante de Roma. Por general fue nombrado Amilcar, padre del grande Anibal, y con el ejército mismo de la guerra siciliana, se vino á España el año de 236 antes de la era cristiana. En la víspera de embarcarse ofreció sacrificios á los Dioses segun costumbre; y hallándose ante las aras, como su hijo Anibal (que solo tenia nueve años de edad) se le mostrase deseoso de venir en su compañía, pidiéndoselo con



instancias, le tomó de la mano y le mandó jurar sobre las aras mismas, que llegado á la edad adulta, sería mortal enemigo de Roma. Con esta condicion y pacto, se le trajo consigo.

3. Hízose pues Amilcar á la vela desde el puerto de Cartago, y dirigió su rumbo á la isla de Cádiz, ya de antes amiga y aliada de Cartago. Desembarcada su tropa, comenzó á correr la comarca y pueblos turdetanos, apoderándose con las armas de los que no se le rendian á partido. Eran á la sazón tan ricas aquellas gentes turdetanas, que si creemos á Estrabon en su lib. III, núm. 151, tenían de plata las tinajas y pesebres (1). Nuestros historiadores escriben que Amilcar continuó progresivamente sujetando la Bastitania, Contestania y demás provincias marítimas ó litorales de las Andalucías hasta los pueblos edetanos y los ilergravones. Que llegado al Ebro con la escuadra que por la mar le seguia, subió rio arriba, y en sus riberas fundó varias colonias, poblándolas de cartagineses, una de las cuales fue Cartago la vieja, que pre-

---

(1) *Esto ni es creible ni verosimil, y por lo mismo creemos hay error en el testo Estraboniano. Paréceme que por φάτνας pesebres, debe leerse φιάλαις tazas, platos, vasos, vajilla, y aun jarros, peroles, lebetes y otras vasijas aun mayores. Efectivamente, el Epítome antiguo de Estrabon lee φιάλαις por φάτνας, y es muy extraño que nuestros críticos modernos hayan admitido semejante paradoja. Y á la verdad, si los pesebres, cuezos y dornajos para las bestias eran de plata, el oro sería muy poca cosa para los hombres y dioses.*



tenden hoy sea la villa de *Cantavieja* en Aragon, sobre la raya de Valencia, 15 leguas apartada del Ebro. Diodoro Sículo, en las *Excerptas*, lib. XXV, dice que Amilcar fundó otra gran poblacion, á quien, por la naturaleza del sitio, la puso el nombre de *ακρην λευκήν* (*Acran Leucen*) á saber, *collado blanco*. Es la única noticia que de esta ciudad tenemos; y andarnos conjeturando si será Montalban, Albarracin, Agreda, Peñalba, Castel-blanco, Monblanc, sería malgastar el tiempo. Lo cierto, y que mas nos importa, es poder asegurar, que desde esta venida de Amilcar á España comienza nuestra historia á caminar con el buen apoyo de los escritores clásicos, griegos y romanos. Antes de ella no podemos fijar el pie en cosa firme, por la falta de buenos historiadores que nos guien.

4. Segun los nuestros mas acreditados, los progresos de Amilcar en España fueron grandes, puesto que sujetó con las armas tan dilatadas provincias como median entre Cádiz y el Ebro, dentro del breve tiempo de nueve años: pero otros pretenden fueron tan reducidos, que no salieron de la Bética antigua, ni del interamnio de Betis y Guadiana. En este distrito nos hallan un rio Hiberico (*Hyberus*, segun testo Avieno), de quien pretenden que España se llamase *Iberia*, como se llamaron hiberos los pueblos comarcanos al mismo *Hyberus*. De este nuevo rio no hay otra noticia en toda la antigüedad que la de Avieno (*Oræ marit. à versu* 248.); y es cosa dura de creer que rio tan ignorado, desconocido y de poco caudal y nombradía, fuera capaz de darla á toda España, y no el grande y caudaloso rio Ebro; contra el dictamen y



sentir expreso de todos los antiguos griegos y romanos. Si damos por cierta la fundacion de Cartago vieja por Amilcar, ya no podemos dudar de que por *Hyberus* debemos entender el Ebro de Cataluña y ningun otro. El de Avieno debia de ser algun arroyo de Galicia ó Lusitania hasta Tarteso; pues de este lado de España trata en el lugar citado. Para no defraudar al lector en esta noticia en lo que pueda convenirle, doy aquí los versos de Avieno.

*An Hyberus inde manat amnis, et locos  
Fœcundat unda plurimi ex ipso ferunt  
Dictos Hyberos, non ab illo flumine  
Quod iniquitos Vasconas prælabitur.  
Nam quidquid amni gentis hujus adjacet  
Occiduum ad axem, Hiberiam cognominant.  
Pars porro eoa continet Tartesios  
Et Albicenos. Cartare post insula est,  
Eamque pridem influxe, satis est fides,  
Tenuere Cempsî, proximorum postea  
Pulsi duello, varia quæsitum loca  
Se protulere. Cassius inde mons tumet:  
Et graja ab ipso lingua Cassiterum prius  
Stannum vocavit, &c.*

Como este autor, aunque creído español, tomó casi todo su escrito del griego Dionisio Africano, y en el mismo lugar hablan ambos de las Cassiterides, que sin duda estuvieron en la parte mas occidental de Galicia, tengo por cierto que el *Hyberus* que nombra estuvo en ella, y no sabemos á qué rio corresponde en nuestro tiempo. Hay quien pretende lo sean rio Tinto, ó el Odiel: pero estos no son navegables como lo es el Ebro, por donde



subió Amilcar á fundar la *Cartago vetus*. Que la muerte de este general fuese en los vettones es dudoso, segun la variedad con que se halla esta voz en los códices manuscritos de Nepote. Lo cierto es que Apiano da á entender en su *Annibalica*, que cuando murió Amilcar habia sujetado ya la España, por lo menos la *Ulterior* hasta el Ebro, del cual no podia pasar Cartago, segun los pactos hechos con Roma.

5. Sujetó pues Amilcar las desunidas provincias de la España *Ulterior* con armas, halagos, violencias, amenazas y promesas: pero no dejó de costarle cara la conquista. *En una batalla campal (son palabras de Polibio) de poder á poder con un enemigo fuerte y valeroso, murió peleando, como general animoso.* Sucedió de esta forma segun Apiano. Los régulos y poderosos españoles juntaron sus tropas contra las de Amilcar, y salieron en su busca con ejército formado. Llevaban en la vanguardia multitud de carretas de bueyes, cargadas de leña seca, detrás de las cuales estaba toda la gente de guerra sobre las armas. Los cartagineses no penetraron el ardid, y comenzaron á reir, á burlarse, y aun insultar á los españoles: pero dada la señal de romper la batalla, los encargados de la carretería pusieron repentinamente fuego á la leña preparada, y aguijaron á los bueyes contra las filas del enemigo. Corrieron los animales impetuosamente huyendo de las llamas que detrás tenían, y en un momento desordenaron el ejército cartaginés que les venia delante, sin quedarles un escuadron entero; de forma, que atropellados, derrotados y quemados vivos, no se cuidaron de las armas, sino de huir



de los carros. A tan buena sazón, entraron los españoles espada en mano, matando cartagineses á su salvo sin resistencia alguna. Tal era el espanto en que los había puesto ardid tan extraño y nunca visto. Murió pues en esta batalla la mayor parte de los africanos, y su general Amilcar con ellos.

6. Toda la antigüedad celebró aquel estratagemma de nuestros ascendientes; y Fróntino lo refiere por estas palabras (*lib. I, cap. 4.*): *Los españoles habiendo de pelear con Amilcar, pusieron delante de sus escuadrones muchos carros tirados de bueyes y cargados de teas, azufres y otras materias inflamables, las que encendieron dada la señal de batalla. Entonces los animales, agitados de los boyeros y de las llamas, rompieron las haces enemigas y fueron derrotados los cartagineses.* Ningun escritor antiguo de los que nos han quedado, nota el sitio y lugar de esta batalla: solo Livio dice como de paso, fue cerca del lugar de Castro Alto. *Primo*, dice en el capítulo 41 del lib. XXIV, *ad Castrum Altum locus est insignis cæde magni Amilcaris, castra, &c.*: pero como no sabemos dónde estaba ni qué lugar era *Castro Alto*, nada nos aclara esta noticia. Tengo por verosimil haberse de leer en Livio *Castrum Album*, y en este caso sería el *Acran Leucen* de Diodoro Sículo. Dícenos este, que Amilcar en la referida batalla murió ahogado en un grande río, queriéndole pasar á caballo huyendo de los españoles; y que esto sucedió en el cerco de la ciudad de Helice. Pero ninguna de estas notas nos saca de la duda, y serian ociosas las conjeturas que aventurásemos en esto. Las palabras de Livio *cæde Amilcaris* no parece indi-



can haberse ahogado, sino que fue muerto, á no entender por *cæde* su total derrota. Lo mismo que de Livio sacamos de Apiano su copiante.

## CAPITULO IV.

**Eleccion de Asdrubal en general de los cartagineses. Sus hechos y progresos hasta su muerte.**

1. Muerto Amilcar segun se ha dicho, los cartagineses que quedaron vivos despues de la batalla, nombraron por su general á Asdrubal, yerno de Amilcar, que ya estaba en España comandante de la caballería cartaginesa, mientras el Senado cartaginés disponia del empleo. Pasó luego á Cartago el jóven Anibal, con intento de solicitar en la república que su cuñado Asdrubal fuese confirmado en el gobierno de España y su conquista. Hubo en aquel Senado reñidos debates entre las dos poderosas facciones de los *Barcas* con los *Edos* sus mortales enemigos: pero por fin, consiguió Anibal sus intentos, y regresó á España con un considerable socorro de tropas que cubriesen las enormes quebradas padecidas. Desde luego le asoció su cuñado en el mando de los ejércitos, y le nombró su lugarteniente: tales eran las dotes, prendas y espíritu militar que brillaban en su persona, aunque sus años no pasaban de veintiuno. Vindicaron ambos muy cumplidamente la muerte de Amilcar su padre, en varios encuentros con los españoles, acau-



dillados por el régulo Orison, con quien fue la batalla de Helice y *Castro Alto*. Tomáronnos doce ciudades: pasaron innumerables gentes á cuchillo; y derramado el terror y espanto por toda la España Ulterior, se les humillaron y rindieron los pueblos á porfia. Dejaronse las armas: fuimos tributarios de los cartagineses, y gozaron estos algunos años del fruto de su conquista. Esta paz empezó el año 226 antes del nacimiento de Cristo. 226

2. Era Asdrubal mas amigo de paz que de guerra; y supo servirse del ocio presente para la fundacion de varias ciudades y pueblos, ansioso de superar en esto á su suegro Amilcar. Este era el artículo de política mas importante; pues poblando de gentes africanas las nuevas ciudades, aumentaba notablemente sus amigos y conexiones en favor de Cartago, y contra Roma, que no podia tardar á declararse celosa. La mas ilustre ciudad que fundó Asdrubal en España fue Cartagena, poniéndola el nombre de *Nueva Cartago*; fuese en consideracion de la Africana, fuese por la que habia fundado su suegro cerca del Ebro, como dijimos, ó fuese porque no hizo mas que aumentarla en edificios, siendo ya poblacion antigua, fundada por el troyano Teucro, si merece fe el poeta Silio Itálico, que nos lo dice en el libro III y XV.

3. Quiso fortalecer Amilcar la paz asentada con los régulos españoles, con el amoroso vínculo del matrimonio, contrayéndole con hija de uno de ellos, cuyos nombres ignoramos. Debia de hallarse viudo de la hermana de Anibal y madre de Siqueo; pues éste no fué hijo de la princesa española, nueva esposa de Asdrubal, como creyeron algunos.



Esto parece constante por Silio en el libro III, verso 245, que dice:

*Sed dux in sese converterat ora Sichæus  
Asdrubalis proles, cui vano corda timore  
Maternum implebat genus et resonare superbo  
Annibal haud unquam cessabat avunculus ore.*

4. Ya no podia Roma mirar con indiferencia la prosperidad de sus émulos en España. Quisiera detenerla si pudiese, ó bien entrar á la parte; pero se oponia la paz y pactos contraídos por medio de C. Lutacio desde la primera guerra Púnica en Sicilia. Era menester causa, por lo menos, aparente para romper aquel tratado sin obligarse á condiciones onerosas. Así que se contentaron los romanos por entonces con ganar la devocion de algunas ciudades españolas, por cuyo medio no dudaban llegar á rompimiento. Para esta secreta y privada negociacion enviaron personas diestras y sutiles á Marsella su confederada, que la encargasen eficazmente procurase ganar á toda costa al partido romano los pueblos españoles con quienes Marsella tenia confederacion, amistad y comercio. Consiguióse sin estorbo. Pasaron á la devocion de Roma los del Ampurdan; y á persuasion de estos, Denia (colonia de focenses como Marsella y Ampurias) y Sagunto, confiadas unas y otras en la ventaja de su posicion y fuerzas. Esta negociacion fué la centella que encendió la *segunda guerra Púnica* que luego sobrevino entre Cartago y Roma, descrita largamente por Livio, Silio Itálico y otros antiguos.

5. No se podian ocultar á Asdrúbal estas tra-



mas de Roma; pero como era tan amigo de la quietud como enemigo de las armas, disimuló por de pronto, no dándose por entendido, y como que no le daban mucho cuidado. Sin embargo, procuró tácitamente confirmar en su amistad y benevolencia las ciudades que se la guardaban, ganándolas con el buen trato y modo, con dádivas, con favores, con halagos. Contábase por español á causa de su enlace con mujer española, como lo serian sus hijos y los de los pobladores púnicos, establecidos en los pueblos que habia fundado; lo cual ayudaba mucho para contener los ánimos amigos de novedades. Este casamiento de Asdrúbal parece fue el año de 225 antes de la era Cristiana.

6. No contenta Roma con la negociacion de Marsella por no haber al parecer causado en el ánimo de Asdrúbal todo el efecto que deseaba, le despachó legados que le acordasen *la confederacion que sus repúblicas habían contraido, y le hacian saber de nuevo que los pueblos de la España Citerior (que era lo que comprenden el Ebro y los Pirineos) atendiendo á sus intereses, libertades y derechos, se habían puesto voluntariamente bajo de su proteccion y tutela. Y así para precaver toda ocasion de rompimiento con los romanos, le pedian y exhortaban á que contuviera sus armas y conquistas en la España Ulterior, y no pasase el Ebro. Asimismo que aun en la España Ulterior le pedian no molestase á Sagunto y demás colonias griegas, á causa de respetos especiales de predileccion con que Roma los miraba.* Realmente no podia Roma por entonces proceder de otra manera con Asdrúbal, hallándose con las armas en las manos contra los galos que



habian invadido la Italia, y Asdrubal estaba ya muy arraigado en España para poder á la sazón ser inquietado con buen efecto. Polibio supone que esta embajada de Roma vino á Asdrubal, y Livio que le sigue, lo afirma claramente; pero Apiano escribe fue á Cartago. No parece dudable que enviarían á una y otra parte sus embajadores, como pedia negocio tan grave, y no se pudiesen excusar unos con otros como solian, cuando les tenia cuenta, los romanos mismos. Del efecto puede deducirse. Asdrubal y Cartago se conformaron con lo que pedia Roma, fuese por no hallarse en estado de repulsa, fuese por no estar á su devoción todo lo conquistado en España; ni ella tan olvidada de su libertad antigua, que dada ocasión, no procurase sacudir el yugo de Cartago.

220 7. El año de 220 antes de Cristo, habiendo Asdrubal hecho crucificar á un régulo español llamado *Tago*, un criado de éste vindicó bien la muerte de su amo dándosela públicamente á Asdrubal. Fue luego cogido sin haber procurado escaparse. Fue atormentado cruelmente para que declarase si habia cómplices; pero se dejó despedazar sin atender á las preguntas, ni dar indicio de dolor alguno, contento sobre manera con haber vengado la ignominia del amo. La causa del suplicio de *Tago* no se sabe. Nuestro Silio Itálico refiere el hecho diciendo:

*Ore excellentem et spectatum fortibus ansis*  
*Antiqua de stirpe Tagum, superumque hominumque*  
*Immemor, erectum suffixum robore mæstis*  
*Ostentabat ovans populis sine funere regem....*  
*Quem postquam diro suspensum robore vidit*



*Deformem leti famulus, clam corripit ensem  
 Dilectumque domino, pernixque irrumpit in aulam,  
 Atque immitte ferit geminato vulnere pectus.  
 At pœni succensi ira, turbataque luctu  
 Et sævis gens læta, ruunt, tormenta que portant.  
 Non ignes, caudensque chalybs, non verbera passim  
 Ictibus innumeris lacerum scindentia corpus,  
 Carnificesve manus, penitusve infusa medullis  
 Pestis, et in medio lucentes vulnere flammæ  
 Cessavere: ferum visu dictuque: per artem  
 Sæviticæ, excenti quamtum tormenta jubebant  
 Creverunt artus, atque omni sanguine rupti  
 Ossa liquefactis fumarunt feroïda membris.  
 Spectanti similis, fessosque labore ministros  
 Increpitat, dominique, crucem clamore reposcit.*

Polibio escribe le mató un celta ó galo, de noche, en su alojamiento, en venganza de sus propias injurias; pero Diodoro Sículo da por cierto que le mató un criado suyo. Silio tomó de Livio la narrativa. Debemos estar mas á Polibio por mas antiguo, aunque griego.

## CAPITULO V.

Eleccion de Anibal, y sus hechos en España.

1. Muerto Asdrubal, el ejército cartaginés, el gobierno y la conquista de España paró en mano de su cuñado Anibal, que ya lo gobernaba casi todo como su lugar-teniente. Rayaba por entonces en los veinte y cinco años. Era jóven, bien organizado de cuerpo, de espíritu penetrante y activo, de resolución y talento militar sobre su padre y cuñado,



como lo demostró con abundantes pruebas durante su vida. Tenia prendas morales aventajadas; pero no eran menos sus vicios y defectos. El cuerpo endurecido con el trabajo de la guerra: el ánimo generoso y mas amante de la gloria militar, que de los deleites sensuales, aunque tambien estos le afeccionaron despues en Salapia con toda su tropa. Su resolucion en los empeños y facciones era igual á su atrevimiento. Su secreto y advertencia sumos y extremados. Pero eclipsó todas sus buenas partes con la falta de palabra, con la crueldad, con el desprecio de toda religion natural ó positiva; si bien procuraba cubrir y disimular estos defectos (que los conocia) con el agrado y afabilidad que le hacian bien quisto. Desde que tomó las riendas del gobierno y conquista de España, primero por aclamacion del ejército, y despues por asenso de su Senado, comenzó á revolver en su ánimo el rompimiento con Roma. Mientras iba madurando empresa tan audaz y grande para un jóven, siguiendo el ejemplo de su cuñado Asdrúbal, celebró su casamiento en Cartagena con una señora principal llamada *Himilce*, natural de la ciudad de Castulon sita donde hoy Cazlona. Las ruinas de Castulon se ven aun á una legua de Linares, y se llaman *los cortijos de Cazlona*. Silio Itálico nos indica la ascendencia de Himilce, que aunque poética y sospechosa para historia, no tenemos otra mas ni menos segura. Con este enlace creció mucho en España el poder y crédito de Anibal; y se ganó el afecto de los españoles que le miraban como español, siendo sabido lo que puede la influencia de las mujeres en el ánimo de sus maridos. A correr turbias



las cosas, no podían faltar en España parciales de Anibal, y ser españoles los hijos que tuviese. Descubrió Anibal y benefició las abundantes minas de plata y oro, que aun se llaman *los pozos de Anibal*, de los cuales sacó tesoros inmensos. Segun escribe Plinio en su libro XXXIII, capítulo 6, uno de aquellos pozos llamado *Bébulo*, le daba diariamente 300 libras de plata. Esta grande riqueza, junta con las grandes contribuciones de las provincias ya subyugadas, le daban aliento para proyectar su tránsito á la Italia contra la misma Roma; deseo que ya habia mostrado su padre Amilcar. Propúsose comenzar el rompimiento por la ciudad de Sagunto, aunque de éxito dudoso y aventurado por lo fuerte de su situacion natural, y mucho mas por el invencible valor de sus ciudadanos. No dudaba de que tomada Sagunto, nadie se le podia resistir en el resto de España hasta los Pirineos; pero aun no habia podido hallar una causa que diese color al rompimiento de las antiguas alianzas de Roma y Cartago.

2. Mientras la discurria ó el tiempo se la daba, salió de Cartagena con ejército de africanos contra los pueblos olcades, cuya capital era Altea. No sabemos bien qué pueblos fueron estos olcades. Algunos escritores imaginan eran los comarcanos á Uclés, Orgaz, Ocaña, sin otra razon que la tal cual semejanza del nombre; pero todo esto me parece tiempo perdido mientras no se descubran monumentos mas admisibles. Entre tanto diré, que ni Orgaz, Uclés, ni Ocaña pudieron ser los olcades antiguos, hallándose aquellos en la Carpetaña, y Livio con Polivio distinguen á los olcades



de los carpetanos. Polibio y Estéfano llaman *Althaca* (Althaca) á la capital de los olcades, como contermina de Cartagena: Livio la llama *Carteya*. Esta variedad ocasionó disputa entre Pedro Mantuano y Tomás Tamayo, aquel impugnando á Mariana y éste defendiéndole. Resultó el que muchos escritores anden buscando por España otra *Carteya* que la célebre que hubo sobre el Estrecho de Gibraltar. Sigonio corrigió á Livio por Polibio y por Estéfano; y esto es lo mas conforme, como se puede deducir de este autor, verbo *Althaca* y *Olcades*, y las ilustraciones del sábio Pinedo. Puso Anibal sitio á dicha capital Altea, la tomó presto por fuerza y la puso al saco. Esto amilanó tanto á los pueblos menores del distrito que de contado se le rindieron, le prestaron obediencia, y se le hicieron tributarios. Con tanto regresó á Cartagena cargado de riquezas y tomó cuarteles de invierno.

219. 3. Venida la primavera del año 219 antes de Cristo, movió Anibal contra los Vaccéos, region sita á las riberas del Duero en tierra de Campos, llevando á sangre y fuego cuanto se le resistia y defendia. Combatió y tomó las ciudades de Salamanca y Albócola; si bien la segunda le costó mucha sangre. Parece que en la toma de Salamanca sucedió la insigne prueba de valor que dieron sus ciudadanas, segun la refiere Plutarco en el libro *Del valor de las mujeres*. Teniendo Anibal, dice Plutarco, sitiada la ciudad de Salamanca, temerosos los ciudadanos del inminente peligro, prometieron estar á su mandado, y darle 300 talentos de plata si quitaba el sitio. Concedióselo Anibal, cesó el combate de los muros, y movió el campo á



*batir otros pueblos, dándoles tiempo de juntar el dinero prometido. Los necios salamanquinos, creyéndose ya libres del riesgo, no estuvieron á lo pactado, no obstante haber dado trescientas personas en rehenes. Revolvió sobre ellos Anibal, y combatió la ciudad con mayor rigor que antes, y queriendo ellos entrar en un nuevo trato, no les otorgó mas que la vida. Mandó salir luego de la ciudad á todos sus habitantes para saquearla, registrando á los hombres por si sacaban alhajas ocultas. Observaron las mujeres que las dejaban salir sin aquel registro, y en lugar de sacar escondidas sus mejores joyas y preseas, sacaron debajo de sus túnicas las espadas y demás armas que pudieron. Evacuada la ciudad y llevados sus moradores al arrabal por una corta guardia de cartagineses, fue entregada al sacomano. Entonces los que guardaban á los salamanquinos, envidiosos de la presa de los otros, abandonaron el puesto y corrieron á la ciudad á gozar del robo. Los salamanquinos que se vieron sin guardia, aprovechándose de tan oportuna casualidad, y animados por las mujeres, acometieron á unos pocos que de la guardia habian quedado, los degollaron de golpe, y huyeron á la montaña. El hecho no fue prudente, mirado el estado en que se hallaban; pero es de loar el ánimo de las salamanquinas, que pusieron las armas en las manos de sus maridos y conciudadanos, para desahogar de algun modo la desesperacion de verse despojadas de sus bienes y hogares.*

4. Los salamanquinos fugitivos se fueron á juntar con los arbocoleses tambien expatriados, y unidos unos y otros, se agregaron á los olcades ó alteanos, que tambien andaban vagos, por miedo



de Anibal. Corrian la Carpetania cuidando mover sus pueblos contra el comun enemigo; y los carpetanos no se detuvieron en unirse con ellos. En pocos dias formaron un ejército de cien mil hombres. Fuerzas ciertamente formidables si pudieran pelear en campo abierto y espacioso; pero lo evitó Anibal conociendo el peligro de tanta muchedumbre. Creyeron los españoles que Anibal les tenía miedo, y le seguian muy á los alcances. Iban los cartagineses cargados con la presa de tantos robos, y por lo mismo no dejaron los nuestros de molestarles mucho en sus marchas, matándoles gente y quitándoles el hurto. Mas Anibal, como soldado inteligente, siempre rehusó batalla campal, hasta llegar á paraje en que se pudiera valer de sus ardidés. Llegó por fin una tarde á las márgenes del Tajo, y puso su real en ellas. Lo mismo hicieron los españoles á poca distancia del enemigo, como las otras noches habian hecho. Pareció á Anibal ocasion y lugar oportuno para derrotar á los nuestros en el paso del rio, y lo vadeó con todo su ejército en el cuarto de prima. Sentó su real á la margen opuesta mas abajo del vado, con intento de atacar á los españoles en el rio si se atrevian á pasarlo como creia, ó bien librarse de sus ataques en la marcha, si no lo pasasen. Para conseguir completamente su proyecto, dió las órdenes á su caballería para que no los acometiese hasta que comenzasen á vencer y ganar lo mas hondo del rio; y además puso en hilera cuarenta elefantes á la margen, que los matasen como fuesen saliendo del agua los que se librasen de los caballos.

5 A la primera luz del dia vieron los españo-



les que los cartagineses habian pasado el rio durante la noche ; y teniendo por cierto era temor y fuga por considerarse con menores fuerzas , no se detuvieron en echarse al agua suponiendo que solo tardarian en vencerlos lo que tardasen en pasar el rio. La poca disciplina militar de aquella pobre gente no dejó viesen el peligro á que se arrojaban , mayormente no teniendo caballería que contraponer á la cartaginesa , ni modo de resistir al ímpetu de los elefantes. Alzada pues la gritería de costumbre , se arrojaron al agua temerariamente y sin órden alguno , por donde mas pronto pudieron. Esto esperaba Anibal. Aguardó su caballería el momento oportuno , y saltó sobre los mas audaces y lijeros que se la acercaron. Aquellos hombres aturdidos y sin conocimientos militares , que apenas podian hacer pie dentro del agua , fueron en pocos momentos desdichada víctima de la caballería cartaginesa sin el menor trabajo ni peligro. No podian los infelices huir ni defenderse , y murieron allí la mayor parte heridos y ahogados. Los pocos que por desgracia ganaron la márgen enemiga fueron destrozados por los elefantes , sin que la infantería cartaginesa necesitase desnudar la espada. Y por fin , los que vista la muerte de sus compañeros pudieron retroceder , medrosos , mojados y aturdidos , fueron igualmente deshechos por Anibal , que repasando brevemente el rio , los dispersó por veredas infinitas. Con esta ventaja y miedo derramado , revolvió contra los pueblos carpetanos : los asoló , taló , y saqueó cuanto algo valia , de forma , que dentro de pocos dias hubieron de estar á su obediencia. La ciudad de *Albócela*,



*Arbócola*, *Arbócala* ó *Arbúcula*, que tan variamente como esto la hallamos escrita en los antiguos, ignoramos cuál sea y á quien corresponda. Quieren algunos fuese la moderna *Arévalo*, por una leve semejanza del sonido: mas esta razon es muy débil. Tampoco podemos asegurar que la *Helmantica* de Polibio y *Helmandica* de Livio, aun suponiendo sea una ciudad misma, corresponda á Salamanca. No hago la reflexion que pudiera, si la *vida de Anibal* atribuida á Plutarco fuera realmente suya. No queda ya duda la fingió Donato Acciaiuoli.

## CAPITULO VI.

### Guerra saguntina y destruccion de Sagunto.

1. Con la referida victoria de Anibal, y el terror esparcido por el resto de España, quedó toda la Ulterior por Cartago, á excepcion de la ciudad de Sagunto. Era ya máxima y consejo de Amilcar no tocar á Sagunto hasta despues de sujeta á Cartago toda la España Ulterior. Ahora ya no dudaban los saguntinos serian incomodados por Anibal como amigos de Roma, pues á quien los busca nunca faltan motivos de rompimiento, aunque sean aparentes, como tenga fuerzas para sostenerle. Hallólos brevemente Anibal en ciertas reyertas y diferencias movidas entre los saguntinos y los turboletanos, amigos de Cartago. Livio los llama siempre *turdetanos*, y *confinantes* con el campo saguntino. La notable distancia de mas de cien leguas entre Turdeto y Sagunto, persuade, que Li-



vio no los pudo llamar *confinantes* (finitimis), y debemos recurrir á Apiano que les llama *turboletas*, entendiendo sin duda los habitantes de la ciudad de *Túrbola* ó *Túrbula*, que Ptolomeo sitúa en Bastitania. Con esta suposición parece podemos corregir á Livio, leyendo *turboletanos* por *turdetanos*. Mi dictámen es que los turboletanos desavenidos con Sagunto eran los de Teruel. Livio en el libro XXIII, cap. 28, nombra la ciudad de *Turba*; pero por cuanto entonces la *Túrbula*, rival de Sagunto, ya no existía, debía de ser otra ciudad, á no ser que hubiera sido reedificada. Vicente Noguera en sus *Ilustraciones á la historia de Juan de Mariana*, retiene en Apiano la voz *turdetanos* que no hay en su texto. En el cap. 7 del libro II acabaremos de aclarar esta duda si podemos.

2. Entre los saguntinos algunos inclinados á Cartago, consideraban prudentemente que los romanos estaban demasiado lejos para amigos, y los cartagineses muy cercanos para enemigos. Aparentó Anibal hacerse medianero en las diferencias de turboletanos y saguntinos, y poner paz entre ellos; pero realmente deseaba lo contrario. Envió á Cartago algunos turboletanos principales, acompañados de sus confidentes, que levantasen el grito en aquel Senado contra Sagunto, exagerando las vejaciones que padecían por los saguntinos, fiados en la protección de Roma, con otras acusaciones falsas ó verdaderas, que Anibal sabría ponderar en sus cartas al Senado, en que por la mayor parte mentía. Una de sus falsedades era decir que Roma solicitaba por medio de los saguntinos, que los

:



pueblos de la España Ulterior sujetos á Cartago, la dejasen y se pasasen al auxilio de Roma. Tantas veces y de tantos modos repitió esta falsa queja á su república, que por último logró ser creído, y que se dejase en su mano la suerte de Sagunto. Con esta seguridad y poder, hizo venir á su presencia los principales saguntinos socolor de componer sus diferencias con los turboletanos; pero habiéndole los legados de Sagunto respondido que su ciudad haría en aquel negocio lo que Roma determinase, se desabrió Anibal en tanto grado, que les mandó salir al punto de sus reales. Con tanto ya se detuvo poco en mover contra Sagunto. Los ciudadanos al ver la gravísima tempestad que les amenazaba de cerca, despacharon sus embajadores á Roma, dando la noticia del peligroso estado de sus cosas, y pidiendo breve socorro. Eran Cónsules este año M. Livio Salinator y L. Emilio Paulo, los cuales introdujeron en el Senado á los enviados de Sagunto. Fueron oídos con aplauso, y se decretó enviar legados á España que examinasen las cosas que los saguntinos acababan de referir, y en caso necesario intimasen á Anibal no los molestase ni vejase de modo alguno, como que Sagunto era amiga y confederada del pueblo Romano. Decretada esta legacía, y aun antes de salir de Roma, he aquí que llega la noticia de que Anibal ya combatía las murallas de Sagunto. Con esta novedad trátase de nuevo el asunto en el Senado: dividense los votos en varios pareceres. Unos son de dictámen se sorteen al punto las provincias de Africa y España á los Cónsules, y se muevan luego las armas de mar y tierra contra Cartago.



Otros creen debia dirigirse la guerra contra Anibal mismo. Otros finalmente fueron de sentir que las armas no se debian mover á ciegas y arrebatadamente, sino enviar legados á España, y segun su relacion resolver lo conveniente. Este parecer fué el adoptado por mas prudente y seguro, y desde luego fueron enviados P. Valerio Flacco, y Q. Bebio Tanfilo. Traian órden de que si Anibal no levantaba luego su campo de Sagunto, y continuase en hostilizarlo, pasasen á Cartago, y en pleno Senado pidiesen el castigo de Anibal, en pena de quebrantar las alianzas y pactos que ambas repúblicas habian contraido.

3. Mientras andaban estas negociaciones que no podian ser muy aprisa, era Sagunto combatida con la mayor furia por Anibal, con 150,000 infantes segun escriben Polibio y Livio, á los cuales Eutropio añade 20,000 caballos. Juan de Mariana citando á Polibio dice era esto por el mes de Septiembre, Polibio dice fué por primavera, y Mariana debió de fiar de Ocampo que lo creyó así. En el libro IV afirma Polibio, que ganada Sagunto tomó Anibal cuarteles de invierno; y es sabido que el sitio de Sagunto duró ocho meses. Antes de ponerla sitio, corrió Anibal el hermoso y fértil campo saguntino, saqueó sus pueblos y lo estragó todo. Sitiada la ciudad, la combatió de continuo por tres partes, á saber: Mediodia, Norte y Oriente. Por la del Norte comenzó la batería de arietes y ballestas que por mirar al valle y rio parecia la mas flaca: pero no le fué tan favorable como parecia. Lo recio de los muros y la valerosa resistencia de la juventud saguntina, que era mucha,



le engañaron. Probólo Anibal bien á su costa en sí mismo. Aproximóse un dia á los muros para dar ejemplo á su gente, y le acertó una flecha, disparada de los adarves, que le atravesó un muslo. Si el flechero hubiera levantado un poco la puntería, hubiera libertado á su patria y á Roma de los furros de Anibal; pues apenas habia en Cartago quien le reemplazase. La herida fué grave, pero no mortal ni peligrosa por estar en el muslo. Sin embargo, mientras se curaba, cesaron algo los combates de los ingenios militares y no faltó turbacion en los reales enemigos. Pero sanó pronto Anibal, y continuó con nueva rabia y fuerza el combate de la plaza.

4. No se contentaban los saguntinos con la defensiva: hacian frecuentes salidas contra los sitiadores, aunque tan superiores en número, y por lo mismo sus choques eran tumultuarios: pero nunca morian mas saguntinos que cartagineses. Al importuno golpe de los arietes, ballestas y catapultas, cayó la gran torre que miraba al valle con otras á ella cercanas, y mucha porcion del muro antiguo, de forma que la plaza se miró abierta por aquella parte. Cargaron allí los enemigos con todo su grueso: pero todavía fueron rechazados con un valor heróico, peleando unos y otros sobre las ruinas. Cansáronse los cartagineses de tan porfiada resistencia y notable pérdida de gente, y se retiraron á sus reales precipitadamente, y hasta ellos fueron seguidos en alcance por los saguntinos, con estrago de muchos.

5. A la sazón misma llegaron á la playa de Sagunto los legados romanos P. Valerio y Q. Be-



bio. Dieron parte á Anibal de su arribo: pero no les quiso dar audiencia pretestando no estaban allí seguros un instante de los furoros de su tropa. Además, que ni él tenia lugar oportuno para oirlos, á vista de un enemigo tan feroz y resuelto, que le acababa de arredrar, seguir y cerrar en sus reales, con bastante desdoro suyo. Con tanto los embajadores partieron para Cartago al tenor de las instrucciones que traian; y llegados allá y admitidos en el Senado se quejaron agriamente de los procedimientos de Anibal, y confederaciones quebrantadas. Pidieron que Anibal fuese entregado á Roma que le castigase condignamente; pues no podian sospechar que Anibal procediese así por orden de su república, ni bastaban otras satisfacciones para que perseverasen en su vigor las alianzas antiguas. Annón, uno del partido de los Edos enemigos de los Barcas, habló en el Senado con energía contra los procederes de Anibal, y en favor de las alianzas de las dos repúblicas: pero como Anibal tenia de su parte casi todo el Senado de Cartago, seducido y embelesado por sus cartas, amigos, dádivas, y aun inclinacion á sus brios militares, no hubo quien tuviese por necesario responder lo que Annón habia dicho. Por el contrario le notaron de haber hablado contra la patria mas gravemente que los mismos enviados de Roma. Dióseles por respuesta: *Que los saguntinos y no Anibal habian encendido aquella guerra, y que Roma procedia mal anteponiendo la amistad de un pueblo como Sagunto á las antiguas alianzas con una república como Cartago.*

6. Mientras que Roma perdia el tiempo en



estas perezosas diligencias, acordó tambien Anibal dar algun descanso á sus fatigados ejércitos. Nacióle por entonces un hijo de Himilce su consorte, á quien nuestros historiadores llaman *Aspar*, si bien los antiguos no lo nombran. Por este nacimiento hubo en los reales mucho regocijo. Aprovecháronse los saguntinos de este intervalo para reparar sus muros del mejor modo posible, sin descansar un momento dia y noche.

7. Pero la calma duró poco. Reparados en breves dias los cartagineses de las pasadas fatigas, y halagados con el saco de la ciudad que les ofreció Anibal, continuaron sus combates con nuevo y mayor empeño. Alentábalos Anibal desde una torre de madera que habia construido mas alta que los muros de la ciudad, y conduciéndola sobre ruedas á su derredor, observaba la parte mas flaca y de menos resistencia. Vióla en efecto, y retirando de los adarves á los defensores con una lluvia de dardos y piedras, destacó quinientos gastadores que por aquel paraje abriesen portillo. Consiguióse fácilmente, pues las piedras no estaban unidas y trabadas con mortero sino con lodo, segun estilo antiguo de edificar; tanto que la muralla se venia abajo en mayor porcion que lo que las herramientas herian.

8. Abierta la brecha, entraron en la ciudad los enemigos, y se fortificaron en una eminencia bastante elevada, colocando allí sus máquinas de guerra y combatiendo reciamente lo restante de la ciudad adonde los defensores se habian retirado, y cercado de reparos el recinto que les quedaba. Débiles defensas á tanta muchedumbre, que ya



se miraba victoriosa, y como suyo un riquísimo despojo! Ibase diariamente reduciendo á menos lo que de la ciudad quedaba á los saguntinos, y todo se estrechaba; mas aunque faltos de vitualla, auxilios y pertrechos de guerra, todavía peleaban obstinadamente. Mas les fatigaba la sed y el hambre, que la furia del enemigo. Comianse los cuerpos de los que morian peleando, y mitigaban algo la sed lamiendo por la mañana el rocío de las yerbas.

9. Situacion tan lastimosa pareció prometerse algun alivio con una ausencia que hubo de hacer Anibal. Los pueblos oretanos y carpetanos se movieron contra varias partidas de cartagineses que á la fuerza alistaban gentes para el reemplazo de sus ejércitos en España. Hubo de correr Anibal allá con un fuerte destacamento del sitio de Sagunto. Creian los saguntinos que si la ausencia era considerable, y entraba el invierno, podrian respirar un poco de sus fatigas, reforzar sus muros y defensas, y venir auxilio de Roma. Pero nada hubo mas que las esperanzas y deseos. Maharbal, hijo de Himilcon, que habia quedado por lugar-teniente de Anibal, quiso señalarse en el sitio, y dar muestra de que podia muy bien hacer las veces del general, procurando que los saguntinos no le echasen menos, ni conociesen su falta. Reprimió las ordinarias salidas de la plaza, derribóles con tres arietes una parte del muro interior recién edificado, ganóles otra porcion de la ciudad, y redujo á los valientes saguntinos á mayor estrechura.

10. Domados á la fuerza los manchegos, re-



gresó Anibal mucho mas poderoso con multitud de gente reclutada en aquellas regiones; y llegó al sitio en ocasion, que Maharbal acababa de romper otro lienzo de muralla. Metióse por la rotura tanto número de cartagineses, que tomaron por asalto mucha parte del castillo. Este nuevo desastre consternó de suerte los ánimos de los saguntinos, que ya no dudaron de su total ruina: pero todavía su semblante no daba seña de temor ni abatimiento alguno, ni menos indicio de tentar convenio con Anibal. Solo Alcon, noble saguntino, resolvió tentar el mas decente que pudiese para su patria, sin comunicarlo á nadie. En el silencio de la noche se pasó al campo del enemigo, y prevenido de súplicas y persuasiones, procuró inclinar el ánimo de Anibal, á que concediese á los saguntinos algunas condiciones honestas de ponerse en sus manos, atendido á que no habian hecho nada mas que lo que debe hacer todo ciudadano en defensa de su patria. No hubo ruego ni razon alguna decente que Alcon no emplease con Anibal: pero nada bastó para que lograse condiciones menos duras que las siguientes.

1.<sup>a</sup> *Los saguntinos restituyan á los turboletas lo que los hayan ocupado durante sus desavenencias.*

2.<sup>a</sup> *Entreguen al punto cuanto oro, plata y joyas haya en la ciudad, sin excepcion alguna.*

3.<sup>a</sup> *Saldrán de la ciudad con solo su vestido ordinario, y todos unidos irán á donde se les mande.*

11. Alcon, que conocia bien á sus conciudadanos, no tuvo ánimo para volver á ellos con tan dura respuesta, y se quedó en el campo de Anibal



sín saber á qué resolverse. Entonces Alorco, soldado español que militaba con Anibal, y habia vivido algun tiempo en Sagunto, movido del afecto que á la ciudad habia tomado, se encargó de llevar al Senado aquellas condiciones, que si bien eran extraordinariamente pesadas y desabridas, no quedaba otro camino de salvar las preciosas vidas de ciudadanos tan valerosos, en defensa de su libertad y patria. Entróse pues Alorco en el recinto de la ciudad que á los saguntinos quedaba por el nuevo portillo, y rindiendo las armas á los que guardaban el puesto, en señal de que venia con trato, pidió le condujesen al Senado, á quien *tenia que proponer cosas en su provecho*. Juntóse mucho pueblo para ver y honrar á Alorco como embajador y amigo, no dudando de que traeria algun alivio á tan extremas calamidades. Y así, acompañado del gentío hasta el Senado, y quedado solo con los senadores y algunos principales de la ciudad y milicia, habló en los términos siguientes:

12. « Si como Alcon vuestro ciudadano, salió al campo de Anibal con designio de tratar una paz honrosa, hubiera vuelto á vosotros con las condiciones de ella, me hubiera escusado esta venida. Pero por cuanto se quedó en el campo enemigo, mostrando miedo de volver, ya fuese verdadero, ya simulado, yo, por el buen hospedaje que os merecí en otro tiempo, me he resuelto de venir á deciros que Anibal os otorga algunas condiciones de paz, á fin de que vuestras vidas y patria no lleguen al postrer exterminio. Tráeme á vosotros únicamente la voluntad y afecto que os



conservo; y de esta verdad me será garante el que mientras os he considerado con ánimos y fuerzas para defender la patria, y tolerar el sitio, ó bien mientras venia el esperado auxilio de Roma, no quise proponeros paz alguna con Anibal. Pero viendo que ya no os queda esperanza de socorro, ni vuestras armas y fortaleza os pueden proteger un solo dia, me he determinado á traer os una paz realmente mas precisa y necesaria que tolerable y humana. Os queda, señores y amigos, esperanza de convenio, en caso de que segun el término con que lo concede Anibal vencedor, lo recibais vencidos. Segun la ley de las armas, todo lo vencido es del vencedor; y parece debeis aceptar como don y gracia lo que Anibal quiera dejaros. Las condiciones de esta paz son: 1.<sup>a</sup> *Que vuestra ciudad aunque ya casi toda ruinas ha de ser suya: mas os dará territorio donde fundeis otra.* 2.<sup>a</sup> *Que le debeis entregar sin alguna reserva todo el oro, plata y tesoros que tenga Sagunto y sus habitantes.* Y 3.<sup>a</sup> *Que todos ellos salgan de sus muros sin armas, y sin mas bienes que dos vestidos (1).* Esto es lo que el vencedor os manda; y aunque veo cuán graves son las condiciones que os impone, tambien advertido no permite rehusarlas el estado de vuestras cosas. Sin embargo no desconfio, de que ponién-

---

(1) *En las condiciones dadas por Anibal al saguntino Alcon, solo permitia sacar á cada uno su propio vestido. Aquí se dice que dos. Es creíble que Anibal añadiese esta pequeña gracia, al ver que Alcon no habia tenido ánimo para volver á la ciudad con tan duras condiciones.*









### Sagunto destruida.

*Al ver las mugeres y ancianos de Sagunto que perecian sus últimos guerreros, mataron á sus tiernos hijos; y arrojándose luego estos inimitables españoles unos al propio acero, y otros al fuego que consumia ya los edificios, solo pudo el cartaginés apoderarse de cadaveres y escombros. Frustrar asi el vencido al vencedor su triunfo, es dexarle la fortuna, y llevarse el honor de la victoria.*



doos en sus manos, use de alguna moderacion y templanza en el cumplimiento de tales pactos. Aun cuando nada rebajare de lo mandado, soy de dictámen es menos mal tolerarlo, que ser todos pasados á cuchillo, ó quedar esclavos del vencedor segun el derecho de la guerra.»

13. Mientras Alorco referia la propuesta al Senado, se fueron acercando muchos ciudadanos, deseosos de saber la suma de su venida. Y en el momento que llegaron á saber las condiciones que Anibal les imponia, fue tanta la furia y la indignacion de todos, que sin responder á Alorco palabra ninguna, mandaron los senadores juntar al punto en la plaza cuantas riquezas en la ciudad habia, como si se preparasen para Anibal. Cumplida la orden sin dilacion alguna, pusieron fuego á todas las alhajas, oro, plata, ropas y cuanto podia valer algo, mezclando mucha cantidad de bronce, cobre, plomo y demás metales viles, para que el precioso quedase adulterado y corrompido. Cebado el fuego vorazmente en aquel monton de tesoros y leña, y levantada la llama hasta los cielos, se comenzaron á arrojar en ella la mayor parte de los ciudadanos. Otros se encerraron en sus casas con toda su familia, las pusieron fuego y murieron abrasados. Otros se mataron á sí mismos y mataron á sus conciudadanos por mil modos exquisitos, hijos todos de las iras y desesperacion que los agitaba. Y otros finalmente prefirieron morir entre las espadas enemigas, queriendo mas vender á buen precio sus vidas, que sobrevivir ó ver el destrozo de la patria sin daño del enemigo.



14. En medio de tanta confusion y presura, se cayó por sí mismo y entero un torreón del castillo. Entraron por allí los enemigos á millares, y como no viesen á nadie que les resistiese ni defendiese el puesto, dieron aviso á Anibal. Mandó éste al momento el asalto general por todas partes, y brevemente se apoderó del resto de la ciudad, pasando á filo de espada los pocos saguntinos que hallaron, sin distincion de sexos, exceptuados únicamente los niños. Todavía fueron considerables las riquezas halladas en Sagunto, cuya preciosa parte fue enviada á Cartago. Pero si los saguntinos hubieran tenido lugar de quemarlo todo antes de quitarse la vida, poco fruto sacára Cartago de esta victoria. Como quiera, no dejó de sorprenderla mucho una accion tan heróica, sin otra causa que guardar á Roma la fe prometida: hecho que no tenia ejemplar en las historias; dejando para triunfo de Anibal victorioso, un monton de cenizas y ruinas.

15. Esta fue la desgraciada suerte de la célebre Sagunto, al cabo de ocho meses de sitio (1), y á los 900 años de su fundacion, si creemos á Plinio que la pone 200 antes de la destruccion de Troya. Numancia y Astapa siguieron despues la resolucion heróica de Sagunto. Saqueada pues la ciudad y repartida la presa, dispuso Anibal se restaurase Sagunto del mejor modo posible, principalmente el castillo, y la hizo colonia de

---

(1) *Floro dice que nueve: Aurelio Victor que seis.*



Cartago. Con tanto, regresó á Cartagena, donde deliberaba formar ejército competente con que marchar á Italia el año próximo; porque como se colige de Apiano, perdió Anibal mas de sesenta mil hombres en el sitio y toma de Sagunto.

16. Casi á un mismo tiempo llegaron á Roma P. Valerio y Q. Bebio de vuelta de Cartago, (como ya dijimos) y la noticia de la ruina de Sagunto por Anibal. Fue tal el pesar y sentimiento del Senado por haber dilatado incautamente el socorro de aquella fidelísima ciudad, y por el fin infelicísimo de sus incomparables guerreros, que Roma se cubrió de luto y tristeza. Tuvo además su poco de miedo, considerando que Anibal con las inmensas riquezas de España y auxilios de Cartago no dejaria de irlos á buscar en su capital misma. Reflexion tan fundada apenas dejaba al Senado discurrir lo conveniente para poder acudir á todo: pero por fin acordó enviar á Cartago cinco embajadores, que fueron Q. Fabio, L. Emilio, C. Licinio y Q. Bebio, el mismo que acababa de llegar de Cartago. La suma de la legacia era saber si Anibal habia destruido á Sagunto por órden del Senado, ó por autoridad propia. Recibidos en Senado pleno, hizo Q. Fabio la referida pregunta sin añadir otras palabras, ni dar ningunas quejas. Extrañaron los senadores una pregunta tan seca y perentoria: pero como Fabio ni sus compañeros no añadiesen cosa alguna, tomó la palabra uno de los primeros senadores, y habló de la forma siguiente:

17. *Vana fue, y muy poco meditada, ó romanos, la legacia que últimamente nos enviasteis, pi-*



*diéndonos os entregásemos la persona de Anibal cuando tenia sitiada á Sagunto , suponiendo lo hacia de su autoridad propia : la que traeis ahora es en las palabras menos acerba ; pero mucho mas en la sustancia. Porque si aquella se dirigia contra Anibal, esta viene contra nosotros y entero Senado , solicitando confesemos tener culpa , y quedemos responsables de ella. Yo entiendo no se ha de buscar aqui si Sagunto ha sido tomada por autoridad pública ó privada , sino , si lo ha sido con justicia ó sin ella. La primera discusion á nadie pertenece sino á nosotros mismos , haciendo venir á nuestro ciudadano que nos haga constar en juicio , que sus operaciones corresponden á las órdenes que le tenemos dadas. A vosotros os resta la segunda, que es discutir si mediante las alianzas y pactos entre las dos repúblicas fue justa ó no la guerra saguntina. Pero para que no se ignore qué es lo que los generales ejecutan por órdenes de su Senado , y qué por arbitrio propio, sabed , que nosotros tenemos sentada confederacion con Roma siendo su cónsul Lutacio , en la cual quedaron comprendidos los amigos y aliados de ambas repúblicas respectivamente ; pero de Sagunto no se hizo memoria , por no ser entonces aun amiga vuestra. Es verdad que los saguntinos fueron exceptuados despues en los tratados con Asdrúbal ; pero contra esto nada diré que no me lo hayais enseñado vosotros. Nos venisteis diciendo , que Roma no estaba tenida á pasar por lo que Lutacio habia pactado con nosotros , por haber este cónsul firmado los pactos y convenios sin autoridad del pueblo Romano. Por lo cual acordásteis que el tratado se hiciese de nuevo con autoridad pública. Si no que-*



*reis pasar por los pactos y transacciones hechas sin orden expresa de vuestro Senado y pueblo, tampoco nos pudo ligar á nosotros el convenio con Asdrúbal, acordado sin nuestra noticia. Dejad, pues, ya de repetirnos á cada momento la memoria de Sagunto: la memoria del Ebro. Acabe una vez de parir vuestro ánimo, que hace tanto tiempo que está de parto.*

18. Polibio defiende bien á Roma sobre la nota que la impone este senador cartaginés en su arenga; y niega con toda justicia que Anibal ni Cartago tuviesen derecho ni razon alguna de destruir á Sagunto. En esto no desconviene ninguno de los antiguos historiadores; pero Anibal desconocia y despreciaba toda justicia, todas las religiones, aun la natural misma.

19. Concluido aquel razonamiento, Q. Fabio, que era el principal en aquella legacia, recogiendo en la mano parte de la toga, dijo: *No hay para que nos detengamos en razonamientos y discursos. En este seno de mi toga viene la paz y la guerra: tomad la que mas os acomode.* Respondióle todo el Senado, *les diese de las dos la que quisiese.* Entonces Fabio soltando libre la toga recogida, dijo: *Pues tomad la guerra.* A lo que contestó el Senado, *que la aceptaba gustoso, y que presto mostraria el ánimo con que la habia aceptado.* Con tanto, los embajadores romanos se embarcaron para España (segun encargo tenian de Roma) con objeto de conciliarse la voluntad de los españoles, al tenor de las circunstancias y tiempos: principalmente enjugar las lágrimas de Sagunto si la cupiese consuelo. Tomaron tierra en los pueblos *bargusios*, lla-



mados tambien *ceretanos*, sitios en el Pirineo, donde ahora está Berga. Ganáronlos fácilmente, con otros cercanos al Ebro, por hallarse desabridos y disgustados de la crueldad cartaginesa, y deseosos de mudar fortuna. No les fue tan bien con los volcianos, que no sabemos á quiénes hoy corresponden, aunque no debian de estar muy apartados del Ebro. Apenas les propusieron la amistad con Roma, les respondió uno de los ancianos: *¿Cómo tenéis, ó romanos, cara para pedir á nadie prefiera vuestra amistad á la de Cartago, cuando los infelices saguntinos que así lo hicieron, fueron vendidos por vosotros aun mas cruelmente que destruidos por Anibal? Id á procuraros amigos y ganar aliados donde se ignore la tragedia de Sagunto. Su lamentable ruina, al paso que cubre de compasion á todos los pueblos de España, les servirá tambien de perenne documento para no fiar nunca de la amistad de Roma.* Dicho esto les mandaron salir de su territorio. Fué tan aplaudido el discurso de aquel anciano, que corrió brevemente por los pueblos de España, haciendo tal impresion en ellos, que por mas que aquellos romanos hicieron, corriéndola toda, no pudieron hallar acogida en pueblo alguno, fuera de los arriba nombrados á la otra parte del Ebro. Aun sufrieron la misma repulsa en las Galias á que luego pasaron; hasta que con este mal despacho hubieron de marchar á Roma. No hay escritor alguno aun romano, que no culpe agriamente al Senado su descuido y negligencia en socorrer á Sagunto, dejando perecer una ciudad tan fiel y valerosa, considerando el ardimiento de Anibal; pues aunque mas adelante vengó Roma lar-



gamente á su amiga, nunca pudo lavar la mancha, ni desmentir al anciano de Volcia.

## CAPITULO VII.

Dispónese Anibal para pasar á Italia, y su marcha por los Alpes.

1. Durante el invierno puso Anibal todo su conato y actividad en las prevenciones para marchar á la Italia. Habia dado permiso á los soldados españoles para invernar en sus casas, con órden expresa de restituirse á sus respectivos cuerpos al principio de primavera. Pasó luego á Cádiz á tributar sus votos y sacrificios exteriores á Hércules Gaditano, en el celebérrimo templo que allí tenia, cuyos fundamentos aun perseveran debajo de las aguas, y se divisan en algunos bajamares.

2. Venida pues la primavera del año de 218 antes de la venida de Cristo, regresó la gente á sus banderas. Formó Anibal tres cuerpos: uno destinado á la custodia de Cartago y toda la costa Africana, por las invasiones que podian hacer los romanos á fin de divertirle de la guerra de Italia. Este cuerpo de tropas era todo de españoles, entre los cuales habia ochocientos setenta honderos mallorquines; componiendo todos un grueso de trece mil ochocientos cincuenta infantes y mil doscientos caballos. El segundo cuerpo, compuesto todo de africanos, se quedó en guarda de España al mando de su hermano Asdrúbal, y constaba de once mil ochocientos cincuenta infantes, con dos mil trescientos

:



tos cincuenta caballos. Agrególes ochocientos cincuenta ligures ó gonoveres, trescientos honderos mallorquines, catorce elefantes y treinta y siete naves armadas, con otras veinte que se podían armar en caso necesario.

3. Con el ejército tercero, que constaba de noventa mil infantes y doce mil caballos (aunque en estos números hay alguna ligera variedad en los autores) se quedó Anibal. Lo notable es que dejase los africanos en guarda de España, y españoles en guarda del Africa. Debióselo de dictar así su política, según las circunstancias de los tiempos, pues no era fácil que nuestros pueblos se pasasen al partido de Roma, tanto por los africanos que los guardaban, cuanto para que los españoles enviados al Africa fuesen mejores soldados, lejos de sus casas. *Ut Afri in Hispania, escribe Livio, Hispani in Africa, melior procul ab domo futurus uterque miles, velut mutuis pignoribus obligati stipendia facerent.* Para mas asegurarse de España, pidió á nuestras ciudades muchísimos rehenes, entre los cuales hubo cuatrocientos jóvenes de la primera nobleza, mandándolos guardar en Sagunto á Bostar, noble cartaginés, que mas adelante fue engañado como veremos.

4. Con el tercer ejército ya nombrado, tomó Anibal el camino de Italia, por la ciudad de Etovisa hácia el Ebro y costas del Mediterráneo. No sabemos á qué pueblo pertenece Etovisa ó Etobesa; pero según Tolomeo estaba en los edetanos; pues Anibal viniendo de Cartagena para el Ebro, pasó por ella. Florian de Ocampo la reduce á la que llaman aun hoy *Valencia la vieja*; pero se engaña



mucho porque esta se llamó *Palencia*, y de ella haremos mencion en el capítulo 7 del libro III. Pasó Anibal el Ebro dividido su ejército en tres columnas, y desde luego comenzó á sujetar con las armas á los ilergetas, bargusios, erenósios y ausetanos (pueblos todos de la moderna Cataluña) en cuya conquista no dejó de perder considerable número de gente. Sin embargo de esta pérdida resolvió dejar en las angosturas del Pirineo diez mil infantes y mil caballos á las órdenes de un capitan cartaginés llamado *Annon*, que guardase aquellos pasos, y las costas de mar cercanas. Polibio vió el registro de los ejércitos de Anibal, y el orden con que iban, en una lámina de bronce, puesta por Anibal mismo en Lacinio, ciudad del Abruzzo, de la cual tomó lo que de ello dice en el libro III, número 33.

5. Cuando se hallaba Anibal á las riberas del Ebro, tuvo una vision (la refiere Livio en el número 22 del libro XXI), en que se le apareció un hermoso mancebo, y le dijo, *venia de parte de Júpiter á conducirle á Italia. Por tanto, le mandaba siguiese sus pasos en el camino, y nunca le perdiese de vista.* Que al principio no quitaba sus ojos de aquel mancebo como le tenia mandado; pero como despues, por la debilidad humana, volviese á otra parte la vista, miró junto á sí una culebra de magnitud extraña, la cual abatia por el suelo cuantos árboles le venian delante, y detrás de la culebra venia una horrible nube que despedia truenos y rayos espantosos. Preguntando Anibal al mancebo lo que aquello pronosticaba, le respondió *que la ruina de Italia; y él que siguiese su camino sin hacerle mas preguntas, de-*



*jando en su incomprensibilidad los misterios del hado.* Ciceron en el libro I, *De Divinat.*, capítulo 24, refiere lo mismo, como tambien Valerio Máximo; y parece lo tomaron todos de la *Historia Griega* de Sileno.

6. Al subir Anibal con su ejército las árduas cumbres del Pirineo, rehusaron ir adelante y dejar á España tres mil infantes carpetanos, resolviéndose á pedir su licencia y retiro. Concedióle Anibal atendido á que negarla podia traer inconvenientes. Aun alargó la licencia sin pedirla á otros muchos españoles que conoció iban descontentos á una guerra distante y necesariamente larga. Segun Livio fueron estos hasta siete mil hombres, si bien Polibio, autor contemporáneo, afirma llegaron á diez y siete mil. Con el resto de su gente pasó el Pirineo, entró en la Galia Narbonesa, y sentó su real junto á la ciudad de Iliberis, hoy *Colibre*. Acerca del número de soldados que Anibal llevó consigo, varían mucho los historiadores antiguos. Polibio le da cincuenta mil infantes y nueve mil caballos. Paulo Orosio duplica los infantes y pone veinte mil caballos. Apiano le asigna noventa mil infantes, doce mil caballos y treinta y siete elefantes. Eutropio le cuenta ochenta mil infantes y doce mil caballos. Otros reducen la infantería á veinte mil hombres y la caballería á seis mil: pero esto se opone claramente á los progresos de Anibal en Italia; y á que en el paso de los Alpes se le murieron treinta y seis mil hombres entre soldados y bagajeros. Véase Livio, libro XXI, capítulo 57.

7. Los marselleses fidelísimos amigos de Roma, habian hecho ya saber al Senado que Anibal pasa-



do el Ebro , se venia para Italia. Con esta noticia partieron para sus provincias los cónsules P. Cornelio Scipion , y T. Sempronio Longo : aquel á España , y este al Africa. Se dieron á Sempronio ocho mil infantes romanos y seiscientos caballos : de los aliados de Roma diez y seis mil infantes y mil ochocientos caballos. En todo veinte y cuatro mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos. Para su transporte , ciento sesenta naves largas y doce pequeñas. Scipion vino á España con menores fuerzas á causa de que el Pretor L. Manlio salia tambien entonces para las Galias con igual ejército , y haciendo los dos un camino mismo , debian darse la mano y auxiliarse cuando las circunstancias lo pidiesen. Diéronse pues á Scipion ocho mil infantes romanos y seiscientos caballos , que eran dos legiones completas. De los aliados catorce mil infantes y mil doscientos caballos , con sesenta galeras de cinco remos por banco.

8. Llegó Scipion á Marsella con su gente , y desembarcó junto á la ria del Ródano , con intento de detener á Anibal , ó impedirle el paso del Pirineo , si todavía no lo hubiese pasado. Pero ya certificado de haberlo hecho , y aun de que se disponia para pasar el Ródano , como no tuviese aun deliberado en qué paraje le saldria al encuentro , ni á sus tropas recobradas del maréo , envió trescientos caballos , guiados por hombres prácticos en el país , con órden de recorrer el campo y observar al enemigo desde lugar seguro. La misma diligencia hizo Anibal pasado el rio , enviando quinientos caballos que espiasen los reales romanos. Quiso la suerte se encontrasen ambas parti-



das de exploradores : acometiéronse de improviso, y tuvieron una refriega mas atroz de lo que su número permitia. Los cartagineses eran doscientos mas que los romanos, y con la ventaja de hallarse descansados; sin embargo fueron vencidos y puestos en fuga unos trescientos que escaparon de la muerte. Los romanos perdieron ciento sesenta ( algunos de los cuales eran aliados ) segun Livio, y segun Polibio ciento cuarenta.

9. No tuvo Anibal por conveniente detener su camino peleando con Scipion, y lo continuó para los Alpes. Tres dias despues de su partida le fué Scipion á buscar en sus reales, resuelto á presentarle batalla : pero hallándolos desiertos, y viendo la dificultad de alcanzarle llevando tanta ventaja, volvió á embarcar su gente para Italia, con ánimo de aguardar á Anibal á la bajada de los Alpes. Y para que España, provincia suya, no quedase indefensa, hizo pasase acá su hermano Gneo Scipion con una parte de su tropa. Encargóle mucho no solo confirmar en la alianza de Roma las ciudades amigas, y defenderlas de Asdrúbal, sino tambien echarlo de toda España si pudiese.

## **CAPITULO VIII.**

---

**Venida y hechos de Gneo Scipion en España.**

1. Vínose Gneo Scipion á las Ampurias donde tomó tierra con su gente; y sin detención se fué extendiendo á los pueblos circunvecinos ausetanos,



laletanos (ó *lacetanos*) y demás que comprendia la marina de Rosas hasta Barcelona, ganándolos progresivamente hasta el Ebro, ya renovando las amistades antiguas, ya grangeándolos de nuevo con urbanidad, caricias y prudencia. Voló por el contorno la fama de sus prendas, y no le fue dificultoso irse internando tierra adentro, y captar voluntades, en tanto grado, que sin embargo de ser gentes bravas y feroces, se alistaron muchos en su servicio. El cartaginés Annon, que como dijimos habia quedado en el Pirineo con diez mil infantes y mil caballos, sabia puntualmente los progresos de Scipion, y creyó forzoso atajarlos con las armas, buscándole en campaña, antes de que las cosas pasasen á mayor empeño. Buscóle luego con toda su gente, y puso á su vista los reales en señal de próxima batalla. Tuvo Scipion á dicha la resolucion de Annon en esta coyuntura, porque sabiendo habia de pelear tambien con Asdrúbal, convenia tenerlos separados.

2 Acometió pues Annon á los romanos y se dieron batalla cerca de una ciudad que Polibio llama *Crisa*, y Livio *Scisso*, sin que tengamos noticia segura del pueblo á que corresponde. Volvemos á citarla en el cap. 9 del libro II. Portáronse los romanos con tanto valor en este choque, que asaltaron el real de los cartagineses, mataronles seis mil hombres, y les hicieron dos mil prisioneros, con el mismo general Annon. El despojo fué todavía de mayor importancia que la victoria. Habia quedado con Annon el bagaje del ejército de Anibal, y haberes de sus tropas, para que no les fuesen embarazo en tan largo



viaje; y en caso de perderse en alguna batalla no sirviesen á los romanos, sino que se quedasen en España. Ocupó pues Scipion la referida ciudad de Crisa, y la dió al saco por haberse mantenido por los cartagineses aun despues que perdieron la batalla, si bien sus riquezas eran pocas. Polibio dice fue tambien hecho prisionero con Annon el célebre Indibil, régulo de los ilergetas, hermano de Mandonio, de quienes hablaremos adelante, si acaso no fue otro del mismo nombre. Ocampo y despues Mariana, dicen que este Indibil murió dentro de pocas horas de resultas de las heridas que sacó de la batalla. Aun Mariana hace *dias* aquellas *horas*. Si esto fuera cierto, debió de haber dos Indibiles: pero yo no hallo mas de uno, ni autor antiguo que mate ahora á Indibil, sino muchos años despues como en su lugar veremos. Es notable diga Apiano que este Gneo Scipion no hizo cosa digna de memoria en España antes de venir su hermano Publio. Lo contrario escriben Polibio, Livio y Orosio, celebrando con razon esta victoria, realmente muy grande; además de haber ganado á su partido tantas provincias y ciudades.

3. La rota de Annon llegó muy en breve á noticia de Asdrúbal, que ya venia en socorro de los suyos y habia pasado el Ebro con ocho mil infantes y mil caballos. Con todo no se atrevió á buscar al romano, aunque debia considerarle menos poderoso por la gente que en la batalla con Annon habia perdido. Declinó Asdrúbal hácia las costas de Tarragona, y vista la gente de mar de la armada romana esparcida por aquellos contor-



nos la atacó con su caballería y mató á muchos que no se pudieron de pronto recoger á las naves. Pero teniendo por seguro que Scipion le vendria siguiendo, no se detuvo á mas, continuó su fuga y repasó el Ebro. Luego que Scipion supo lo sucedido, marchó sin dilacion á Tarragona, y dió su castigo á los principales ciudadanos, que sin ser obligados habian auxiliado á Asdrúbal en aquella correría contra los romanos indefensos. Dejó en Tarragona una corta guarnicion, y movió con la armada para las Ampurias donde resolvia tener el invierno: pero no tuvo tiempo para ejecutarlo. Sabida por Asdrúbal aquella marcha, retrocedió luego, repasó el rio, y se dirigió á los ilergetas (que son los de los contornos de Lérida) que habian dado rehenes á Scipion. Indújolos á que se le rebelasen, como lo hicieron; y con estos auxilios estragó los campos y pueblos aliados de Roma.

4 Con esta novedad, acudió Scipion al paraje, y brevemente redujo á su devocion á los que del Ebro allá habian vacilado. Huyó sin detencion Asdrúbal, y Scipion puso sitio á la ciudad de *Atanagia*, principal de los ilergetas (que se cree ser Lérida) tomola por asalto, la mandó dar nuevos rehenes, y la impuso contribucion pecuniaria para Roma, á quien quedó sujeta. Pasó luego á los ausetanos (eran los de Vique) amigos de los cartagineses, y les sitió su capital, llamada entonces *Ausa*. Un ejército numeroso de lucetanos, quiso socorrer á sus vecinos los ausetanos, y hallándose ya cercanos á la ciudad sitiada habian resuelto entrar en ella durante la noche. Púsoles asechanzas Scipion, y á las murallas mis-



mas de Ausa les mató doce mil hombres; los demás arrojaron las armas y se retiraron huyendo por veredas diferentes. Hallábanse los sitiados en el mayor apuro, no teniendo á su favor mas que los rigores del invierno, fuertes y graves para los sitiadores que estaban al desabrigo. En los treinta dias que duró el cerco, jamás hubo en el campo menos de cuatro pies de nieve, en que yacian medio sepultadas las máquinas de guerra plúteos, *víneas*, y demás ingenios. Aun hubo la nieve de servir de defensa á los romanos, contra los fuegos que los sitiados les arrojaban. Al fin, el gobernador cartaginés de Ausa llamado *Amusito*, teniéndose por perdido, huyó de la ciudad. Hubo Ausa de rendirse pagando al vencedor veinte talentos de plata, y Scipion tomó en Tarragona cuarteles de invierno.

5. Tan repetidos encuentros, y la destemplanza de las estaciones, habian disminuido notablemente el ejército romano, y no podia Scipion perseguir á Asdrúbal sin grande socorro de Roma.

217. Pidiólo para la próxima primavera del año 217 antes de Jesucristo: y sin embargo de que la república se hallaba muy agotada de ciudadanos por haberla ya ganado Anibal las dos famosas batallas de Ticino y de Trebia, y estaban contra él en Placencia y Cremóna los dos cónsules Servilio Gémino y Flaminio Nepos, con la flor de la juventud romana, sin embargo, digo, de tantas urgencias, envió á Scipion algunas naves con pertrechos y gente de guerra. Pero tuvieron la fatalidad de caer en manos de la armada cartaginesa, que lo tomó todo, no lejos de Cosano en Calabria.



## CAPITULO IX.

---

Victoria naval de Scipion contra Asdrúbal á las bocas del Ebro, con otras expediciones.

Hallábase Asdrúbal este invierno en Cartagena, previniendo escuadra y ejército competente para buscar á Scipion en la próxima primavera. Armó cuarenta naves, y las encargó á Amilcar (este nombre le dá Polibio, y creo debe prevalecer al de *Himilcon* que le da Livio. La razon es, que Livio, XXIII, 49, hace memoria de Amilcar, hijo de Bomilcar, y hermano del Annon que militaba con Anibal en Italia, sin que nos diga cuándo y cómo vino á España; y de esto se infiere estaba en ella. Confirmase esto por el mismo Livio, que en el cap. 28 dice, que el Senado cartaginés envió á España con armada y ejército á Himilcon; pero no hallamos en España dos Himilcones á un tiempo). Dióle orden de no alejarse de la costa, y que siguiese su navegacion hasta el Ebro, mientras él hacia sus marchas por tierra al paso mismo hasta el rio, sin perderse ambos de vista. Era esta prevencion para poderse auxiliar uno á otro, en la resolucion que tenia tomada de pelear con Scipion donde quiera que le hallase. Las mismas prevenciones y ánimo tenia Scipion, y se dispuso sin demora para ello sabida la marcha de Asdrúbal y el orden con que le buscaba. Pero considerando maduramente que el ejército cartaginés era superior al suyo, mudó consejo y



resolvió pelear en el agua. Armó poderosamente treinta y cinco galeras con tropas escogidas, y desde Tarragona hizo vela en busca de la escuadra de Amilcar. El día siguiente hizo alto la suya á diez millas del Ebro segun Polibio, y veinte segun Livio. De allí destacó dos naves marsellesas que explorasen el rumbo y estado de la escuadra enemiga, las cuales volvieron pronto diciendo estaba surta en los alfaques del Ebro, y los reales de Asdrúbal en la playa vecina.

Con el aviso resolvió Scipion acometerlos improvisamente; y primero que Asdrúbal pudiera temerlo, por si podia sorprenderle, y cogerle desapercibido. Levadas anclas, hizo fuerza de vela contra los enemigos, puesta su gente sobre las armas y á punto de pelea: pero no pudo sorprenderlos. Las atalayas de la marina dieron aviso de hallarse vecina la armada romana; y por esta razon lo supo Asdrúbal antes que Amilcar. Los cabos y promontorios que habia entre ambas escuadras las ocultaban á los ojos. Alborotáronse tumultuariamente los reales de Asdrúbal, y éste despachó al proviso caballería lijera que diese aviso á toda la costa, y se recogiesen á las naves los soldados que andaban en excesivo número por la ribera dispersos y alojados en pabellones, nada temiendo, ni esperando menos que pelear aquel día. Casi llegó tan pronto como los caballos á la playa el mismo Asdrúbal y todo su ejército, pero la prisa y arrebató acarreó mayor confusion y desorden en mar y tierra. Arrojárónse temerariamente al agua soldados, remeros y chusma con tanta precipitacion, que mas parecia fuga que aper-



cibimiento de batalla. Ocupadas las naves, empezaron á desatar gúmeras, levar áncoras, picar cables, estorbando las faenas al marinero la misma confusion y rebato. Aun esta detencion era gran impedimento para que los soldados se pusieran en la defensa debida.

Mientras todos perdian tan preciosos momentos entre el miedo y desórden, la escuadra romana se habia puesto ya delante de la enemiga enderezando sus proas contra ella, dada ya la señal de acometimiento por medio de las trompetas. La turbacion, el espanto, el asombro, la pena (ya intempestiva) de haberse descuidado tanto, ponía en mayor temor á los cartagineses, que las fuerzas de los romanos. Desmayaban hasta los mas animosos al mirarse tan desprevenidos para el próximo combate. Tentado este antes que realmente efectuado, bogó hácia la playa la escuadra cartaginesa: pero la corriente del Ebro, en cuya boca se hallaba, dispersó sus naves de varias maneras, dando unas al través contra los alfaques, y otras contra las playas de tierra firme. La tropa saltó en la ribera del mejor modo que pudo, y huyó á sus reales. Al primer avance tomaron los romanos dos naves cartaginesas, y sumergieron cuatro. Luego despues dándoles cara á fuerza de remo, sin embargo de estar allí el ejército de tierra, les tomaron otras veinte y cinco naves de las treinta que no se habian abierto al embestir contra la playa, ó que no habian barado en el cenagal y los alfaques del Ebro.

Esta victoria de los romanos fué tanto mas útil y gloriosa, quanto que la ganaron sin pérdida



ninguna. Y además, inflamó por extremo sus ánimos, y extendió por España la reputacion y fama de Gneo Scipion. Aun éste no se contentó con estas ventajas. Tomó con su escuadra entera el rumbo del Mediodia siguiendo las costas de Sagunto y Valencia; y llegado frontero de Honosca (ciudad de que no tenemos otra noticia) sacó á tierra su gente, sitió dicha ciudad, la tomó por armas y la dió á sacomano. Vuelto á la mar, dirigió las proas hácia Cartagena. Saltó á tierra en sus campos, corrió su distrito, saqueó y quemó los pueblos, y llegó á poner fuego á los arrabales de la ciudad, toda de cartagineses. Cargada de despojos la flota, regresó por las mismas aguas hasta Longúntica, cuyo sitio ignoramos, igualmente que el de Honosca, si bien es claro que eran pueblos del golfo de Elche. En Longúntica tenian los cartagineses un inmenso almacén de esparto para cordaje de la marina. Tomó Scipion el que quiso, y quemó el otro. Dirigióse luego á Ibiza. Quiso tomar la ciudad capital, y la bloqueó en efecto; pero conocida la dificultad de lograrlo de pronto, pasados dos dias, corrió la isla, saqueóla toda, y recogido botín extraordinario hizo vela para Tarragona y Ampurias. Desde luego comenzaron á venirle procuradores y legados de los pueblos cercanos al Ebro, solicitando la confederacion de Roma. Aun de las ciudades de España mas apartadas de Cataluña, fueron á visitar á Scipion, pidieron alianza, y dieron sus rehenes; tanto que llegaron á confederarse con Roma por entonces ciento treinta pueblos de importancia.

Con las veinte y cinco naves tomadas al enemigo,



se hallaba Scipion con una escuadra de sesenta velas que le hacian único dueño de nuestros mares, no teniendo Asdrúbal nave alguna que oponerle. Sus fuerzas de tierra eran no menos respetables, y marchó con ellas á ganar amigos, voluntades y confederaciones. Anduvo por la Edetania, Celtiberia, y acaso tambien hasta los oretanos, constando de Livio, que llegó al bosque Castulonense, que no debia de caer lejos de Cazlona y Sierra Morena. Asdrúbal á la sazón estaba en Lusitania y riberas del Océano; y parecia seguro no llegarían á las manos ambos ejércitos en este verano. Pero fuera de que los españoles eran bulliciosos y amigos de novedades, ocurrió que Mandonio, noble español, antes régulo de los ilergetas, cuando Scipion en esta jornada regresó á Cataluña del bosque de Cazlona, concitó muchísima gente, formó ejército numeroso, y acometió robando y estragando los pueblos (ya quietos y pacíficos) aliados con Roma. Hubo de destacar Scipion contra Mandonio tres mil romanos y algunos escuadrones de españoles auxiliares, y á poca costa deshizo aquella reunion, mas bien de foragidos y ladrones que de soldados. Mataron á muchos, hicieron cantidad de prisioneros por el interés del rescate; y á los demás les quitaron las armas, y los dejaron ir libres como engañados. Mandonio, de quien hablaremos adelante largamente, se salvó á tiempo por medio de la fuga.

Con esta ocasion hubo de volver Asdrúbal á los ilergetas, y como amigos que eran de Cartago, defenderlos de los romanos. Llegado al Ebro y pasádole, puso su real en el campo Ilergavonés



que quieren sea el de Tortosa. Parece verosímil que Asdrúbal se situó á la otra parte del Ebro, para en caso necesario retirarse á *Cartago vetus* que caia cerca de los ilergetas si estos eran los de Lérída, como se cree. De este lugar se deduce que *Cartago vetus* no es *Cantavieja*. Los reales de Scipion estaban inmediatos á su escuadra de mar, para recogerse á ella si la necesidad urgiese: pero fue necesario repentinamente que Asdrúbal marchase á otra provincia con toda su tropa. Fué así, que Scipion habia enviado embajadores á la Celtiberia exhortándola tomase las armas contra los cartagineses y pueblos amigos. Ejecutáronlo sin tardanza, comenzando las hostilidades con ejército poderoso, contra los referidos pueblos, y tomaron luego tres ciudades. Buscaron al mismo Asdrúbal; y en dos batallas campales que le dieron, le mataron quince mil hombres, hicieron cuatro mil prisioneros, y le cogieron muchas banderas, armas y pertrechos militares.

## CAPITULO X.

---

Venida de Publio Scipion, hermano de Gneo. Batallas que tuvieron acá sus tropas con los cartagineses.

1. En tan alegre estado como vimos, tenia Roma las cosas de España, cuando por el otoño de este mismo año de 217 antes de Cristo, llegó á Tarragona P. Scipion, hermano de Gneo. Enviábale el Senado con treinta naves gruesas (segun Livio, y veinte segun Polibio) y muchísimas onera-



rias ó de transporte, en que venian ocho mil soldados, y notable cantidad de prevenciones de guerra. Para esta jornada prorogaron á Publio el imperio proconsular, concluido su consulado, por ser quien mas conocimiento tenia de España, y Gneo su hermano tan adelantada su conquista. No pudo ser mayor la alegría de la tropa romana que acá se hallaba, viendo tan grande y oportuno socorro. Así juntos ambos hermanos y ejércitos en uno, pasaron el Ebro sin estorbo, hallándose todavía Asdrúbal en la Celtiberia. Caminaron incontinenti para Sagunto (que solo dista del Ebro veinte leguas) llamados por los infelices saguntinos, que habian podido salvar sus vidas, y como fugitivos andaban errantes y desterrados de su generosa patria. No menos los llamaban en auxilio un grande número de ciudadanos, que tenian allí sus hijos en rehenes como indicamos arriba. Esperaban estos ponerlos en libertad, habiendo sabido no se cuidaba mucho de su custodia. Determinados pues los Scipiones á recobrar á Sagunto como merecia, se propusieron acercarse allá lo mas que pudiesen, con objeto de reconocer el estado de defensa que tenia, y esperar el lance que pudiera darles el acaso, y la fama de las victorias ganadas contra Asdrúbal. En breve comenzaron á coger el fruto de sus desvelos.

Un español noble vecino de Sagunto (á quien Polibio llama *Abilux*, y Livio *Abelux*, que segun el carácter de la lengua griega todo es uno) hasta entonces del partido cartaginés, al observar ahora tan pujantes á los Scipiones, acordó mudar de fortuna, y ganar la gracia de Roma por algun hecho

:



notable. Parecióle fácil por medio de un stratagemma libertar á los cuatrocientos jóvenes españoles que dejó Anibal por rehenes en el alcázar de Sagunto. Sabía que sin orden expresa de Bostar no los dejarían salir los alcaides. Bostar estaba á la sazón en el campo saguntino hácia la mar con tropa de observacion, á fin de estorbar el desembarco de la romana, cuya venida ya se habia divulgado. Llegado Abelux (1) á las estancias de Bostar, le dijo con gran secreto como cosa nueva y muy importante: *Que el miedo y no la voluntad habia contenido hasta entonces los ánimos de los españoles en el bando cartaginés, por la mucha distancia de los romanos; pero que ya tenían ejércitos y armada muy poderosos á esta parte del Ebro camino de Sagunto, adonde podían acogerse tantos como tácitamente los aguardaban, especialmente las ciudades que tenían rehenes en Sagunto. Que su parecer era debia retener con el halago á los que ya no podia con el miedo.*

Sorprendido Bostar con la noticia y propuesta, preguntó á Abelux el modo con que debia ser ejecutado negocio tan importante y delicado. A que satisfizo Abelux diciendo: *Que se lograria seguramente remitiendo á sus patrias los rehenes; cosa que no podia menos de ser en extremo grata á las ciudades que los habian dado, y muy en particular á sus padres y deudos, que eran de la primera nobleza. Todos quieren ser creidos sobre su palabra; y*

---

(1) Hay algunas variantes que lo llaman *Acedux*; pero parece debe prevalecer *Abilux* ó *Abelux*, de Polibio.





### Bóstar burlado.

*Penderó tanto á Bóstar, Gobernador de Sagunto, el noble saguntino Abeloce los riesgos que debia temer Cartago si no se restituyesen á sus hogares los rehenes españoles que Sagunto encerraba, que logró de Bóstar se los entregase, privando así Abeloce á Cartago de esta única prenda de su dominacion en España. No son menos dignos, aunque no tan celebrados como los del valor, los héroes del ingenio.*







*muchas veces la fe prestada por el noble sin otras prendas, es mejor vínculo que la violentada. Dejad, pues, señor, este negocio á cargo mio. Espero con mi sagacidad y conocimiento de cosas, manejarle con tal arte y desempeño, que os grangee una gratitud extrema, como el hecho debe mereceros.*

4. Era Bostar menos suspicaz y cauto de lo que solian los cartagineses, y sin dificultad se dejó persuadir de las razones de Abilux. Verdad es que la propuesta tenia todos los visos de inocente, y era propia para producir el efecto que Abilux decia. Con el órden pues de Bostar, obtuvo Abilux licencia para entrar y salir de la ciudad á la hora que quisiese sin estorbo de nadie; sin embargo, para verse con los Scipiones aguardó la hora de la noche que le pareció mas oportuna. Llegó al campo romano, que no estaba lejos, y trató con algunos soldados españoles que en él habia, los cuales lo presentaron á los Scipiones como suplicaba. Oyeronle gustosos y comedidos, y aceptando la propuesta como tan ventajosa, juraron ambas partes cumplir lo convenido, aplazados el lugar y dia de la entrega. Con tanto, Abilux sin detenerse mas en los reales romanos, regresó á Sagunto. El dia siguiente estuvo con Bostar ordenando las cosas y preveniciones oportunas; y acordaron que la próxima noche saldrian los rehenes por la parte contraria al campo enemigo para que no los viese, y serian conducidos á sus respectivas patrias. En fin, llegada la hora establecida los cuatrocientos jóvenes fueron entregados á Abilux, el cual salió con ellos silenciosamente, como para recatarse de los romanos; mas en vez de llevarlos á donde Bostar creia,



se fue con ellos á donde los estaba esperando un gran destacamento de romanos, prevenido para mas asegurar el hecho. Para mayor disimulo fueron hechos prisioneros con el mismo Abilux, y conducidos á los Scipiones, los cuales por ministerio de Abilux, restituyeron los rehenes á sus patrias y padres, quedando para Roma el fruto y agradecimiento de accion tan generosa. No eran aun los romanos bien conocidos en toda España; y como lo comenzaron á ser por un hecho tan grato y estimable, no fué extraño se granjeasen pronto nuestra benevolencia. Fué de forma, que á no estar ya tan inmediato el invierno, toda España cartaginesa hubiera tomado las armas en favor de Roma. Pero á pesar de este buen principio, todavía no se atrevieron los Scipiones á emprender el sitio de Sagunto. Tomaron cuarteles de invierno, con que se concluyó el año segundo de la *segunda guerra Púnica*.

5. Llamaron algunos *traicion* el stratagema de Abilux; pero creo no reflexionaron bien el estado y circunstancias de los tiempos.

¿Por ventura Sagunto y las demás ciudades españolas no tenían derecho á desquitarse por el término que pudiesen de las injustas vejaciones de Anibal, y atrocidades cartaginesas, segun tienen adoptado las leyes que llaman de la guerra? ¿La natural no concede derecho á los hombres para defenderse de todos modos y en todos eventos? ¿No tenia Abilux derecho natural á mudar partido, dejando el cruel de Cartago y abrazando el de Roma? Bien pudo este español tener sus especiales intereses; pero su proposicion fué verdadera, aunque su fruto



quedó para Roma de cuyo bando era, como ciudadano de Sagunto, cesada la violencia cartaginesa. Los rehenes estaban allí presos ó detenidos sin asomo de justicia ni derecho; pues ¿por qué no les podían sacar de cautiverio tan inicuo súos padres ú otro? ¿Diráse que por el juramento prestado? Pues ¿qué juramento prestado por violencia es obligatorio?

6. Al paso que Anibal aniquilaba en Italia las fuerzas de Roma, las sostenian prósperamente en España los Scipiones. Para conquistarla mas aprisa, venida la primavera del año de 216 antes <sup>216</sup> de Jesucristo, en que eran cónsules C. Terencio Varron y L. Emilio Paulo, dividieron el ejército en dos partes, quedando Gneo con la de tierra, y Publio con la de mar (1). A ninguna se atrevia Asdrúbal por hallarse falto de tropas, y se mantuvo en países distantes y fuertes, hasta que Cartago le envió cuatro mil infantes y quinientos caballos á fuerza de pedirla socorro si queria retener á España. Animado con esto comenzó á recatarse menos de los Scipiones. Puso no menos en pie su escuadra con objeto de guardar las islas y costas de su provincia, que era toda la España *Ulterior* desde el Ebro hácia poniente; pero tuvo suma dificultad en ello. Habia reprendido con severidad excesiva á la tropa y gente de mar por la fuga y abandono de las naves en la rota padecida á las

---

(1) *Este año fué la famosa batalla de Cannas; y parece inferirse de Livio (XXII, 30) que por el mes de Marzo.*



bocas del Ebro; de lo cual se resintieron de manera, que nunca mas le guardaron subordinacion alguna. No solo esto, se desertaron todos; sublevaron á los carpesios y otros pueblos contra Cartago; tomaron á viva fuerza otra gran ciudad que quiso defenderse, y nombraron por su caudillo á cierto caballero del país, llamado *Calbo*. Agregáronseles innumerables españoles, y Calbo los instruyó en la guerra fortificándose en sus reales por si Asdrúbal salia contra ellos. Salió realmente como Calbo presentia y resolvió atacarle en sus mismos reales. Envió delante tropa lijera que le atrajese al campo, mientras él por otra parte con su demás gente talaba los contornos, y quitaba la vida á cuantos hallaba dispersos. No faltaban escaramuzas en el campo y los reales, en que morian muchos de ambas partes, y mas de los españoles. Los que habian salido de sus reales volvieron á ellos huyendo tan azorados que apenas acertaban á defenderlos. Recobrados algun poco, volvieron á salir de repente con tal ímpetu contra los cartagineses, aunque saltando y brincoteando como solian, que pusieron miedo y espanto á los mismos que poco antes los habian encerrado á cuchilladas. Hubo Asdrúbal de huir de ellos con su tropa á cierta colina, cercana á la otra parte de un rio. Aun no creyéndose bastante seguro de los nuestros se cercó de trinchera. No estaban menos asustados los españoles; pero prevaleciendo la necesidad ó la reputacion al intempestivo miedo de las dos partes, hubo diferentes encuentros y pequeños choques con alguna ventaja de los nuestros, por ser su caballería mejor que la cartaginesa, y nuestros ce-



trados mejores que sus flecheros. Viendo Calbo que no habia forma de sacar á Asdrúbal de sus atrincheramientos á campo, ni era prudencia acometerle en ellos, movió su ejército, y se echó sobre la ciudad de Asena, donde Asdrúbal tenia gran acopio de vituallas. Tomóla por asalto, y ocupó tambien todo el territorio comarcano, antes como gente foragida que militar, no pudiendo ya su número contenerse en reales ni campamentos. Originóse de esto lo que debia. Faltando la subordinacion al gefe, supo muy bien Asdrúbal aprovecharse de aquel desorden. Acometiólos vigorosamente por donde mas divididos ó desunidos estaban, y envió tambien golpe de gente al real que notó mal guardado. Con el rebato corrieron los dispersos al aviso, y en un instante se pusieron todos en arma. Pero con tanta prisa, gritería, confusion y tumulto, que sin esperar orden, ni oír la voz del general, se lanzaron impetuosa y temerariamente sobre los enemigos. Peleando los primeros, sobrevinian de tropel catervas desordenadas, mientras que otras igualmente sin el arreglo debido, salian corriendo de los reales. Al pronto se amedrentaron los cartagineses de semejante osadía; pero notando luego la mala disciplina de los españoles, raros en una parte y apiñados en otra, los fueron cercando en rededor con suma destreza, apretándolos en globo. No pudiendo defenderse por la misma opresion en que se hallaban, iban muriendo sin desquite á manos de los que los tenian cercados durante todo un dia. Un globo de ellos se destacó del peloton, y saliendo impetuosamente se pudo salvar huyendo á los montes; los demás se rindieron prisioneros el



dia siguiente, y terminó la guerra por entonces. Creese que los carpesos eran los de la ciudad de Carpeso, y por consiguiente lo mismo que los carpetanos. *Asena* ó *Axena* debia de ser ciudad de las Andalucías.

## CAPITULO XI.

Continúan las mismas guerras.

1. La calma de nuestro pueblo duró poco. El Senado de Cartago mandó que Asdrúbal pasase tambien á Italia con el ejército que en España tenia, como lo pedia el próspero estado en que Anibal su hermano tenia la conquista de toda Italia y ruina de Roma. Logradas estas, era fácil apoderarse de cuanto quisieren. Divulgada la noticia por España, declinaron á porfia los ánimos de los españoles en favor de Roma. Conociólo bien Asdrúbal, como era fácil, y procuró prevenir el daño que amenazaba. Escribió al Senado cartaginés anunciándole *cuánto perjuicio habia causado á sus intereses en España la fama de su ausencia. Si la república insistia en ella, tuviese entendido que aun antes de pasar el Ebro, toda España sería de Roma; pues además de no tener en ella ningun presidio fuerte, ni general que supliese su ausencia, Roma los tenia tales, que apenas podian ser contrarrestados con iguales fuerzas. Por tanto pues, si algun cuidado les merecia la rica España, le enviasen luego un hábil sucesor y buen ejército; pues aun*



*andando prósperamente las cosas, no faltaria trabajo para conservar la provincia.*

2. No dejó al pronto de hacer impresion en el Senado el aviso de Asdrúbal; pero como tenia puesto su primer cuidado en Roma, no le relevó de su viaje á Italia con todo su ejército. Enviaron á España con escuadra y ejército á Himilcon, que sostuviese la provincia durante la ausencia de Asdrúbal. Luego que Himilcon aportó en España, que debió de ser en Cartagena, sacó sus naves á tierra y las circuyó de vallado para tenerlas seguras. Marchó incontinenti con una gran partida de caballería ligera por tierras enemigas ó dudosas hasta donde Asdrúbal estaba. Manifestóle las órdenes que del Senado traia: tomó sus instrucciones para seguir acá la guerra contra los Scipiones y sus aliados, y se restituyó con la misma celeridad á su campamento, antes que los pueblos se apercibiesen ó entrasen en recelo. Asdrúbal para su viaje sacó tributos, y recaudó grandes tesoros de toda la provincia, teniendo presente que su hermano en el viaje de Italia hubo de comprar de muchos pueblos del camino el libre pasaje, que no pudo obtener de los galos ni aun los ordinarios auxilios en las marchas sino á fuerza de dinero, y que ni llegara á los Alpes á no haber sacado de España tan extraordinario tesoro. Recogida pues arrebatadamente la contribucion impuesta marchó Asdrúbal para el Ebro á principios del año 215 <sup>215</sup> antes del nacimiento de Cristo, segun la cuenta que llevamos como mas probable.

3. Luego que los Scipiones supieron la deliberacion de Cartago y marcha de Asdrúbal, acor-



daron unir sus fuerzas, salirle al paso, y cortarle su viaje á Italia; teniendo como seguro que si se juntaba con Anibal, era llegado el fin de Roma. Con esta resolucion pasaron el Ebro; y consultando sobre si sería mas conveniente presentar luego batalla á Asdrúbal, ó tomar por armas algunos pueblos del bando cartaginés, á fin de tenerle en su defensa ó recobro, determinaron lo segundo y repentinamente sitiaron la ciudad de Ibera ó Hibera, sita en las orillas del Ebro, del cual debió de tomar este nombre. Es verosimil que Hibera estuvo donde hoy Amposta, ó por allí cerca. Sabemos que batió moneda, llamándose en ella *Municipium Hibera Ilergavonia*. Comenzado el combate de Ibera, sitió Asdrúbal otra ciudad de aquellos contornos, cuyo nombre callan los autores, y hacia poco tiempo que se habia pasado á los romanos. Lo que no hizo Asdrúbal en socorro de Ibera, hicieron los Scipiones con la ciudad amiga que Asdrúbal sitiaba, pues dejando el sitio de aquella, corrieron al amparo de esta. Pusieron ambos hermanos sus reales á cinco millas de los cartagineses, y los dos ejércitos enemigos estuvieron á la vista sin tener mas que pequeñas escaramuzas entre forrageros y demás proveedores de los campos. Pero al fin, una mañana, como si fuese de concierto, ambos ejércitos hicieron señal de batalla á un tiempo mismo, puestas sus haces en órden. Los Scipiones dividieron sus gentes en tres columnas: una fué situada delante de las banderas y signos militares; otra detrás de estos; y la tercera, que era de caballería, ocupaba las alas. Asdrúbal puso en el centro la tropa española, en el ala derecha cierta caba-



llería Numídica, que entraba en acción con dos caballos, y cuando se cansaba ó era herido el uno, aun en lo mas recio del combate, saltaba el soldado en el otro, y renovaban la pelea con nuevos ímpetus. En el ala siniestra puso todo el resto de los africanos.

4. Así se hallaban ambas partes, y todos con esperanza de conseguir la victoria, por ser las fuerzas poco menos que iguales. Pero como los romanos, aunque lejos de Roma, iban á pelear por ella viéndola en el último peligro, estaban resueltos á vencer ó morir para sostenerla, ó no ver su ruina. Lo contrario pasaba en el ejército de Asdrúbal. Componiase por la mayor parte de soldados españoles, los cuales antes querian ser vencidos en España, que en Italia vencedores. Por fin acometieronse con valor ambos ejércitos; pero pronto comenzaron á retroceder los de Asdrúbal perdiendo terreno. Arrojaronse furiosamente sobre ellos los romanos, y pusieron al centro cartaginés en fuga declarada; pero ambas alas de caballería pelearon valerosamente. Aun intentaron cercar á los romanos, que con el calor de la lid se habian metido en el centro mas de lo que debian. Duró la pelea con ellos largo rato; pero formados en cuña con una prontitud estraña, pudieron repeler las alas enemigas que tanto les incomodaban. Grande fue la derrota del ejército cartaginés; y casi solo se salvaron los españoles que huyeron. Eutropio dice que perdió Asdrúbal treinta y cinco mil hombres: veinte y cinco mil muertos, los otros prisioneros. La caballería Numídica peleó poco, pues al ver la fuga del centro se retiró con los elefantes. Asdrú-



bal, como capitán esforzado, permaneció en el campo de batalla hasta el último trance; mas al verse sin recurso, huyó también con muy pocos de los suyos, heridos y fatigados. Con esto los romanos dieron el saco á los reales enemigos en que iban los tesoros que Asdrúbal se llevaba á Italia como dijimos. Esta oportunísima victoria, granjeó á Roma la devoción de casi toda España, y quitó al cartaginés Asdrúbal no solamente los medios de pasar á Italia, sino también las esperanzas de mantenerse en España sin evidente peligro de perderse y perderla.

5. La noticia de la victoria de los Scipiones llegó á Roma y á Cartago á fines del otoño del año 215 antes de Cristo y causó efectos contrarios como debia. Al paso que los cartagineses la sintieron no tanto por la pérdida padecida, cuanto por verse defraudados de las concebidas esperanzas contra Roma, esta se regocijó y alentó notablemente por la razón misma. Tenia Cartago por entonces doce mil infantes y mil quinientos caballos prevenidos para socorro de Anibal (aunque Eutropio dice que los caballos eran cinco mil; lo que tengo por verosímil siendo el Africa muy abundante de caballos, y mil quinientos era leve socorro para Italia) veinte elefantes, mil talentos de plata, y sesenta naves largas para la conducción de todo; y por general Magon, tercer hermano de Anibal, el mismo que habia llevado de Italia á Cartago la noticia de la victoria de Cannas. La novedad de la derrota de Asdrúbal en España hizo mudar al Senado el orden y disposiciones tomadas. Hubo Magon de venir acá con todo el socorro destinado para Anibal. Por otra parte



los Scipiones al anunciar á su Senado la grata noticia de su victoria, le manifestaron *que su tropa estaba mal pagada, mal vestida, y falta de municiones, principalmente para la marina. Respecto al estipendio diario, decian, nosotros buscaremos arbitrios acá, si el erario no los tuviese. Todo lo demás ha de venir de Roma, si hemos de conservar la provincia.*

6. Leidas estas cartas en pleno Senado, convinieron los senadores en que la peticion era muy justa; pero dificultaban su cumplimiento los ejércitos de mar y tierra que de presente mantenian, y la numerosa escuadra que debian aprontar si se movia la guerra de Macedonia, como se rompió en efecto. *Sicilia y Cerdeña, decian los padres de la patria, que antes pagaban alcabalas, apenas alimentan ahora la tropa que las defiende. Las expensas salen de las contribuciones y son disminuidas tambien hoy por la diminucion de los estipendiarios despues de la pérdida de Cannas y Trasimeno. Si recargamos con nuevos pechos á los pocos tributarios que nos quedan no podrán sobrellevar el peso. Si Roma no guarda su crédito carecerá de todo. Salga en público el pretor Fulvio: manifieste al pueblo romano las urgencias de la patria. Exhórtense los asentistas y banqueros á que tomen á su cargo suministrar al ejército de España lo necesario, bajo la seguridad de ser pagados los primeros en el momento que el erario tenga fondos.*

7. Cumplióse todo puntualmente, y vinieron á España los socorros indicados, en la primavera del año 214 antes de Cristo, cuando Asdrúbal, 214 Amilcar y Magon tenian sitiada la ciudad de Ili-



turgi, sita una legua de Andujar, cuyas ruinas permanecen hoy con el nombre de *Andujar el viejo*. A pesar de los tres ejércitos cartagineses que la combatian por tres partes, pudieron los Scipiones meter en ella socorro de víveres, tropas y municiones, abriendo camino por medio de los sitiadores á punta de lanza en que los cartagineses padecieron un horrible destrozo. Los iliturgenses alentados con tan grande y oportuno socorro, á pocas exhortaciones de los romanos, defendieron valerosamente la patria. Salieron unos y otros de la ciudad, y combatieron el real mayor, que era el de Asdrúbal. Acudieron allá los otros dos generales con sus ejércitos, y sin dilacion alguna se trabó batalla. Los cartagineses eran sesenta mil con algunos iliturgenses auxiliares. Pelearon los romanos con tal ardor y valentía que dejaron tendidos en el campo de batalla mas de diez y seis mil cartagineses. Hicieron mas de tres mil prisioneros, cogieron mil caballos, cincuenta y nueve banderas ó signos militares, cinco elefantes que mataron, y el entero despojo de los tres reales.

8. A pesar de pérdida tamaña, no desmayaron los generales africanos á vista de la mucha gente que les quedaba, aunque gran parte de ella dispersa por el contorno. Suplieron la que acababan de perder, tomando á sueldo mucha juventud española deseosa de pagas y presas. Pusieronse sobre otra ciudad llamada *Incibili*, la cual parece estaba en la España Citerior, por lo que mas adelante diremos. El itinerario del emperador Antonino Pio la sitúa á veinte y siete millas de Tortosa hácia Valencia; y en esta atencion aun era de la



**España Ulterior.** Es probable que por *Incibili* deba leerse en Livio *Intibilis*, ó bien *Indibilis*. Sabido el cerco por los Scipiones, marcharon allá prontamente: dieron á los tres otra batalla en que pelearon con valor extremo las dos partes; mas al fin vencieron los romanos. Mataron trece mil cartagineses; hicieron mas de tres mil prisioneros; tomaron cuarenta y dos banderas y nueve elefantes. Con esta segunda y notable victoria quedó ya casi toda España por los romanos, y los progresos de sus armas este año fueron acá mucho mayores que en Italia; pero las cosas mudaron en extremo.

9. Parece que los Scipiones se detuvieron en la España Citerior despues de la victoria de *Incibili*, pues Livio dice que antes que pasasen el Ebro y entrasen en la Ulterior, los generales Asdrúbal y Magon habian deshecho ejércitos de españoles que seguian el partido romano. Lo cierto es, que toda la España Ulterior hubiera vuelto á Cartago á no haber acudido pronto P. Scipion, y sostenido los ánimos vacilantes y medrosos. Puso su real en Castro-Alto, lugar insigne y memorable por la muerte de Amilcar el mayor y padre de Anibal, de Magon y del menor Amilcar. La fortaleza era respetable y bien abastecida de provisiones; pero porque estaba llena de enemigos la comarca, y habian molestado tanto á los romanos en sus marchas que les habian muerto dos mil hombres, dejó Scipion el puesto, y mudó su cuartel á cierto monte llamado *de la Victoria*. Juntósele allí Gneo su hermano con la tropa que mandaba; y contra los dos vino Asdrúbal, hijo de Gisgón, cuarto general cartaginés, con ejército competen-



te. Sentó su campo enfrente del Romano á la parte misma del rio (1). Habiendo P. Scipion querido salir oculto con una partida de cazadores y descubierta para reconocer el campo, fue visto del enemigo y hubiera infaliblemente sido derrotado en la llanura, si de pronto no ganara un cerro vecino. Bloquearonlo allí los cartagineses, y no hubiera escapado de sus manos á no socorrerle su hermano Gneo que lo sacó del peligro.

---

(1) *No sabiéndose dónde estaba el monte de la Victoria, tampoco podemos atinar qué rio era este. El erudito Drakembok sospecha que en donde leemos en Livio (XXIV, 41.) trans flumen omnes, diria mejor, trans flumen Anam. Es mas fácil de conocer que la voz omnes es ilegítima, que determinar la que debe sustituirse; pero cuando se la haya de sustituir alguna, ninguna mas verosímil que Anam. Esto sería mas probable si Castro-Alto (ó Castro-Albo, como dijimos en otro lugar) fuese la antigua Valeria como creen algunos. Livio va conduciendo á Ilturgi á los Scipiones, y en el camino habia de encontrar al Guadiana. El monte de la Victoria se nombra en otro lugar. Es de notar diga Livio, que Asdrúbal Gisgón era tercer general cartaginés en España, siendo ya cuarto por el autor mismo, que son Asdrúbal y Magon, hermanos de Anibal; Amilcar, hijo de Bomilcar, y este nuevo Asdrúbal Gisgón, que parece era reciénvenido de socorro. Quizás Amilcar habia vuelto á Cartago; pero tambien pudo querer decir Livio que era el tercer Asdrúbal venido á España, como es cierto. Este Asdrúbal tenia un hermano llamado Amilcar, que peleó en Sicilia con Tito Sempronio Graco.*



10. Por este mismo tiempo la ciudad de Castulon, tan amiga de Cartago, por su ciudadana Himilce, mujer de Anibal, como dejamos escrito, se pasó á los romanos, sin que se diga la razon de esta mudanza. Quizás Himilce sería muerta ó abandonada por Anibal; ó bien con las victorias de los Scipiones, tuvieron por caido el partido de Cartago. Los generales cartagineses sitiaron otra vez á Iliturgi, y la combatieron vigorosamente á pesar de sus defensas, en especial por la guarnicion romana que pusieron los Scipiones al tiempo de socorrerla en el sitio precedente. Ya comenzaba á padecer falta de municiones de guerra y boca, cuando Gneo la socorrió largamente, metiendo una legion de infantería por medio de los enemigos, como en el otro sitio, y haciendo de ellos aun mayor destrozo. Creció mucho este el dia inmediato en una salida que hicieron los sitiados. Pelearon los romanos con tanta valentía que en ambos choques dejaron muertos en el campo de Iliturgi mas de doce mil cartagineses, pasaron de diez mil los prisioneros, y cogieron treinta y seis banderas y signos militares.

11. A continuacion los generales cartagineses movido su campo hácia la Bastitania se pusieron sobre Biguerra, amiga de Roma, que los geógrafos reducen á Billena, y mas probablemente Bugarra, cercana á Billena. No tuvieron lugar de causarla daño. Supieron que Gneo Scipion acudia con socorro, levantaron el sitio, y marcharon á Munda con objeto de combatirla. Tampoco lo consiguieron. Fuéles Gneo siguiendo los pasos á marchas dobles: alcanzólos en breve, y les dió bata-



lla; la cual fue tan reñida que duró cuatro horas. Iban de caída los cartagineses y hubieran escapado pocos á no haber Scipion sido herido en el muslo por una azagaya. Tocóse luego la retirada, y no faltaron temores en el ejército romano de que la herida fuese mortal; pero ya por entonces habian arredrado al enemigo hasta sus reales. Aun los elefantes estaban fugitivos sobre el mismo vallado, donde murieron á lanzadas treinta y nueve de ellos.

12. En esta batalla murieron doce mil cartagineses y tres mil cayeron prisioneros. Los demás se salvaron con la fuga para la ciudad de Aurigi (hoy Jaen) que era de los cartagineses. Tambien aquí perdieron estos cincuenta y siete banderas. Conociendo Gneo Scipion cuan aviltados huian los cartagineses á vista de tales derrotas, acordó seguirlos hasta ver si podia esterminarlos enteramente, aunque por causa de la herida iba en silla de manos. Marchó pues en su seguimiento, alcanzólos presto, y les causó nueva derrota, de forma que fueron pocos los que se salvaron huyendo.

13. Tantas y tan continuadas rotas aun no pudieron acabar los ánimos de Asdrúbal. Envió á Magon que reclutase tropas en las ciudades y pueblos de su dominio, y brevemente completaron el ejército. Moviéronle contra Gneo, y le dieron batalla: pero como su gente peleaba desalentada al verse tantas veces vencida, no fue difícil á los romanos obtener otra victoria. Matáronles en esta mas de ocho mil hombres, cogiéronles mil prisioneros y cincuenta y ocho banderas. Murieron tambien tres elefantes y ocho se cogieron vivos. El



despojo fue riquísimo, en especial de los galos que militaban por Cartago, los cuales acostumbraban ir adornados con brazaletes, collares, cintillos y otras joyas de oro. De estos galos murieron dos régulos, á saber, Menicapto y Civismaro.

## CAPITULO XII.

Los Scipiones restauran á Sagunto. Destruyen á Túrbola. Tienen sus últimas batallas con los cartagineses, en las cuales mueren ambos.

1. Las cosas de los romanos en España no podían ir mas prósperas y fovorables; y era ya razon volviesen los ojos á la mísera Sagunto, por cuya amistad entraron en guerra tan sangrienta y porfiada. Mas hacia de cinco años que estaba en poder de los cartagineses, sus enemigos y destructores. Era ya razon enjugarla sus lágrimas, recogiendo los pocos saguntinos que gemian expatriados y dispersos por otros lugares. Pasaron allá los Scipiones: batieron la guarnicion cartaginesa, y en breve se les entregó Sagunto. Volvió por fin á sus antiguos dueños: aunque no la quedaba de su poder y grandeza sino la triste memoria, y una mal parecida imágen. Con esto se terminó la campaña de 214.

2. Dos años se pasaron sin mover en España las armas romanos y cartagineses, pues unos y otros estaban exháustos de fuerzas para buscarse en campaña. Los Scipiones, esto durante, no solo favorecieron á porfía los nuevos pobladores de Sagunto, sino que destruyeron y arrasaron la ciu-



dad de Túrbola, rival y causa de la ruina de Sagunto, vendiendo á los turboletas por esclavos. Además de esto, los Scipiones obtuvieron con su mucha cortesía, benignidad y atractivo, que los celtiberos que servían á sueldo en los ejércitos cartagineses en España, se pasasen á los suyos con el partido mismo y condiciones. Igualmente tuvieron maña para enviar á Italia trescientos españoles nobles de varias ciudades, con encargo de persuadir á sus paisanos que militaban con Anibal, dejasen sus banderas y se pasasen á las de Roma. Tal era el riesgo en que la consideraban. *Es cosa notable*, dice Livio, *que hasta este año* (de 212 antes de Cristo) *no habian los romanos tomado á sueldo español alguno, ni lo tenian en sus ejércitos. Estos celtiberos fueron los primeros.* Esto se debe entender de tropa estipendiaria; pues de la voluntaria que servía sin estipendio señalado, y solo por la comida, vestido, armas, dádivas del general, pillaje, despojos &c., ya deja dicho el mismo autor se habian alistado muchos miles en otras ocasiones. Es probable se equivocase Livio (XXII. 6.) diciendo que cuando Anibal buscaba pretextos para sitiarse á Sagunto, lo cual ha de ser á principios del año 219 antes de la venida de Cristo, eran cónsules P. Cornelio Scipion y Tito Sempronio Longo. No lo fueron seguramente hasta el año inmediato de 218, como escribe el mismo historiador los años adelante, y consta de los fastos consulares. Aun el mismo Livio se retracta tácitamente en el cap. 42 del libro XXXIV; y lo advierto solo para que no se tropiece en la cronología Liviana.



3. Por el verano de este año, siendo cónsules Romanos Q. Fulvio Flacco y Appio Claudio Pulcro (todavía comenzaban los consulados dia 15 de Marzo) cansada la fortuna de mostrarse risueña á los Scipiones en España, se les empezó á poner desdeñosa y ceñuda. Siete años habia que por acá multiplicaban laureles á sus cabezas: solo los dos últimos habian descansado de las armas, empleándolos en el gobierno de la provincia con suavidad, consejo y prudencia. Su mayor ansia era estorbar á Asdrúbal el viaje á Italia como hasta entonces habian conseguido; pues ahora se rugia de nuevo su marcha dejando en España á Magon y al otro Asdrúbal Gisgón con sus ejércitos propios. Salieron pues de sus cuarteles ambos Scipiones, unieron sus fuerzas, y conferenciaron lo que debian emprender en la próxima campaña. Convinieron unánimes que debian hacer todos los esfuerzos para retener á Asdrúbal; pues la salvacion de Roma pendia de que Anibal no fuese socorrido. Y pues habia tantos años que lo procuraban y habian obtenido, era ya tiempo despues de tantas victorias, de conseguirlo para siempre y poner fin á las guerras en España, puesto que con veinte mil celtiberos que habian alistado á sueldo (algunos ejemplares de Livio ponen treinta mil) les bastaban fuerzas para el intento.

4. Tres ejércitos tenian acá los cartagineses con sus tres generales Magon y los dos Asdrúbales. Magon y Asdrúbal Gisgón habian unido sus ejércitos en uno, y tenian su real á cinco dias de camino del de los Scipiones: Asdrúbal Barca estaba mas cerca en la ciudad de Anitorgis, que no



sabemos donde estuvo. A este, como principal y práctico en la guerra de España, querian los Scipiones vencer primero: pero considerando que los dos compañeros se fortificarian en parajes ventajosos y alargarian demasiado la disputa, acordaron dividir el ejército en dos partes, y hacer la guerra á los tres enemigos al mismo tiempo. Publio Scipion con dos terceras partes de soldados romanos y aliados de Italia debia acometer á Magon y compañero unidos: Gneo con la tercera parte de romanos y veinte mil celtiberos habia de atacar á Asdrúbal Barca en Anitorgis. Hasta la ciudad anduvieron unidos los Scipiones, llevando la vanguardia los celtiberos, y pusieron el real enfrente de Asdrúbal á la parte opuesta del rio. Quedóse allí Gneo con un ejército contra Asdrúbal: Publio marchó con el suyo en busca de Magon y menor Asdrúbal.

5. Esta division de los Scipiones fué la causa de perderse ellos y sus ejércitos. Unidos hubieran derrotado á los tres generales cartagineses como hasta entonces. Hubiera durado mas la guerra, pero la victoria hubiera sido segura; pues aunque es verdad que la presteza en las armas es ventajosa, hay ocasiones en que lo es mas la circunspeccion y la demora. Luego que Gneo quedó solo, conoció bien Asdrúbal que la tropa de romanos que tenia era poca, fundando su mayor fuerza en los celtiberos. Era práctico en el conocimiento y volubilidad de aquellas gentes, y con la facilidad que habia para tratos ocultos por estar ambos partidos llenos de soldados españoles aun paisanos y parientes, halló medio de convenirse con los celtiberos en que se retirasen del ejército romano. Para



conseguirlo decia que esto no era traicion alguna; pues él no queria que peleasen contra los romanos, sino solo que no peleasen por ellos. Además que lo que les importaba era coger la grande suma de oro que les ofrecia por el retiro, el descanso, el regreso á sus hogares, ver á los suyos y cuidar de sus labores; pues era una locura ir por gusto á matarse con extranjeros que no les molestaban.

6. Conviniéronse de contado, y luego dijeron á Scipion se retiraban á sus casas porque los cartagineses estaban asolando la Celtiberia su patria, no mas de porque ellos servian á los Scipiones. No pudo menos de afligirse Gneo al ver no habia forma de detener aquella gente, sin la cual era imposible defenderse de Asdrúbal cuanto menos acometerle en Anitorgis; y además era ya tarde para que se pudiesen unir ambos hermanos. La resolucion que tomó como buen soldado, fué la única que le quedaba, y era retirarse aceleradamente y no pelear con Asdrúbal (que luego comenzó á pasar el rio en su seguimiento) sino en algun paraje ventajoso.

7. Iguales cuidados ó mayores ocupaban el ánimo de Publio donde se hallaba. Masinisa, hijo de Gala, régulo de una parte de Numidia, ganado con su padre por Cartago contra Roma, habia venido á España con la caballería Numídica que servia en los ejércitos cartagineses. Encontraron á Publio Scipion poco despues de separarse de su hermano, y le fueron incomodando en sus marchas dia y noche con tanto atrevimiento, que no solo perseguian á los romanos que por algunas causas se detenian ó separaban del ejército, sino que se



metian en medio de los tercios, y llegaban hasta los reales, llenándolo todo de tumultos. Hubo noche que Masinisa tuvo bloqueados en su real á los romanos, sin que pudieran salir aun á las cosas necesarias. Todavía se temian males mayores. Indivil, régulo de los ilergetas, iba por otro lado contra Publio con siete mil quinientos suesetanos (á quienes aun conocemos poco, segun en otro lugar diremos) con objeto de juntarse con los cartagineses. Viéndose pues cercado de tantos y tan urgentes peligros, obligado de la necesidad tomó el arriesgado y azaroso partido de salir de noche contra Indivil, y derrotarle antes que se juntase con los cartagineses; como si esto bastase para salir vencedor de aquellos.

8. Dejada pues una corta guarnicion en los reales al cargo de Tito Fonteyo, salió de ellos hácia la media noche con el mayor silencio posible: pero encontró á quien buscaba mas pronto de lo que creia. Fuéle preciso pelear sobre la marcha misma sin órden y tumultuariamente, hallándose todos en pequeños escuadrones ó columnas, aunque no dejaba de tener alguna ventaja por lo firme de los legionarios. Creia Publio haber engañado á Masinisa con su imprevista retirada: pero no fué así. Acometióle por ambos lados con su caballería; y hubieron los romanos de entrar por necesidad en nueva batalla. Sobreviéneles de golpe el tercer enemigo cargando por la retaguardia, y era el ejército combinado de Magon y Asdrúbal Gisgón, á quienes Scipion iba buscando primero. No sabian los romanos á quién hacer frente, viéndose cercados por todas partes, ni menos por qué lado podrian









### Muerte de Publio Cornelio Scipion.

*Rodeaban y oprimian por todas partes á los romanos los cartagineses; y hacía prodigios de valor Publio Cornelio Scipion por abrir paso á su ejército para una honrosa y digna retirada, quando una lanza enemiga le quitó la vida, con lo que consternados huyeron desordenadamente sus tropas. La muerte del General es señal casi siempre para la vergonzosa dispersion de su ejército.*



romper, y salir del aprieto. Así permanecieron peleando lo que restaba de la noche, y casi todo el dia siguiente, haciendo Publio las partes de valeroso y diestro general, y acudiendo con las voces y manos adonde mas urgia, y mas apurados veia los suyos. En este momento fatal le pasó el lado derecho un bote de lanza, y cayó muerto. Levantaron los africanos el alarido corriendo por el campo, y publicando la muerte del general romano, que era lo mismo que cantar la victoria: lo cual bastó para darse los romanos por perdidos. Huyeron al punto los que pudieron: pero seguidos por la caballería de Masinisa, y no menos de la infantería cartaginesa, que corria poco menos que los caballos, murieron en esta fuga tantos como en la pelea. Ningun romano hubiera escapado á no sobrevenir la noche: pero su ejército quedó enteramente roto y disperso.

9. Los generales cartagineses no perdieron tiempo en aprovecharse de tan favorable coyuntura. Sin dar á su gente mas que breves horas de descanso, marcharon á juntarse con Asdrúbal Barca que seguia á Gneo Scipion en su retirada. No dudaban de que los tres unidos acabarian con los romanos que en España quedaban, y por consiguiente la guerra de acá con ellos. Las generales alegrías que hubo en el real de Asdrúbal, llegados los compañeros y Masinisa, fueron correspondientes á la causa, muerto general tan hábil y valeroso, y deshecho ejército tan veterano y aguerrido.

10. En el campo de Gneo aun no habia noticia de la fatalidad de Publio: pero reinaba en él un melancólico silencio, como presagio que la pro-



nosticaba. El mismo Gneo además de la desercion de los celtiberos , del repentino aumento del ejército enemigo y por varias conjeturas , se inclinaba mas á temer el último desastre , que á confiar evadir el inminente peligro. Porque ¿ cómo era creíble hubiesen allí concurrido Asdrúbal y Magon sin haber peleado con su hermano Publio que habia ido en su busca? ¿ Cómo no les habia salido al paso ni seguido? Y si por desgracia nada de esto hubiese podido ejecutar, ¿ cómo no venia sin dilacion á juntarse de nuevo con él como los enemigos habian hecho? Combatido de estos cuidados , venia á concluir que su último recurso era la mas pronta retirada que pudiera conseguirse. Una noche pues en que notó quietud en el campo enemigo, y no podria temerse fuga , marchó silenciosamente y á paso largo cuanto pudo. Con la primera luz de la mañana fueron hallados menos los romanos, y los generales cartagineses enviaron en su alcance la caballería ligera , que les obligase á detenerse peleando, mientras avanzaba la infantería que venia detrás. Alcanzólos en efecto antes del anochecer , y comenzólos á molestar por todos lados con escaramuzas y rebatos. Ibanse defendiendo como podian manteniéndose unidos, y alargando el paso. Caminaron así otro poco mas, hasta que acercándose la noche , y hallándose fatigados soldados y bagajes, tocó Gneo á recoger á los que hacian frente á los enemigos , y ganó una colina de mediana altura. No era puesto seguro para tropa fatigada y poco menos que vencida; pero no habia otro recurso para no acamparse en paraje llano. Sentados allí los reales del mejor modo que pudo , puso el bagaje



y caballería en el centro, y al rededor la infantería, todo sobre las armas. Así repelian las invasiones y rebatos de los numidas que sin cesar instaban; pero como ya se divisaba cerca el grueso del ejército cartaginés con sus tres generales, conoció Scipion era poca la resistencia de las armas en defensa de su real, por ser el cerro de su subida fácil y suave por toda su falda, y resolvió cercarlo de trinchera. Hubiera sido esto de algun reparo en tan críticas circunstancias hasta ver lo que daba la fortuna venido el dia; pero no hubo modo de conseguirlo. Era el paraje y terreno demasiado firme y árido, y absolutamente desnudo de maleza. Aun no le fué posible abrir foso por la misma dureza del suelo casi todo peña. No tuvo mas arbitrio que hacinar todo alderredor la cargazon y bagaje, interpolando los aparejos de las acémilas, todo bien atado, y formando una imágen ó figura de vallado de altura competente.

11. Llegado el ejército cartaginés, enderezó su vanguardia al cerro del enemigo, y tuvo por un encanto ver aparecer trinchera en un cerro calmo. Pero luego que vieron el material que la formaba clamaron los capitanes: *¿A qué aguardais, cartagineses? ¿Cómo no habeis tirado á rodar por el campo ese misero reparo, incapaz de parar aun á niños ó mujeres? Presos teneis á los romanos detrás de esos vastos y fardages.* Esto decian por burla y menosprecio, y casi le merecia: pero probados á deshacer el malecon, no les fué tan fácil como creian; pues ni podian saltarle por encima, ni mover de su lugar los pesados tercios; y además les incomodaban mucho las lanzas de los cer-



cados, cuyas puntas salian por entre los fardos, y no erraban golpe. Pero por último, todo lo venció la porfia y sobra de gente. Abrieron entradas por varios lugares, y se metieron en el real de Scipion millares de cartagineses matando romanos sin resistencia. Duró poco la matanza, porque los romanos huyeron sin detencion á los bosques comarcanos, y de allí al real en que habia quedado Fonteyo. Los muertos fueron pocos; pero murió peleando Gneo Scipion que valia por muchos.

12. Algunos historiadores afirman que no murió en el real defendiendo la entrada de los enemigos, sino que huyó con algunos á cierta torre poco distante donde se hicieron fuertes; pero que llegados allá los enemigos, quemaron las puertas, entraron en la torre y los degollaron todos. Esto no se puede creer en un hombre como Gneo, pues no era dable defenderse en una torre con pocos, y sin comestibles; además que en caso de huir, hubiera sido á los reales de Fonteyo. Sucedió su muerte el año seis de su venida, y veinte y nueve dias despues de muerto su hermano Publio. En algunos Códices de Livio se lee año *sesto*, en otros año *séptimo*, y aun en otros año *octavo*. Son variantes de copiantes semidoctos ó descuidados. Si dijo año *sesto*, entendió años cumplidos; si año *séptimo*, comenzados: pero año *octavo* es error de amanuenses. Gneo Scipion no pudo llegar á España hasta primeros de Mayo del año 218 antes de Cristo, primero de la segunda guerra Púnica. Desde ese tiempo hasta el año 212 por Mayo en que probablemente murió, median seis años completos, y esta leccion juzgo debe preferirse. Pudo



Gneo morir por Junio, Julio, &c., y en este caso tendria lugar el año *séptimo* comenzado, que en otro lugar indica Livio. Permanece aun en Tarra-gona un torreón cuadrado de sillería, tenido vul-garmente por sepulcro honorario de los hermanos Scipiones, por verse en el zócalo dos estatuas so-bre pedestales. El sabio don Antonio Agustin ya nos instruyó de que tales estatuas no eran los Sci-piones, sino dos esclavos que lloran á su dueño allí sepultado; pero parece pueden muy bien ser esclavos de los Scipiones, ó imágenes de algunas provincias que lloran su muerte.

13. La muerte de estos dos héroes militares, dice Livio, no fué mas llorada de los romanos que de los españoles sus aliados y sus amigos. Porque si aquellos sentian la pérdida del ejército y la pro-vincia, estos la de tan valerosos capitanes, mayor-mente Gneo, que era el primer romano venido con ejército á España, les habia gobernado mas tiempo, captado la voluntad con su mucha benignidad y cortesía, y los habia civilizado á la ro-mana.

## CAPITULO XIII.

---

Sostiene L. Marcio el honor de Roma muertos los Scipiones.

1. Con pérdidas tan extraordinarias quedaron acá las cosas de Roma en estado tan deplorable, que su restauracion ya no se creia posible. Roma por entonces no podia enviar armada, soldados ni



pertrechos ; pues aunque M. Marcelo acababa de tomar á Siracusa , le habia costado mucha gente , y Arquímedes le habia quemado y deshecho la escuadra con sus espejos ustorios y otros ingenios. Anibal por otra parte era ya dueño de casi toda la Italia , tenia sus reales á las puertas de Roma , y la hubiera tomado fácilmente si no se lo estorbaran los tiempos lluviosos , ó quizá su política para hacerse necesario á su república. Pero con todo , aquellas pobres reliquias del ejército de los Scipiones aunque por entonces sin caudillo , no habian acabado de perder las esperanzas de salvarse , ó quizá mantener la provincia si les venia socorro. No tenian , á la verdad , caudillo competente ; pero entre ellos habia un soldado del orden ecuestre llamado *Lucio* , hijo de Septimio Marcio , jóven alentado y de mucho espíritu en la milicia. Por sus aventajadas prendas habia sido muy estimado de Gneo , y por lo mismo respetado de todos los romanos que habian podido salvarse de aquella tormenta. Parece que la fortuna los iba guardando para cosas mayores , como sobrevinieron en breve. Animado pues aquel valeroso romano con lo mismo que debiera desanimarle , viendo la patria no solo sin recurso para socorrerle , pero fluctuando en las últimas agonías , recogió los romanos que andaban errantes por los pueblos , aunque muchos de ellos heridos , medio desnudos y hambrientos. Sacó tambien algunos otros de las guarniciones y presidios , y formó un ejército nada despreciable. Agrególe á los que Fonteyo tenia ( escapados de la primera batalla ) en su real , y ambos de acuerdo sentaron el suyo en la margen del Ebro. Precisada la gente á



nombrar general que los mandase, corrió la votación las compañías, y sin excepcion alguna salió electo Lucio Marcio.

2. Brevemente fortificaron el real y acopiaron lo necesario, sin omitir cosa que Lucio mandaba; pero estando en esto, hé aquí que llega noticia de que Asdrúbal Gisgon iba contra ellos, habia pasado el rio, y estaba ya cerca. Dispone Marcio sus tropas para recibirle: repárteles la tésera militar, la cual vista por los soldados, recordándoles la memoria de los Scipiones, su desdichada muerte y los destrozados ejércitos con que salian antes á buscar al enemigo, cae sobre todos un dolor y sentimiento tan activo, que prorumpen en extraños lamentos. Danse recios golpes en la cabeza: levantan las manos al cielo, acusando la inclemencia de los dioses: échanse por tierra llamando en grito á los Scipiones como pretendiendo revocarlos de sus sepulcros. Apenas habia forma de consolarlos por mas que los animaban los centuriones. El mismo Marcio tuvo que poner todo su esfuerzo, ya halagando, ya consolando, ya reprendiendo tan intempestivas demostraciones. *Los enemigos, dijo, estan á la vista: dejad ya lágrimas mujeriles, y vengad la sangre de vuestros caudillos, compañeros y conmilitares.*

3. Estando en esto hé aquí que repentinamente suenan los alaridos y trompetas enemigas sobre la valla, palenques y foso. Vuélvense furor y rabia las lágrimas de los romanos. Arrebatan las armas con ímpetu no visto. Corren á las puertas en busca del enemigo, el cual venia bien ageno de topar ninguno que le resistiese, y mucho



menos acometiese. Sobresaltóles la novedad inesperada y apenas creible, no pudiendo atinar de dónde podían haber aparecido tantos romanos, cuando pocos días antes habían sido aniquilados sus ejércitos y muertos sus generales. Preguntábase unos á otros qué ardimiento era aquel, qué furor y confianza en unos hombres que acababan de ser derrotados enteramente, y dados á la fuga. ¿Qué capitán los mandaba y conducía? ¿Quién había dado la señal de batalla tan repentina? Atónitos y sorprendidos de la novedad los cartagineses, y figurándoles el miedo mucho mayor el número de romanos que les acometía de lo que realmente era, se pararon al pronto; pero acometidos furiosamente por los romanos, volvieron las espaldas y se dieron á la fuga. Grande hubiera sido la matanza de cartagineses en los alcances; pero por si se ponía en orden alguno de los otros ejércitos, y su muchedumbre oprimiese á los romanos, tocó Marcio la retirada de los suyos y la ejecutaron con el mayor orden, aunque contra su voluntad, sedientos en extremo de sangre cartaginesa.

4. Por presto que los cartagineses fugitivos hicieron alto, ya no tuvieron á la vista romano alguno. Parecíales aquello cosa de sueño y encanto. Acusábanse mutuamente la fuga y miedo sin grave causa; y continuaron su camino hasta los reales como de paseo, y burlándose de los romanos que no habían osado seguirles; pero con una considerable pérdida de gente. Mayor descuido y negligencia tenían los del real; pues aunque los romanos estaban cerca, ocurriales al punto que no podían ser otra cosa que pobres reliquias de los ejércitos der-



rotados, y sin duda los mas cobardes que siempre huyen los primeros. Todo lo consideraba y advertia Marcio, y esta misma advertencia le indujo á una resolucion, que á primera vista mas parecia temeraria que valerosa; pero casi necesaria. Resolvió asaltar de noche los reales enemigos, antes que se juntasen los otros generales con sus ejércitos. Para que su gente despreciase temores, inconvenientes y peligros, les hizo una viva exhortacion en los términos siguientes:

4. *Bien claro muestran, ó romanos valerosos, las circunstancias en que nos hallamos constituidos, que si el mando que acabais de darme es respetable y honroso, es no menos oneroso y lleno de cuidados. ¿Porque en qué coyuntura me le habeis dado sino en aquella en que, si el sobresalto no me disminuyese la congoja, no me seria posible estar en mi juicio para buscar alivio á tantas amarguras? Véome obligado por orden vuestra á daros consuelo, cuando soy yo quien mas lo necesito; pues cuanto mas inquiere el camino de salvaros como resto precioso de dos valerosísimos ejércitos, tanto mayor sentimiento se me renueva repitiendo el nombre y acerba memoria de los capitanes que os gobernaron. Este doloroso recuerdo me aflige de dia, y de noche me desvela; pero tambien es quien me estimula á no dejar sin venganza su muerte, y el desconsuelo de nuestra patria. Y si cuando nuestros héroes vivian y nos mandaban, quizá no hubo quien mejor que yo les obedeciera, debo tambien, ya muertos, suplir su falta y ejecutar lo que ellos ejecutarian si viviesen. Aun creo yo que todos vosotros con ansia deseais lo mismo. No los lloremos pues como muertos. Viven los Scipiones*

;



*y vivirán en el corazón de sus soldados, y en la grandeza de sus hechos y victorias. Así pues cuando entremos en batalla con los enemigos, acometámosles como enardecidos con aquel valor que su ejemplo nos infundía. Yo, por lo menos, no puedo persuadirme que en la facción de ayer no fuese su retrato y figura que llevamos grabados en la memoria, quien os hizo pelear con tanto denuedo, haciendo ver á esos bárbaros africanos, que el nombre romano no se extinguió con los Scipiones. Que sus esfuerzos, no agotados aun después del destrozo de Cannas, cuidan alzarse todavía contra los rigores y desdenes de la fortuna. Por vuestro natural impulso hicisteis ayer prodigios de valor: veamos hoy, que os guiará mi deseo de venganza, cuáles serán vuestras operaciones. Si os hice detener cuando seguiais el alcance de los enemigos fugitivos y medrosos, no fue de modo alguno para quebrantar vuestro generoso ardimiento, sino para restaurar vuestras fuerzas, y diferirle para ocasión mas oportuna, en que prevenidos de refresco, triunfeis de esos incautos: armados, de esos inermes: valerosos, de esos cobardes: vigilantes, de esos dormidos. No creais que la presente ocasión se me viene por casualidad á las manos: prevista la tengo: las circunstancias ocurridas ayer y la razón de ellas lo persuaden demasiado á quien sabe de milicia. Vemos al enemigo negligente, incauto, satisfecho, presuntuoso. Nada recela menos que la posibilidad de ser sorprendido y asaltado por nosotros en sus reales: atrevámonos pues á lo que no es creíble podamos atrevernos. Esta misma opinión nos lo hará antes fácil que creíble. Pasada la media noche mar-*



*charemos sin ruido sobre sus reales , asi como vinieron ellos sobre los nuestros. Me consta que su campo yace dormido sin las ordinarias precauciones de la guerra , ni aun con una centinela avanzada. Luego que levantemos el alarido á las puertas de su real , lo tomaremos del impetu primero. Entonces sí que podremos saciar nuestras ansias matando bárbaros aun dormidos , mal despiertos , aturdidos , desarmados. Pelearán por nosotros los manes de los dos Scipiones. Seremos en breves horas el espanto y triunfo de cartagineses. La faccion os podrá parecer audaz y arrojada : mas en trance como este siempre fue mejor el partido mas arrojado y dificil por no temido. Las oportunidades en vano se buscan despues de pasadas. Un ejército solo tenemos á la vista : pero hay otros dos poco distantes. ¿Seria prudencia militar darles tiempo á que se juntasen? ¿Podriamos entonces esperar vencerlos , cuando un Gneo Scipion no pudo? Murieron nuestros generales por haberse dividido : perecerán ahora los cartagineses por estar separados.*

5. Oyeron los romanos la resolucion de Lucio , y la recibieron alegres , tanto mas ansiosos , cuanto mas tenia de arrojada. Gastaron lo que del dia quedaba en prevenirse cuanto pudieron , y dieron al reposo las primeras vigiliass. Llegada la tercera se armaron mas que ordinariamente , y movieron para el campo enemigo. Seis millas mas allá del de Gisgon donde los romanos iban , estaban Asdrúbal y Magon Barcas , mediando entre los dos campos un valle profundo , cubierto de bosque. En él apostó Marcio una celada de quinientos infantes y algunos caballos : el resto de la gente caminó con silencio al real de Gisgon que distaba



poco. Entraron los romanos en él como por el suyo. No habia cuerpo de guardia, puestos avanzados, ni menos uno que velase. Tal era su desprecio del enemigo, y la seguridad en que se creian. Sonaron inopinadamente las trompetas y gritería de costumbre. Comienza la mas horrible carnicería en aquellos incautos, dormidos ó mal despiertos y desarmados africanos. Ponen los romanos fuego á las chozas, pabellones y alojamientos sin hallar resistencia. Ocupan las puertas del real para cerrar el paso á toda fuga. Las llamas, el estruendo, la gritería, los lamentos de los moribundos, la confusion, el espanto tenian á los cartagineses tan aturcidos y azorados, que ni daban orden alguna, ni se podian entender unos á otros. Muy pocos fueron los que pudieron huir saltando la valla; y como se dirigieron á los reales de los otros cartagineses, dieron en la emboscada del valle, donde murieron todos. Solo se libraron algunos que huyeron por otras veredas, uno de los cuales fue Asdrúbal Gisgon: que no fue poca dicha.

6. Ganada victoria tan grande y breve, pasaron rápidamente los romanos á los otros campos cartagineses. Aun no tenian noticia alguna de la derrota de Gisgon, y los hallaron en el mismo y aun mayor descuido, como mas apartados. Fuera de que ya era de dia y habia salido mucha gente al pasto de la caballería, por agua, leña y otras provisiones á los lugares circunvecinos. Las armas estaban arrimadas aparte; la tropa desarmada; unos sentados, otros echados, otros paseando, otros jugando, y todos divertidos á su modo. Acometiéronles los romanos con mayor ardimiento que an-



tes, cebados con la reciente victoria y descuido presente. No pudiendo los cartagineses sufrir este primer ataque, les asaltaron los romanos sus reales. Dentro de los mismos hubo larga pelea por ambas partes, y hubiéralo sido mas sino se hubieran caido de ánimo los cartagineses al observar ensangrentados los escudos de los romanos. Infirieron de ello la derrota del ejército de Gisgon, y se declaró la fuga por todas partes; pero quedaron los reales cubiertos de cadáveres y moribundos cartagineses. El número de los muertos no pudo saberse; pero fué fama murieron treinta y siete mil, y quedaron prisioneros mil ochocientos treinta. De los romanos no se dice cuántos eran, ni cuántos murieron. Los generales cartagineses se libraron huyendo. La presa fue rica, y se halló en ella un escudo de plata que pesaba ciento treinta libras, y en el umbón tenía de relieve la imagen ó retrato de Asdrúbal Barca. Los antiguos Livio, Valerio Máximo, Floro y demás historiadores ensalzaron con razon el valor y nombre de L. Marcio, añadiendo celebridad á su valor el prodigio de verse arder una llama sobre su cabeza cuando animaba á la tropa con su razonamiento, sin que lo sintiese: cosa que contribuyó mucho para las victorias que consiguieron. El escudo de Asdrúbal se guardó en el templo de Júpiter Capitolino con el nombre de *Escudo de Marcio*, hasta la quema del Capitolio, que parece fue la sucedida en las guerras civiles de Roma por Mario y Silá por los años de 87 antes de Cristo.



## CAPITULO XIV.

Viene á España el pretor Claudio Neron, y toman otro semblante las cosas de los romanos en ella.

1. A principios del año de 211 antes de Cristo, designados ya cónsules Gn. Fulvio Centumalo y P. Sulpicio Galba, llegó á Roma, enviada por L. Marcio, la relacion de sus hazañas en destruccion de los cartagineses en España. Ofendióse el desdeñoso Senado de que Marcio se llamase *Pro-Pretor* no siéndolo por su nombramiento y pueblo romano. Decian aquellos padres era de mal ejemplo permitir la eleccion de generales á la indiscrecion de los soldados, sin atender á leyes, auspicios y *Senatus-Consultos*. Opinaron que esto debia ventilarse maduramente: mientras tanto era necesario despachar á España los mensajeros que habian traído las cartas y relaciones de Marcio. En la contestacion no le dieron el título de *Pro-Pretor*, por no saberse todavía la resolucion que despues adoptaria el Senado: pero loaron debidamente su valor y victorias en tan críticas circunstancias.

2. Trató luego el Senado de enviar acá general idóneo que sucediese á los Scipiones en el mando del ejército, por mas ocupada que tenian la consideracion en otras urgencias perentorias. Anibal, excusando rodeos, se habia venido á Campaña con resolucion de sitiar á Roma, puesto ya su real á tres millas de sus muros. Quinto Fabio Má-



ximo creia que esto era para que Quinto Fulvio y Apio Claudio levantasen el sitio de Cápua y fuesen al socorro de Roma; pero sino lo estorbáran las porfiadas lluvias que sobrevinieron, hubiera visto que se engañaba, por mas que Roma mostraba mucha satisfaccion y ningun miedo. El campo que ocupaban los reales y ejército cartaginés se vendió entonces por su justo precio, desatendiendo las circunstancias; mas estas operaciones suelen ser farronadas de los que poco pueden. Por la parte de Roma, opuesta al campamento de Anibal, salieron para Baya las tropas que venian á España; y aun con esto mostraba Roma tener sobra de fuerza para defenderse. Esta consideracion, y la noticia de haber Fulvio y Apio tomado á Cápua, bastaron para que Anibal alzase su campo y regresase á Calabria.

3. Vino pues á España Claudio Neron con título de Pro-Pretor con seis mil infantes y trescientos caballos de tropa romana, que es una legion entera: de los aliados del Lacio se le dieron otros seis mil infantes y ochocientos caballos. Con este respetable ejército se hizo á la vela Neron en el puerto de Baya, y desembarcó felizmente en Tarragona. Sacadas á tierra las naves, armó la chusma para aumentar el ejército y marchar para el Ebro donde se hallaban T. Fonteyo y L. Marcio con su pequeño ejército victorioso. Es natural estuviesen en Ibera, Tortosa, ó en otra ciudad amiga y fuerte, tanto para reponerse de lo padecido en las campañas anteriores, quanto para precaverse de los enemigos si se rehacian. Unida toda la gente marchó Neron en busca del enemigo. A la sazón Asdrúbal Barca tenia sentado su real en los Ore-



tanos (unos códices de Livio tienen *Ausetanos* y otros *Aretanos*. Es error manifiesto de copiantes. Iliturgi y Mentesa estaban en la Oretania: Mentesa cerca de Montiel, y Iliturgi cerca de Andujar. Donde está La Guardia había otra Mentesa, pero también estaba cerca de Iliturgi) entre las ciudades de Iliturgi y Mentesa, junto al bosque *Piedras-negras*. El bosque *Piedras-negras* pudo muy bien ser el *Castulonense*, pues Cástulo caía entre las dos ciudades. Eran todas ellas aliadas de Roma, y quizá por ello las iba Asdrúbal rondando las puertas. Ocupó pues Neron unas estrechuras del bosque, que era su única salida, y no se le podía escapar Asdrúbal ni un solo soldado si Neron hubiera sido tan cauto y advertido como debía. Lo fué mas Asdrúbal, pues al verse irremediabilmente perdido, envió mensaje de paz á Neron, asegurándole tenía resuelto salirse de España con toda su gente, y lo ejecutaria de camino dándosele paso libre, sin hostilidad alguna ni derramamiento de sangre suya ni romana. Concedida la propuesta, pidióle Asdrúbal habla para el día siguiente, en el cual se dispondrian las capitulaciones y determinarian los días en que las guarniciones cartaginesas habían de evacuar las plazas y entregarlas á los romanos. Otorgado también esto, comenzó Asdrúbal á disponer la salida de una columna de su gente en la próxima noche, desfilándola por veredas escusadas y penosas, ordenando se salvase como pudiese, y se recogiesen todos en lugar señalado. Viéronse pues ambos generales en dicho día, en cuya conferencia supo Asdrúbal verificar el comun adagio *fides Punica*, ganando tiempo con proponer cosas no



muy conducentes al negocio, y alargarlo cuanto pudiese, de forma, que llegó la noche sin haberlo concluido y se remitió al día siguiente. En aquella noche salió nueva columna de gente del modo que la primera, y tampoco aquel día se concluyeron las conferencias. Aun tuvo Asdrúbal astucia y sagacidad para dilatarlo todo algunos días más, ahora con un pretexto, ahora con otro, hasta que tuvo salvo casi todo su ejército. Esto conseguido, ya se iba haciendo más difícil y rehacio en las condiciones, negando y rehusando al fin, lo que al principio había facilitado. Al cabo, sacada ya del bosque la infantería, una madrugada en que todo estaba cubierto de niebla, envió mensaje á Neron pidiéndole se dilatase la conferencia al día siguiente, por ser aquel festivo para los cartagineses. Obtenido también esto, movió luego su caballería y elefantes, saliendo de su real con silencio; y penetrando las breñas al abrigo de la niebla, salieron á campo libre y se alejaron lo bastante. Resuelta la niebla hácia las diez de la mañana, se vieron vacíos los reales enemigos; y entonces cayó Neron en el engaño de Asdrúbal. Siguióle de contado y le presentó batalla; pero la rehusó constantemente, contento con cubrir la retirada, que logró felizmente. No dudamos que Neron anduvo muy incauto con Asdrúbal, debiendo saber que trataba con un cartaginés astuto, y hermano de Anibal: por lo demás fué un soldado valeroso, y digno de tener un descendiente mejor y más honesto que Tiberio Neron, sucesor y yerno de Augusto. No leemos hiciese por acá cosa memorable. Debió de regresar á Roma con la venida de P. Scipion el jóven; pues más



adelante le vemos Cónsul y vencedor del mismo Asdrúbal en Metauro, matándole con treinta y seis mil cartagineses. La causa de no permanecer Neron en España pudo ser haberse dejado engañar de Asdrúbal, en una coyuntura tan favorable para concluir la guerra de España. Seguramente no se hallaba en su ejército el valiente Lucio Marcio.





---

# Libro segundo.

---

## CAPITULO PRIMERO.

Venida de Publio Scipion el jóven, y toma de Cartagena.



Retirado de Roma Anibal, el Senado y pueblo romano volvieron sus cuidados á España, con deliberacion de aumentar el ejército que acá tenían y darle nuevo caudillo: pero la eleccion de este era lo mas dificil. No se hallaba uno que pudiera llenar el hueco de los Scipiones. El pueblo, y el Senado mismo, no veian de quien echar mano que tuviese las dotes necesarias al empeño. Si habia alguno con ellas, ó no pedia el cargo ó rehusaba admitirlo. Fué necesario comicio general en el campo Marcio, donde fuesen todos oidos, todos propuestos, y se juzgase de todos: pero fué inútil y vano. Pasóse largo rato con este desconsuelo, y se renovó la pena de la muerte de los Scipiones, no saliendo quien arrostrase á vindicarla. Ya no sabian los padres qué hacer, ni qué partido tomar en este conflicto, sino que atónitos



y faltos de consejo, levantaron los lamentos al ver la patria en tanta vileza y abatimiento.

2. En medio de tanto desmayo y apuro, hé aquí que se levanta de su asiento P. Cornelio Scipion, jóven de veinte y cuatro años (Polibio dice que 27) y pide el Proconsulado para España. Era hijo de P. Cornelio Scipion y sobrino de Gneo, de quienes arriba tratamos largamente. Puestos en él los ojos de cuantos allí se hallaban, clamaron alegres dándole el parabien, y deseándole el mas feliz imperio. Quedó pues Scipion elegido con todos los votos para el gobierno Proconsular de la España Romana. Conviene advertir, que Morales niega viniese Scipion con otro título que de general, *Imperator*, aunque confiesa que Orosio le da el de *Procónsul*, y Victor el de *Pretór*. Fúndase en que Livio le llama solo *Imperator*, esto es, *Comandante*. Pareceme que se engaña Morales; pues el mismo Livio en el libro XXXIV, capítulo 18, en la oracion que pone en boca de Scipion mismo, lo llama *Procónsul*. Es verdad que algunos códices en vez de *Proconsulis* tiene la inicial P. que puede significar *Publii*; pero otros tienen la voz entera *Proconsulis*. Orosio y Victor se pueden conciliar; pues *Proconsul*, *Proprætor*, *Imperator*, eran títulos que se daban promiscuamente á los generales romanos: pero no eran magistrado mayor, como la Censura, Dictadura, Pretura y Consulado. En verdad hubiera sido cosa ridícula, que M. Silano que vino bajo las órdenes de Scipion, como su legado, tuviera mas autoridad y mando que el general mismo. Fuera de que sin ser *Procónsul* nadie podia tener legados. En suma, Scipion fué



el primer Procónsul que vino á España segun mi dictámen. La causa de habersele despues negado el triunfo fué la general de no concederse sino á los que tenían magistrado mayor, como se negó á L. Cornelio Léntulo, Procónsul en España, los años adelante.

3. Era este Scipion un jóven alentado, como lo habia mostrado siete años atrás, librando de la muerte á su padre en la batalla de Ticino con Anibal. Despues de la de Cannas trataban algunos jóvenes romanos de desamparar la Italia, teniendo por segura su ruina. Oyólo Scipion, y desnudando la espada, dirigió contra ellos la punta, amenazando con la muerte á quien al momento no revocase bajo de juramento resolucion tan vil y cobarde. Sus dotes morales eran aun mas aventajadas. Religioso, púdico, generoso, desinteresado, piadoso, comedido, agradecido, urbano, clemente. No hay virtud moral que Scipion no tuviese, y veremos adelante.

4. Para venir á España se le dieron diez mil infantes y mil caballos para completar el ejército que Neron acá tenia, y para que le ayudase en los negocios le fué asociado el *Pro-Pretor* M. Silano. Hizose á la vela en otoño del año corriente 211 antes de Cristo, en treinta naves de cinco remos, desde la ria del Tiber, y desembarcó sin estorbo en Ampurias. Envió la escuadra á Tarragona, y él con la gente partió por tierra á la ciudad misma, para ir conociendo las gentes y terrenos, viesesen las fuerzas con que venia, y corriese la voz por España. Todas las ciudades de la provincia le enviaron embajadores dándole la bienvenida y rati-



ficando sus amistades con Roma. Pasó luego al ejército de Neron, que segun era costumbre en los inviernos, debia de estar en Tortosa (Livio, XXVI, 41). Encareció debidamente el valor y constancia de los veteranos que sirvieron con su padre y tio; pues habiendo padecido dos tan lamentables derrotas, no habian desmayado sus ánimos, sino que se habian vindicado dando otras dos no menores al enemigo y recobrando la provincia. Hizo su amigo y compañero á L. Marcio, colmándole de honras y favores. Puso á cargo de Silano el ejército de Neron; y acantonado este, regresó á Tarragona. Los generales cartagineses estaban ya en cuarteles de invierno, pero muy distantes entre sí mismos. Asdrúbal Gisgon estaba en territorio de Cádiz; Magon sobre el bosque Castulonense; y Asdrúbal Barca cerca del Ebro, y no lejos de Sagunto, segun Livio. Polibio lo pone en Carpetania combatiendo uno de los pueblos: lo que me parece mas verosimil, pues Polibio se halló en esta jornada, y escribió como testigo. La España Ulterior en comun se mantenía neutral, contemporizando segun exigian los tiempos y circunstancias: en especial ahora que veía venir cercana una nueva guerra, quizá mas porfiada que las anteriores.

5. Venida la primavera del año 210 antes de Cristo, en que comenzaban su consulado M. Levino y M. C. L. Marcelo, fueron acudiendo á Tarragona cinco mil españoles de la provincia, como Scipion habia pedido. Mandó se juntasen á la boca del Ebro las legiones acuarteladas, sacó para allá la escuadra entera, y él marchó al paraje mismo con toda su tropa. La primera diligencia



fué hacer al ejército un razonamiento en la forma siguiente:

6. *Hasta ahora, conmlitones míos, no se habrá visto nunca que un general de ejército dé á su tropa las gracias antes de ganarle batalla alguna. Solo á mí me tiene obligado á ello la fortuna desde muy antes de ver los reales y la provincia. Primero por el amor que tuvisteis á mi padre y tío, y despues por haber con vuestro gran valor conservado la provincia y sostenido contra tantos y tales enemigos la dignidad del nombre romano. Pero por cuanto mediante la bondad de los dioses, ya no se trata de si hemos de quedar ó no en España los romanos, sino de que no queden en ella los cartagineses, ni menos de impedirles el paso del Ebro, sino de pasarlo nosotros, y entrarnos con las armas en su provincia, recelo que algunos entre vosotros tengan esta resolucion por arrojada considerando los pasados desastres, y mi edad poco experimentada. Nadie puedè tener en la memoria mas fijas que yo las desgracias padecidas en España. Perdieron en ella sus preciosas vidas en menos de un mes mi padre y tío, duplicando lutos á nuestra casa y familia. Pero sin embargo de que esta casi general orfandad de mi linaje me acongoja, por otra parte el admirable y extraordinario modo con que se me ha dado este imperio, no me permite desconfiar de que seremos ahora vencedores, si entonces vencidos. Omitamos las cosas de tiempos antiguos, Pórsena, los galos, los samnitas: empecemos por las guerras Púnicas. ¿Cuántas armadas, cuántos capitanes, cuántos ejércitos no perdimos en la primera? ¿Y qué diré de la presente? Trevia, Trasimeno, Cannas, ¿son otra cosa que*



sepulcro de cónsules y ejércitos romanos? Añadamos á esto la defeccion de Italia (1), de Cerdeña y de la mayor parte de Sicilia; y añadamos tambien el último terror, Anibal á las puertas de Roma y poco menos que dueño de ella. En medio de tanta desolacion y presura se ha conservado constante el ánimo del pueblo romano, y del peligro mismo ha levantado su confianza. Vosotros conmlitones y amigos, acaudillados por mi padre, fuisteis los primeros en auxiliar la patria, deteniendo la marcha de Asdrúbal á Italia en socorro de Anibal; la cual si se hubiera verificado, ya sin duda Roma hubiera perecido. Por ese valor vuestro y favor de los dioses se hallan hoy nuestras cosas en mejor estado, y prosperan en Italia y Sicilia. Hemos tomado á Siracusa y Agrigento: expelido á los cartagineses de toda la Isla, y es ya provincia nuestra. En Italia recobramos á Arpino y la Campania. Anibal se ha retirado á lo ulterior de las Calabrias, y nada mas espera de los dioses que poder salir de Italia. Ahora los mismos dioses inmortales que quisieron se me confiriese este imperio en España, me manifiestan con prodigios que todo me ha de salir próspero. Mi corazon, que es el intérprete y adivino, me está diciendo que sacaremos en breve de ella los africanos, y será toda nuestra. Esto que mi corazon me presagia, lo confirman el discurso, la razon y el racionio. Las ciudades aliadas con los cartagineses, oprimidas por ellos, los abandonan y vienen á nosotros.

---

(1) Eran algunos pueblos de Italia que se habian acomodado con Anibal por temor y fuerza.



*Sus tres ejércitos y generales andan entre si tan apartados como si fueran enemigos, y no pueden auxiliarse como les es necesario. Engrandeced, pues, amigos, eternizad ya que teneis ocasion el nombre de los Scipiones difuntos, en este su tierno vástago y pimpollo, que retoña de aquellos cortados troncos. Vosotros que sois aqui diestros y experimentados, guiad el ejército novicio: guiad al nuevo gefe para la parte de allá del Ebro, y país que á fuerza de proezas teneis bien conocido. Allí es el paraje propio para que veais delineada en mí la imágen del valor de mi tio y padre con tal semejanza, que los creais resucitados, asi como descubris en mis facciones la natural semejanza.*

7. Preparados con esta oracion los ánimos del ejército, dejó suficiente guarnicion en defensa de los pueblos, á cargo de Silano (que segun Livio fueron tres mil infantes y trescientos caballos. Polibio dice fueron quinientos), y pasó el Ebro con veinte y cinco mil infantes y dos mil quinientos caballos. Sus oficiales eran de parecer buscasen á los generales cartagineses uno á uno primero que pudieran unirse, comenzando por el que se hallase mas cerca. Pero Scipion recelando que mientras tanto se juntasen dos de ellos ó todos, acordó combatir á Cartagena. Era ciudad opulentísima por sí propia, y lo mas importante era ser el arsenal, el granero, el almacén de todas las preveniciones de mar y tierra para la guerra presente. Era el depósito y recurso general de los cartagineses, frontera de Africa, y con uno de los mejores puertos del mundo. Guardabanse en ella rehenes de las ciudades de toda la España Ulterior, á fin



de que no se rebelasen y se pasasen á los romanos. Pero sin embargo de tantos intereses abreviados en Cartagena, la guarnicion no pasaba de mil hombres. Verdad es que la ciudad estaba muy fortificada, y podian pocos defenderla de muchos.

8. Movi6 Scipion el ejército por la costa de Valencia, sin comunicar á nadie su designio ni para dónde marchaba, sino á C. Lelio, á quien habia encargado la escuadra y dado sus instrucciones. Habia Lelio de navegar bordeando la misma costa sin engolfarse mas que para doblar los promontorios hasta Cartagena, llegando á su puerto el mismo dia y hora en que el ejército llegase. Con siguióse todo en siete dias; cosa que admira mucho, distando Tortosa de Cartagena mas de setenta leguas. Entró la escuadra en el puerto sin estorbo alguno; y Scipion sentó su real cerca de la ciudad á la banda del Norte. Levantó trinchera y abrió foso; pero no delante cabe los muros, sino detrás de los reales; ora recelase viniera Magon ó los otros generales enemigos al socorro; ora quisiese mostrar su satisfaccion á los que guardaban la plaza y al ejército romano; ora para poder ir y venir hasta los muros sin embarazo siempre que se necesitase. Verdad es que la naturaleza del paraje podia excusar la trinchera. Prevenido ya todo para los combates, preparó Scipion á su tropa con el razonamiento siguiente:

9. *Si creyere alguno de vosotros que hemos venido á tomar una ciudad sola, habrá echado la cuenta, comparada con el trabajo, no con las utilidades de la empresa. Tomaremos una ciudad, es así, pero con ella todo lo demás de España. Contiene los*



*rehenes de sus régulos y ciudades, los cuales entrados en nuestro poder, nos franquearán cuanto es ahora del enemigo. Estan en ella sus tesoros, sin los cuales no pueden continuar la guerra, sus armerías, sus municiones, sus pertrechos; los que venidos á nuestro poder serán nuestro socorro, y su detrimento. Fuera de esto, vamos á ser dueños de una ciudad opulenta y hermosa, convenientisima para abastecernos por mar y tierra de todo lo necesario. Siendo nuestra, quitaremos otras al enemigo, por ser esta su fortaleza, su alcázar, su granero, su arsenal, su erario. Está frontera del Africa sin algun rodeo. Es el único puerto y plaza de armas entre Cádiz y el Pirineo; y por ella toda España está expuesta á las incursiones africanas. Todo esto ganamos ganando esta ciudad sola. Pero pues os miro ya deseosos de poseerla, vamos á ello con la seguridad de que hoy ha de ser de Roma.*

10. Serian las nueve de la mañana del dia siguiente, cuando mandó Scipion á C. Lelio bloquearse la ciudad por la marina, y dada oportunidad, la combatiese con las ballestas y catapultas, mientras él con dos mil infantes escogidos marchaba para los muros de tierra, detrás de los escalladores. El gobernador de la ciudad, que se llamaba Magon, estábalo esperando bien apercebido. Tenia sus mil soldados divididos en dos partidas de quinientos. Puso la una en el alcázar: la otra en un cerro elevado de la ciudad á la parte de Levante. Armó dos mil paisanos, y repartió por los muros otra mucha gente para lo que se necesitase. Sonaron en el campo romano las trompetas en señal de ataque, y Magon, abrien-



do la puerta, sacó por ella los dos mil paisanos contra el real de Scipion. Cuidaba con esto meter miedo á los romanos y no se atreviesen á escalar el muro. Acometió con tanto denuedo, que necesitaron todo su valor para sostener el ímpetu de aquel paisanaje. Trabóse una pertinaz pelea, continuándose por ambas partes con gente de refresco. Eran desiguales estos auxilios. Los de Magon tenían que salir á mas de doscientos cincuenta pasos de sus muros: los romanos eran socorridos en un momento, como tan cercanos á sus reales. Dispuso Scipion así, retirándose insensiblemente para pelear con esta ventaja, y apartar de los muros al enemigo. Sabia que derrotados aquellos pocos, que era casi toda la defensa de la ciudad, sería mucha su confusion y miedo, y ninguno mas osaría salir de los muros. Duró largo rato la contienda con igual esfuerzo por ambas partes; pero por fin cedieron el campo los cartagineses, y se retiraron á la ciudad. Murieron muchos en la pelea; pero mas murieron en la retirada, singularmente á la puerta, no pudiendo entrar agolpados. Cebáronse tanto los romanos en la matanza, que se llegaron á meter en la ciudad mezclados con los fugitivos. Este, que pareció atrevimiento, con la carnicería de cadáveres que cubria la tierra, dió tal espanto á los que defendian los muros que desampararon el puesto, creidos de que ya los romanos habian entrado en la ciudad. Advertido Scipion, que se hallaban los demás en el cerro llamado *de Mercurio*, se aprovechó de la coyuntura, y mandó arrimar las escalas, no habiendo quien pudiera estorbarlo. Andaba Scipion en medio del peligro, ocupadas nue-



vamente de defensores las murallas , desde las cuales inundaba el aire una lluvia de dardos ; pero cubierto su cuerpo de tres grandes escudos que sostenian tres robustos soldados. Su presencia , su valor , su persona dando órdenes y enviando socorros donde convenia , fueron las prendas de la victoria.

11. Arrojanse sus soldados audazmente á las escalas y comienzan á subir por ellas : pero mas dificultaban el asalto la grande altura de los muros , que su defensa aunque vigorosa. Rompieron algunas escalas por su mucha longitud , y demasiada gente que subia por ellas , viniéndose todos abajo. A otros , ya muy arriba , se les turbaba la cabeza por la no acostumbrada altura , y caian á tierra. Y sobre otras dejaban caer los defensores pesados maderos y peñas , con que derribaban á los que subian , y las inutilizaban. El daño era mucho : pero no bastaba á retraer á los romanos. Reemplazaba Scipion los heridos y muertos ; hasta que siendo ya tarde , no quiso cansar mas á su tropa , y tocó á recoger con ánimo de tomar aliento , y volver á la tarea. Vino muy á propósito la tregua para los sitiados , que ya se veian en el mayor apuro. Ambas partes descansaron un rato : pero los romanos sacaron de aquella intermision mayor fruto que los cartagineses. Esperaba Scipion el retiro de las aguas en su reflujo , de que participa un poco el golfo Virgitano , y tenia prevenidos quinientos escaladores para el escalamiento de la ciudad por la marina , por ser allí mas bajos los muros ; y al mismo tiempo debian arrimar otros las escalas por el paraje mismo de tierra en



que antes habian tentado el asalto. Comienza de repente la baja-mar : explora Scipion el fondo por medio de unos pescadores catalanes que á la sazón habia en el puerto, y visto que se podia hacer pie y andar hasta los muros, mandó venir allí un escuadron armado. Era ya sobre el mediodia, y la baja-mar fue mayor que solia por un recio viento de tierra que se levantó en la hora ; de suerte, que en muchos parajes no pasaba de las rodillas el agua del puerto. Suceso tan favorable se atribuyó á Neptuno ; y de este concepto religioso del vulgo se aprovechó Scipion para incitar á las tropas se arrojasen al agua, y vadeasen el espacio hasta los muros. Hiciéronlo sin estorbo, pues en el punto mismo cargaba tanto Scipion por la parte de tierra con sus escaladores, que la guarnicion de los muros hubo de correr al mayor peligro. Llegaron pues al muro los de la marina, y mientras unos lo escalaban, rompian otros las puertas con las segures. No lo continuaron, porque los primeros habian entrado ya, y las abrieron por adentro.

12. Entrada pues la ciudad, corrieron los romanos hácia la puerta de tierra donde toda la gente cartaginesa peleaba por impedir la entrada, y Scipion por ejecutarla. Tal era la furia de los cartagineses, que no supieron habian entrado los romanos, hasta que se vieron herir por las espaldas. Turbados entonces y descompuestos, hubo lugar á que los romanos rompiesen todas las puertas por ambas partes, y entrasen escuadrones. Sin detencion alguna retiraron al enemigo hasta la plaza, mientras los que habian escalado los muros por otros parajes, ya corrian las calles matando sin



distincion á cuantos encontraban armados. Advirtieron los romanos que los enemigos huian por dos calles, unos hácia la colina ya nombrada, en donde habia quinientos cartagineses, y otros al alcázar donde estaba Magon con los otros quinientos, y otros que se habian retirado de los muros. Envió Scipion detrás de unos y otros dos fuertes destacamentos. El alcázar se defendió algun rato; hasta que Magon viéndose cercado de tanto romano, y sin esperanza de salvarse, se entregó sin mas resistencia. Hasta la rendicion del castillo continuaba la matanza por la ciudad, sin perdonar la espada mas que á niños y mujeres: pero cesó luego el estrago, y comenzó el saqueo sin escepcion alguna. Fue riquísimo: pero á los ciudadanos de Cartagena se les devolvió todo lo suyo. Hicieronse diez mil prisioneros: pero se dió luego libertad á los que eran naturales ó ciudadanos de Cartagena, y se volvieron á sus casas. Entre los prisioneros hubo dos mil menestrales de varios oficios necesarios á la guerra, los cuales quedaron presidiarios públicos de los romanos: pero se les aseguró pronta libertad si servian fielmente sus oficios en lo que se les ordenase. Los esclavos y gentes no ingénuas fueron aplicados á la marina, aumentada entonces con diez y ocho naves cartaginesas que habia en el puerto, segun afirma Polibio, que como testigo de vista, merece la preferencia á Livio, que dice fueron ocho, sino es error de copiantes, porque Livio sigue en todo á Polibio.

13. Los hostages ó rehenes de las primeras ciudades de España que tenia Magon, fueron agasajados como ya socios de Roma. Polibio dice eran



trescientos : si bien otros afirman hubo setecientos treinta y cinco. Ambas opiniones pueden conciliarse si decimos que el número de los rehenes nobles eran trescientos , y los demás eran ciudadanos, criados y familiares de los mismos. Inmensos fueron los aparatos de guerra que en Cartagena se hallaron : ciento veinte catapultas mayores y doscientas ochenta y una menores; veinte tres balles-  
tas mayores y cincuenta y dos menores ; escorpiones mayores y menores , dardos , lanzas y demás armas , innumerables ; ochenta y cuatro banderas y signos militares. La cantidad de plata y oro fue muy grande: doscientas sesenta y seis palancanas ó bandejas de oro de una libra cada una , diez y ocho mil trescientas libras de plata acuñada , y mucha labrada en bajilla. Hallaronse cuarenta mil modios de trigo, y doscientos setenta mil de cebada. Se cogieron en el puerto setenta y tres naves onerarias, muchas de las cuales á la sazón estaban cargadas de provisiones, armas, metales, jarcias, velamen, madera de construcción y esparto. Finalmente , la ciudad fue lo de menos en aquella toma; y según los historiadores antiguos Livio, Floro, Aurelio, Victor y otros, fue obra de un solo día. Polibio, á quien suponemos testigo de vista, pone dos entre tomar la ciudad y dividir la presa. Todo es compatible bien interpretado. De todos modos es tenida por hazaña digna de un gran guerrero. Los historiadores omiten el número de muertos de ambas partes , acaso por la dificultad de saberse ; y no menos discuerdan en otras cosas menores como suelen. Aun no se convienen en el nombre del gobernador de Cartagena; pues unos lo lla-



man *Magon* y otros *Armen*: pero estas circunstancias no rebajan un punto la gloria de *Scipion* en esta jornada.

14. El dia siguiente juntó el ejército en los reales, y dadas gracias á los Dioses por tan señalada victoria, las dió tambien á los soldados, loando su valor en ella. La corona mural que se daba al primer soldado que subia sobre los muros, se disputó vigorosamente entre los de mar y tierra, presumiendo cada parte haberla ganado. La porfia de unos y otros iba ya declinándose en sedicion soldadesca; pero *Scipion* supo con su prudencia prevenir el daño que podia seguirse. Llamó á parlamento la gente de mar y tierra, y dijo, *estaba bien informado de que Quinto Trebelio, centurion de la legion cuarta, y Sexto Digicio, soldado de marina, habian sido los dos primeros que en un mismo punto y momento, por partes opuestas de la ciudad, habian subido encima de las murallas. Por tanto, premiaba á los dos igualmente, dando á cada uno la corona ganada.* Repartió tambien cantidad de premios á los soldados que se habian señalado y distinguido en el asalto y pelea segun el mérito respectivo de cada uno. Igualó asímismo en los honores á *C. Lelio*. Dióle una corona de oro y treinta bueyes. Acarició mucho á los rehenes, especialmente muchachos, ofreciéndoles que presto volverian á sus casas y padres; como lo hizo luego, aun con los esclavos y prisioneros. *El pueblo romano, les dijo, en cuyo poder habeis entrado, obliga á los hombres con beneficios, no con espantos: mas quiere confederarse con las naciones por amistad, que por amenazas y violencias.*



15. Estando en esto, salió de entre los rehenes y se arrojó á los pies de Scipion, una señora ya anciana, bañado de lágrimas el rostro, y le suplicó encarecidamente diese orden á las guardias tuviesen atencion y miramiento con las mujeres. Esta señora era la consorte de Mandonio, hermano de Indibil, puesta en rehenes con sus hijas y otras doncellas nobles. Aseguróla Scipion que nada les faltaria; mas acudió ella diciendo: *No hacemos, señor, mucho caso de eso, porque cuál cosa, por vil y baja que sea, no bastará para nuestro estado presente? Mis cuidados, señor, son muy otros. Son la mocedad de estas doncellas: pues yo ya estoy fuera de los peligros que consigo llevan las mujeres.* A tan digna y noble demanda, satisfizo Scipion diciendo: *Ni por mi honor, ni menos por el honor del pueblo romano, hubiera yo permitido la transgresion de lo menos santo y honesto: mas ahora vuestra virtud, honestidad y nobleza harán que lo encargue con mayor esmero, al ver que no os olvidais del matronal decoro en medio de las adversidades.* Encargólas á un oficial de conocida entereza, con orden de conducir las á sus casas, como consortes, hijas y madres de amigos y confederados de Roma.

16. Trajeron luego los soldados á su presencia una doncella de tan extraordinaria hermosura, que por donde quiera que pasaba se atraia los ojos y bendiciones de cuantos la miraban. Preguntó Scipion por su patria y padres; y habiéndolo sabido, y tambien que estaba prometida en casamiento á un príncipe de Celtiberia llamado *Alucio*, mandó viniesen allí los padres y el esposo. Supo tambien que Alu-





### Continencia de Escipion.

*Presentáron al jóven Escipion una prisionera, cuya rara hermosura arrebató su atencion: pero informado de que estaba prometida á un Príncipe celtibero, llamó á los padres y al futuro esposo, á quienes la entregó, deteniéndola con las sumas que ellos le habian presentado por su rescate: ¿Qual victoria de las de este guerrero es comparable al triunfo que logró en este caso sobre su mismo corazon?*







cio tenia á la doncella un amor extraordinario y como ella merecia; y llegado que hubo, le dijo: *Como jóven que soy te llamo jóven, á fin de que sea mas análoga y familiar nuestra comunicacion y lenguaje. Me han traído mis soldados cautiva tu esposa, y sé que la amas tiernamente como merece su persona. A la verdad, si yo me dejara llevar de mi juventud, y olvidándome por un momento de los cuidados de mi República, quisiera gozar por medio de un vínculo legitimo y casto los atractivos de esta virgen, se me deberia disimular el exceso de amor por el exceso de su belleza. Pero ya que puedo, quiero favorecer el tuyo. Tu esposa ha estado en mi casa con la misma seguridad y decoro que en la de sus padres tus suegros. En recompensa te pido seas amigo del pueblo romano. Y si me tienes por hombre de bien, como lo fueron mi padre y tio, sabe que Roma tiene muchisimos como nosotros, y que no hay en el mundo pueblo cuya amistad te convenga mas, cuanto la enemistad menos.*

17. Dándole Alucio las gracias por favor tan señalado, he aquí que llegan los padres de la doncella con grande suma de oro para el rescate de su hija. Quieren obligar á Scipion á tomarla, añadiendo, que con ello no les hará menos favor que restituyéndoles su hija sin haberla hecho agravio alguno. Dejóse persuadir Scipion, y mandando dejasen el oro en el suelo, dijo á Alucio: *Toma ese oro, y sea parafernál ó sobre-dote al dote que tus suegros han de dar á tu esposa en casamiento.* La alegría de Alucio fué correspondiente á la gracia recibida, y caminando para su casa, iba publicando á todos hecho tan generoso y noble.



*Nos ha venido de Roma, decia, un jóven parecido á los Dioses, que lo vence todo con las armas, con la benignidad y con los beneficios.* De allí á pocos dias volvió Alucio á servir á Scipion con mil cuatrocientos caballos. Añade Floro, que Scipion, para quitar sospechas y murmuraciones, no quiso ver á ninguna de las doncellas cautivas ni en rehenes. Este generoso hecho de Scipion es celebrado por toda la antigüedad como ejemplo de generosidad y grandeza de alma. Supo del resultado de su victoria sacar mas partido que de la misma.

18. Puesta la ciudad en órden, despachó Scipion á Roma á C. Lelio con la fáusta noticia de todo y riquezas del erario. Envió tambien prisioneros al gobernador Magon, á dos senadores, y quince magistrados del concejo. Luego, dejando en Cartagena la guarnicion necesaria, regresó á Tarragona; en cuya ciudad y camino acudieron á porfia mensageros de pueblos, ciudades y repúblicas de toda España, para darle la enhorabuena de tan importante y pronta jornada, ya sabida y admirada en todas partes. Los generales Asdrúbales y Magon, no pudiendo mas ocultar la pérdida de Cartagena y sus tesoros, se hubieron de contentar con disminuirla lo mas que pudieron, divulgando, *que aquello habia sido robo de un solo dia. Que Scipion era un mozo insolente y nada experimentado, puesto que blasonaba de cosa tan pequeña. Y que cuando sabria que le iban á buscar tres generales con tres ejércitos vencedores de romanos, se le renovaria la memoria de su tio y padre.* Advertimos aquí que Livio (libro XXVII, capítulo 6) escribe que algunos historiadores colocaban la toma de



Cartagena en el año 209 antes de Cristo, quinto Consulado de Quinto Fabio Máximo, y cuarto de Quinto Fulvio Flacco. Pero lo tiene por inverosímil, pues no habia de estar Scipion en España sin hacer cosa alguna desde que vino.

19. A fines del año 210 llegó Lelio á Roma en treinta y cuatro dias de viaje; y dada la gustosa noticia al Senado, lo primero que decretó este fue dar gracias á los Dioses por tan oportuna y plausible victoria; y luego el pronto regreso de Lelio á España en las mismas naves en que habia ido. Tenian ocupado al Senado cuidados nuevos, habida noticia segura de que Asdrúbal Barca pasaria por fin á Italia en auxilio de su hermano Anibal, cuando Roma apenas podria resistir al uno.

## CAPITULO II.

**Otras victorias de Scipion en España contra cartagineses.**

1. En España iba mudando de continuo el semblante de las cosas: Edesco, caballero español y de mucha autoridad y nombre, se pasó á los romanos en agradecimiento de haberle Scipion redimido y enviado su mujer y sus hijos que tambien eran rehenes de Cartago. Indivil y Mandonio, régulos ilergetas, hicieron lo mismo con todos sus pueblos. Roma prorogó á Scipion el imperio Proconsular en España mientras no se lo revocase expresamente. Viendo pues Asdrúbal tan prósperas las cosas de los romanos en España, y que de cada dia lo serian mas atendida la decadencia de las suyas, tuvo ya por indispensable una batalla



decisiva, ó por lo menos, que detuviese su curso y progresos; pero Scipion la esperaba mucho mas. Era necesario mantener la reputacion entonces adquirida con la toma de Cartagena; cuya hazaña, su brevedad, el extraordinario botin y despojo, la libertad de los hostajes, y la adquisicion de tan importante plaza y emporio, le engrandecia sobre los mortales. No menos era conveniente coger aun separados los ejércitos enemigos; y siendo ya preciso pelear con todos ellos, acordó armar la gente de marina, puesto que no necesitaba de naves porque los enemigos no las tenian. Para ello tuvo abundante surtido de armas y municiones en los almacenes de Cartagena.

2. Durante el invierno habia Lelio vuelto de Roma; y venida la primavera del año 209 antes del nacimiento de Cristo, salió de Tarragona Scipion con todo su ejército en busca de Asdrúbal Barca, que era el mas cercano, y estaba en Bécula, ciudad no muy distante, segun se cree, de Baeza y Cazlona. Morales la llama *Bétula*; pero esta era ciudad diferente. Guardaba su real Asdrúbal con algunos caballos y partidas avanzadas; pero llegados al paraje los romanos de vanguardia, hicieron tal desprecio de los cartagineses que sin descanso, ni prevencion alguna, los acometieron impetuosamente, y los metieron á cuchilladas en sus reales. Aun llegaron á sus puertas las banderas romanas, sin oposicion de nadie, por el grande miedo que los cartagineses las habian cobrado. No hubo mas aquel dia; pues era necesario poner el real, juntar la gente y prevenirla para la batalla. En aquella noche ganó Asdrúbal una loma eleva-



da, en cuya cima habia un llano bastante extendido, donde ordenó su gente. Por la parte opuesta pasaba un rio: por los lados y delante le aseguraba un alto ribazo de poca escarpa. A la mitad de la cuesta sobre el ribazo habia un rellano en rededor, bastante defendido por la naturaleza del paraje. Venida la mañana, viendo Asdrúbal el ejército romano ya formado delante de su real, y dispuesto á dar asalto á la colina, mandó bajar á la llanura inferior los caballos numidas, los honderos mallorquines y tropa ligera africana; él se quedó en lo alto con el resto de la gente. Suponia que la enviada al llano bajo era suficiente para rechazar á los romanos, por lo agrio de la subida. Visto por Scipion el estado del enemigo, hizo á su tropa una breve exhortacion, y luego destacó una cohorte que guardase las angosturas del rio, y otra que ocupase un camino que de la ciudad iba á ciertos campos por la falda de la colina: él con los soldados de vanguardia que el dia antes habian encerrado en su real al enemigo, marchó contra la loma donde se hallaba. De pronto no halló mas estorbo que su fragura y aspereza; pero llegado á tiro, recibió una cruda descarga de piedras, saetas, y demás armas arrojadizas. Sufrieronla constantes los romanos, de forma, que retornaban á los honderos las mismas piedras que les tiraban, en especial la muchedumbre de criados y bagajeros, que sin armas habian querido entrar á la parte en la contienda. Crecen sus ánimos mas y mas con la resistencia, superan el ribazo, y ganan el llano primero. Afirman sus pies en él: llegan á las espadas, y fue tal su primer ímpetu,



que los cartagineses perdieron notable terreno, y se fueron retirando á lo alto donde campaba Asdrúbal con la gente que le quedaba. Esta nueva subida era muy árdua para el ejército formado: pero ya resuelto Scipion á vencer y desalojar al enemigo, anduvo ladeando el cerro por un costado en rededor, mientras hacia Lelio lo mismo por el otro con la mitad de la gente, y los que habian acometido por delante, seguian arriba á los que huian. Scipion y Lelio habiendo hallado fácil subida á lo alto acometieron á los cartagineses por partes opuestas, y los desordenaron y pusieron en huida con poco trabajo y menos tiempo. No creia Asdrúbal que los romanos se arrojasen á la subida como cosa llena de peligros, y estaba con intempestiva satisfaccion y descuido, atendiendo mas á la comida y descanso de la tropa que á la defensa. Polibio dice que cuando Lelio ganó el llano de arriba, todavía los cartagineses no estaban armados, ó por lo menos en orden de batalla. Llegó luego Scipion por el lado opuesto, y acometiéndolos improvisamente, apenas les dió lugar á la fuga. Hasta los elefantes mostraron con su trepidacion el miedo que les ocupaba. Murieron ocho mil cartagineses; quedaron prisioneros diez mil infantes y dos mil caballos. Asdrúbal escapó con el dinero y alhajas sin entrar en pelea, seguido de Masinisa y demás fugitivos, duchos en las veredas excusadas, con designio de ver si podrian acercarse á los Pirineos, para marchar á Italia.

3. Dió Scipion á la tropa el botin de los reales cartagineses; á los prisioneros españoles la libertad sin rescate; pero los africanos fueron ven-



didos en subasta por esclavos. Las aclamaciones de los españoles libres fueron estremadas á tanta generosidad del gefe romano, dándole el título de *Rey* entre los aplausos. Advirtiolo Scipion; y con noble miramiento y prudencia, les dijo: *Que para él era muy grande el nombre de general que le daban sus soldados: el de Rey era no menos grande en muchos paises; pero insufrible en Roma. Que su ánimo era ciertamente real. Si tenían por verdadera grandeza este proceder notable y generoso lo adoptasen tácitamente, absteniéndose para siempre del dictado de Rey que abominaba.* Hizo luego diferentes regalos á los régulos españoles afectos á Roma, principalmente á Indibil, dándole á escoger trescientos caballos de los de la presa.

4. Entre los prisioneros africanos se halló un muchacho de particular hermosura y gracia. Sabiéndose que era de sangre real, le preguntó Scipion *cuyo hijo era: á que respondió llorando: Que era numida, se llamaba Masiva, era huérfano de padre, y se criaba en compañía de su abuelo materno Gala, rey de Numidia. Que habia pasado á España con Masinisa, su tio materno, venido en auxilio de Asdrúbal con la caballería numidica. Que su tio le habia prohibido entrar en batalla á causa de sus pocos años; pero él en la de aquel dia, recatándose de su tio, se habia armado, tomado caballo y entrado en la lid. En ella habia tropezado y caido el caballo, y ambos á dos precipitándose en la cuesta, habia caido prisionero.* Dijole Scipion *si queria ir á su tio Masinisa: á que llorando de contento, respondió que sí.* En esto Scipion le puso en el dedo una sortija de oro, una pretexta romana y manto

:



á la española con hebilla de oro. Dióle alguna caballería que le escoltase hasta donde su tío Masinisa se hallaba. Así ganan amistades los generales advertidos.

### CAPITULO III.

Prosiguen las victorias de Scipion contra los cartagineses en España.

1. Tratóse en el consejo del ejército romano sobre la continuacion inmediata de la guerra en seguimiento de Asdrúbal, de cuyo dictámen habia muchos; pero Scipion lo tuvo por arriesgado, no debiendo ya dudarse de que Asdrúbal se habia ido á juntar con sus dos compañeros. Omiten generalmente los historiadores antiguos, y por eso la ignoramos, la razon de andar tan desunidos los tres generales cartagineses, cuando mas necesitaban de proceder acordes. Solo Polibio nos indica que Magon y Gisgon tenian discordia con Asdrúbal. *Sentia*, dice, *Asdrúbal los malos efectos de la distancia, y la discordia que con él tenian los capitanes.* Solo se cuidó Scipion de enviar al Pirineo un fuerte destacamento que interceptase y estorbase á Asdrúbal el camino á Italia: él con lo demás del ejército se debia quedar en Tarragona para pasar el invierno. Apenas habia atravesado Scipion el bosque Castulonense, cuando ya supo que su sospecha se habia verificado. Asdrúbal Barca se habia juntado y convenido con los otros dos generales y sus ejércitos. Erales ya tarde para este año; pero



todavía útil en adelante como veremos. Acordaron pues que Gisgon fuese á Lusitania, donde los romanos aun eran desconocidos, y era fiel á los cartagineses. Magon y Asdrúbal Barca conferenciaron sobre que los soldados españoles, halagados por Scipion, se desertaban y pasaban al ejército romano; lo cual no se remediaría á menos de ser transportados á los Pirineos ó á las Galias. Esta razon, decian, era muy poderosa para que Asdrúbal pasase á Italia aunque su Senado no se lo mandase. Acordaron asimismo que Magon fuese á las Baleares con suma de oro, y reclutase la mas gente que pudiese: que Gisgon marchase á Lusitania pronta y silenciosamente, evitando por entonces encuentro con romanos; y que Masinisa con tres mil caballos escogidos anduviese vagando por la España Citerior, socorriendo á los pueblos amigos suyos, y saqueando á los amigos de Roma.

2. Al fin pues de este año y principio del de 208 en que fueron cónsules romanos M. Marcelo <sup>208</sup> y T. Quincio Crispino, pasó Asdrúbal el Pirineo sin estorbo de romanos. La causa de no haberle cortado el camino el destacamento puesto allí por Scipion se ignora, y Livio le culpa gravemente por esto, en boca de Quinto Fabio Máximo (libro XXVIII, cap. 42). Pudo Scipion no tener la culpa, como que tanto habia procurado impedirlo, sino el comandante del destacamento que no estuvo vigilante. Y ni aun este; pues además de la singular astucia de Asdrúbal, ¿cómo era fácil estorbar el camino á un hombre solo, aunque le acompañasen algunos, mayormente si Masinisa estaba cerca con sus caballos? Pasó pues Asdrú-



bal el Pirineo, y entrado en las Galias con el inmenso tesoro que traía se detuvo reclutando gente hasta formar un ejército numeroso, con el cual pasó los Alpes á principios del año 207 antes de Cristo. Parece que Asdrúbal entre dar disposiciones á sus dos compañeros que dejaba en España con ejércitos, juntar dinero y salir para Italia gastó poco menos de un año, y nada le sobraria. Esto resulta de Livio segun le entienden nuestros historiadores, y que todo este tiempo estuvo Scipion ocioso en Tarragona.

3. Morales, tomándolo del mismo Livio, tiene esto por inverosimil en un soldado tan advertido como Scipion, y entonces tan pujante como diligente en adquirir amigos á Roma. Apoyado en esto, procura persuadir que Livio no anda exacto en la cronología, órden y série de sucesos en los consulados de Marcelo y Crispino, y de Neron y Livio Salinator. Respeto mucho los asertos y dictámenes de Morales; pero el mio es que Livio va conforme, puntual y arreglado en los acontecimientos y años indicados. Segun afirma en el libro XXVII, cap. 22, en los mismos comicios en que salieron cónsules Marcelo y Crispino se prorogó para el año 207 el mando en España á Scipion y á Silano. Desde allí comienza Livio á referir los acaecimientos de Italia; y como los dos cónsules murieron á manos de Anibal en Calabria, y los sucesores Neron y Salinator fueron sufectos, continúa Livio sin interrupcion la narrativa del año mismo 208 y siguiente 207 hasta la victoria del Metauro en que murió Asdrúbal, cerrando con esto el libro XXVII. Comienza el XXVIII



volviendo á las cosas de España casi dos años atrás donde lo habia dejado , en la batalla de Bécula y huida de Asdrúbal. Dice Livio: *Con la partida de Asdrúbal á Italia, al paso que se encendia mas en ella la guerra, parece debia mitigarse con España; pero retoñó otra no menor que la primera. Tenian entre sí dividida la España cartagineses y romanos en esta forma: Asdrúbal Gisgon estaba hácia Cádiz: la costa del Mediterráneo y lado Oriental obedecia á Scipion y Roma; y el nuevo general Annon recién venido de Cartago con ejército, juntándose con Magon, estaban en Celtiberia, &c.* No comprendo pueda haber historiador atento que culpe aquí á Livio de incoherente, atendida la necesidad que hay en la historia de seguir el hilo de los sucesos grandes hasta concluirlos aunque duren dos ó tres años, volviendo despues á donde quedaron los otros para continuarlos, mayormente si son de otras regiones. Esto no tiene lugar en los anales rigurosos; pero en la historia no puede excusarse. Soy pues de parecer que la rota de Annon y Magon en Celtiberia por Silano, y la toma de Oningi ó Aurigi (hoy Jaen) por Lucio Scipion, como luego diremos, se deben anejar al año 208 en que Asdrúbal Barca salió de España. En esto es mas inexacto Polibio, pues omite los acontecimientos de dos años desde la fuga de Asdrúbal en Bécula, hasta su muerte en la rota de Metauro; sin hacer mencion alguna de la victoria de Silano en que Annon quedó prisionero: esta omision de Polibio pudo ser causa de la dificultad que parece hay en Livio; pero por otra parte refiriendo la muerte de los dos cónsules romanos antes de la bata-



Illa de Bécula (y en esto le sigue Silio Itálico) aunque fué al contrario segun Livio, parece quiere salvar el hueco de un año que hallan aquí algunos historiadores.

4. Venido pues el buen tiempo del año de 208 con la noticia de haber llegado á España el nuevo general Annon con ejército de cartagineses, en lugar de Asdrúbal Barca, y que ya se habia juntado con Magon en Celtiberia, vuelto de las islas Baleares, resolvió Scipion acometer á entrambos. No teniendo por necesaria su asistencia en esta jornada la puso á cargo de Silano, dándole diez mil infantes y quinientos caballos. Marchó allá Silano guiado por algunos celtíberos desertores del ejército que buscaba, y se le puso á tres leguas de distancia. Supo allí por los mismos desertores, que los dos reales cartagineses estaban inmediatos al camino; que el un ejército se componia de celtíberos en número de nueve mil, todos bisoños nuevamente reclutados, y estaba á la izquierda. El otro era de africanos, estaba á la derecha, y prevenido con vigilancia. A vista de esto determinó Silano acometer primero á los celtíberos, que siendo gentes indisciplinadas estaban divertidos como en su casa. Dispuso que su vanguardia declinase sobre la izquierda para no ser sentidos ni descubiertos de los africanos. Nada sabian aun los celtíberos de la cercanía del ejército romano, y se estaban divirtiendo en unas colinas cubiertas de monte alto y maleza. Hizo alto Silano en un valle donde no podian verle, y allí dió de comer á la tropa. Pusose en órden de batalla, y de repente se arrojó sobre los españoles, cogiéndolos tan des-



cuidados y aturdidos, que no acertaban á tomar las armas, ni aun les quedaba voz para los acostumbrados alaridos.

5. Sin embargo los oyeron de los reales cartagineses, y corrió Magon á ponerlos en órden. Colocó á la frente cuatro mil escudados y doscientos caballos en que consistia su mayor fuerza: detrás apostó el resto de la gente. Al primer avance recibieron de los romanos la primera descarga de armas arrojadizas; pero la supieron inutilizar en parte abatiendo sus cuerpos, y vueltos á levantar, dispararon la suya. Repararonla los romanos con sus escudos unidos, y no hizo daño alguno. Llegados á las espadas, lo quebrado del terreno y matas que tenia, eran circunstancias favorables á la disciplina militar romana, que era pelear á pie fijo. Los españoles, por el contrario, peleaban inquietos y sin firmeza, y no fué difícil á Silano la victoria. Murieron los cuatro mil escudados, y los romanos andaban ya cebados en la demás tropa ligera, aun cartaginesa, que del otro real habia venido. Viólo Magon, y huyó con los caballos de los dos reales, y como tres mil hombres de la infantería veterana. Dirigióse á las inmediaciones de Cádiz donde Gisgon estaba, gastando diez dias en la marcha. Annon acudió con socorro á los celtíberos; pero estando ya derrotados, fué hecho prisionero con el socorro. Muchos celtíberos huyeron á tiempo, y de las breñas cercanas se fueron á sus hogares.

6. Esta victoria de Silano no dió mas utilidad á los romanos que el temor que derramó por la Celtiberia, y la disposicion de sus habitantes para



dejar á Cartago, y arrimarse á Roma. Celebró Scipion el valor y conducta de Silano, y resolvió marchar en busca de Gisgon, y poner fin á la guerra de España contra cartagineses, sacándoles de ella para siempre. Hallabanse todos en la Bética procurando sostenerla en su gracia; pero sabida la resolucion y empeño de Scipion, levantó Gisgon su campo y se aproximó á Cádiz, antes huyendo que marchando. Además de esto, no dudando de que Scipion le buscaria donde quiera que se hallase con ejército, lo derramó poniendo guarniciones en las plazas que le quedaban, pudiéndose defender mejor así de muros adentro, y tener al enemigo disperso, ganando las ciudades una á una. El se metió y aseguró en Cádiz.

7. Cuando Scipion lo supo, viendo que aquella guerra debia ser demasiado larga para su genio, suspendió su marcha y envió á su hermano Lucio Scipion con diez mil infantes y mil caballos á combatir la ciudad de Oningi, Aurigi ó Auringi, que se tiene por cierto corresponde á Jaen, como se ha dicho arriba. Puesto el real cerca de sus muros, envió Lucio sus embajadores á que tratasen con los ciudadanos ó concejo el acomodamiento que creyesen convenirles con los romanos; pero no respondiéndoles con palabras de paz ni composicion alguna, la cercó de foso y doble vallado. Dividió su ejército en tres columnas para que descansasen unos mientras peleaban otros. La defensa de los sitiados era tan viva que los romanos no podian arrimar al muro las escalas; y si se arrimaban algunas no era posible llegar arriba ningun soldado, porque los derribaban abajo con ciertas horquillas



á propósito para ello. Si algunos se acercaban á los muros eran arrebatados en el aire con unas máquinas llamadas *lobos*, que con un garabato los cogian y llevaban arriba. Habiendo peleado la primera columna rato considerable sin avance de importancia, resolvió Scipion acometer con todas á un tiempo por diversas partes. Esto amedrantó mucho á los defensores sobre el cansancio que ya sufrían, y desampararon el muro. La guarnicion de cartagineses repartida por él se juntó en un cuerpo, temiendo que la ciudad se entregase; y en efecto, sabiendo los ciudadanos que no se les daría cuartel si no dejaban las armas y se rendían, lo ejecutaron al punto. Abren la puerta repentinamente, y salen de golpe gran número de ellos cubiertos con escudos para resguardo de las flechas, pero levantadas y sin armas las manos derechas en señal de rendimiento. No les aprovechó la ceremonia, ó porque los romanos no la entendieron, ó porque temieron algun stratagemá, y acometiéndolos sin tardanza, los mataron todos, y entraron en la ciudad por la misma puerta, apoderándose de ella en breve rato. La guarnicion de cartagineses y trescientos ciudadanos que se averiguó habían cerrado las puertas á los romanos á su llegada y rehusado la entrega, fueron vendidos por esclavos; á los otros se les dió libertad, sus casas y propiedades. Murieron noventa soldados romanos: de los defensores dos mil. Con tanto regresó Lucio para su hermano, y éste lo despachó á Roma con la noticia, y con el general Annon prisionero. Entraba ya el invierno, y el ejército romano se acuarteló en Tarragona.



8. Eran cónsules el año 207 Cl. Neron y M. Livio Salinator, como ya dijimos. Habia tocado al segundo poner estorbos á que Asdrúbal, que ya pasaba los Alpes, se juntase con Anibal; pero las fuerzas que Roma podia darle no se creian suficientes para el intento. Por otra parte, si aquella union se verificaba, se tenia por cierto no habia en Italia resistencia para los cartagineses. Considerando esto Scipion, además de las cincuenta naves enviadas á Sicilia porque los cartagineses no tenían escuadra en nuestros mares, envió tambien á Salinator ocho mil españoles, y los galos que servian á su sueldo, dos mil infantes romanos de su ejército, y mil y quinientos caballos españoles y numidas. Tal era la seguridad en que estaba de sacar de España las dispersas reliquias cartaginesas. Mas el Senado romano pensaba diversamente. Sabia que siendo dueño de toda España tenia en ella un erario inagotable para continuar la guerra contra Cartago hasta borrarla del mundo, como vino á conseguirlo. Al mismo tiempo pues que Scipion enviaba soldados á Italia, le envió Roma cuatro legiones (á saber, veinte y cuatro mil infantes y mil doscientos caballos; pues una legion se componia de seis mil infantes y trescientos caballos), y continuó el imperio proconsular á Scipion y Silano.





## CAPITULO IV.

Continúa Scipion la derrota de los cartagineses hasta sacarlos de España.

1. Asdrúbal Gisgon y Magon aprovecharon bien aquel invierno. Corrieron mucha parte de su provincia sosteniéndola por Cartago, y reclutando gente para la próxima campaña, con que formaron un ejército de cincuenta mil infantes y mil quinientos caballos. Polibio escribe que los infantes fueron setenta mil, y parece aludir á esto Tito Livio, cuando dice habia historiador que lo escribia. Livio no se aparta jamás de la autoridad de Polibio, en cosas que no hallaba en los archivos de Roma. Los generales cartagineses, apenas entrada la primavera, camparon en una llanura calma y despejada junto á la ciudad de Silpia (á la que Polibio llama *Elinga*) de quien ignoramos el sitio, solo sabemos estaba en la *Bética* y cerca de Bécula, que se cree *Baylen*. El designio de los generales cartagineses era poder pelear desembarazadamente con los romanos (que no dudaban vendrian sin tardanza en su busca): para lo cual tendrian bastante gente. No dejó de dar cuidado á Scipion la noticia de fuerzas tan superiores á las suyas, y determinó que Silano fuese con embajada á Colcas, régulo español que dominaba sobre veinte y ocho pueblos, pidiendo le enviase la tropa de infantes y caballos que le habia prometido. Movi6 luego de Tarragona para Castulon, admitiendo algunos



auxilios que los pueblos aliados le sacaban al camino. Hallándose ya cercano á Castulon, se le juntó Silano con tres mil infantes y quinientos caballos que le habia dado Colcas. Anduvo el ejército romano hasta Bécula, y hecho allí alarde, halló constaba de cuarenta y cinco mil hombres de toda arma.

2. Sentando los reales estaban, cuando repentinamente fueron acometidos de Magon y Masinisa con toda la caballería de su campo. Perecieran indubitavelmente los que abrian el foso, y levantaban malecon y vallado, á no socorrerles una partida de caballos que á prevencion habia Scipion apostado detrás de una colina. Trabóse luego escaramuza entre ellos, y acudiendo infantería por ambas partes en socorro de los suyos, se empeñaron tenaz y porfiadamente. Terminara en batalla decisiva sino huyeran los cartagineses: pero esta fuga los desalentó tanto quanto los romanos tomaron aliento. Sin embargo, la caballería numídica no dejó de salir diariamente á sus acostumbradas escaramuzas y rebatos, y aun algunos tercios de infantería ligera. Despues de que por estas ordinarias correrías hubo cada uno de los generales explorado las ideas y fuerzas enemigas, Asdrúbal fué el primero que sacó al campo toda su gente y la puso en orden de batalla. Hizo Scipion lo mismo de la suya, con igual presteza; pero ambos ejércitos se mantuvieron todo el dia sobre sus respectivas líneas sin acometerse, contentándose cada uno con observar los movimientos del enemigo. Venido el ocaso, los cartagineses se retiraron á su real, y luego despues hicieron lo mismo los romanos. (El P. Mariana



dice que entre los dos campos mediaba un valle, que aunque fácil de pasar, cada parte esperaba que los contrarios se adelantasen en subille, con intento de pelear con ventaja. No hallo autor antiguo que lo escriba; antes bien afirman que lo que mediaba era un extendido llano cerca de Silpia como ya notamos. Sospecho que Mariana (*libro II, capítulo 22*) leyó *vallis* en vez de *vallus* que pone Livio (*libro XXVIII*), á saber, *pro valle*, en lugar de *pro vallo*.) Así continuaron estos amagos por algunos dias tocando á recoger primero el que primero habia salido, siempre sin escaramuza, desman, ni aun grito alguno: tanto que todo parecia una farsa y guerra fingida. El ejército de Scipion tenia en el centro de su frente las legiones romanas; en las alas los aliados. Asdrúbal tenia en el centro los cartagineses y demás africanos: en las alas á los españoles, y los elefantes iban delante de toda la media luna como formando una fortaleza. Todos suponian que con la misma distribucion de campos habia de darse la batalla ya inexcusable. Pero las fuerzas romanas eran menores que las enemigas; debia Scipion hallar un ardid con que socorrerse. Hallóle ventajoso en el fondo de su militar pericia. Para el dia que tenia resuelta la batalla mudó todo el orden y plan antecedente. Antes de amanecer habian comido bien soldados y caballos, y estos estaban ensillados, como aquellos armados, y todo á punto. Con la primera luz del dia puso su caballería y tropa ligera frente las estancias y puestos avanzados del enemigo: él siguió con lo mas robusto y de grave armadura de sus legiones; pero con orden inverso de lo que



Asdrúbal esperaba, á saber, los romanos en las alas, y los aliados en el centro.

3. No era bien amanecido cuando ya los romanos estaban sobre los reales cartagineses. Despierta Asdrúbal á la súbita gritería. Sale de su tienda y ve sobre su trinchera y valla el tumulto y espanto de sus estancias: mas allá los relumbros de las águilas y signos romanos con los primeros rayos de la aurora; y por último toda la campaña ocupada por el ejército romano. Saca arrebatadamente su caballería contra la romana, y detrás la infantería sin alterar el orden que los dias antecedentes habia guardado. Peleó largo rato la caballería de ambas partes sin alguna ventaja, porque unos y otros acometian y se retiraban alternadamente. Hallábanse ya las dos haces á quinientos pasos de distancia, cuando Scipion tocó á recoger los que escaramuzaban. Entonces, abriendo la frente del ejército, mandó pasar por allí la caballería y la infantería velitar ó ligera, y dividiéndolos en dos columnas iguales, los apostó detrás de las alas para socorrer á donde conviniese. A punto de comenzar la batalla puso en el intervalo del centro la infantería española bien unida para que no desertase; y desde el ala derecha que él mandaba, envió á decir á Silano y Marcio, que mandaban la izquierda, que avanzasen contra los enemigos al mismo paso que él avanzaba, y comenzasen la pelea los vélites y caballos ligeros antes que los dos centros estuviesen á tiro.

4. Avanzan así largo trecho contra los cartagineses; empiezan á combatir las alas, y pelean largo rato con ventaja de los romanos: antes que



los centros pudieran llegar á tiro de dardo. Los cartagineses y demás africanos que ocupaban el centro, no podian desamparar el puesto para ir á socorrer las alas que estaban pereciendo por no abrir el ejército y dar paso á los romanos. Las alas peleaban con mucha desigualdad, por ser en los cartagineses lo mas débil del ejército, y en los romanos lo mas robusto. Habia comenzado la batalla al amanecer del dia, era ya la una de la tarde, grande el calor, y ayunos los cartagineses, empezaron á decaer y retirarse. Aun los elefantes abandonaron las alas y se retiraron al centro (donde aun no se peleaba) fuese por el desórden de su campo, fuese por la novedad y mudanza de la pelea, fuese por alguna casualidad acaecida. Cedieron pues el campo los cartagineses, aunque sin notable desórden y sin dejar las filas, como si se retirasen por órden de sus generales. Con esta retirada, urgieron mas los romanos por todas partes, especialmente donde veian menos resistencia. No pudo Asdrúbal detener la fuga de los suyos por mas que les decia á gritos habia detrás montes aptos para fortificarse y rehacerse, como se retirasen ordenados. El miedo era ya dueño de sus ánimos, y triunfó de la reputacion y vergüenza. Por fin los cartagineses hiriendo al romano que tenian mas cerca, se declararon en fuga; pero haciendo alto al pie de unas lomas vecinas, tentaron ponerse en órden de resistencia. No llegó el caso; pues al ver á los romanos empeñados en seguir el alcance, huyeron otra vez y ganaron sus reales. Hasta sus puertas llegaron los romanos, y los hubieran asaltado de seguida, sino hubiera en el



mismo punto sobrevenido una tan copiosa lluvia, que les obligó á dejar lo comenzado y retirarse. Los cartagineses, aunque las heridas, el cansancio, la noche, la lluvia y la hambre los llamaban al reposo, consideraban que los romanos volverian sobre ellos al otro dia, y trabajaron durante la noche fortificándose con piedras, faginas y valla, con objeto de defenderse en aquellos reparos en caso de que las armas solas no bastasen: pero ni esto consiguieron. Los españoles que tenian á su servicio abandonaron sus banderas. Attanes, régulo de Turdetania, se pasó á los romanos con grande número de vasallos suyos, y entregó á Scipion dos fortalezas.

5. Para no ver crecer la desercion empezada, huyó Asdrúbal ocultamente aquella misma noche con sus africanos; pero vista por la mañana su fuga, despachó Scipion una partida de caballos en su seguimiento, y él caminó detrás con el resto de su tropa. Hubiéranle alcanzado sino hubieran dejado el camino por tomar otro mas corto, por ocupar el paso del Betis. Ocuparon el paso, sí; pero sabiéndolo Asdrúbal, declinó al Océano siguiendo la margen izquierda del rio. Escapó de las legiones romanas, cuyas marchas eran siempre cortas; pero fue alcanzado de la caballería ligera y vélites, y le molestaron con tantas escaramuzas y detenciones, que hubo lugar á que llegase Scipion con la tropa legionaria. Echaronse luego sobre ellos, y los pequeños rebatos vinieron á parar en una horrible carnicería de cartagineses á modo de manada de ovejas indefensas. Fueron muertos ó prisioneros todos, excepto siete mil que heridos, contusos y medio muertos pudo salvar Asdrúbal



en un monte cercano, en que se fortificó del modo que pudo. Era muy alta su cumbre, y dificultosa la subida, causa porque no la tentaron los romanos; pero cercaron el monte en derredor, con la seguridad de rendir al enemigo por hallarse falto de todo. Todavía quedaban con ellos algunos españoles; pero allí mismo desertaron todos, y Asdrúbal se veia sin otro remedio que la fuga, aunque tambien difícil. Pero como se hallaba cerca del Océano (parece estaba poco distante de san Lucar de Barrameda) pudo conseguir prontas algunas embarcaciones, y se retiró á ellas solo, dejada en el monte su desventurada gente, y se fué á Cádiz. Con tanto, Scipion, dejando á Silano en el cerco del monte, marchó para Tarragona.

6. Poco despues vino Masinisa á tratar con Silano, prometiendo pasarse al servicio de Roma no solo con los numidas que tenia, sino tambien entregar todo su reino. Quedaron acordes, y se fué al Africa con pocos de los suyos. Podia temerse que la promesa fuese fingida para salir del aprieto en que él y Magon habian quedado; pero el tiempo mostró que fue sincera, manteniéndose leal amigo de Roma toda su vida, que fué muy larga. Tambien Magon escapó del asedio, y en las mismas naves que le envió Asdrúbal huyó á Cádiz. El resto de cartagineses se fue disipando sin defenderse, pasándose unos á los romanos, otros deramándose por los pueblos vecinos, y otros muriendo en el monte por hambre y heridas. En esta forma sacó Scipion de toda España los cartagineses el año duodécimo de la segunda guerra Púnica, y quinto de su venida. Digo el año *duodéci-*



mo de esta guerra, aunque varían algo los códices de Livio, y algunos tienen *anno quartodecimo post bellum initum*: pero ciertamente fué al fin del duodécimo, comenzando el décimotercio. En cosas tan antiguas y de poca importancia, no debemos pararnos. Desembarazado Silano de aquel asedio, marchó también á Tarragona, y dió cuenta á Scipion del trato con Masinisa. Ya estaba allí Lucio Scipion vuelto de Roma, y su hermano le remitió de nuevo con la grata noticia de ser echados ya de España los cartagineses, y concluida la guerra. Durante el mismo invierno contrajo Scipion alianza con Sifaz, rey de los masesilios en Numidia, abriéndose camino para pasar al Africa, y hacerse dueño de Cartago misma, como sucedió mas adelante.

## CAPITULO V.

Reduce Scipion á la obediencia de Roma algunos pueblos de España que se mantenian por Cartago.

1. Esta fué la feliz época en que, sacados de España los cartagineses, pudo gozar esta el descanso de tan crueles y porfiadas guerras; pero varios pueblos conservaban ocultas algunas mal extinguídas pavesas de los pasados incendios extranjeros. Dejabanse notar poco disimulados algunos visos que descubrian una sujecion al yugo extraño, antes hija del temor que del afecto. Los principales eran Iliturgi y Castulon, municipios grandes y belicosos. Castulon habia dejado á los romanos, muertos los dos primeros Scipiones, al ver podero-



tos á los cartagineses, y á Anibal casado con Himilce su ciudadana. Ilturgi, despues de rebelarse á Roma cuya confederacion y amistad habia prometido, cometió el inhumano y detestable delito de quitar la vida á todos los soldados romanos que derrotados, heridos y sin armas se habian recogido á la ciudad como á un asilo, despues de las dos batallas en que habian muerto los Scipiones.

2. En primavera pues del año 206 en que 206 salieron cónsules Q. Cecilio Metélo y L. Veturio Filón, dispuso Scipion que Lucio Marcio con la tercera parte del ejército fuese á sitiar á Castulon; mientras él con las otras dos marchaba para Ilturgi, cuyo camino hizo en cinco dias. (Ambrosio de Morales duda de la legitimidad del número, pareciéndole poco tiempo para un camino de cien leguas que hay desde Tarragona hasta Andujar donde estuvo Ilturgi. En siete dias anduvo el mismo Scipion mas de setenta que hay de Tortosa á Cartagena cuando la fué á sitiar con todo su ejército. Ya notamos en el cap. I. lo maravilloso de estas marchas, cuando se requería presteza para coger descuidados á los enemigos; pero de todos modos parece poco tiempo cinco dias para que un ejército legionario camine cien leguas. Acaso se debe entender de los vélites y caballos ligeros, y aun para estos es mucho caminar en cinco dias. Pero puede ser que Scipion estuviera en Cartagena y no en Tortosa.) Halló á Ilturgi bien apercebida, pertrechada y en el mejor estado de defensa. De nada sirvió á Scipion la prisa de su viaje; porque la culpa de Ilturgi la hacia cauta y prevenida. Exhortó Scipion á los soldados corta y



enérgicamente: pero pocas palabras hubieron menester para comenzar el combate, y al momento previnieron las escalas. Dividido el ejército en dos columnas, una á su cargo y otra al de Lelio, acometieron la ciudad por dos partes. No habia en la plaza general ó gobernador que dirigiese la defensa: los mismos ciudadanos se concitaban á repeler al enemigo. *No tratan ya los romanos, se decian, de vencernos: tratan de nuestro exterminio. Si hemos de morir todos, como es cierto, siendo vencidos, mas decente y honroso nos ha de ser morir peleando por la patria que despues de destruida, y á vista de nuestros hijos y mujeres esclavos del enemigo.*

3. Viéronse pues los muros coronados de defensores. Los ancianos, los muchachos y las mujeres que no podian pelear, aprestaban armas, dardos, piedras. La defensa de los iliturgieses fue desesperada. El aguerrido romano, vencedor de españoles y cartagineses, se vió repelido muchas veces por un solo pueblo, y comenzó á desconfiar de la victoria. Hubo Scipion menester toda su intrepidez y constancia para sostenerle. Reprendió suavemente aquella inercia que ya era cobardía; y mandando traer las escalas, se aprestó á subir el primero, cuando ninguno se le adelantase. Acercóse con efecto al muro en medio de mil peligros: á cuya vista los soldados movidos del ejemplo de su general, empezaron á poner escalas y subir por ellas. Urgia Lelio por el otro lado con la vehemencia misma; y tardaron poco en ganar el muro, desalojando á los defensores. A continuacion ocuparon los romanos el alcázar; y los numidas que servian en el ejército romano,



por una elevada peña que habia cabe los muros, treparon á estos , y brevemente fue entrada Iiliturgi. No se dió cuartel á nadie : murieron todos los ciudadanos de todas edades y sexos. Saquearon cuanto podia valer algo , y la pusieron fuego; acabando de demoler lo que perdonaban las llamas. Consta de aquí, que no era Scipion Africano menos cruel que Anibal; y que la benignidad que solia mostrar en ocasiones, era fingida y de conveniencia.

4. Concluida la hazaña de Iiliturgi, pasó Scipion á Castulon con toda su gente, considerando que Marcio no podria rendirla con la que mandaba, siendo la plaza fuerte por naturaleza y arte, y estando recogidos en ella muchos españoles y cartagineses, escapados de las derrotas pasadas. Cuando llegó allá Scipion ya sabian los cartagineses la destruccion de Iiliturgi; y querian unos entregarse, y otros lo contradecian, en especial los cartagineses. Mas un español del brazo noble, llamado *Cerdu-belo*, saliendo de la ciudad, trató con Scipion su entrega con partidos honestos. Este paso desvió la guerra; y sus efectos llegaron hasta los cartagineses con Himilcon, su gefe, que allí estaban, pues todos fueron libres. Los demás pueblos afectos á Cartago no eran considerables, y Marcio los redujo pronto á la devocion de Roma. Concluida pues la guerra, se fué Scipion á Cartagena, donde celebró los funerales de su padre y tio con la mayor pompa, cuyo detalle nos da Livio, libro XXVIII, cap. 21.

5. Durante estos, continuaba Marcio con otros legados la reduccion de los pocos pueblos que to-



davía permanecían por Cartago, sin duda temerosos de que esta enviase nuevos ejércitos á España. Pasó Marcio el Guadalquivir, y al ver sus muchas fuerzas, se le fueron entregando casi todos sin tomar las armas. Solo Astapa prefirió ser destruida que sujeta á nadie. Refiramos su noble y valerosísima defensa. Sentado su sitio por L. Marcio resuelto á vencerla, también los astapeses habían resuelto no rendirse, sino vencer ó morir por la patria. Carecían de muros y defensas que bastasen contra tan poderoso enemigo; pero no les faltaba valor y ánimo para vender cara su vida. Prefirieron pues la muerte al cautiverio, siendo uno ú otro inevitable. Demarcaron los magistrados un lugar en la plaza adonde se condujesen las riquezas y cuanto la ciudad tenía de precioso; y sobre la hacina situaron á los niños y mujeres, puesta en rededor gran cantidad de leña. Mandaron á cincuenta jóvenes armados, *que mientras estuviese dudosa la batalla que salían á dar á los romanos, guardasen aquellos bienes; pero si la victoria se declarase por los enemigos, tuviesen entendido que todos cuantos iban al combate morirían peleando, sin rendirse ninguno. Rogábanles pues por los dioses inferiores y superiores que acordándose de la libertad que habían de perder en aquel día con una honrosa muerte, ó con un infame cautiverio, no dejasen nada en que pudiera cebarse el enemigo. Y finalmente, que allí tenían hierro y fuego con que las manos obrasen aniquilándolo todo sin reserva alguna.*

6. Tras de esta exhortación invocaron sus dioses, y echaron horribles imprecaciones contra



cualquiera de los cincuenta mozos que por miedo, flojedad ó esperanza no cumpliera lo mandado y ofrecido. Abren la puerta de la ciudad los astapeses, y salen agolpados y de tropel sobre las estancias de los romanos, los cuales no pudiendo recelar irrupcion semejante, tenian poca gente para la resistencia, y hubieron de acudir de los reales algunas partidas de caballos y de infantería velitar. Trabóse una lid mas furiosa y sangrienta que ordenada, en la cual arrollada la caballería romana, desmayó tambien la infantería. Hubieran los astapeses arredrado á los romanos hasta su real, á no sobrevenir en auxilio las legiones. Aun así no faltó temor en el campo romano, viendo aquella ciega y furibunda gente arrojarse sin algun reparo sobre las puntas de las espadas y lanzas enemigas. Este recelo duró poco, porque la resistencia aflojó presto. Entradas en batalla las legiones veteranas, repelieron los mal gobernados ímpetus de los primeros astapeses, y con esto se detuvieron los segundos, aunque no volviendo las espaldas. Fijaron los pies en un puesto resueltos todos á morir allí mismo matando romanos; pero estos cercaron el peloton en el puesto y los fueron acabando poco á poco, aunque tambien ellos perdieron mucha gente.

7. Esto sucedia fuera de Astapa: dentro era mas horrible la tragedia. Los mozos encargados de la faccion sangrienta, comenzaron la ejecucion ordenada, matando sin reserva mujeres y niños, y arrojando á la hoguera los cuerpos heridos, muertos y moribundos, cuyos arroyos de sangre extinguian la llama. Los ayes, gemidos, iras y lamen-



tos se mezclaban confusamente en catástrofe tan espantosa y lastimera. Por fin los cincuenta manebos, cansados ya de matar á sus conciudadanos, madres, hijos, hermanos y consortes, se arrojaron en medio de la voraz hoguera, con lo cual dió fin el drama. Poco despues entraron los romanos en Astapa, y quedaron atónitos de tan miserable escena: pero los brillos del oro y plata que del fuego salian líquidos y en arroyos, los arrojaron allá con tanta sed, que pagaron cara su codicia. Siendo muchos de tropel los que se abalanzaron á los metales preciosos aun hechos ascua, como los que corrian detrás impelian á los primeros contra las llamas, sin poder huir, fueron infinitos los que murieron abrasados, víctimas de su codicia. Este fué el fin de la famosa y valerosa Astapa (imitadora de Sagunto), aniquilada á sangre y fuego en defensa de su libertad y con poca utilidad de los romanos. Creese que esta generosa ciudad (á que algunos llaman *Ostipo*) estaba á dos leguas de la moderna Estepa, á la ribera del Genil. Consternados con el ejemplo de Astapa los otros pueblos aun libres, hubieron de rendirse á L. Marcio; con lo cual se retiró victorioso á Cartagena.

8. Por entonces vinieron á esta ciudad algunos desertores de Cádiz, ofreciendo á Scipion entregarle aquella plaza, la guarnicion de cartagineses, su general Magon y la escuadra que allí tenían. Aceptada y jurada la promesa, envió Scipion allá por tierra á L. Marcio, y por mar á Lelio, con órden de operar acordes en todo el negocio. Estaba Annon en Bética reclutando gente, y ya tenia cuatro mil hombres alistados cuando lo



supo Marcio caminando á Cádiz, y le fué á buscar al punto. Acometióle en sus reales, derrotó la gente que habia, y lo saqueó todo; pero Annon escapó del aprieto con unos pocos de los suyos. Esto durante, pasó Lelio el estrecho, y llegó á Carteya, ciudad sita en la playa del Océano á la salida del estrecho. Así consta de Livio (libro XXIII, cap. 30), cuyas palabras son: *Carteja in ora oceani sita est ubi primum è faucibus angustis panditur mare.* Parece por ellas que la sitúa mas adentro del estrecho hácia el Océano que los escritores modernos, los cuales pretenden estuvo en el mismo seno de Gibraltar, cerca de Algeciras. Florez esfuerza mucho este dictámen; pero sus argumentos no deshacen al de Livio. Es incierto que la línea divisoria entre Océano y Mediterráneo debe correr desde el Peñon de Gibraltar hasta Ceuta. Lo mas natural es la que se tira desde la punta de Tarifa á la costa del Africa, que es la mitad del estrecho y su mayor angostura. Los cómplices del trato confiaban apoderarse de Cádiz y entregarla á Roma; pero descubierta la trama antes de efectuarse, fueron cogidos presos y enviados á Cartago en una nave. Detrás de ella salió con otras ocho Adherbal, pretor cartaginés; y comenzadas á entrar en el estrecho, salió Lelio del puerto de Carteya con otras ocho naves á dar caza á los cartagineses, pues la de los presos no pudo interceptarse por la rapidez con que la impelió el estero hácia el Mediterráneo; pero Adherbal no pudo evitar la batalla. Pusosele Lelio á tiro, y le acometió resuelto; pero el estero no permitió el buen orden y manejo de los bu-



ques, andando casi todos esparcidos á voluntad de las aguas. Sin embargo pudo Lelio echar á pique dos de las naves enemigas y quitó á otra todos los remos de un lado. Entretanto, Adherbal huyó con las cinco restantes á las costas africanas. Lelio regresó á Carteya. Frustrada la entrega de Cádiz, Lelio y Marcio regresaron á Cartagena, y Magon no solo pudo respirar un poco, sino que tuvo sus esperanzas de recobrar en España todo lo perdido, sabida la defección de Indibil y Mandonio; y de todo dió noticias á Cartago.

## CAPITULO VI.

Enfermedad de P. Scipion en Cartagena. Rebelion de algunos pueblos. Tumulto del ejército romano que habia en Jucar.

1. Mientras que Lelio y Marcio andaban en la expedicion de Cádiz, enfermó Scipion gravemente en Cartagena, aunque no tanto como decia y creia el vulgo. Con esta novedad empezaron á rebelarse diferentes pueblos aliados, en especial los mas apartados de Cartagena. Tan amantes de la libertad eran aquellas gentes, que con cualquiera leve causa se declaraban y exponian. Indibil y Mandonio viendo ya la patria libre de cartagineses, imaginaron que si Scipion moria les era fácil aspirar y conseguir el dominio de España, por lo menos, de la Citerior ó Tarraconense. Concitaron á los lucetanos y confinantes: aliaronse con los celtíberos, y comenzaron á hostilizar á los pueblos amigos de Roma suesetanos y sedetanos. Con la



misma levedad y aturdimiento se amotinaron ocho mil romanos que Scipion habia dejado de guarnicion en Jucar, en auxilio de los aliados de la Ulterior si fuese necesario. (Las palabras de Livio (XXVIII, 24.) *ad Sucronem* se deben entender no solo del rio Jucar, llamado *Sucro*, sino tambien, y principalmente de la ciudad cognombre que en su boca habia, donde hoy está la villa de Cullera, como consta del mismo Livio, Estrabon, Plinio y otros.) Esta sublevacion de la tropa habia comenzado ya cuando se tuvo la noticia de la dolencia de Scipion, como fruto de una ociosidad demasiado larga. No bastaban los tribunos á contener la licencia militar, la insubordinacion, el desórden, la rapiña y demás vicios que acompañaban á los ociosos y amigos de novedades. *Si háy guerra en la provincia*, decian, *¿qué hacemos ociosos y distantes?* *Si la guerra se ha concluido*, *¿por qué no regresamos á Italia?* Pedian con audacia, con insolencia, sin moderacion alguna el estipendio: pronunciaban voces ofensivas, audaces y sediciosas contra los mismos tribunos, y abandonaban los puestos y disciplina militar, desatendiendo las órdenes de los gefes. Solo se conservaban la forma y estilo romano en los reales, aguardando que tambien estos entrasen en la rebelion empezada; con cuyas miras los dejaban subir al tribunal y administrar justicia en otros asuntos: pedianles el nombre y tésera, hacian las postas y demás actos exteriores, y con tanto se creian obedientes lo que bastaba. Por fin, los tribunos les dijeron *que jamás accederian á sus esperanzas y acciones sediciosas, antes bien les horian frente con todo su conato*; lo cual oido, los sacaron



del tribunal y reales, y nombraron por sus gefes á dos soldados de ejército, llamados *C. Albio Caleno* y *C. Arrio Umbro*.

2. No contentos los sediciosos con darles insignias de tribunos, les adornaron con las de generales; y ellos tuvieron la desvergüenza de llevar ante sí las fasces y segures. Habian creído como cierta la muerte de Scipion, y ya formaban vastísimos proyectos de encender la guerra por toda España, exigir tributos, robar las ciudades aun aliadas. Ambos generales de farsa esperaban impacientes la deseada muerte de Scipion: pero no venia, antes bien se iban desvaneciendo los rumores esparcidos. Inquirieron quiénes habian sido los primeros inventores de la rebeldía; y mostraron en esto tal entereza, que mas pareció haber sido fáciles en creer la muerte de Scipion, que haberla fingido. Pero degradados del imperio los dos pretendidos generales, ya temian habia de caer sobre ellos la vindicta del verdadero. Mientras estaban así confusos entre temores y confianzas, he aquí que llega la noticia de que Scipion estaba ya enteramente restablecido y bueno, por siete tribunos que enviaba. Exasperanse de pronto los inquietos: pero luego halagados por los tribunos venidos, se fueron aquietando. Preguntados por la causa de la rebeldía, respondieron *era la de no haberseles pagado todo el estipendio, despues que con su sangre habian sostenido el honor y nombre romano durante tantos años. Que Iliturgi rebelde, habia recibido el castigo: pero que ellos fieles, no el premio.*

3. Satisfacieron á esto los tribunos abonando la justicia de su queja: *que Scipion era vivo y justo;*



*y sabido que las cosas no habian llegado al extremo de irremediabiles, depondria su enojo, y gratificaria los méritos como habia hecho siempre.* Con tanto, regresaron á Cartagena; y dada relacion al general, resolvió este seguir la via de la benignidad en cuanto cupiese. Dió las órdenes oportunas para que fuesen satisfechas las pagas atrasadas á los quejosos, y les mandó pasar á Cartagena para recibirlas en persona. Pacificada así la revolucion de Jucar, se aquietaron á continuacion Indivil y Mandonio por ahora: pero mas adelante volvieron á sus rebeldías y pagaron con la muerte. Pasó pues á Cartagena todo el ejército de Jucar, mientras allá se trataba de su castigo. Disputóse sobre si debian sufrirlo solos los treinta y cinco que resultaban haber sido los autores, ó si tambien otros menos culpados por inducidos. Venció la indulgencia con estos, y quedó resuelto se castigase la culpa solo en sus autores. A fin de que nadie recelase que se trataba de esto, mandó Scipion publicar jornada contra Indibil y Mandonio como rebeldes, y prevenir lo necesario para la marcha. Envió tambien los mismos siete tribunos que recibiesen al ejército sedicioso con el mayor agrado y disimulo; y valiéndose de confidentes, embriagasen á los treinta y cinco culpados, y los asegurasen. Cuando los de Jucar supieron que el ejército de Cartagena marchaba con Lelio y Silano á la espedicion indicada, no solo perdieron el miedo, sino que creyeron no quedarian allí fuerzas para sujetarlos ni castigarlos. Entraron en la ciudad á puesta de sol, y hallaron á las tropas previniéndose para marchar en la madrugada siguiente. Fueron recibidos con alegría



y expresiones, buscadas con industria para quitar sospechas. Decíanles que su venida no podía ser mas oportuna, hallándose ya los otros sobre la marcha. Los siete tribunos indicados prendieron sin ruido á los treinta y cinco reos en sus alojamientos mismos, aprisionando cinco de ellos cada tribuno. En la cuarta vigilia comenzaron á marchar los bagajes de la supuesta jornada; y al rayar el alba, salieron tambien banderas y legiones: pero por contraórden se detuvieron á la puerta. Los del Jucar fueron llamados á parlamento en la plaza mayor de la ciudad, en donde Scipion habia situado el sugesto ó tribunal de justicia. Pasaron allá luego sin recelo; antes bien llenos de ferocidad y orgullo, como creyendo amedrentarle: pero ya sin advertirlo los iban cercando por las espaldas las legiones, mandadas volver para ello. Quedaron sin color, sin voz y aun sin movimiento de cosa tan inopinada.

4. Sentóse Scipion en el sugesto con aspecto severo y triste, y se estuvo sin hablar hasta que los reos fuesen allí conducidos, y todas las cosas á punto. Entonces intimando silencio los pregoneros, empezó su razonamiento en los términos siguientes: *Nunca creí que me pudieran faltar voces para hablar á mis soldados; y esto no porque me hayan escitado mas en las alocuciones que en las obras, sino porque criado entre las armas desde mis tiernos años, me acostumbré todo al ingenio de la milicia. Mas en este punto veo que para hablaros aun lo preciso, ni hallo modo ni palabras; pues ignoro hasta el nombre y tratamiento que debo daros. Os llamaré ciudadanos romanos habiendo desertado de la pa-*



*tria?* ¿Os llamaré soldados habiendooos rebelado contra vuestro general desobedeciendo sus órdenes, y quebrantando el juramento prestado? ¿Llamaréos enemigos como merecen vuestras obras, cuando por otra parte veo las personas, los rostros, las insignias, el hábito de romanos? ¿Y qué otra cosa deseais sino lo que los ilergetas y lacetanos? Aun estos auxiliaron á sus régulos Indibil y Mandonio; pero vosotros seguisteis el imperio del Umbro Atrio y del Caleno Albio (1). Negad, ó soldados, negad por Júpiter que lo hicisteis ó hacer quisisteis todos. Decid que fué consejo loco y temerario de unos pocos. Lo creeré de buena gana; pues á la verdad son tales estos delitos, que difundidos en un ejército no pueden expiarse sin graves y extraordinarios suplicios. Contra toda mi voluntad toco estas heridas, y solo porque sin tocarse no pueden ser curadas. Había yo creído que, sacados de España los cartagineses, nadie quedaba en ella que aborreciese mi vida, habiendo procedido igualmente bien con los aliados que con los enemigos. ¡Mas ah, y cuánto me engañaba! Ved aquí como en mis reales mismos se aguardó, se deseó mi muerte. No permitan los dioses inmortales que yo quiera en esto culparos á todos; pues si creyera que todo mi ejército desea mi muerte, aquí mismo me quitaria la vida delante de vuestros ojos, desestimándola por odiosa á mis conmlitones y conciudadanos. Sé muy bien que la muchedumbre suele dejarse llevar incautamente al mal,

---

(1) *Atrio era de Umbría, cuya capital es Es-  
poletto; Albio, natural de Cales en Campania.*



*inducida por sus inventores... El origen de vuestra culpa está en sus autores; vosotros enfermasteis por contagio. Creo no considerasteis el crimen que cometiais contra mí, contra la patria, contra vuestros padres, contra vuestros hijos, contra los dioses, testigos de vuestro juramento, contra los auspicios con que militabais, contra la disciplina de nuestros mayores, y contra la dignidad de vuestro caudillo. No lo digo por mí, pues no será mucho que las calidades y condiciones de mi persona den ocasion á que muchos aborrezcan mi mando. ¿Pero la patria en qué pecó para que la desamparaseis, acomodandoos con Indibil y Mandonio? ¿En qué pecó el pueblo romano para que quitaseis el mando á los tribunos por él creados y le dieseis á hombres particulares? Aun no contentos con darles potestad tribunicia, les honrasteis con las fasces de vuestro general, siendo ellos unos infelices que nunca tuvieron un criado á quien mandasen. Caminaron ambos al pretorio: sonó el clarin ante sus personas: pidióseles el nombre y tésera: sentaronse en el tribunal del procónsul Scipion: salió el lictor delante despejando para que pasasen: precedieron fasces y segures. ¿Tendreis en adelante por prodigios el que lluevan piedras, caigan rayos, den los animales partos monstruosos? La que cometisteis sí que es monstruosidad y portento que no pueden expiar otras victimas que la sangre de los que la perpetraron. Y aunque ningun crimen puede dar de sí razon que satisfaga, sin embargo, quiero oir la que tuvisteis, y cuál era vuestro designio. Envia Roma en otro tiempo á Regio de guarnicion una legion romana: quita la vida á los magistrados de aquella ciudad: apodérase de ella, y la*



tiraniza por espacio de diez años. Por atentado semejante manda el Senado de Roma que la legion entera que constaba de cuatro mil hombres fuese degollada en la plaza de Regio. Ejecutóse puntualmente. Y no habia seguido á un Atrio Umbro, medio vivandero, sino al tribuno militar Decio Jubelio. No se habia juntado con Pirro, no con los samnitas, no con los lucanos, todos enemigos de Roma. Vosotros os habeis juntado con Indibil y Mandonio. Podian aquellos legionarios estarse quietos en Regio sin mover las armas contra Roma ni sus aliados. ¿Pero vosotros hubierais podido permanecer en Jucar viviendo yo y mandando mi tropa, con la cual en un solo dia tomé á Cartagena, deshice despues cuatro ejércitos cartagineses, puse en huida sus generales y los arrojé de España? ¿Vosotros, siendo no mas que ocho mil hombres (y de menos espíritu que Albio y Atrio, pues os pusisteis á su mando) habiais de quitar á Roma esta provincia? Demos que hubiera yo fallecido: ¿creeis que conmigo hubiera dado fin la república romana? ¿Conmigo el imperio que me ha confiado? No permitiria Júpiter Optimo Máximo que nuestra ciudad, fundada en el auspicio de los dioses para ser eterna, dependiera de este flaco y caduco cuerpo. En esta misma guerra Púnica han muerto Flaminio, Paulo, Gracco, Posthumio, Albino, Marcelo, Crispino, Fulvio, mis Scipiones, todos habilisimos capitanes; y el pueblo romano dura y durará, bien mueran otros mil á hierro y dolencias. ¿Habia conmigo de ser enterrada Roma? ¿No quedaba M. Silano igual á mi en el imperio de España? ¿No quedaban los legados mi hermano L. Scipion y Cayo Lelio, que vindicáran la magestad del

:



*imperio? Pocos dias del estipendio pagado mas tarde de lo debido por estar el general enfermo, ¿era bastante motivo para alzarse contra la patria? ¿Para pasarse á los enemigos? ¿Para traspasar todas las leyes humanas y divinas? Horrorizase el ánimo refiriendo lo que creisteis, lo que esperasteis, lo que deseasteis. Será mejor echarlo todo en olvido, borrarlo de la memoria, si es posible; y si no, sepultarlo en eterno silencio. Veo que mi discurso os habrá parecido atroz y riguroso; pero ¿cuánto menor os parece que sea vuestra culpa? ¿Será justo que yo la tolere, é injusto que la diga? Pero ya de hoy mas no hablaré de ella. Ojalá se os borre de la memoria tan en breve como á mí. Por último, si estais ya pesarosos de vuestro yerro, me contento con esa sola pena aflictiva. Mas Albio, Atico y demás autores de la rebelion paguen con la vida.*

5. Concluida la oracion ocupó á los de Jucar el mayor espanto, el cual se manifestó en sus oidos y sus ojos. El ejército que los tenia circuidos sacudió vivamente las espadas contra los escudos de hierro, como de costumbre, haciendo un formidable estruendo. Levantó la voz el pregonero llamando á los reos por sus nombres y citándolos á juicio. Sácanlos desnudos al medio de la plaza, llevando delante los instrumentos de la muerte. Atanlos á sus respectivos palos: azótanlos con las varas, y con las segures les cortan las cabezas. El espanto y aturdimiento era tal, que no se oyó un ay, una voz, un gemido. Quitados los cadáveres, se purgó el paraje, y los demás del Jucar fueron jurando la obediencia á Scipion en manos de los tribunos, y se les pagó el estipendio



que se les debia. Este fin tuvo la memorable rebelion de Jucar, en lo cual mostró Scipion su grande prevision, precaucion y prudencia.

## CAPITULO VII.

Últimos hechos de Scipion en España. Su regreso á Roma.

1. Retirados á su país Indibil y Mandonio, segun indicamos, estuvieron á la mira esperando las resultas. Confiaban obtener perdon de su rebelion si los de Jucar le conseguian; pero luego que supieron el suplicio con que la habian pagado, se dieron por perdidos si no se atenian á las armas. Juntaronse presto veinte mil infantes y dos mil quinientos caballos, y bajaron al campo sedetano (que ignoramos cual fuese, aunque no distaba mucho del Ebro); pero Scipion estaba ya prevenido para buscarlos, y á los diez dias de marcha llegó al Ebro, y en otros cuatro se puso á vista de los enemigos. Habia allí una llanura ó vega bastante espaciosa (que sería el campo sedetano de Livio) cercado de montes, en la cual pastaba mucho ganado; y mandó Scipion apresarle para irritar los ánimos de los paisanos. Trabaron su pelea con los romanos, y la sostuvieron largo rato; y mientras duraba, Lelio que se habia emboscado, salió con su caballería repentinamente. Procuraban los ilergetas recóbrar su ganado, y este particular estorbo proporcionó á los vélites romanos poderlos acometer á su salvo y casi indefensos. Pero presto se



pusieron en orden de batalla, y se encendió generalmente por ambas partes. Hubiera sido bien sostenida por los nuestros á no sobrevenir Lelio con la caballería. Aun así no lograra su designio si acometiera por la frente; pero los cercó en derredor con mucha destreza y singular pericia. Tampoco por esto cayeron de ánimo aunque perdian gente; sobrevino la noche y cesó el combate. Venida la mañana estaban ya los nuestros á punto de continuar su defensa; pero la extension del terreno no era bastante para desplegarse tanta gente, y presentarse toda contra los romanos. Presentáronse solo dos terceras partes y toda la caballería: la otra parte quedó de reserva á la falda de un monte.

2. Conociendo Scipion que la estrechez del campo era favorable á su tropa, y contraria á la nuestra (segun el estilo diverso de pelear unos y otros, porque los nuestros apenas podian revolverse con la ligereza que acostumbraban) todavía se auxilió con otro ardid, porque tampoco su caballería podia extenderse en las alas lo necesario. Mandó pues á Lelio que por sendas excusadas detrás de los montes tomase con la caballería las espaldas de los españoles, apartando en lo posible ambos combates de infantes y caballos. Esto hecho dirigió Scipion sus legiones contra los nuestros y los acometió sin detenerse, á fin de que no advirtieran el camino que tomaba Lelio. Efectivamente no lo vieron hasta que les heria por las espaldas. Acorralados así en lo mas angosto del valle y sin efugio para evadir el peligro, pelearon tenazmente muchas horas hasta que murieron todos en el puesto.



La tercera parte del ejército español que estaba de reserva, no entró en batalla, y ella durante se puso en salvo. Salvaronse tambien Indibil y Mandonio, huyendo antes que los cercase Lelio, acaso porque lo temieron así al ver que en el ejército romano faltaba la caballería.

5. Con tanto, los romanos tomaron nuestros reales y considerable botin y bagaje con tres mil prisioneros; aunque tambien ellos perdieron mil doscientos hombres, y tuvieron mas de tres mil heridos. Perdida esta accion, Indibil y Mandonio comenzaron á desconfiar de su vida. No les quedaba mas recurso que la benignidad que en Scipion hallaban todos los rendidos, y fué el mismo Mandonio á tentarla. Acusó *la malignidad de los tiempos contagiosos, que habian inficionado no solo á los ilergetas y lacetanos, sino tambien á los mismos ejércitos romanos, primeros incitadores de la presente guerra. Su rebeldía, la de su hermano y la de sus pueblos, aunque en defensa de su libertad nativa, era merecedora de la muerte, si así plugiese á Scipion; pero si les otorgase la vida, le serian eternamente fieles y súbditos de Roma.* No pudo menos Scipion de seguir sus inclinaciones al perdon con los rendidos, y respondió á Mandonio: *Sí, la perfidia de vosotros dos merecia la muerte; pero la perdono por sola mi benignidad y por la grandeza de ánimo del pueblo romano. Dejoos tambien las armas contra la costumbre de los vencedores, porque quitaroslas seria mostrar miedo de nuevas rebeliones, cosa que yo no temo. Tampoco pido rehenes para seguridad de vuestra palabra, pues en caso de que volvais á la rebeldia, no he de tomar satisfaccion*



*con quienes no tienen culpa, sino con los culpados. Elegid pues lo que mas os acomode entre ser amigos ó enemigos de Roma.* Dicho esto, dejó libre á Mandonio para volver á los suyos, sin otra pena que una suma de dinero para pago de la gente de aquella jornada.

4. Poco despues de esto partió Scipion á las inmediaciones de Cádiz, donde Magon esperaba el éxito de la guerra de los dos régulos ilergetas. Habia Masinisa vuelto del Africa con socorro de caballería, y con él esperaba Magon hacer alguna tentativa si se presentaba ocasion oportuna: pero Masinisa tenia muy diferentes pensamientos. Ya deseaba realizar la promesa hecha á M. Silano de ser amigo de Roma, la cual aun no estaba solemnizada porque la queria concluir con Scipion mismo. En efecto, esta fué la causa de pasar allá Scipion en persona. Cuando por medio de L. Marcio supo Masinisa que Scipion estaba ya cerca, con achaque de que los caballos se deterioraban en la isla entorpeciéndose con el ocio ellos y los ginetes, y además padecian y hacian padecer falta de las cosas que ellos consumian, indujo á Magon á poderlos sacar al continente, y talar además los campos y pueblos de romanos. Salió pues de Cádiz, y envió tres caballeros á Scipion que concertasen el lugar y tiempo de verse. Dos de ellos habian de quedar con Scipion en seguridad de su trato: el otro debia regresar á Masinisa para conducirle al lugar aplazado. Cumplióse todo; y aunque Masinisa tenia formado de Scipion un juicio ventajoso por la fama de sus hechos y nobilísimas prendas, aun ahora tuvo causa de admirarse mas, al ver la ma-



gestad, la dignidad, la generosidad, la juventud, la gallardía de su persona, la cultura militar no delicada, con otras muchas dotes que ya resplandecian en sus pocos años. Atónito le habló el Numida, comenzando por darle repetidas gracias de haber enviado libre á su casa al muchacho Masiva, su sobrino. *Desde entonces, prosiguió, que solicito esta coyuntura, que por fin me han ofrecido los Dioses inmortales de ser eternamente tuyo y del pueblo romano. Tiempos hace que lo deseaba; pero hallándome en España, tierra para mí casi desconocida, te podia yo ser de poco provecho: en la mia propia pienso valer mucho con el reino que espero de mi padre. Por lo cual, si Roma te envia al Africa con ejército, tengo por seguro será corta la duracion de Cartago.*

5. Vió y oyó Scipion á Masinisa con tanto mayor gusto, quanto que habia sido con los cartagineses general de la caballería, y quien principalmente habia sostenido sus fuerzas en España. Además, era un jóven de bello y liberal aspecto, dejando ver ánimo, valor y desembarazo en su persona. Concluyeron su tratado brevemente, y jurado por ambas partes, permitió Scipion hiciese Masinisa algunos daños en la comarca para que no se sospechase de su salida, y con una mediana presa regresó á Cádiz. Scipion poco despues movió para Tarragona donde quedaba Silano.

6. Ya Cartago tenia perdida la esperanza de sostenerse en España, y su Senado mandó á Magon pasase á Italia en socorro de Anibal. Envióle dinero con que alistar gente en las Galias y Liguria; mientras tanto él despojó á Cádiz de quanto



tenia público y privado, sin eximir los templos y deidades. Hizose á la vela con la escuadra y gente que le quedaba, y al hallarse cerca de Cartagena, sacó sus tropas á tierra y saqueó los pueblos de la comarca. Vuelto á la mar, dirigió su rumbo á la ciudad misma; pero se estuvo á la capa sin saltar en tierra hasta bien entrada la noche. Deliberó Magon apoderarse de Cartagena por la parte misma que Scipion la habia tomado, creyéndola desprevenida, y á varios ciudadanos ansiosos de novedades; pero no le salió como deseaba. Desde que se tuvo noticia del despojo de Cádiz, estrago cometido en los pueblos circunvecinos, y vista la escuadra frontera de Cartagena esperando la noche, la guarnicion se previno bien á defenderse. Apostóse junto á la puerta de la mar, y cuando los cartagineses llegaron al muro, como iban sin orden mezclados con la chusma marinesca, y con mas bulla que fuerza, abrieron los romanos las puertas repentinamente. Salen con ímpetu y vocería contra los de Magon, dándoles una vigorosa descarga de dardos, y los arredran hasta la mar con muerte de muchos. Fué dicha que tuvieron las naves aun en el desembarcadero, y pudiesen acogerse á ellas para salvar alguno la vida. Aun en ellas hubo sus temores, si los romanos las acometerian con las que en el puerto tenian. Hubieron de cortar cables y pontones arrebatadamente, y escapar á todo remo, dejándose muchos que no pudieron llegar á tiempo. Con la luz del dia siguiente se hallaron ochocientos muertos entre la mar y los muros, y dos mil armas de varias especies. Magon con su escuadra se volvió á Cádiz; pero llegado allá, los gaditanos le cerraron



las puertas. Hubo de recogerse á un paraje cercano llamado *Cimbis* en donde surgió su escuadra. Envió de allí mensageros á Cádiz quejándose de que siendo ciudad aliada, le hubiese cerrado las puertas sin razon alguna: á que respondieron los magistrados diciendo *que lo habia hecho el pueblo amotinado por haberle quitado sus bienes la tropa cartaginesa al tiempo de su marcha*. Envióles á decir vienesen á verle y tratarian del modo de admitirle en la ciudad y resarcir lo que les hubiesen quitado. Fueron allá aquellos incautos hombres, sin recelar dolo en la perfidia cartaginesa; y llegados á su presencia, los mandó dar azotes de muerte, y luego ahorcarlos. Con este buen servicio pagó Magon los imponderables que Cartago debia á Cádiz, y se hizo á la vela para las islas Baleares. Llegado á Ibiza fue bien recibido de sus habitantes que eran cartagineses, y le dieron cuanto hubo menester de armas, víveres y dinero. Quiso pasar á Mallorca y Menorca para sacar lo mismo y pasar el invierno; pero los mallorquines no solo le negaron el desembarco y entrada, sino que fué tanta la guerra que le hicieron con sus hondas, que hubo de huir á Menorca. Tambien esta lo hubiera recibido á pedradas; pero siendo sus fuerzas mucho menores, hubo de recibirle. Pagóles bien el hospedaje. Apoderóse de la ciudad: alistó á la fuerza dos mil honderos que envió á Cartago: sacó á tierra la escuadra, y pasó el invierno. Los gaditanos estando ya libres de las crueldades cartaginesas, se dieron voluntarios á Roma.

7. Libre ya España de cartagineses, envió á ella el Senado de Roma dos generales que releva-



sen á Scipion , llamados *Lucio Léntulo* y *Lucio Manlio Acidino*. Scipion se embarcó para Roma en el otoño , llevándose diez naves cargadas de riquezas cartaginesas y españolas. Llegado allá para recibirle se juntó el Senado fuera de la ciudad en el templo de Belona , y le expuso cuanto en España habia ejecutado: las batallas habidas y ganadas : las ciudades tomadas á los enemigos (que segun Orosio fueron ochenta): las provincias pacificadas y adquiridas á Roma : los cuatro ejércitos enemigos derrotados con sus generales ; y por fin , que no habia dejado en España cartaginés alguno. Por estas extraordinarias acciones y victorias en tiempos tan difíciles , antes tentaba Scipion el triunfo que lo pedia , sabiendo que no se concedia á quien no tuviese Magistrado mayor de Pretura , Censura , Dictadura ó Consulado. Entró Scipion en Roma lleno de honores y aclamaciones , y depositó en el erario catorce mil trescientas cuarenta y dos libras de plata en barras y muchísima acuñada. Tuvieronse poco despues comicios consulares , y todas las centurias le designaron **205** Cónsul para el año próximo 205 antes de la Era cristiana , catorceno de la segunda guerra con Cartago. Cólega de Scipion en el consulado fué *P. Licinia Craso*. Tuvieron ambos Senado en el Capitolio ; y á súplica de Scipion se hizo un Senatusconsulto , por el cual obtuvo sacar del erario parte de la moneda española que habia puesto en él , para una festividad que habia votado á los dioses si se pacificaba pronto la conmocion de Jucar.

8. Introdujo tambien en el senado diez embajadores saguntinos , el mas anciano de los cuales habló en esta forma : *Aunque las calamidades que*



hemos padecido, ó padres de la patria, por guardaros fieles la fe prometida, no pudieron ser mayores, han sido tambien tales los beneficios y favores que de vuestros capitanes hemos obtenido, que ya no nos pesa del estrago. Entrasteis en una guerra por nuestra causa, y la habeis sostenido catorce años con tal constancia, que os habeis visto repetidas veces en los mayores apuros, y habeis puesto en los últimos á Cartago. Hallandoos en una cruelisima guerra en vuestra misma casa y Anibal á las puertas de Roma, enviasteis á recoger las pobres reliquias de nuestro naufragio al Cónsul P. Scipion y á su hermano Gneo, los cuales desde que llegaron á nuestras regiones no dejaron de perseguir á los cartagineses nuestros comunes enemigos, y procurarnos los alivios posibles. Restablecieronnos en nuestra patria buscándonos por España toda, y rescatándonos á costa suya de la ignominiosa esclavitud en que Anibal nos habia puesto vendiéndonos en subasta. Cuando nos hallábamnos á punto de enjugar nuestras lágrimas, y de gozar el fruto de un dulce postliminio, he aquí que los dos Scipiones mueren en campaña. Estoy por decir que esta fatalidad fué mas lamentable para Sagunto que para Roma: tuvimos por seguro habiamos sido restituidos á nuestros hogares para morir otra vez, y ver una segunda ruina de la patria. Para esta nuestra destruccion no eran menester los cartagineses en tan infelices circunstancias: bastaban los turboletanos, nuestros antiguos enemigos, y causa primera de nuestra ruina. Hallándonos en este nuevo conflicto y sin esperanza de consuelo, nos enviasteis este P. Scipion, que ya vemos Cónsul, para



nuestra dicha, y contaremos á nuestros conciudadanos haberle visto premiado con esta dignidad, para nuestro consuelo y esperanza. Este es el que habiendo quitado á los cartagineses muchas ciudades de España, fué separando de la turba de prisioneros á los saguntinos, y quebrantando las cadenas de su cautiverio, les fue restituyendo libres á su patria. Este quien aniquiló á los turbolanos, tan enemigos nuestros, de forma, que ya no les tememos nosotros, ni los temerán nuestros hijos. Vemos arrasada su ciudad, en cuya gracia Anibal asoló la nuestra. Hoy cobramos réditos de su campo, y esto nos es menos grato por la utilidad que por la venganza y desquite. Por tantos favores y beneficios recibidos, nos envia el Senado y el pueblo saguntino á que os demos las gracias y juntamente la enhorabuena de que no solo es ya vuestra toda España, sino de que aun en Italia no tienen los cartagineses mas terreno que el que ocupan sus reales. Traemos tambien órden de nuestro Senado, de dar debidas gracias á Júpiter Optimo Máximo Capitolino, y ofrecerle esta corona de oro si lo permitis como os lo rogamos. (Livio siempre llama *turdetanos* á estos enemigos de Sagunto, y á su territorio *Turdetania*. Es evidente yerro de pluma, como en otro lugar indicamos. No podia Livio llamar *confinantes* de los saguntinos á los *turdetanos* que caian cerca de Cádiz. Las variantes de los códices manuscritos de este autor son muchas, y de algunas no deja de traslucirse la leccion verdadera. Las hay *Turolismos*, *Turdelinis*, *Cyrolis*, *Turdilisnos*, *Turolii* &c. Se ve claramente quiso significar los *turolanos*, hoy los de Teruel, confi-



nantes entonces por sus territorios con Sagunto. Teruel y Murviedro no distan entre sí mas de diez y nueve leguas. Las disputas de ambas acerca de límites ó linderos, causaron su mutua ruina. Apiano la llama *Turbola*, ó *Turboletas* á sus habitantes. Livio (XXXIII, 44) nombra la ciudad de *Turba*, que el P. Traggia leyó *Túrbula*. Lozano en su *Bastetania* quiere que la *Túrbola* rival de Sagunto fuese Villena, sin otra razon que *Villena podia ser mas confinante de Sagunto que Teruel*. No echó bien la cuenta como saben todos. Además que con el mismo y mayor derecho podian pretenderlo otros muchos pueblos. Parece decir aquí Livio que Scipion el jóven destruyó á *Túrbola*; pero en el libro XXIV, cap. 42, afirma que su padre. Acaso *Túrbola* no fue entonces enteramente destruida, y muertos los Scipiones, la habian sostenido y en parte reedificado los cartagineses ó los turbolanos mismos.)

9. Concluido el saguntino su razonamiento, respondió el Senado, que la ruina y restauracion de Sagunto seria ejemplar á las edades venideras de la fidelidad guardada mutuamente entre saguntinos y romanos. Que sus generales restituyendo á sus casas á los saguntinos y eximiéndoles de tributos habian procedido segun la voluntad del Senado; y que este permitia pusiesen aquel don ó voto en el templo Capitolino. Fueron aquellos saguntinos alojados y tratados con mucha urbanidad y cortesía, y no menos magnificencia; y además, se les dieron diez mil sestercios á cada uno. Las palabras de Livio son *dena millia æris*, que pueden entenderse sestercios y denarios. Si lo primero, serian cinco



mil rs. vn. Si lo segundo serían veinte mil. Antes de volver á Sagunto quisieron correr la Italia, para lo cual les dió el Senado gente de escolta que los acompañasen y asegurasen los caminos.

## CAPITULO VIII.

---

Vienen por Gobernadores de España con título de Procónsules Léntulo y Acidino. Sus hechos en armas.

1. Venida la primavera del año 205 antes de Cristo, se hizo Magon á la vela desde Menorca con treinta naves rostradas y muchas onerarias, en que conducia á Italia doce mil infantes y dos mil caballos, casi toda gente española. Durante este verano se rebeló de nuevo contra los romanos Indibil con sus ilergetas, al ver la grande diferencia que habia de Scipion á los nuevos generales Léntulo y Acidino, y que su tropa era bisoña. Creian poder sacudir el yugo extranjero de Cartago y Roma; pero si la voluntad y deseos eran muy dignos, y los ánimos grandes, las fuerzas y disciplina militar no correspondian. Hubiérase logrado juntándose bajo de un imperio todas las provincias de España; pero los españoles nunca supieron hacerlo. Indibil y Mandonio no indujeron á esta rebelion mas que á los ilergetas, á los ausetanos, y algunos pueblos de la comarca. Sin embargo juntaron un ejército de treinta mil infantes y cuatro mil caballos en el campo sedetano, cuyo sitio no sabemos.

2. Los generales romanos temiendo creciesen



las fuerzas de los nuestros sobre las suyas, salieron á buscarlos por el campo ausetano, que es el de Vique; pues aunque enemigo, se estuvo quieto como si fuera neutral. Llegados al ejército español, pusieron sus reales á tres millas de los nuestros; pero antes de venir á las manos hubo tratós de acomodamiento por internuncios, aunque no se convinieron. Una partida de caballos españoles dió sobre los romanos que sacaban al pasto los suyos. Fueron estos socorridos, y se trabó una mediana escaramuza tumultuaria, de que no resultó cosa de mucha consecuencia. A la salida del sol el dia siguiente amanecieron los españoles á mil pasos del real de los romanos, en órden y á punto de batalla. Ocupaban el centro los soldados ausetanos: los ilergetas el ala derecha; y la siniestra gente mas débil de los pueblos circunvecinos. Entre las alas y el centro habian dejado lugar por donde pasase la caballería á la frente si fuere necesaria. Advertido esto por los romanos ordenaron su campo de la manera misma, y conocieron que de esta disposicion sacaria ventaja la caballería que primero acometiese por aquellos intervalos de terreno, y Léntulo mandó al tribuno Sergio Cornelio, que la mandaba, lo ejecutase. Mientras tanto, peleó Léntulo con la infantería largo rato sin ventaja alguna; antes bien iba cediendo la legion décima que en el ala siniestra peleaba con los ilergetas, y hubo de venir en auxilio la décimatercia. Dejando Léntulo allí la lucha igual, se pasó á Manlio que se hallaba en la frente animando las legiones, y le hizo saber que el ala siniestra no peligraba; como tambien lo



mandado á Sergio Cornelio. En este momento , he aquí que Sergio con un torbellino de caballos penetraba repentinamente por medio de los españoles , y los desordena mucho. Cerró luego el paso á nuestra caballería , y sus soldados hubieron de bajar de los caballos , y pelear como peones con la infantería romana. Exhortan , animan sus capitanes á las legiones al observar desordenadas las filas españolas á fin de que no se rehagan. Acometen aquí con nueva furia los romanos , de forma , que no hubieran podido sostener el ímpetu los nuestros , si Indibil no se pusiera á la frente con la mayor intrepidez y valentía. Túvose allí un recio combate , en el cual Indibil , aunque mal herido , hacia balancear la victoria ; pero recibiendo un bote de lanza que lo clavó contra la tierra , se declaró la fuga. Trece mil españoles quedaron muertos en el campo : prisioneros ochocientos. De los romanos murieron doscientos. Mandonio pudo salvarse con su division huyendo por varias veredas , y restituirse todos á sus casas.

3. Todavía meditaba Mandonio juntar gente y tentar otra batalla ; pero lo resistieron sus pueblos , teniendo por mejor rendirse á los romanos , hasta ver si los tiempos mejoraban. Enviaron sus embajadores á los generales romanos , cargando la culpa á los régulos Indibil y Mandonio , con otros principales sus aliados , muertos casi todos en la última batalla. Respondieronles *que admitirian su rendimiento y cesaria la guerra si les entregaban á Mandonio y demás autores de la rebeldia. De lo contrario presto verian marchar las legiones romanas contra todas las provincias sublevadas.* Vueltos



los enviados con la respuesta, prefirieron la paz y descanso á guerras tan desastrosas; y enviaron preso á Mandonio y demás cómplices en aquellas turbulencias al campo romano, donde fueron degollados. Con esto quedó quieta la provincia, y sus pueblos condenados á pagar por aquel año el estipendio al ejército romano, dar trigo para seis meses y un vestuario, y obligando treinta pueblos en rehenes.

4. Sosegadas así estas inquietudes, no hubo en España cosa memorable en los cuatro años siguientes, durante los cuales permanecieron en su gobierno los mismos Procónsules Léntulo y Acidino. Restituyóse á Roma el primero en el año 200 antes de Cristo, y expuso en Senado sus 200 hechos en España, con objeto de que le concediesen el triunfo; pero aunque se tuvo por digno de él, le fue negado por la razon misma que á Scipion, cuyos méritos eran mucho mayores que los de Léntulo. Era costumbre establecida en la república romana, como queda dicho, que á nadie se concediese el triunfo no siendo actualmente Censor, Dictador, Cónsul ó Pretor, que eran Magistrados mayores, y propiamente Magistrados. A Léntulo le permitieron la ovacion sola, que era un triunfo pequeño, moderado y nada pomposo. Diferenciabase del triunfo propiamente tal, en que el general entraba en Roma á pie ó á caballo, mas no en carro triunfal como en el triunfo mayor. Iba coronado de arrayán ó mirto, mas no de laurel como en el grande. No sacrificaba un buey, sino una oveja, y de esta tomó el nombre de *ovacion*. Léntulo puso en el erario dos mil

:



cuatrocientas cincuenta libras de oro y cuarenta y cuatro mil de plata, procedido todo de contribuciones y robos de España. Distribuyó á los soldados ciento veinte ases por cabeza, que correspondian á unos catorce reales nuestros. En España quedó Manlio Acidino, y en lugar de Léntulo vino C. Cornelio Cetego, que de allí á dos años fue Cónsul. Apenas hubo llegado á la España Citerior, cuando tuvo una sangrienta batalla en el campo sedetano con sus moradores, que se creen catalanes. Ganóla Cetego con muerte de quince mil hombres, y les tomó setenta y ocho banderas. Así lo dice Livio (libro XXXI, cap. 49) sin hacer mencion de la causa de nuestro rompimiento con Roma. Debió de ser la desordenada avaricia de Léntulo, cuestores, exactores, y demás subalternos en las contribuciones, hambrientos insaciables del oro.

199 5. Concluido su año Proconsular, ambos se restituyeron á Roma: á España vinieron con el imperio mismo Gneo Cornelio Léntulo, hijo de Lucio, y Lucio Stertinio. Manlio, menos ladron que Léntulo, puso en el erario treinta libras de oro y mil doscientas de plata, siendo su provincia mucho mayor que la de Léntulo. Por esta sola  
197 causa le fué negada aun la ovacion. En el 197 fué hecho cónsul C. Cornelio Cetego, que era Pro-cónsul en España; y marchó luego á Roma. Creyó el Senado que las provincias españolas ya debian ser gobernadas por Magistrados mayores: así los Comicios Pretoriales nombraron dos Pretores que viniesen á gobernarlas. A la Citerior vino C. Sempronio Tuditano, y á la Ulterior M. Helvio. Estos fueron los primeros Pretores que acá



vinieron: hasta entonces todos habian venido con imperio Proconsular. Desde estos dos Pretores en adelante quedó firme y establecida para siempre la division de España en *Citerior y Ulterior*. La línea divisoria parece corria desde Cabo de Gata á Andujar , Sierra-morena , Puente del Arzobispo, Avila, Salamanca, hasta el Duero, y siguiendo su cáuce hasta su desagadero en Oporto. Bien que en esto no faltan dudas y razones que contradicen la exactitud de esta línea , como veremos adelante.

6. En este año hubo en la España Ulterior grandes asonadas y prevenciones de guerra. Rebelaronse dos de sus régulos , *Colca y Lusino*. Seguian á Colca diez y siete pueblos, dos poderosas ciudades *Cardon y Bardon*, con toda la costa marítima. De las ciudades Cardon y Bardon nada sabemos fuera del nombre, y aun este varió en Livio y Polibio; pero es probable perteneciesen á las Andalucías. Los Pretores solo habian traído de Roma ocho mil infantes y cuatrocientos caballos; y la tropa veterana que acá tenian los antecedentes generales, habia con ellos regresado á Italia, ya casi toda emerita. Escribió Helvio al Senado la novedad y movimientos de su provincia, y añadió que aunque no toda estaba sublevada, miraba como próximo un general levantamiento. Leida la carta en el Senado, decretó se tuviesen Comicios Pretoriales, y el Pretor á quien España Ulterior cupiese, consultase al Senado lo que entendiese sobre aquella guerra. Pero la cosa urgía mas de lo que creyeron los Senadores. Antes de los Comicios y sorteo, les vino la triste noticia de que C. Sempronio Tuditano



habia sido acometido en la Citerior por un ejército de naturales, le habian vencido en batalla, derrotado su gente y muerto á muchos nobles romanos. Aun el mismo Pretor herido gravemente habia muerto *dentro de pocas horas*. La novedad infausta acaloró el sorteo, y cayó esta provincia Tarracense á Q. Minucio Termo: la Ulterior á Q. Fabio Buteon. Diéronles una legion á cada uno, cediendoselas los Cónsules, cuatro mil infantes del Lacio y trescientos caballos. Esta guerra, que principió en la España Ulterior por el levantamiento de Colca y Lusino, y se pasó luego á la Citerior, aconteció en el año quinto despues de concluida la Púnica

196 segunda que fué el de 196 antes de Cristo; y la primera en que nuestras gentes pelearon contra los romanos con sus fuerzas propias y sin auxilio de nadie. Los nuevos Pretores considerando venian á una guerra tambien/nueva, hicieron sacrificios, solicitaron agüeros y practicaron todos los actos religiosos de costumbre antes de ponerse en marcha.

7. A la sazón llegó á Roma Léntulo, Procónsul en España. Concedióle el Senado la ovacion porque traia para el erario mil quinientas quince libras de oro, veinte mil de plata en barras, y treinta y cuatro mil quinientos cincuenta denarios acuñados. Sin duda estos denarios eran de plata. Gronovio creyó era corta esta cantidad de denarios, y por treinta y cuatro mil quinientos cincuenta leyó trescientos cuatro mil; pero es mas probable la primera suma, porque en Roma no era comercial la moneda acuñada de las naciones. Esta y la plata labrada se convertia en barras. Lucio Stertimio puso tambien en el erario cincuenta



mil libras de plata; y con la porcion que se reservó levantó dos arcos ó pórticos, uno en el foro Boario delante de los templos de la Fortuna y de Matuta, y el otro en el circo Máximo, ambos con estatuas doradas; pero todo esto devoró el tiempo, y nada queda en el dia.

## CAPITULO IX.

Sucesos de Marco Porcio Caton en España.

1. Para el año 195 salieron Cónsules M. Por- 195  
cio Caton y Lucio Valerio Flacco. Persuadido el Senado de cuánta consideracion é importancia era la guerra de España Citerior, tuvo por necesario enviar á ella imperio y ejército Consular, dejando en la Ulterior el Proconsular. Echada la suerte, cupo á M. Porcio Caton la primera. Se le dieron dos legiones, cinco mil infantes del Lacio, quinientos caballos y veinte naves largas. Asociaronle como subalterno al Pretor Publio Manlio, con la legion que habia tenido su antecesor Minucio. A España Ulterior vino Appio Claudio Neron, dándole la legion que allí tenia Quinto Fabio Buteon, y permitiéndole reclutar dos mil infantes y doscientos caballos. Antes de ponerse en camino, llegó á Roma la noticia de que habiendo Masinisa Termo peleado cerca de Turba con un ejército de españoles, acaudillado por dos capitanes Budar y Besaisides, habia vencido con muerte de doce mil hombres, prendido á Budar y dispersado los otros.



Esta turba pudo ser la rival de Sagunto y su contermina, de que tratamos arriba. Si así fuere, diríamos que se habria restaurado, ó que la batalla fué cerca de la ciudad arruinada.

2. Caton se hizo á la mar en una escuadra de veinte y cinco naves de guerra y otras muchas en que venia la tropa y bagaje. Llegado á Rosas echó de su fortaleza la guarnicion española, y pasó á Ampurias donde desembarcó la gente de tierra. Habia en Ampurias dos ciudades, una de Griegos Focenses que poblaron á Marsella, y otra de españoles: mas aunque contiguas, y solo separadas con un muro, eran enemigas; y la Griega se defendia con lo fuerte de sus murallas, amistad con Marsella y confederacion con Roma. Recibió esta ciudad á Caton con el mayor agasajo, y se detuvo en ella algunos dias explorando las fuerzas de los españoles inquietos. A la sazón tenian las mieses en las eras para la trilla; y al verlo Caton mandó se restituyesen á Roma los que abastecian de trigo al ejército romano, diciéndoles, *que la guerra se mantendria por sí misma*. Salió luego talando y estragando la campiña, y robando cuanto encontraba en los lugares, llenando el contorno de terror y espanto, de forma que todos huian á los montes.

3. Por el mismo tiempo el Pretor M. Helvio, que por enfermedad se habia detenido largo tiempo en la Ulterior, recobrada la salud regresó á Roma. Debia ser por tierra su viaje atravesando toda España; y como podia padecer algunas vejaciones por los españoles, Claudio Neron le dió seis mil hombres de escolta para en caso necesario. Necesi-



tólos en breve. En Iliturgi le salieron al paso veinte mil celtíberos. Dióles batalla con solos sus seis mil romanos, y les mató doce mil hombres: tomó la ciudad, dióla saco, y pasó á cuchillo todos los adultos. Llegó pues sin otros embarazos á los reales de Caton, y por cuanto ya no quedaban en adelante tierras enemigas, remitió á Claudio Neron la tropa prestada, y marchó á Roma. Entró en ella con ovacion por lo bien desempeñado de su pretura y victoria de Iliturgi; pero puso en el erario catorce mil setecientos treinta y dos libras de plata sin cuño, y diez y siete mil ciento treinta acuñada. De plata de Huesca llevó ciento veinte mil cuatrocientas treinta y ocho libras. Negósele el triunfo mayor por haber espirado su Pretura á causa de su enfermedad en España; y porque la victoria de Iliturgi fué en provincia agena y con gente prestada. La principal causa de habersele negado el triunfo mayor fué la general de no tener entonces Helvio Magistrado mayor ni menor. Páreceme pues ociosa la segunda que dá Livio (XXXIV, 10) de haber vencido á los iliturgieses en agena provincia, esto es, en la España Citerior. Con esta consideracion he dudado si Livio quiso decir que Iliturgi pertenecia á la Citerior, ó bien que la Ulterior era ya del sucesor App. Claudio Neron. Como quiera, Iliturgi aunque arruinada no estaba lejos de la línea divisoria que tiramos arriba. La plata de Huesca debia de ser de menos quilates y pureza que la comun de España. La entrada de Helvio en Roma fué dos meses antes que la entrada triunfante de Q. Minucio. Tambien este puso en el erario treinta y cuatro mil ochocientas



libras de plata en piezas, treinta y ocho mil acuñadas, y doscientas setenta y ocho mil de la de Huesca. Tito Livio en el referido lugar llama á Minucio sucesor de Helvio; pero no lo fué si es verdad lo que dice el autor mismo, á saber, que Minucio habia tenido su pretura en la España Citerior. El sucesor de Helvio fué Claudio Neron, quien le habia enviado los seis mil hombres para salir de España sin peligro.

4. Tenia Caton sus reales cerca de Ampurias, y le vinieron allí tres embajadores de Bilistages, régulo de los ilergetas (sucesor de Indibil y Mandonio) uno de los cuales era hijo suyo. Pedianle socorro contra los españoles inquietos y rebeldes que de continuo hostilizaban sus tierras y ocupaban sus fortalezas. Decian que necesitaban de cinco mil romanos para reprimir y repeler aquellas correrías. Respondióles Caton que le conmovian aquellos sobresaltos y peligros en que vivian; pero que no se hallaba en estado de poder dividir sus fuerzas, por estar cercano con fuerzas considerables el enemigo, con quien era preciso venir presto á las manos. Al oír esto, se le echaron á los pies vertiendo lágrimas, y repitiendo la súplica de que no los abandonase en coyuntura tan urgente: *¿A quién recurriremos, decian, si Roma nos abandona y desampara? ¿Sin amigos, sin aliados, sin esperanza de consuelo? Nos hubiéramos podido librar de estos desastres con solo faltarnos á la palabra y coligarnos con los sublevados; pero no pudieron sus amenazas inducirnos á ello, confiados siempre en la seguridad de vuestro socorro en casos extremos. Si nos le negais en este, ponemos por*



*testigos á los Dioses y á los hombres, de que no podremos menos de apartarnos de vuestra amistad aunque contra todo nuestro gusto, para no venir á perdernos como los saguntinos. Querremos perecer con todo el resto de los españoles, y no nosotros solamente.*

5. A tanta resolucion dilató Caton la respuesta al dia siguiente para mejor meditarla. Tenia por igualmente peligroso debilitar sus fuerzas y descontentar ó desamparar á los aliados, y halló camino para desviar ambos extremos con ardid industrioso, aunque con algun engaño. Venida la mañana dijo á los enviados de Bilistages: *Que sin embargo de que no debia á la sazon dividir su ejército, no siendo grande, queria por aquella vez atender mas á las circunstancias en que se hallaban los ilergetas, que á las suyas propias.* Mandó luego que la tercera parte de las cohortes aprontase las provisiones necesarias para embarcarse, y que las naves estuviesen aprestadas para tercero dia, aparentando navegar Ebro arriba hasta el Segre donde los inquietos amenazaban. Con tanto despidió los embajadores de Bilistages que le diesen aviso del auxilio que le enviaba, quedándose consigo al hijo del régulo, con apariencia de honrarle y regocijarle; pero rehusaron irse antes de ver embarcada la tropa. Entonces, teniendo ya el auxilio por seguro, marcharon alegres y satisfechos, publicando por el camino el gran socorro de romanos que les venia para exterminar los rebeldes. Fué tal el miedo que la noticia derramó por el contorno, que los inquietos se retiraron, y Caton consiguió lo que con el estratagemma pretendia. Entonces desembarcó la tropa, y



se dispuso para salir en busca de los amotinados.

6. Poco dilató su castigo. A media legua de Ampurias empezó sus incendios y devastaciones en campos y lugares rebelados. No tenían lejos sus estancias y reales, y resolvió Caton asaltarlos inopinadamente. Movi6 de noche su campo, y pasó silenciosamente mas adelante para cogerles las espaldas en un puesto ventajoso. Al amanecer el dia mand6 que tres cohortes se pusiesen sobre los mismos reales enemigos, á cuya vista y sorpresa, viendo á los romanos á sus espaldas, tomaron las armas y se previnieron á la defensa. Mand6 Caton á las tres legiones que se retirasen como en fuga, aparentando miedo, á fin de que los inquietos les siguiesen. Consiguió su designio. Salieron impetuosamente de los reales, y llenaron el campo. Acometi6 Caton enviando delante la caballería de las alas, y le repelieron la del ala derecha. Aun las legiones de aquella banda se ocuparon del miedo mirando retroceder la caballería. Cuando lo vió Caton, mand6 pasar allá dos cohortes escogidas, que se dejasen ver á las espaldas del enemigo; con lo cual le contuvo, y se igualó la pelea, aunque duraba la turbacion del ala derecha. Tuvo Caton que coger á muchos con sus manos y volverles de cara al enemigo á fuerza de golpes y empellones. Mientras anduvo la batalla con flechas, piedras y armas arrojadizas, anduvo dudosa la ventaja. Aun llegados á las espadas y desplegada toda la constancia de las legiones, comenzando como de nuevo la batalla, llegó Caton á verse muy apurado. Hubo de procurar darla fin al ver á los suyos tan fatigados. Condujo á la frente una porcion de tropa de re-



fresco, cuya primera descarga de tiros y dardos, que fué furiosa, causó grave daño á los españoles ya muy cansados. Desde luego comenzaron á desordenarse las filas y meditar el retiro para los reales. Conociólo Caton, y con la legion segunda que tenia de reserva, marchó á paso largo para los mismos reales enemigos. Siguióles el resto de la gente; y aunque la resistencia fue vigorosa, tomaronlos finalmente, con muerte de la mayor parte de sus defensores. Dijose que aquel dia murieron cuarenta mil españoles; pero el mismo Caton, que no disminuira el número, lo omitió, contentándose con decir al Senado que  *fueron muchos*; y esto siguió Apiano en el número de los romanos muertos, que Livio calla.

7. Ganada la victoria, no se retiró Caton de aquellos contornos; si no que dando algun descanso á su tropa, salió de los reales á correr la tierra, llevándola á sangre y fuego. El estrago fué tal, que aquellas gentes no se amedrentaron menos de él que de la batalla perdida. Desde luego se fueron rindiendo los pueblos de la comarca; y Caton los absolvía si dejaban las armas, como lo hicieron. Movió para Tarragona, y en el camino le vinieron á dar la obediencia los pueblos que faltaban; de forma que cuando llegó, ya todo lo del Ebro allá estaba por los romanos. Aun para hacerse mas gratos, le llevaron muchos soldados romanos que tenian prisioneros desde las rotas anteriores.

8. A la sazón corrió voz, aunque falsa, de que Caton habia de pasar á la España Ulterior, y señaladamente á Turdetania con todo su ejército; y no hubieron menester mas los bergistanos para re-



belarse. De esta narrativa de Livio (lib. XXXIV, cap. 16) se ve que no pudo el mismo autor llamar *Turdetania* al territorio de Túrbola, como ya notamos en el cap. 6 del lib. I; pues á entenderse esta, ni Caton salia de su provincia, ni su ausencia podia dar razon á los bergistanos para rebelarse. Salió Caton contra ellos, y sin desnudar la espada los redujo brevemente á su obediencia. Sublevaronse de nuevo poco mas adelante, y los sujetó con igual facilidad que primero; pero no los perdonó sino que vendió por esclavos á todos los autores de aquellos bullicios.

9. Esto durante, el Pretor P. Manlio con el ejército que habia recibido de su antecesor Q. Minucio Termo, y el que Appio Claudio tenia en la España Ulterior, salió contra los turdetanos, sitos en los confines de Cádiz, aunque Morales los hace aragoneses. Eran estos turdetanos los españoles menos belicosos; pero confiados en su muchedumbre, salieron contra Manlio. Luego que éste los divisó, echó delante su caballería, la cual los desordenó brevemente; y sobrevenidas las legiones romanas, acabaron de derrotar todo aquel mal ordenado ejército; pero no se concluyó la guerra con esta victoria. Los turdetanos tomaron á sueldo diez mil celtiberos, y se previnieron para nueva campaña. Las reiteradas rebeliones de los bergistanos obligaron á Caton á desarmar á todo el país Transibérico, no dudando seguirian el mal ejemplo de aquellos, que, segun creemos, eran los pueblos circunvecinos á Huesca. Sintieron en extremo verse desarmados, no teniendo aquellas gentes por vida de hombres la que se vivia sin armas, por cuyo furor muchos



se la quitaron. Para irlos apaciguando suavemente, mandó Caton viniesen á su presencia los magistrados de todos aquellos pueblos, y les dijo: *Que haberles privado de las armas habia de redundar en su provecho, pues la guerra siempre paraba en quedar arruinados y destruidos. Que no habia medio de evitarla sino desarmados; pues las armas les daban osadia para rebelarse. He usado este medio para vuestro sosiego, por el mejor que he sabido discurrir; si vosotros hallais otro mas á propósito, dádmelo sin reparo, vereis como lo adopto desde luego.* Callaron todos y nada respondieron; pero mostraron poca satisfaccion del discurso catoniano. Dióles algunos dias de término para que deliberasen otro camino de evitar revoluciones, pero callaron igualmente que primero; y enfadado Caton de tales indeliberaciones, á la privacion de las armas añadió la de los muros y fortalezas. Demoliólas todas en un dia, y el siguiente marchó en busca de algunas partidas que perseveraban levantadas y á monte. Tuvo poco que hacer en esto; pues no solo ellas, sino los pueblos todos aun mas fuertes por naturaleza, se fueron entregando sin resistencia. Solo la ciudad de Segestica, como populosa y fortificada, se mantuvo rebelde por un poco de tiempo; pero la violencia de los ingenios y máquinas de guerra la obligaron á darse á partido y rendirse. No sabemos en dónde estaba Segestica, ni á qué lugar moderno correspondia; pero es cierto estaba del Ebro allá, y muy probable corresponder á los ilergetas.

10. La dificultad que Caton hallaba en sujetar los pueblos de su provincia era mucho mayor que la que habian hallado los romanos anteriores. A es-



tos se les venian por sí mismos y se les entregaban, abrumados del inhumano trato cartaginés que los tenia esclavizados. Así Caton tenia que someterles á nuevo cautiverio en un tiempo en que mientras unos guerreaban por su libertad oprimida, otros iban con las armas obligando á los demás á que les imitasen. A la verdad si nuestras armas hubieran sido mandadas por capitanes experimentados y unidos entre sí, ni cartagineses ni romanos nos hubieran dominado ni aun con los mismos tesoros que nos robaban. Es verosimil que sin el sumo desvelo de Caton no se hubieran podido mantener ahora en España los romanos. Este gran soldado nada de consideracion dejaba de ejecutar por sí mismo. No tenia de general otra insignia que el nombre. En los trabajos era el primero, el mas constante, el mas activo. En los peligros el mas expuesto, el mas animoso, el mas intrépido. En la mesa el mas frugal, el mas parco. En los lances el mas vigilante, el mas prevenido, el mas cauto. Estas y otras muchas dotes adornaban á Caton, y todas las hubo menester para salir victorioso de su provincia. Aprendan los generales.

11. Mayores que estas eran las dificultades que topaba Manlio en Turdetania por los celtíberos que militaban en ella. No prometiéndose buen éxito si venia con ellos á las manos, como le era indispensable, tuvo que llamar á Caton en auxilio con su ejército. Cuando llegó allá Caton, halló que los turdetanos y celtíberos tenian separados sus reales. Tuvo algunas escaramuzas con los primeros, de que siempre sacó ventaja: á los celtíberos tentó por trato, bastante innoble para un Marco Porcio Caton;



pero al cabo mostró que su nacimiento era plebeyo. Propusoles tres condiciones: 1.<sup>a</sup> Que si se querian pasar á su servicio, les daria doblado estipendio que los turdetanos les daban. 2.<sup>a</sup> Que si querian retirarse á sus casas, no les contaria por culpa haber servido á los rebeldes á Roma. 3.<sup>a</sup> Pero si querian batalla, señalasen dia para verse en el campo. Pidieron un dia para darle respuesta: pero se movieron tantas discordias, y variedad de pareceres, que nada se pudo concluir con los embajadores cartonianos. Al ver pues Caton que no sabia si estaba en paz ó en guerra con los celtíberos, pues le vendian víveres y demás artículos que necesitaba, y sus soldados entraban en sus fortalezas como si fueran aliados, resolvió descifrar aquel enigma. Comenzó á talar los campos y saquear los pueblos aun no molestados con las armas. Supo que los celtíberos tenian su tren y bagaje en Saguncia, y pasó á combatirla: mas viendo que no acudieron á la defensa, ni salieron de sus reales, dejó todo el ejército al pretor Manlio, y se restituyó con solas siete cohortes á las riberas del Ebro. Escribo *Saguncia* y no *Seguncia*, como hicieron otros, porque esta ciudad no pudo ser la Seguncia que conocemos bajo el nombre moderno de *Sigüenza*, en Castilla, por distar de Turdetania noventa leguas. Algunos códices de Livio la llaman *Saguncia*. Plinio y Tolomeo la dan este nombre, y la sitúan en el convento jurídico de Cádiz. ¿Cómo pues pudo ser la moderna Sigüenza, hallándose á tanta distancia? El P. Mariana creyó se trataba de esta, y condujo á Caton á Castilla, de donde lo pasó á Numancia, con autoridad de A. Gelio que no hallo. Cada



cohorte constaba de seiscientos hombres de infantería. Con aquella poca gente ocupó Caton en el camino algunas ciudades y pueblos que no se pusieron en defensa. Pasaronse á su servicio los sedetanos (que quizás eran los *edetanos*, y por consiguiente los saguntinos ó valencianos), los *ausetanos* y los *suesetanos*. Los lacetanos, gente montaraz y fiera, se mantuvieron en arma, por hallarse culpados en haber hostilizado á los pueblos amigos de Roma durante su ausencia.

12. Luego que llegó, marchó contra ellos con los romanos que traía y gente que se le juntó de los pueblos perseguidos por los lacetanos. Su capital, cuyo nombre ignoramos, era mas larga que ancha, y de su figura sacó Caton la forma de tomarla. Hizo alto á cuatrocientos pasos de sus muros, y dejando allí un cuerpo de tropa escogida con orden de no moverse hasta su regreso, se fué con la demás al lado opuesto de la ciudad. La mayor parte de los soldados que llevó consigo eran *suesetanos*, y les hizo acercar al muro con ademan de asaltarle. Conociéronles los lacetanos, y acordándose de cuantas veces les habian vencido, robado y hostilizado en sus mismos hogares, abrieron al momento la próxima puerta y salieron impetuosamente contra ellos. Apenas pudieron sufrir los *suesetanos* la vocería de los lacetanos, cuanto menos las espadas. Siguen el alcance de los *suesetanos* fugitivos, y mientras tanto corre Caton en su caballo arrimando á los muros á sus legiones, metelas en la ciudad, y se apodera de ella sin oposicion alguna. Volvieron por fin los lacetanos á su ciudad ahuyentados los *suesetanos*, y no hallaron otro recurso que rendirse de-



jando las armas, que era lo último que ya tenían. De lo que dejamos aquí dicho, que todo es de Livio, se puede inferir que los suesetanos confinaban con los lacetanos: por consiguiente, los suesetanos (aun no bien conocidos) pudieron ser los de la ciudad de Scisso ó Cissa, nombrada por Polibio y Livio, sita á las márgenes del Segre, no lejos de Balaguer, Solsona y Cardona.

13. Sujetos en esta forma los lacetanos, marchó Caton á combatir un castillo llamado *Vergio* ó *Bergio*, que era un receptáculo de facinerosos, de donde salían en cuadrillas á robar los pueblos de la comarca. Un buen ciudadano del castillo salió á encontrar á Caton, y excusarse á sí y á los suyos, diciendo no estaba el gobierno de la república en su mano, sino en la de aquellos foragidos que apoderados de todo la oprimían. Mandóle Caton volviese á su casa, dando alguna excusa verosímil de su salida; y cuando viese que él con sus romanos estaba cerca de los muros, y los ladrones derramados en ellos para la defensa, se metiese con los suyos y ciudadanos buenos en el alcázar, y cerrase la puerta. Ejecutólo puntualmente; y al verse los ladrones sin el retiro del alcázar, y los romanos ya sobre los muros, se acobardaron y dieron por perdidos. Apoderóse Caton de todo el pueblo en pocos instantes: dió libertad á los del alcázar y les aseguró sus bienes. Los otros bergistanos, como sospechosos, fueron subastados: los ladrones condenados á muerte. Parece probable que este pueblo *Bergio* corresponde á la moderna *Berga*, que todavía tiene un buen castillo.



## CAPITULO X.

Vienen al gobierno de España Publio Cornelio Scipion Nasica, Sexto Digicio, y despues otros. Guerras con Celtiberia.

1. Para el año de 194 antes de Cristo salió Cónsul romano Publio Cornelio Scipion, el mismo que quitó á los cartagineses en veinte y cuatro horas la ciudad de Cartajena, y los sacó de España. Sus grandes hechos en Africa contra Cartago, y haber concluido la segunda guerra Púnica ó Africana el año de 201, le habian adquirido el renombre de *Africano*. Su cólega en el consulado fué Tiberio Sempronio Longo. En los Comicios Pretoriales, sorteadas las provincias españolas, cupo la Ulterior á P. Cornelio Scipion Nasica, primo del referido *Africano*, y la Citerior á Sexto Digicio, que pudo ser el mismo que ganó la corona mural en el asalto de Cartajena. Venidos estos pretores á sus provincias, marchó Caton á Roma. Concediósele el triunfo, y puso en el erario mil cuatrocientas libras de oro, veinte y cinco mil de plata en barras, doce mil trescientas acuñada, y quinientas cuarenta de la que llamaban *plata de Huesca*. Premió á cada soldado de infantería con doscientos setenta ases, y á los de caballería triplicada esta cantidad. Los doscientos setenta ases venian á valer poco menos de sesenta reales vellon. Estas liberalidades, aumentos del erario, mantenimiento de tropas, y los inmensos gastos del triunfo, salieron de los robos de nuestra provincia Ci-



terior. Las naciones extranjeras jamás vinieron á España sino á robarlas. Aun hoy sucede lo mismo por diversos modos.

2. Luego que Nasica y Digicio llegaron á sus respectivas provincias hubieron de desnudar la espada. Con la ausencia de Caton se habian rebelado muchos pueblos de su provincia, y necesitaba Digicio sujetarlos antes que la revolucion aumentase: pero sus expediciones fueron mas frecuentes que grandes y peligrosas. Sin embargo, casi todas le fueron tan infaustas, que concluido su año, apenas entregó al sucesor en la Pretura la mitad del ejército que Caton le habia dejado. Sin duda por entonces hubiera España sacudido el yugo romano si la provincia Ulterior hubiera peleado con Nasica, como la Citerior con Digicio. Pero Nasica era mas soldado y salió felizmente de todas las expediciones. Para complemento de ellas y de su Pretura tuvo una peligrosa batalla con los lusitanos, que le habian ido á hostilizar las tierras de su provincia. Pelearon cinco horas sin conocerse ventaja de ninguna parte: pero finalmente venció la constancia de las legiones romanas, matando doce mil enemigos y haciendo quinientos cuarenta prisioneros (casi todos de caballería) con ciento treinta y cuatro banderas, sin perder mas que setenta y tres hombres. Quitó Nasica la presa á los lusitanos, y la restituyó á sus dueños. La batalla fue cerca de Ilipa, y se cree estuvo donde Cantillana, ó no muy distante, como persuade Florez en el tomo XII de la *España Sagrada*, y en el II de *Medallas*, pág. 468.

3. El año de 193 vinieron Pretores á Espa- 195



ña Marco Fulvio Nobilior y Cayo Flaminio; el primero á la Ulterior, y á la Citerior el segundo. No hizo este por acá cosa de importancia, mas que tomar á los oretanos la ciudad de Ilucia, que hoy no conocemos, y tener algunos leves encuentros, antes con ladrones que con soldados. Aun en esto ganó poco y perdió mucho. Con mas prosperidad guerreaba Fulvio en su provincia. Cerca de Toledo tuvo batalla con los celtíberos, vacceos y vettones coligados, cuyo general era Hilermo, régulo de alguna de estas regiones. La batalla fué grande y peligrosa: pero por último la ganó Fulvio, y cogió prisionero á Hilermo. (Así Livio en el libro XXXV, cap. 7; pero en sus códigos hay muchas variantes. Si la batalla fué cerca de Toledo, podia Ilucia pertenecer á la España Ulterior, provincia de Fulvio. Dedúcese de aquí, que la línea divisoria que tiramos arriba (libro II, cap. 8) padece algunas dificultades. Los vacceos eran los de la tierra de Campos. Los vettones, los de entre Tajo y Duero hácia Plasencia y Salamanca, y los celtíberos eran los manchegos. La division pues de España en Ulterior y Citerior padeció sin duda varias alteraciones, agregada Lusitania á la Ulterior; y entonces Oreto y Toledo serian de la Citerior. Parece que estos Pretores Fulvio y Flaminio, fueron los primeros romanos que se internaron tanto con sus ejércitos en España sobre lo que ya poseian en sus provincias. Por lo menos esta es la primera vez que suenan Oreto y Toledo en nuestras historias, ó por lo menos la segunda.)

192 5. Para el año de 192 las preturas de España correspondieron á Marco Bebio Tanfilo la Ci-



terior, y la Ulterior á Atilio Serrano; pero por hallarse Roma en otras guerras mas urgentes que la de España, quedaron en ella los mismos que estaban Fulvio y Flaminio con título de Pro-pretores. Adelantaron algo sus conquistas. Flaminio batió y tomó la ciudad de Litabro, que era fuerte y opulenta; pero no sabemos adonde corresponde: hizo prisionero á su régulo llamado *Corribilon*. Fulvio ganó dos batallas en su provincia: tomó las ciudades Vescelia y Holona (de quienes no tenemos otra noticia) con grande número de pueblos menores. Pasó á los oretanos: tomóles otras dos ciudades llamadas *Noliba* y *Cusibi*, cuya posición ignoramos, y marchó para Toledo. Era por entonces Toledo una ciudad pequeña, pero muy fuerte por su sitio y positura, como lo es en el dia. Comenzado su combate, la vino á socorrer un ejército de vettones que la eran confinantes. Dieronse batalla, y quedando vencedor Fulvio, tomó tambien á Toledo. Así Livio en el cap. 22 del lib. XXXV.

6. El año de 191 vino Pretor á la España 191 Ulterior Lucio Paulo Emilio, y en la Citerior se quedó Pro-pretor Cayo Flaminio. Fulvio, regresado á Roma, obtuvo la ovacion sin embargo de no ser muchos sus méritos en España. Gracias á ciento veinte y siete libras de oro, ciento treinta mil de plata, que puso en el erario, y otras cantidades reservadas á su pobreza.

7. A fines del año se tuvieron los Comicios Consulares, y salieron Cónsules para el de 190 antes de Cristo, Lucio Cornelio Scipion, hermano de Publio el *Africano*; y Cayo Lelio, grande amigo 190



de este. Todos tres habian estado en España en la toma de Cartagena, y coadyuvado mucho á Publio en sus otras hazañas en nuestras provincias. A los Pretores que por acá teniamos se prorogó el imperio por otro año. Paulo Emilio peleó con los lusitanos cerca de un pueblo llamado *Licon*, y le mataron seis mil romanos. Los restantes huyeron al real, que apenas pudieron defender por algunas horas, y continuaron su fuga para los pueblos amigos. De este año nada mas dicen los historiadores romanos. Ignoramos qué ciudad fuese *Licon* ó *Lycon*, y ni conocemos á los pueblos vastelanos que Livio nombra. Por el nombre griego de *Licon*, la reducen algunos á *Lobon*, á 4 leguas de Mérida: lo cual es probable. En la palabra *vastelanos* puede haber error en Livio; pues muchos códices manuscritos leen *bastetanos*. En este caso no pudo *Lycon* ser uno de sus pueblos, pues *Basti* y su territorio estaban donde confinan Murcia y Valencia. Además que los pueblos bastitanos aun eran de la Citerior.

189 8. En el año de 189 tocó la provincia Citerior á Lucio Plancio Hipseo: la Ulterior á Lucio Bebio Divite. Este Bebio no llegó á España. En su viaje le asaltaron los genoveses, le mataron mucha tropa, y el mismo Pretor huyó herido á Marsella, donde murió al dia tercero. El resto de la tropa se dispersó por varias partes, y murió de varios modos. En lugar de Bebio envió el Senado á Publio Junio Bruto con título de Pro-pretor. Poco antes de llegar á su provincia, su antecesor Paulo Emilio tuvo ocasion de desquitarse de la rota pasada por los lusitanos cerca de *Licon*. Dió-



les otra batalla muy sangrienta, en que les mató diez y ocho mil hombres y les tomó los reales con tres mil trescientos prisioneros, con lo cual las cosas de España se aquietaron un poco. Esta victoria la ganó Emilio con tropas españolas (que tomó á sueldo de los pueblos aliados y á costa nuestra): los romanos que tenia en su ejército eran pocos. Esta es una prueba concluyente de que los españoles bien disciplinados y con buenos generales, no hubieran sido subyugados por las naciones. Aun tampoco lo hubieran sido si hubieran estado bien unidos contra gentes advenedizas, y advertidos que ninguna venia sino para cautivarlos, despojarlos de sus haberes y destruirlos, unos con la fuerza, otros con la política y engaño.

9. Acabado su tiempo, para el año de 188 <sup>188</sup> vinieron Pretores á España Lucio Manlio Acidino, y Cayo Atinio: á la Citerior el primero, y para la Ulterior el segundo. Segun el silencio que guarda Livio, parece que nada hicieron de memorable en el corriente año, ni en el siguiente de 187 <sup>187</sup> que permanecieron acá; pero juzgamos que no nos dejarían libres de contribuciones y suministros. En el de 186 vino á la Citerior Lucio Quincio <sup>186</sup> Crispino, y á la Ulterior Cayo Calpurnio Pison, con título de Pretores.

10. Caminando estos para España, llegó á Roma la noticia de que Cayo Atinio, Pretor los años anteriores en la Ulterior, habia ganado una gran victoria de los lusitanos matándoles seis mil hombres, poniendo á los demás en huida y ganándoles los reales. Que luego despues habia tomado por asalto la ciudad de Asta en cuyas cercanías



habia sido la batalla precedente: pero que herido gravemente en el asalto habia muerto dentro de pocos dias (1). Con esta novedad despacharon los Padres postas al puerto de Luna en el seno ligústico, participándola al Pretor Calpurnio, mandándole abreviase el paso para la provincia; pero cuando llegaron á Luna, ya Calpurnio habia marchado.

11. En la Citerior Manlio Acidino habia tambien peleado con los celtíberos sin ventaja por ninguna parte; y los españoles durante la noche levantaron el campo. Con esta ocasion los romanos, fueron al rebusco de nuestros reales, recogieron lo que hallaron, y tuvieron lugar de enterrar sus muertos. Pasados algunos dias, los celtíberos acopiadas mayores fuerzas, buscaron á los romanos y los acometieron cerca de Calahorra: pero fueron vencidos perdiendo la vida doce mil hombres, quedando prisioneros mas de dos mil, y saqueados los reales. Quería la tropa romana seguir á los fugitivos y dispersarlos del todo: pero en el momento llegó el nuevo Pretor Crispino, y acantonó todo el ejército en cuarteles de invierno, que ya entraba.

185. 12. El año siguiente 185 antes del nacimiento de Cristo, salieron Cónsules romanos Appio Claudio Pulcro, y Marco Sempronio Tuditanos. Pretores en España debieron de continuar los del año precedente; pues aunque se crearon seis,

---

(1) Morales lo llama Catinio, por Atinio, juntando la inicial C con la A del nombre.



no dice Livio que ninguno de ellos viniese á España; y además, no deja de tener Livio alguna confusión en estos años. Por este tiempo llegó á Roma nuestro Pro-pretor Lucio Manlio Acidino; pidió el triunfo al Senado que estaba junto en el templo de Belona (1): pero le fué negado sin embargo de que lo tuvieron por merecido. Prohibíalo la antigua costumbre de no concederle sino á quien volviese á Roma con el ejército pacificada ó sujeta la provincia, ó entregase uno y otro al sucesor en el mando; cosa que Manlio no había hecho. Concedieronle la ovación y entró en la ciudad llevando ante sí cincuenta y dos coronas de oro, ciento veinte y siete libras del mismo metal, y diez y seis mil trescientas de plata. Fuera de ochenta libras de oro y diez mil de plata que detrás traía el cuestor Quinto Fabio. Total, doscientas siete libras de oro, sin incluir las dos coronas, con veinte y seis mil libras de plata.

13. Venida la primavera del año 185 acordaron ambos Pretores Crispino y Calpurnio hacer unidos la guerra á los carpetanos. El punto de reunión de tropas era Beturia, territorio de Bética entre Mérida y Córdoba; y de allí marcharon unidos á Carpetania, donde los celtíberos estaban

---

(1) *El templo de Belona estaba fuera de los muros de la ciudad á la puerta Carmental. En él daba audiencia el Senado á todos los negocios extranjeros de paz y guerra, aun de sus mismos generales.*



acampados y prevenidos. El primer encuentro fué cerca de Hippona y Toledo (1). Empezaronle los forrageadores y sus escoltas; pero acudiendo por ambas partes las gentes de guerra al socorro de los suyos, declinó en batalla, bien que tumultuaria, desordenada y confusa. En este género de lucha prevalecían los nuestros, por ser mas conforme con su disciplina militar, que eran acometidas y retiradas con mucha lijereza: pero lo que esta vez les dió mayores alientos fué pelear en su tierra propia, y por sus lares. Dada la batalla derrotaron enteramente á los romanos, y los metieron en sus reales á bote de lanza, dejando la campaña cubierta de cadáveres romanos. No pasaron á mas aquel dia: pero su poca disciplina y la falta de general experto fué causa de que lo errasen. Con solo el amago de asaltar los reales romanos, lo hubieran conseguido sin resistencia. Estaban azorados de miedo al verse tan brevemente desbaratados, y creyendo venían mayores fuerzas sobre ellos. Efectivamente, si hubieran asaltado los reales enemigos, de sus dos ejércitos pretoriales no hubiera quedado quien llevase á Roma la noticia.

14. Temieron los Pretores que lo ejecutarían el dia siguiente, y al punto dispusieron marchar apresuradamente desde prima noche con el mayor silencio, y se acercaron á las riberas del Tajo. Nada supieron aquellos miserables guerreros de la fuga

---

(1) *La mayor parte de los códices Livianos por Hippona leen Dipona: pero no nos guian mejor. Ignoramos á qué lugar corresponde cerca de Toledo.*



de los romanos; y venida la mañana, quisieron dar asalto á sus reales; pero los hallaron abandonados y desiertos. No sacaron mas utilidad que algunos utensilios militares, víveres y otras cosillas de poca monta, que con la prisa y la noche dejaron. Con tanto, se volvieron á sus reales, y deliberaron estarse allí hasta saber qué rumbo tomaba el enemigo. Perdió este mas de cinco mil hombres en la batalla; pero los Pretores aun ocupados del miedo de que no parasen así las cosas, anduvieron por los pueblos amigos alistando nuevamente gente de guerra, y brevemente juntaron á la que les habia quedado un número capaz de competir con nuestros manchegos.

15. No se movieron estos del paraje, sino que pusieron su real en un collado de bastante elevacion á las riberas del mismo rio. Vinieronlos á buscar allí los romanos por la márgen opuesta, donde habia dos parajes por donde se podia vadear, uno mas arriba, y otro mas abajo de los españoles; por el de la derecha esguazó Calpurnio; Crispino por el de la izquierda. No sé si fué mayor la temeridad de los romanos en echarse al rio hallándose los españoles á la vista, ó la necedad de estos en dejarlos pasar sin estorbo ni ataque, con todo su bagaje y comestibles, ni menos acometerlos á la salida, mojados y mal armados. Parece les pesó luego de su yerro; pues antes que los romanos alzasen valla ni se atrincherasen, fueron á buscarlos. Hubieron los Pretores de poner en órden el campo con la mayor presteza, colocando en el centro las dos legiones que les quedaban, y eran casi toda la fuerza de su ejército. Echaronseles encima los españo-



les improvisamente, y al pronto fué recísima la pelea. Engreidos los nuestros con la victoria pasada, cargaban de burlas y dicterios á los romanos, con lo cual aumentaban las irás de estos y deseo de venganza. Las dos legiones peleaban desesperadamente y á pie firme sin que los españoles pudiesen de ningún modo romperlas ni desordenarlas, y á cuya vista formaron *cúneo* ó *cuña*, y las acometieron así para romperlas. La cosa fué ejecutada con tal ímpetu que las legiones se vieron en el mayor conflicto, y hubo Pison de enviar tribunos que las animasen con sus exhortos. Dijeronlas *que en ellas estaba librada toda la esperanza de la victoria, y de permanecer los romanos en España. Que si cedían un paso, ninguno de ellos vería mas á Italia, ni menos la tierra de España mas allá del Tajo.* Mientras tanto Calpurnio Pison con su caballería acometió por un lado el *cúneo* de los nuestros, y Crispino por el otro, cargándole tan reciamente, en especial Pison, que con el entusiasmo de la lid apenas se sabia de qué parte era. Inflamados los centuriones al verle entre una lluvia de dardos, incitaron vivamente á los signíferos á internarse con las insignias contra los nuestros, y á la tropa que les siguiese. Renovaron el alarido y el ímpetu sobre el *cúneo* de los españoles, que segun se explica Livio, *fué á manera de un rauda torrente que abate cuanto se le opone.* No pudieron los nuestros sostener avenida tan impetuosa, y comenzaron á separarse lo mejor que pudieron, y retirarse á sus reales con la mayor ligereza; pero siguiólos la caballería romana tan ciegamente, que saltó de golpe vallados y fosos. Pelearon allí de nuevo con los



españoles que habia, bajando de los caballos, y sobreviniendo la legion de Calpurnio primero, y luego todo el resto de romanos, no fué mucho derrotasen enteramente á los nuestros en sus mismos reales. El destrozo fué tal, que de treinta y cinco mil que eran, apenas escaparon cuatro mil. Tres mil de estos fugitivos que se conservaron en arma, ganaron un monte cercano: los otros mil se dispersaron por varias veredas. Cogieron los romanos ciento treinta y tres signos militares; pero perdieron seiscientos hombres, y entre ellos cinco tribunos con alguna caballería. De los españoles aliados de Roma murieron ciento cincuenta. Esta victoria fué tan celebrada en Roma, que no solo se dieron gracias á los dioses y se hicieron fiestas, sino que se decretó el triunfo á los Pretores. Ambos entraron triunfantes en Roma, llevando delante ochenta y tres coronas de oro, y doce mil libras de plata cada uno. Toda la tropa fué laureada y premiada.

16. Para el año de 184 tocó la España Cite- 184  
rior á Aulo Terencio Varron, y la Ulterior á Pu-  
blio Sempronio Longo. Este nada tuvo que hacer  
en su provincia, por hallarse sus habitantes sin  
aliento ni fuerzas para moverse, á causa de las ro-  
tas pasadas de Ilipa y Asta: Varron no tuvo mas  
en la suya que sujetar la ciudad de *Corbion* en los  
suesetanos, de la cual y de los cuales nada sabe-  
mos sino que pertenecian á la España Citerior.  
*Corbion* se defendió valerosamente; pero Varron  
la dió asalto, y vendió por esclavos á sus habita-  
dores. Con esto ambos Pretores acuartelaron sus  
ejércitos, para el año de 183 en que les fueron



confirmadas sus preturas. Varron, hecho Procónsul, tuvo varios encuentros con los celtíberos en el campo Ausetano, y les tomó varios pueblos. Los ausetanos eran los de tierra de Vich, llamada *Ausa*; pero como dista del Ebro algo mas de lo que parece sufrir las palabras y narrativa de Livio (XXXIX, 56), no nos resolvemos á determinar el paraje. Tambien es árduo de creer que los celtíberos, si son los manchegos y aragoneses antiguos, pasasen el Ebro, y se metiesen tan cerca de Ampurias, cuyos territorios eran todos de Roma. La España Ulterior estuvo tambien quieta todo el año presente, pues habiendo enfermado Sempronio no movió contra Lusitania, ni los lusitanos le molestaron; lo cual no fué poca fortuna. Este año murió de veneno voluntario el Grande Anibal, diciendo: *Quitemos ya á los romanos el miedo que me tienen*. Murió tambien Scipion Africano, el que habia tomado á Cartagena, vencido á Anibal y destruido á Cartago; aunque hay quien le alarga la vida tres años hasta el de 180.

17. En los Comicios Consulares salieron Cónsules romanos para el año 182 Gneyo Bebio Tanfilo y Lucio Emilio Paulo, el cual habia sido Pretor en nuestra España Ulterior el año 194. Los Pretores que vinieron acá fueron Publio Manlio y Quinto Fulvio Flacco: el primero á la Ulterior, y á la Citerior ó Tarraconense el segundo. Livio dice que esta era la segunda pretura de Publio Manlio en la provincia Ulterior. Si entiende al Publio Manlio que vino con el Cónsul M. Porcio Caton el año 195, no fué por cierto á la Ulterior, sino en compañía de Caton á la Citerior. A aquella



vino Appio Claudio Neron, como queda referido por narrativa del autor mismo.

18. Apenas llegó Flacco á su provincia, puso sitio á la ciudad de Urbicua. (Las variantes de este nombre de ciudad en los códices de Livio son muchas: la mas admisible es la *Urbiaca* de Antonio Pio, en la ruta de Laminio á Zaragoza, á veinte millas de Valeponga, que suele reducirse á Valdeponga de Murcia. De esta ciudad se olvidó Lozano en su *Bastitania* y *Contestania*, sin embargo de que no hay cosa que no halle en su reino de Murcia. El aragonés Traggion la encuentra en Aragon. Ferreras asegura es *Arbeca*, tambien en Aragon.) y los celtíberos le acometieron para hacerle quitar el sitio. Tuvieron encuentros repetidos y furiosos con variedad de fortunas, en que murieron y fueron heridos muchos romanos; pero la constancia de Fulvio prevaleció contra la poca de los nuestros, y se acabó la disputa retirándose estos, y rindiéndose la ciudad sitiada. La dió á saco á la tropa. Manlio no hizo cosa alguna en su provincia, y ambos pretores tomaron cuarteles de invierno. Mientras tanto llegó Varron á Roma, y entró con ovacion en ella. Puso en el erario nueve mil trescientas veinte libras de plata, ochenta de oro, y dos coronas de este metal, que pesaban sesenta y siete libras.

19. En el año 181 continuaron en España 181 los mismos pretores Manlio y Flacco, completándoles los ejércitos. Venido el buen tiempo volvieron los celtíberos á las armas contra los romanos, con treinta y cinco mil hombres de guerra. Ejército tan numeroso debia dar cuidado á Flacco, y



reforzó el suyo con las gentes aliadas; pero nunca pudo igualar al nuestro. Sin embargo marchó para Carpetania, sentó sus reales cerca de la ciudad de *Ebura*, dejando un corto presidio por la poca gente que tenia. Quieren los geógrafos que *Ebura* sea Talavera de la Reina, y Mariana como patria suya, esforzó mucho este dictámen: pero todo son conjeturas y nada cierto. Pasados algunos dias aparecieron los celtíberos á media legua de distancia y sentaron sus reales á la falda de un collado. Con esta novedad, mandó Fulvio pasar allá á su hermano Marco, con dos compañías de caballos, que reconociese las fuerzas y reparos de los nuestros, acercándose lo mas que pudiese, pero evitando toda pelea y retirándose pronto si viesen que los acometian nuestros caballos. Observólo todo Marco Fulvio, trajo relación exacta, y repitió la misma salida y reconocimiento por algunos dias, retirándose ligero luego que veia salir los españoles. Pero finalmente estos, perdida la paciencia, sacaron toda su gente á campaña y la pusieron en órden enfrente á los romanos. Avanzaron un buen trecho, y luego hicieron alto en medio de una dilatada llanura que entre ambos ejércitos habia, y esperaron en ella que los romanos saliesen á batalla; mas estos no se movieron de su real durante cuatro dias. Entre tanto se mantuvieron allí los españoles esperando y á punto de batalla dia y noche; y vista la cobardía romana, regresaron á sus reales. Estuvieronse tambien quietos en ellos, saliendo solo algunas partidas de caballos en observacion del enemigo. Cuando conoció Fabio Flacco que de la inaccion de tantos dias habrian hecho juicio los



nuestros que no moverian primero los romanos, dió orden á Lucio Acilio, que con los caballos del ala izquierda que mandaba, y seis mil infantes españoles aliados, rodease la colina donde tenian su real los celtíberos, y les tomase las espaldas: pero se mantuviesen allí quietos, hasta que los romanos alzasen los ordinarios alaridos en los acometimientos. Entonces debian invadir los reales españoles. Ejecutólo puntualmente M. Acilio durante la noche, sin que los nuestros advirtiesen cosa alguna; pues su pobre disciplina militar ignoraba la necesidad de centinelas avanzadas en todos eventos, especialmente cuando está cerca el enemigo.

20. Venida la mañana, envió el pretor los caballos extraordinarios de la misma ala, á cargo de Cayo Escribonio, que se pusiesen sobre el vallado mismo de los celtíberos. Observaron estos eran mas en número que los dias antecedentes, y sacaron toda su caballería al campo mandando á la infantería que tambien saliese. Al primer alarido de los romanos retrocedió Escribonio, como si huyera con su caballería á los reales, segun tenia mandado. Siguiéronle los nuestros sin recelo aunque puestos en orden, con designio de combatir los reales romanos, y se pusieron á vista de ellos; pero entonces el pretor sacó súbitamente las legiones por tres lados, y levantando su vocería, que era la seña dada para los aliados españoles apostados detrás de la loma, corrieron estos á los reales de los celtíberos segun orden, y no hallaron en ellos mas que quinientos hombres que los guardaban. Púsoles fuego Acilio por donde mejor lo

:



viesen los celtíberos que peleaban; y vistolo luego, se divulgó por todo su ejército que los reales estaban perdidos. Ardian entonces vorazmente; y considerando que no le quedaba retiro, ni mas remedio que las armas, renovaron con mas esfuerzo la pelea con la quinta legion romana que ocupaba el centro y les molestaba mucho. Cargaron pues mas sobre el ala izquierda de los romanos donde estaban los españoles aliados, cuidando romperlos; y lo consiguieron presto á no haber sido socorridos oportunamente por la legion septima. Vinieron tambien á buen tiempo los romanos que estaban de guarnicion en Ebura; y Acilio con sus caballos urgia vigorosamente por las espaldas. Cogidos los nuestros en medio, y sin camino para retiro ni fuga, fueron muertos en breve; y contra unos pocos que pudieron escapar de la muerte envió el pretor varias partidas de caballos y mataron á muchos. El total de muertos fue veinte y tres mil, y de prisioneros cuatro mil ochocientos; cogieronnos quinientos caballos y ochenta y ocho banderas. Mas de mil hombres murieron de las legiones romanas; y de los aliados dos mil cuatrocientos. Tuvieron igualmente muchos heridos que llevaron á Ebura.



## CAPITULO XI.

Siguen la guerra carpetanos y celtíberos con Tiberio Sempronio Gracco.

1. Hecho el despojo del ejército vencido, y repartida la presa, marchó el ejército romano para la ciudad de Contrebia y la puso sitio. De esta ciudad, aunque nombrada por muchos escritores antiguos, ignoramos el lugar preciso de su situación. Lo mas admisible es que estuvo hácia Sacedon; aunque yo me inclino á Consuegra junto á Madridejos. Sin embargo, pues los contrebianos pidieron auxilio á los celtíberos, no sería ciudad Celtiberica. Los sitiados pues pidieron socorro á los celtíberos: pero no les fue posible darles por unos temporales que sobrevinieron, y la ciudad hubo de entregarse. Vino bien á los romanos, para alojarse dentro de Contrebia en lo continuado de las lluvias. La impaciencia de los celtíberos era tal, que no pudieron esperar que el tiempo mejorase para socorrer á Contrebia. Condujeronla un notable socorro, venciendo dificultades increíbles en arroyos, lagos y caminos. Llegados allá, como no viesen reales, sitiadores ni tropa romana, sin reflexion alguna dieron por seguro que habian levantado el campo y marchado á otra parte. Con este liviano discurso, perdieron el cuidado y ordenanza en que venian. Pagaronlo presto. Salieron de golpe los romanos, los acometieron, y los derrotaron en pocos minutos, huyendo por todas par-



tes sin hacer frente. No los pudieron cercar ni coger unidos; pero mataron hasta doce mil de ellos, y cogieron prisioneros mas de cinco mil. Si Livio no miente por noticias exageradas de los pretores, como suelen. Tomaronles cuatrocientos caballos y sesenta y dos banderas. Detrás de este ejército derrotado de celtíberos venia otro en auxilio; pero sabida la rota por los fugitivos, retrocedió luego, y se fueron todos á sus casas. Serenado el tiempo, salió Fulvio de Contrebia con su tropa, y corrió la Celtiberia robando los pueblos. Combatió muchos castillos hasta que se le rindieron casi todos. En la España Ulterior tuvo tambien Manlio varios encuentros prósperos con los lusitanos.

180 2. En el año de 180 antes de la venida de Cristo, salieron cónsules romanos Aulo Postumio y Cayo Calpurnio Pison. Este habia sido pretor en España Ulterior el año de 186. A nuestra provincia Tarraconense vino pretor Tiberio Sempronio Gracco con un ejército de treinta y cinco mil seiscientos infantes y hasta dos mil caballos, segun parece resultar de las palabras de Livio en el cap. 36 del libro XL. A la Ulterior vino Lucio Postumio. Mientras Gracco venia sacó Fulvio de sus cuarteles el ejército, y se internó considerablemente en Celtiberia, donde quedaban aun muchos pueblos libres del yugo romano. Taló y estragó los campos: robó cuanto le vino á las manos, pero con ello irritó mucho mas que amedrentó los pueblos. Juntaron estos á la sorda un buen ejército, y le ocultaron en el bosque Manliano por donde necesariamente habia de pasar Fulvio. A la sazón tuvo éste orden precisa de bajar con



su ejército á Tarragona y entregarle al sucesor Gracco que ya estaba en ella; por lo cual, dejado lo de Celtiberia, se puso en marcha para Tarragona. Los inexpertos celtíberos imaginaron que tan improvisa retirada procedia de miedo, y cogieron mas animosos los pasos del bosque. Llegados allí, los romanos salieron impetuosamente por ambos lados, y dieron sobre ellos con la mayor furia. Mandó el pretor hacer alto y ponerse sobre las armas. Ordenó su campo segun la necesidad exigia, pues ya los españoles herian los extremos. Trabóse presto sangrienta batalla, tan recia como dudosa por ambas partes. Peleaban á pie fijo las legiones romanas, y vieron los celtíberos cuan vano les era presumir pelear con ellas frente á frente. Así, se formaron en *cúneo* para desconcertarlas, y al pronto comenzaron á conseguirlo. Vió Fulvio la turbacion y desórden de sus legiones por esta causa y el peligro que amenazaba; y corrió allá diciendo á la caballería legionaria: *¿Cuál es vuestro oficio, nobles romanos? ¿Qué auxilio podemos esperar de vosotros? ¿Conque ha de perecer aqui este valeroso ejército? Moved, impeled los caballos contra el cúneo enemigo que nos destruye. Egecutareislo con mas energia si les quitais los frenos, como hicieron muchas veces nuestros mayores.* Esto dicho, quitaron los frenos á los caballos y penetraron por dos veces el *cúneo* de los nuestros, haciendo de ellos el mayor estrago. Desordenado el *cúneo*, comenzaron á ceder los españoles, y buscar el camino de la fuga. La caballería romana libre, al ver la generosa faccion de la legionaria, sin mandarselo nadie se arrojó sobre los nuestros ya desunidos y



turbados, y los acabó de poner en huida. Quedaron muertos en el campo diez y siete mil celtíberos: prisioneros mas de tres mil. Se les tomaron doscientas setenta y siete banderas, y mas de mil caballos. Los romanos tambien perdieron cuatro mil quinientos hombres. Hecho el despojo, marchó Fulvio para Tarragona, y con los veteranos que habian cumplido los años de servicio, se embarcó para Roma.

179 3. En esto se le pasó casi todo el año; y mientras aguardaba el triunfo fué designado cónsul romano para el año próximo 179 con Lucio Manlio Acidino, que habia sido pretor en la Citerior el de 188. Entró Fulvio triunfante en Roma llevando ante sí ciento veinte y cuatro coronas de oro, treinta y una libras del mismo en barra, y ciento setenta y tres mil doscientos numos acuñados de plata de Huesca. Del resto de la presa, gratificó con cincuenta denarios á cada soldado, ciento á los centuriones y ciento cincuenta á la caballería (cada denario valia como veinte cuartos de Castilla) y en general pagó á toda la tropa el estipendio diario doble.

4. Los nuevos cónsules Fulvio y Manlio prorogaron en su año el imperio en sus respectivas provincias españolas á Gracco y Albino y con los mismos ejércitos que tenian, añadiendo á cada uno ocho mil infantes y setecientos caballos. Con ejércitos tan poderosos venida la primavera salieron conformes en que Albino pasase por Lusitania á los Vacceos, y de allá retrocediese á la Celtiberia si allí fuese mayor la guerra. Esto dice Livio en el cap. 47 del libro XL: pero no puede menos de



haber error en su texto; pues parece cosa ridícula pasar por Lusitania para ir de Carpetania á los Vacceos que estaban entre Salamanca y Astorga hácia Palencia. Gracco penetró hasta lo mas interno de Celtiberia, y lo primero que hizo fué tomar de noche por asalto la ciudad de Munda. (Si esta fuese la célebre Munda Bética en que Julio César derrotó á los hijos de Pompeyo el Grande el año 45 antes de Cristo, sería fuerza decir que Munda era ciudad de Celtiberia; caso repugnante siéndolo de la Bética, y estaba entre Córdoba y Osuna, como veremos adelante. El P. Risco en una *Disertacion* especial que puso en el tomo 42 de la *España Sagrada*, pretende que esta Munda estaba en *cabeza del Griego* cerca de Uclés. El canónigo Lozano la quiere en su reino de Murcia donde ahora está Lietor. Ambos andan á tientas). Puso presidio de romanos en ella, llevóse rehenes, y marchó combatiendo castillos, y saqueando pueblos libres, hasta llegar á la fuerte ciudad de Certima, de la cual no tenemos otra noticia, aunque Risco la coloca cerca de su Munda; pues no parece probable sea la Cartama cercana á la Munda Bética.

5. Comenzado su combate salieron embajadores al campo romano, y dijeron á Gracco sencilla y bozalmente, *que su ciudad se defenderia en buena guerra si tuviera las fuerzas competentes*. Luego con la simplicidad misma le pidieron licencia para ir á los reales de los celtíberos en busca de socorro, protestándole que si no lo consiguiesen, la ciudad haria sus cuentas, y resolveria lo que mejor le estuviese. Dióles Gracco el permiso que le pedian,



y pasaron al campo de los celtíberos. Después de algunos días, volvieron los mismos, acompañados de diez mensajeros celtíberos. Era hacia el mediodía, y lo primero que hablaron fué pedir de beber. Mandó el pretor se les diese; y apurados los primeros vasos, repitieron la salva, causando por su rudeza no poca risa en los circunstantes. Dijo luego el mas anciano: *Venimos enviados por nuestra nacion Celtibérica á preguntaros con qué fuerzas venís contra nosotros en esta guerra.* Respondióle Gracco, *que venia sobre la seguridad de su poderoso ejército de gente valerosa, como se les haria ver si querian, para poder dar razon á los suyos de lo que habian visto.* A continuacion mandó que los tribunos pusiesen el ejército en órden de batalla, y hiciesen algunas evoluciones y escaramuzas al estilo de la polémica romana. Con tanto los enviados del real celtíbero regresaron allá, y disuadieron á su gente de enviar el socorro que Certima pedia, por no perderse todos. Entonces los certimanos, faltos del auxilio que necesitaban, se dieron á Gracco, y éste les impuso la contribucion de cuatrocientos mil numos, que siendo sestercios como creo, montaria como diez mil y quinientos pesos fuertes; y además, cuarenta jóvenes de la clase noble que sirviesen en la caballería romana.

6. Con esto marchó Gracco para la ciudad de Alce ó Alces, en donde los celtíberos tenian sus reales (de Alce tampoco sabemos mas que el nombre, que es griego, y significa *valor, fortaleza, fuerza, &c.* El itinerario del emperador Antonino Pio la pone (en la Carpetania ó Celtiberia) en la carrera de Mérida á Zaragoza. Se suele reducir al



Toboso ó Alcázar de san Juan). Molestóles algun tiempo con frecuentes correrías y rebatos, reite- rando los ataques hasta sacar á los celtíberos de sus reparos. Habiéndolo conseguido, ordenó á los gefes de los aliados les acometiesen con sus escua- drones, y en lo mejor de la refriega huyesen apa- rentando miedo. Esto durante, puso sus legiones á punto de batalla dentro del real mismo. Poco tardaron los primeros en ejecutar el órden y con- seguir lo que pretendian. Siguiéronlos incautamen- te los celtíberos hasta los reales romanos, y dejan- do Gracco que entrasen los aliados, sacó de golpe las legiones por varias partes con extremos alaridos y gritería. No pudieron los celtíberos sostener el ataque de las legiones, y brevemente fueron rom- pidos, dispersados, seguidos hasta sus reales, y aun sacados de ellos. Murieron hasta nueve mil, y fueron prisioneros trescientos veinte. Cogieronles ciento doce caballos y treinta y siete banderas. De los romanos murieron ciento nueve.

7. Marchó luego Gracco á correr la Celtiberia, llevándola á sangre y fuego, y derramando el ter- ror por todas partes, y esto fué causa de que le fuesen á prestar obediencia ciento tres pueblos (Floro pone ciento cincuenta. Paulo Orosio ciento cinco, si bien algunos de sus códices tiene ciento cincuenta, como Floro, y otros hasta ciento cin- cuenta y dos). La presa fué considerable. Desde allí regresó Gracco á Alces, y comenzó á comba- tirla reciamente. Defendieronse un poco los ciuda- danos desde los muros, pero luego se retiraron al alcázar; y no creyéndose allí seguros, enviaron embajadores á Gracco rindiéndosele sin mas defen-



sa. Sin embargo del rendimiento no pudieron librarse del saco ni del cautiverio. Hallóse mucha gente noble entre los prisioneros, especialmente dos hijos y una hija de Turro, régulo del territorio, y el mas poderoso de España. Cuando supo este la derrota de su ejército, pidió á Gracco salvoconducto para pasar á verle; y concedido, llegó allá y preguntó: *¿Si le quedaba esperanza de vida á él y á los suyos?* Y respondiéndole Gracco que sí, preguntó mas: *¿Si podria militar con los romanos?* Dijole tambien que sí; á que repuso: *Militaré con vosotros contra mis amigos, paisanos y aliados, ya que me abandonaron.* Desde entonces siguió Turro las banderas romanas, y les fué muy provechoso.

8. Atemorizada con tan general destrozo de pueblos la ciudad de Ergávica, aunque populosa y fortificada abrió sus puertas á los romanos, pero luego que se retiraron de sus inmediaciones se rebeló contra ellos. Los que mas han meditado acerca del paraje en que estuvo *Ercávica* ó *Ergávica*, la sitúan en las cercanías de Priego, junto á *Hoz de Peña-Escrita*, entre los pueblos *Cañamares* y *Cañizares*, obispado de Cuenca. Lo cierto es que segun los antiguos, era del convento jurídico de Zaragoza, y no podia distar mucho de ella. Livio en este lugar la llama *Ergavia*, sin duda por error de copiantes. De lo expuesto arriba, parece cierto que Alces estuvo poco distante de Uclés y Saelices, y lo mismo de *Cabeza del Griego*. Podemos sospechar que Ergávica es la misma ciudad de Arcabia, sita en la Celtiberia, que aun existia á fines del siglo IX, y era obispado. Nómbrala don Alonso III



en un privilegio que dió á la iglesia de Orense el año de 886. *Adveniente*, dice, *quoque Sebastiano Arcabiense peregrino episcopo ex provincia Celtiberiæ, expulso à barbaris, &c.* Véase Florez, tomo 17, pág. 53 y 243. Los celtíberos bien lejos de desalentarse por tantas y tales derrotas unieron otra vez ejército muy considerable no lejos de Ergávica, y pelearon de poder á poder con el ejército romano cerca del monte Canno (que es el Moncayo hácia Borja). Duró la batalla desde la aurora hasta mediodia, muriendo mucha gente por ambas partes. En esta lid no hicieron los invencibles romanos accion alguna que los eximiese de confesarse vencidos. El dia siguiente molestaron algo á los nuestros en sus reales, y recogieron varios despojos de los muertos en la batalla. Pero en el tercero dia la hubo nueva mucho mas sangrienta que la primera, en la cual se declaró la victoria por los romanos. Murieron en el campo de batalla veinte y dos celtíberos (esto no es exacto), fueron prisioneros poco mas de trecientos, tomaronles trescientos caballos y setenta y dos banderas con los reales. Con esta derrota dió fin por entonces la guerra Celtibérica.

9. Lucio Postumio peleó tambien prósperamente en la Ulterior, dos veces con los vacceos, matándoles treinta y cinco hombres (esto no es exacto). Los vacceos pertenecen á los palentinos y tierra de Campos, los cuales pertenecian á la provincia Citerior ó Tarraconense, y no á la Ulterior en que guerreaba Postumio. Por esta razon Vaséo y otros tienen por errada la leccion de Livio, *cum Vacceis*, y sustituyen *cum Braccaris*. Como quiera,



lo cierto es que Livio en estos capítulos anda bastante inexacto, como demuestran sus ilustradores; cosa extraña de mi objeto.

178 10. El año de 178 vino pretor á la provincia Tarraconense Marco Titinio Curvo, y á la Ulterior Quinto Fonteyo. Mientras venian á sus provincias, fortificó Gracco la ciudad de Graccurris, dándola su nombre por haberla renovado (llamada antes Ilurcis) la cual se suele reducir á Agreda, cuya reduccion me parece verosimil. Hizo despues Gracco levantar el sitio que veinte mil hombres celtíberos habian puesto á la ciudad de Carabis, aliada de Roma. Si es la Caravi del itinerario de Antonino Pio, estaba entre Tarazona y Zaragoza, á diez y siete millas de aquella y treinta y siete de esta. Appiano la llama *Carabin* como Livio. Los griegos no tienen *v* consonante, y siempre usan de *b* por *v* cuando hiere á la vocal siguiente. Así, por David, escriben *Dabid*, y otras voces semejantes.

11. Los ciudadanos de Complega juntaron un ejército de veinte mil hombres, y creyeron vencer á los romanos por medio de un stratagemá. Sallieron de la ciudad con insignias de paz y rendimiento, llevando consigo ramos de olivo en las manos; mas al hallarse cerca de los reales de Gracco, arrojados los ramos de paz sacaron las armas y le hicieron repentina guerra. Entonces Gracco, aparentando confusion, miedo y sorpresa, mandó á su tropa huyese de los reales por la parte opuesta. Entran los compleganos en los abandonados reales enemigos, danse sin orden al pillaje, y cuando estaban mas cebados en él, revuelve Gracco sobre



ellos y los derrota completamente. Corre luego á Complega, y la toma sin resistencia de nadie. Con tanto apoderado del territorio, distribuyó con equidad y justicia los campos entre la gente pobre, y promulgó leyes de policía y buen gobierno. De Complega, si no es Pampliega, nada sabemos, sino que era una ciudad populosa aunque moderna.

12. Postumio también tuvo en Lusitania algunos encuentros de armas en que llevó siempre lo mejor; y mientras tanto vinieron los nuevos pretores, y los cumplidos marcharon á Roma. Concedióseles el triunfo. Gracco puso en el erario cuarenta mil libras de plata. Postumio veinte mil. Cada uno de ellos dió á su tropa veinte cinco denarios por hombre, cincuenta á los centuriones, y ciento cincuenta á la caballería. Gracco salió cónsul el año siguiente.

13. Los nuevos pretores Titinio y Fonteyo se mantuvieron tres años en España, sin que los historiadores nos hayan transmitido sus hechos de ninguna especie. Es de creer que nuestras provincias estaban exhaustas de gente de guerra con tan repetidas derrotas, y de dinero con tan enormes depredaciones.

14. Para el año pues de 176 antes de Cristo 176 cupo la Citerior á Publio Licinio Craso, y la Ulterior á Marco Cornelio Scipion Maluginense. No quisieron venir, y hubieron de continuar acá, como se ha dicho, Titinio y Fonteyo. Y por fin, el año de 175 vinieron Gneyo Servilio Cepion á 175 la provincia Ulterior, y á la Tarraconense Publio Furio Filon; pero ni de estos pretores sabemos las acciones de paz ó de guerra. Este año mismo parece



vino á nuestra provincia Citerior (cumplido Furio) Appio Claudio Centon; y peleó con los celtíberos que despues de sujetados por Gracco, habian movido las armas contra los romanos. Su primer movimiento fué acometer osadamente los reales de Claudio al amanecer el dia; pero las centinelas del vallado y puertas del real, al punto que los descubrieron de lejos, clamaron *al arma*. Al momento Claudio, dada la señal de batalla, y hecha una breve exhortacion á su tropa, la mandó salir por tres puertas á un mismo tiempo. Resistieron valerosamente los celtíberos sobre la misma salida, y sostuvieron bien la batalla por buen espacio, porque las angosturas de las salidas de los reales no daban lugar á que pudiera pelear toda la tropa romana. Pero empujándose unos á otros, salieron á lo ancho, se ordenaron en media luna, y comenzaron las alas á cercar á los españoles. Hicieronlo con tales ímpetus, que no pudieron sostenerse, y á las dos horas del dia y de pelea fueron vencidos y deshechos perdiendo quince mil hombres entre muertos y prisioneros, treinta y dos banderas, y los reales que mas allá tenían. El resto del ejército se dispersó por los lugares, y quedó todo sosegado.





# Libro tercero.

## CAPITULO PRIMERO.

Estado de España hasta las guerras de Viriato y Numancia.

~~~~~



El año de 174 vinieron pretores 174
 romanos á nuestras provincias
 Numerio Fabio Buteon á la
 Citerior, y á la Ulterior Mar-
 co Macieno. El primero murió de dolencia en el
 camino, y en su lugar quedó Furio Filon que ya
 lo era el año precedente. Su compañero Servilio
 Cepion regresó á Roma. Los historiadores antiguos
 nada mas nos dicen de ellos, ni de lo que por acá
 hicieron. Acabado su año les sucedieron en las pro-
 vincias Ulterior y Citerior el de 173 Spurio Lu- 173
 crecio y Marco Junio Peno: pero tampoco sabemos
 de su pretura ninguna cosa; y parece se les prorogó
 para el año siguiente 172. La guerra que Roma te- 172
 nia en Grecia, y la quietud de España, dieron moti-
 vos para que solo viniese á nuestras dos provincias
 un solo pretor el año 171 que fue Lucio Canuleyo. 171
 Antes de que saliese de Roma para España, lle-

garon allá diversos embajadores de muchas ciudades españolas con quejas al Senado de la crueldad, dureza y avaricia de los pretores que venian. Dobradas las rodillas en el suelo pidieron al Senado no permitiese que nuestra nacion fuese tratada por sus amigos y defensores peor que pudiera serlo por sus mayores enemigos. Querellaronse de muchas estorsiones en particular y señaladamente sobre contribuciones y extorsiones insoportables, y ciertamente contra la voluntad y estilo del Senado. Los padres dieron facultad al pretor Canuleyo para que nombrase jueces del órden senatorio contra los acusados *nominatim*, y que estos nombrasen los suyos en su defensa. Permittióse no menos á los españoles eligiesen abogados, y eligieron á Marco Porcio Caton, á Publio Cornelio Scipion hijo de Gneo, á Lucio Emilio Paulo y á Cayo Sulpicio Galo, los cuales, excepto el postrero, todos habian sido pretores en España. El primer acusado fue Marco Titinio Curvo, pretor en la Tarraconense el año de 178, y despues de cargos, defensas, disputas y mentiras, salió absuelto. Luego despues fueron acusados Publio Furio Filon y Marco Macieno, los cuales resultaron reos de gravísimos robos y delitos, y conociendo su inminente peligro, se desterraron ellos mismos antes de la sentencia. Canuleyo en vez de patrocinarlos en una causa tan justa, mayormente debiendo venir á España, se desentendió de todo y se puso en camino. Tendria intencion y deseo de saquear toda España. Con tanto, dadas al olvido las cosas pasadas, solo se pensó en ordenar las venideras.

2. Otra embajada muy diferente llegó á Ro-

ma por parte de nuestra España en el tiempo mismo. Mas de cuatro mil bastardos españoles, fruto de las alianzas de los soldados romanos y buenas mozas de España, se presentaron al Senado, pidiendo se les asignase ciudad en que viviesen. Decretaron los padres diesen todos su nombre al pretor Canuleyo, y los que este manumitiere fuesen conducidos á Carteya (que estaba sobre el Estrecho de Gibraltar) como se hizo. Esta fue la primera colonia de romanos en España, si bien habian nacido en ella y de madres españolas; llamándola *colonia de libertinos*.

3. Para el año de 170 debió de quedar en 170 nuestras provincias el mismo pretor Lucio Canuleyo. Tito Livio está aquí falto, y no podemos saber otra cosa. En el año siguiente de 169 vino 169 pretor á España Marco Claudio Marcelo: pero ignoramos lo que hizo por acá, por falta de historiadores. Es probable que por ahora fundase, ó bien engrandeciese la ciudad de Córdoba, pues lo uno ó lo otro fue obra suya, como escribe Estrabon en el libro III, cap. 141. Para el año siguiente 168 le sucedió Publio Fonteyo Balbo: pero nada 168 sabemos de su pretura. La guerra de Macedonia tenia totalmente ocupados á los romanos y no menos á Livio.

4. El año de 167 antes de Cristo, en que 167 fueron cónsules romanos Quinto Elio Peto, y Marco Junio Penno, concluida la guerra Macedónica, volvió el Senado á enviar á España dos pretores como solia. La Citerior cupo á Gneo Fulvio, y la Ulterior á Cayo Licinio Nerva. Acabado este año lo que nos ha quedado de Livio, será muy escaso

:

y diminuto lo que nos auxiliarán los sumarios de los libros perdidos de este incomparable historiador. Recurriremos á los otros escritores para continuar y seguir el hilo de la historia: pero siempre será escasa la mies; porque todos hablan sumaria y compendiosamente, y aun omitiendo las cosas mas señaladas. En esta falta, seguiremos los suplementos de Juan Freinfhemio, que recogió lo mejor que pudo de los otros autores antiguos para continuar los libros de Livio que no han llegado á nuestros tiempos, lo cual ha sido una pérdida irreparable.

155 5. Hasta el año pues de 155 antes de la ve-
nida del Redentor, en que fueron cónsules Publio
Cornelio Scipion Nasica y Marco Claudio Marcelo
(el mismo que fundó á Córdoba) estuvo pretor en
España, y tuvo varios reencuentros con los luista-
nos; y despues de Manlio los tuvo con los mismos
el pretor Calpurnio Pison, capitaneados por un
valeroso y diestro caudillo llamado *Púnico*, que
segun el nombre pudo ser africano. Derrotólos
repetidas veces, y les mató muchos soldados.

153 6. El año de 153 antes de Cristo, en que
comenzaron los cónsules romanos á entrar en el
ejercicio de su dignidad el dia primero de Enero,
que hasta entonces habia sido el 15 de Marzo,
comenzaron igualmente á sembrarse las amargas
semillas de la infausta guerra Numantina. Numancia,
honor eterno de España, y oprobio sempiterno
de Roma, estaba sita en la region de los pelen-
dones, segun escribe Plinio, ó bien en la de los
arévacos, como Tolomeo dice. Sus escasos vesti-
gios se ven aun hoy en *Puente de Garay*, á una
legua de Soria. Estaba fundada sobre una loma ó

colina de poca altura, y con muy pocas defensas por el arte, fuera de un pequeño alcázar. Su circunferencia no era mayor de tres mil pasos. Esta lamentable guerra, que no lloraron menos los romanos que los numantinos, tomó principio por Segeda, ciudad considerable de los arévacos segun Estrabon escribe. Se cree verosimilmente que Segeda estuvo donde ahora el lugar de Seges, entre Osma y Soria: otros la sitúan entre Numancia y el Ebro, cerca del monasterio de Valvanera, poco distante del lugar de Canales y su valle. Lo cierto es que se engañan mucho los que la reducen á Segovia: pues fuera de que esta ya en tiempo de Floro, Tolomeo y otros tenia este nombre, se halla demasiado lejos de Numancia para ser confederada con esta. No se engañan menos los que pretenden que Zamora sea Numancia. Segeda pues era ciudad populosa; y su circunferencia tenia poco menos de dos leguas, de lo cual se deduce bien era mayor que Numancia. Era una de las ciudades celtibéricas que habian concluido paz y alianza con Roma por medio del pretor Tiberio Sempronio Gracco el año 179 cuando renovó á Gracurris. Pero por lo que pudiera dar el tiempo, y la poca fe de Roma, tenia tambien alianza especial con Ergavica, Carabis, Complega, y otras confinantes, sin olvidarse de reforzar sus defensas. Al ejemplo de Segeda y á sus instancias se fortificaron igualmente los lugares comarcanos, especialmente los que Apiano llama *tittos*, confinantes con Segeda. Pudieron ser los de la ciudad de Tricia (*Tritium*) que Tolomeo sitúa en los verones, sitios entre los pelendones y el Ebro, y el itinerario de Antonino

Pio en los murgobos, tambien confinantes con los Pelendones y el Ebro. Yo sospecho que *Tritium* estuvo donde despues Cantábriga, cerca de Viana en Rioja. Sabidos por los romanos estos apercibimientos y precauciones, enviaron á Segeda y á sus amigas una embajada que las mandaba *sobreseer en aquellas fortificaciones, y pagar las contribuciones á Roma que Gracco las habia impuesto.* Mandábanlas asímismo armasen cierto número de jóvenes y los enviasen al ejército romano en España, reforzándole en sus expediciones militares. Los segedanos respondieron, *que Gracco no les habia prohibido reparar sus muros, sino solo fundar nuevas poblaciones muradas. En órden á los tributos y á las milicias eran exentos, porque el mismo Senado romano les habia hecho inmunes.* Era todo verdad: pero la tirana Roma jamás oia reconvenciones cuando tenia fuerzas para frustrarlas. Desde luego acordó hacerse obedecer por los segedanos en lo que les pedia: pero conociendo que para tal empeño y desempeño no era suficiente el ejército pretoriano, envió al cónsul Quinto Fulvio Novilior con ejército consular de treinta mil hombres. Ni por eso dejó de venir pretor anual (que esta vez fue Lucio Mummio el destructor de Corinto) sucesor de Calpurnio en la provincia Ulterior, que reparase los daños padecidos en las guerras lusitanas con Púnico.

7. No dudaba Segeda que sobre ella descargaría la nube, y sus ciudadanos no se descuidaron en apercibirse: pero como la obra de sus muros era considerable, y por lo mismo estaba muy atrasada, se resolvieron á dejar la ciudad, y retirarse

con hijos y mujeres á los arévacos, de cuyo territorio era Numancia, aunque no sabemos si era la capital. Los arévacos los recibieron gustosamente en ella, por lo mucho que podian contribuir á su defensa contra Roma, y aun nombraron por caudillo del ejército combinado á *Caro*, ciudadano de Segeda. Tenida noticia de que el cónsul romano ya se acercaba, sacó *Caro* su ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos, aunque tan inferior al romano. Emboscóle en un paraje por donde habia de pasar el enemigo; y apenas hubo llegado, le acometió tan valerosamente, que le puso en precipitada fuga, dejando tendidos en el campo de batalla seis mil romanos. Pero *Caro*, falto de disciplina y experiencia, no se supo aprovechar de la victoria, y creyendo que nada le quedaba que hacer ni temer, siguió el alcance con la mayor desunion y desórden. Con esto dió lugar á que la caballería romana (diestrísima en estas ocasiones) reiterase la pelea; y aunque fue larga y reñida, al último sucumbieron los españoles, muriendo otros seis mil y *Caro* con ellos. Esta batalla fue dia 23 de Agosto de 153 antes del nacimiento de Cristo, en que los romanos celebraban las fiestas Vulcanales, segun Apiano, y añade, que los romanos en tales dias no peleaban sino para defenderse. No tuvo presentes Mariana las palabras de Apiano, cuando dice *que el espanto y daño de ambas partes fue tan grande que los unos y los otros si no eran forzados, rehusaron por algunos dias de encontrarse*. Sin embargo dice luego Mariana, *que aquella misma noche se retiraron los españoles á Numancia, como Apiano*. ¿Dónde pues estan aque-

llos días en que sino forzados, &c.? De este retiro de los españoles á Numancia, parece sería esta la capital de los pelendones, y que no podia estar lejos. La noche pues que sobrevino, dirimió la pelea, y en la noche misma se metieron los españoles en Numancia. Por muerte de Caro fueron elegidos luego dos generales, que fueron *Ambon* y *Leucon*. Ambas voces son griegas, *Ambon* significa *collado, colina, elevacion, eminencia, &c.*, y *Leucon, blanco*. ¿Diremos que en España se sabia ó hablaba el griego? No es inverosímil, pues que los primeros extranjeros que nos visitaron eran fenicios; y Estrabon escribe que tenian libros de gramática y poemas, no menos que escuelas de lengua griega.

8. Tres dias despues de la batalla se puso el cónsul romano con todo su ejército á una legua de Numancia, y con un socorro de trescientos caballos numidas y diez elefantes que Masinisa le enviaba. A continuacion se aproximó á la ciudad, puesta su gente en órden de batalla, con los elefantes detrás para que saliesen á su tiempo y desordenasen las filas de los numantinos, que no estaban hechos á ver en la guerra bestias tan feroces. Pero por eso no se detuvieron en salir á campaña. Acometieron á los romanos sin atender á su muchedumbre, ni conocer el miedo. Comenzado el choque, hizo Fulvio salir á los elefantes, instigándolos contra los numantinos, los cuales causaron en sus ánimos no poco temor con su magnitud y fiereza. Aun fué mayor el espanto que dieron á los caballos numantinos, los cuales echaron á huir á presencia de animales que jamás habian visto; y fué preciso que los numantinos se retirasen. Pelearon

de los muros largo rato resistiendo porfiadamente los romanos: pero una gran piedra que dejaron caer del mismo, dando en la cabeza de un elefante, le enfureció tanto con el dolor de la herida, y se embraveció de manera contra los mismos romanos, que hizo el mas horrible estrago en las legiones que mas cerca tenia. Los otros elefantes, á los bramidos que el herido daba, se le fueron detrás con la misma furia, rompiendo y atropellando los escuadrones; y estos tuvieron que abandonar el puesto y salvar su vida en los reales. Aprovecharonse los numantinos de aquel acaso y coyuntura. Hicieron una salida tan oportuna, que metieron en sus reales á los romanos que en el campo quedaban. Mataronles cuatro mil hombres, cogieron tres elefantes y grande número de banderas; pero tambien perdieron hasta dos mil de los suyos.

9. No se atrevió por entonces el cónsul á haberselas con los numantinos y desquitarse, sino que se fué á combatir la ciudad de Axiena que debia de caer cerca, y era mercado general de la comarca; pero no sabemos su correspondencia de paraje. Creyeron algunos que puede ser error de pluma en Apiano escribiendo *Axiena* por *Uxama*, aunque *Uxama*, hoy *Osma*, dista de Numancia mas de doce leguas, y no parece verosímil sea esta la que fué á combatir el cónsul Fulvio, por suponerla mas cerca de Numancia. Apiano la llama *Axéinio*, y estas equivocaciones de copiantes son comunísimas. Floro por *Uxama*, escribe *Auxima*, siendo español de origen: ¿qué haria Apiano que era alejandrino? Fué Fulvio con sus romanos rechazado por los ciudadanos de Axiena con tanta

valentía, que tuvo que huir de noche á sus reales con mucha pérdida de reputacion y gente. Hallábase falto de caballería, prueba de la mucha que habia perdido en los encuentros antecedentes, y despachó á los pueblos aliados á un tal Biesio, capitán de caballos, que reclutase los que pudiese, escoltado de una compañía de caballos. Sabido por los españoles les insidieron á su regreso, y descubierta la emboscada, huyeron los reclutas con sus caballos; pero los romanos trabaron batalla con los nuestros. Unos y otros pelearon valerosamente; mas al fin murieron todos los romanos y Biesio con ellos. Divulgadas por el contorno estas pérdidas romanas, la ciudad de Ocilis aliada suya se acomodó con los celtíberos. Ocilis se suele reducir á Medinaceli; pero en este caso estaba muy lejos para la empresa de Numancia, mayormente siendo el almacén de los romanos, como Apiano dice. Con esto hubo Fulvio de sobreseer de toda empresa de armas en lo poco que ya quedaba de otoño. No les quedaba por allí ciudad ni pueblo seguro donde acantonarse para pasar el invierno, y tuvo que pasarlo en el mismo campo de Numancia del mejor modo que pudo, cercando su real de foso, trincheras y vallados. Fué consejo mal meditado, acaso por ignorar la intemperie del clima, pues el frio, el desabrigo, la falta de vituallas y demás utensilios que padeció fueron legítima causa de la mortandad que hubo en su tropa.

10. El pretor Mummio tuvo tambien sus encuentros con los lusitanos acaudillados por su capitán Cesaras, elegido en lugar de Púnico. Dieron-se una muy sangrienta batalla en que los romanos

salieron con ventajas; pero como el desprecio del enemigo suponíéndole derrotado, suele ser el mayor enemigo de las victorias, cuando la tenían casi ganada y cierta, siguen el alcance de los lusitanos con un desórden que los romanos no solían. Advertido por Cesaras, revolvió contra ellos tan inopinadamente y con tanto denuedo que les mató nueve mil hombres, recobró el despojo de sus reales perdidos, y despojó los del cónsul, en que halló infinitas armas, signos, banderas &c. Desde luego corrieron los pueblos del territorio, publicando y celebrando tan celebrada victoria, llevando como en triunfo las insignias y despojos romanos. Pero esta prematura satisfaccion no les dió ventaja alguna, sino pérdidas no despreciables. Acertaron á pasar con su algazara por donde estaba Mummio, y aunque no le quedaban mas que cinco mil soldados, salió contra los necios lusitanos, y los descalabró repetidas veces en sus fatuas procesiones, recobrando mucha parte de lo perdido.

11. A la sazón misma otro cuerpo de lusitanos mandados por un tal *Cauceno* se apoderó de *Cunistorgis*, ciudad del Algarbe, cuyos habitantes se llamaban *cúneos*; acaso por la figura angular de la provincia en el cabo de san Vicente, que era el *Promontorio Sacro* de los antiguos. Debía *Cunistorgis* y su territorio *Cúnea* ser aliado de Roma; pues aquellos locos lusitanos lo robaron todo, pasando tan adelante, que se derramaron por *Turdetania* y llegaron hasta el Estrecho de Gibraltar no dejando cosa que no saqueasen. Había su ejército engrosado increíblemente con los ladrones que se les agregaban, y determinaron hacer dos ejércitos: el

uno se pasó al Africa por el Estrecho: el otro sitió la ciudad de Ocile, que debia de ser diversa del Ocilis arriba nombrado, reducido á Medinaceli. La bulla paró en perderse todos. Mummio reclutó cuatro mil españoles amigos de Roma, y con los cinco mil romanos que tenia movió contra aquella desordenada gente, y en varios reencuentros que con ellos tuvo les mató hasta quince mil, y les hizo levantar el sitio de Ocile. Dió luego sobre otro ejército de lusitanos que corrían hostilizando los pueblos aliados de Roma, y disipándolos todos, apaciguó por entonces la Lusitania.

152 12. El año 152 antes de Cristo vino el cónsul Marco Claudio Marcelo para suceder en la provincia Citerior á Fulvio Nolilior. A la Ulterior vino pretor Marco Attilio. El nuevo cónsul habia sido pretor en España el año de 169, y estaba bien instruido en el estilo de pelear de los españoles. Dirigióse sin detencion á los reales de Fulvio (todavía quieto en el campo de Numancia) con ocho mil infantes y quinientos caballos que traia para reemplazar el ejército romano. Creyeron los celtíberos interceptarle en el camino como habian ejecutado con Fulvio, y le pusieron celada; pero sabiéndolo Marcelo por traidores, que nunca faltan, tomó camino diverso, les dejó burlados, y fué á sitiar á Ocilis. Esta ciudad sostuvo bien el primer ataque; pero no pudo los siguientes. Hubo de rendirse y pagar treinta talentos de plata, y además dar rehenes en seguro.

13. Otra ciudad llamada Nertóbriga, por no exponerse á su ruina, envió mensajeros que preguntasen á Marcelo, *qué debia hacer para estar*

en su gracia. No la pidió mas que cien mozos de á caballo para servir con él por Roma: pero sucedió la desgracia que á la sazón algunos nertóbrigos andaban haciendo cabalgatas y correrías contra los bagajes del ejército romano y soldados esparcidos, y se irritó de manera, que vendió por esclavos los cien mancebos que les enviaba Nertóbriga, y á continuacion la puso sitio. Excusábase la ciudad con que los que habían cometido aquellos daños eran gente ladrona y foragida, que no se quería sujetar á los magistrados: pero no fué oída, y Marcelo continuó los combates de los muros. Despacharonle nuevo mensaje con insignias de paz (que era una piel de lobo) suplicándole se la concediese. Respondió que no la otorgaria mientras no se la viniesen á pedir tambien los arévacos, los bellos, y los tittos. No se resistieron estos pueblos á comprar la paz con honestas condiciones, y la hubieran ajustado: pero diferentes pueblos circunvecinos, aliados de Roma, la estorbaron por algunas quejas y resentimientos que con ellos tenían. Sin embargo, Marcelo suspendió por entonces el combate de Nertóbriga; y concluyó su año sin que sepamos si hizo acá otras cosas. Del pretor Attilio sabemos que tuvo varias refriegas con los lusitanos, en especial una en que les mató setecientos hombres y demolió la ciudad de Oxtraca, que á pesar de ser grande y populosa, no sabemos donde estuvo.

CAPITULO II.

Destruccion de Coca, y combates de Intercacia.

151 **1.** Venido el año 151 antes del nacimiento de Cristo, salieron cónsules romanos Lucio Licinio Lúculo, y Aulo Postumio Albino. Todas las señales eran de continuar la guerra comenzada contra Numancia: pero los votos del pueblo romano eran discordes con los del Senado. Teniase por temeraria una guerra que con gentes tan esforzadas y valerosas sería interminable, morirían muchos romanos, se ganaria poco, y además no se hallaban ya legiones que entrasen gustosas en aquella empresa. Fué necesario sortearlas; cosa nunca vista hasta entonces, temiendo todas morir en la demanda contra hombres desesperados. Vino pues á la España Citerior Licinio Lúculo, trayéndose por legado y lugar-teniente á Publio Cornelio Scipion Emiliano, jóven de diez y siete años, el cual en aquel aprieto de la República se prestó á venir á España, como en trance semejante habia hecho Publio Cornelio Scipion Africano, abuelo adoptivo de éste. A la Ulterior vino pretor Sergio Galba.

2. Mientras llegaban á sus provincias emprendió Marcelo una muy inicua jornada contra los celtíberos, sin otra causa que el robo. Viéndose acometidos cuando no pensaban, por la paz com-

prada con el mismo Marcelo, le pidieron los rehenes que Ocilis le habia dado, y se los devolvió en efecto. Pusose luego sobre Numancia, que no estaba del todo desprevenida: pero Litennon, su régulo, tuvo por mejor convenirse de cualquiera modo que fuese, que entrar en guerra. Para ello prometió al cónsul apartarse de sus confederados arévacos, bellos y tittos. Aceptólo Marcelo, y no movió contra Numancia los combates que prevenia: pero aquellos pueblos al verse sin el auxilio de Numancia, se rindieron á Marcelo, dándole rehenes y una considerable suma de dinero, que segun Estrabon fué de seiscientos talentos de plata, que aun entendidos del talento menor, ascendian á seiscientos mil ducados. Con una contribucion tan exorbitante podian creer aquellas pobres gentes verse libres del azote de la guerra con el nuevo cónsul Lúculo: pero no lo consiguieron. Era extremadamente avaro, como de casa muy pobre; achaque dañoso en los que gobiernan.

3. Llegado á su provincia, y recibido el ejército de Marcelo, marchó con él á Carpetania, pasó el Tajo y los montes, y se dirigió contra la ciudad de Cauca (hoy Coca) á ocho leguas de Segovia sobre el rio Eresma. Sentó su campo cerca de la ciudad y la puso riguroso bloqueo. Los magistrados le enviaron embajadores preguntándole el motivo que para ello habian dado. Respondióles, *venia resuelto á vengar las injurias hechas á los pueblos carpetanos amigos de Roma.* Retirados los cauceses á su ciudad, y no dudando ya de que la próxima nube descargaría sobre ellos, se fortificaron lo mas que pudieron, y se previnieron á la defensa.

Ellos mismos provocaron inconsideradamente las iras de Lúculo; pues divisando á la sazón algunas partidas de romanos forrageadores, leñadores, y otros proveedores de la tropa, los acometieron improvisamente, y mataron muchos. Supolo el cónsul por los que habian escapado, y de improviso se puso en marcha contra los cauceses que estaban apercebidos fuera de la ciudad. Dióse una recia batalla, sangrienta por ambas partes, y duró mientras los españoles tuvieron saetas y armas arrojadizas: pero venidos á las espadas, no pudieron sostener la destreza y constancia de los romanos, y fueron rompidos. Huyeron tumultuariamente á la ciudad: pero la prisa de librarse de los enemigos que les seguian, y la angostura de la puerta, fueron causa no prevista de su mayor destrozo. Hirieron los romanos por las espaldas sin resistencia alguna, y en la puerta misma murieron hasta tres mil cauceses, unos oprimidos, otros estrujados, y otros heridos por las espadas y lanzas romanas.

4. Desde luego conocieron, aunque tarde, los magistrados de Cauca, que les era imposible resistir ni balancear las fuerzas de Lúculo, y resolvieron darse á partido con las mas honestas condiciones que pudiesen. Concertaronse por cien talentos de plata, algunos rehenes y soldados de caballería: pero el pérfido Lúculo, despues de recibido lo pactado, dijo queria poner en la ciudad guarnicion de romanos, que contuviese al pueblo en su deber y convenio. Escogió dos mil de los suyos, y les dió órden de que ocupasen los puestos mas fuertes y ventajosos de Cauca. Hecho esto, entró él con lo restante del ejército, y dada señal con una

trompeta, comenzó el degüello general de los cauceses, sin excepcion de personas, edades ni sexos. Corrieron arroyos de sangre humana por las plazas y calles, y toda la ciudad quedó cubierta de cadáveres de sus propios ciudadanos. Hecho inhumano y abominable que cubrirá de eterno rubor y oprobio el infame nombre de Lucio Licinio Lucúlo. Mas de veinte mil fueron las víctimas sacrificadas á su perfidia; sin haberse podido librar sino muy pocos por unos portillos excusados. Concluida la noble hazaña mandó aquel ruin romano poner á saco la ciudad, y desnudar los cadáveres, para llenar su pobreza y avaricia.

5. Tan bárbara crueldad puso en consternacion á todos los pueblos de la comarca, y en estado de no fiar de la palabra y fe de los cónsules. Recogieron cuanto tenían de bueno y se hicieron al monte, poniendo fuego á las casas para que nada quedase de provecho al fementido enemigo. Pasó luego Lúculo á la ciudad de Intercacia (sita entre Palencia y Rioseco) y propuso al magistrado se la entregase con partidos honestos. ¿Pero quién habia de fiar de alma tan ruin, y cautiva por la avaricia? ¿De quien por el interés pecuniario vendia su reputacion y la de Roma? Respondiéronle los intercacienses dándole en rostro con su traicion y perfidia, usada con los infelices cauceses. Preguntaronle por ironía *si la paz que les ofrecia sobre su fe y palabra seria tan constante y segura, como la que hasta entonces habia guardado.* Amostazóse nuestro cónsul de la indirecta, y en venganza comenzó á estragar y destruir las heredades y campos, haciendo muestra del valor romano en las

plantas, viñas y sembrados, sin que por eso dejase de batir los muros. Desplegaba todo su ejército á vista de la ciudad como convidando á sus defensores á que saliesen á campaña; pero nunca se quisieron exponer á trance de batalla campal, conociendo la desigualdad de fuerzas y milicia: con todo las escaramuzas, rebatos y correrías, en que eran mas diestros, sucedian á menudo. Con tanto, un caballero de Intercacia salia diariamente al campo con armas y caballo, y desafiaba á singular batalla á cualquier romano que la aceptase. Nadie salia: todos callaban; y el caballero se volvía á la ciudad sin otra cosa. Por último, avergonzado el jóven Scipion de tan repetidos retos, hizo lo que debiera hacer el cónsul. Salió, peleó con el caballero, y lo venció. Livio en los sumarios, Floro, Plinio y Orosio añaden que lo mató despues de vencido. Apiano y Victor omiten esta circunstancia.

6. El campo romano padecia falta de casi todo lo necesario, y la comida ordinaria era trigo y cebada cocido; á que se añadia alguna vez á modo de regalo, algo de caza que mataban los flecheros con harta fatiga. Pero la falta de sal era intolerable, y así, la comida sin ella, lo sutil y fuerte de los aires y aguas de aquella tierra, encendieron enfermedades en abundancia, y grande mortandad en el ejército romano. Mas á pesar de esto, el famélico Lúculo no cesaba de construir torres de madera, arietes y demás ingenios contra los muros de Intercacia. Dióles un dia tan recio combate que abrió una brecha practicable en el muro, y comenzó á entrar por ella el ejército romano, sien-

do Scipion el primero que se arrojó al peligro. Pero corrieron allá los defensores, que eran veinte mil infantes y dos mil caballos, con tanta resolución y valentía, que no solo sacaron á lanzadas á los romanos al campo, sino que acosándolos en su ciega y cobarde fuga los metieron en unas lagunas que habia cerca, donde se ahogaron muchos. El cónsul dió á Scipion la corona mural acostumbrada, como el primero que entró en la brecha del muro.

7. Repusieronlo aquella noche los intercacieses; pero los romanos no pudieron tan en breve sus descalabros, por la extrema falta de vituallas. Volvió Lúculo á las pláticas de paz: pero no quisieron oírle los magistrados de Intercacia á menos que Scipion interpusiese su fe y palabra, ya que el cónsul no la tenia. ¡Qué vergüenza, qué oprobio en un cónsul de Roma! Las condiciones fueron *que los intercacieses diesen diez mil sagos (ó capotes) para la tropa romana, algunos bagajes y cincuenta rehenes.* El mendicante Lúculo queria cantidad de dinero (de que siempre hambreaba): pero aquellas gentes se cuidaban poco de los metales preciosos, origen de las guerras y miserias humanas. Vivian felices cultivando la tierra y cria de rebaños. Dejada pues Intercacia, pasó Lúculo á combatir á Palencia: pero fué siempre expelido con pérdida por los palentinos, que á vista de Intercacia y Coca se habian fortificado y apercebido. Molestado de la hambre Lúculo, tuvo que levantar el sitio y campo, y retroceder poco menos que huyendo, para Turdetania. Los palentinos se atrevieron á seguirle picándole la retaguardia con sus acostumbradas correrías: pero llegados al Duero, no quisieron

pasar adelante y regresaron á Palencia, contentos con haberle sacado de su territorio. Apiano dice que Lúculo se fué á invernar á Turdetania: pero es de sospechar haya error en la palabra, y quisiera escribir Oretania, ú otra provincia mas cercana de Castilla que Turdetania, que caia hácia la boca del Guadiana y Algarbe, distante mas de cien leguas, y no era de su provincia sino de la de Galba. Este pretor tuvo un fuerte combate con los lusitanos en que perdió siete mil hombres, y hubo de huir á Carmela con lo que le quedaba de tropa. De esta ciudad nada mas sabemos que su nombre. Pasóse Galba á Cunistorgis, que, segun arriba dijimos, era de los cúneos, hoy Algarbe, y no solo tomó cuarteles de invierno, sino que de los pueblos amigos hizo considerables reclutas, y puso en pie un ejército de veinte mil hombres. Algunas ciudades circunvecinas le vinieron á prestar obediencia con honestos pactos y acomodamiento; y las admitió pérfida y engañosamente para asegurarlas, afirmando les daria campos fructíferos con que se mantuviesen. Mandó que cada uno de aquellos pueblos viniese formado en tres columnas de gente para empadronarlos y llevar sus demarcaciones. Cayeron en el lazo aquellas gentes sencillas y bozales, y como iban llegando los iba degollando á sangre fria. ¡Gran valor! Mas de nueve mil almas pasó á cuchillo aquel vil romano; y con mucha razon escribia Valerio Máximo: *Que aunque fué grande el destrozo de aquellos inocentes, fue mayor la perfidia de Galba.* De este cruel hecho tomaron principio las guerras de Viriato, en que Lusitania se desquitó cumplidamente de Roma.

8. Pasó Lúculo el invierno en Turdetania (ó quizás *Oretania*, como dijimos arriba); y sabido que un ejército de lusitanos estaba poco distante, y aun que acuartelado sin las precauciones debidas, los acometió repentinamente, y les mató cuatro mil hombres. Aun derrotó cerca de Cádiz otro cuerpo de los mismos lusitanos matándoles mil quinientos y dispersando los otros por los bosques, y rindiendo á muchos fugitivos. Por fin, corrió por Lusitania destruyendo y asolando pueblos despues de saqueados. Esto es lo que Apiano refiere, y cierto es cosa extraña que Lúculo se metiese en provincia de Galba. Acaso éste se hallaria sin fuerzas bastantes; ó bien, como cónsul que era, podia entrar en provincia pretoriense, y ver si podia hartar su codicia.

CAPITULO III.

Guerras de Viriato.

1. Las inauditas crueldades de Galba y Lúculo, muy lejos de amedrentar á los lusitanos, acrecentaron sus ánimos invictos, convirtiendo su valentía en desesperacion y furia. Los que pudieron escapar de las inquietudes romanas, se juntaron en ejército numeroso, en el cual estaba el gran Viriato. Los principios de este valeroso lusitano fueron humildes. Habia sido pastor, cazador, y por fin capitán de bandidos. Agregósele ahora tanto número de estos que se formó un ejército muy considerable. La destreza, la prevision, el ardimiento de este ca-

pitan y la resolución de su gente fue tal que mantuvo guerra brava y continua con Roma por espacio de catorce años, en que los derrotó ejércitos numerosos.

2. El año pues de 150 antes del nacimiento de Cristo vino sucesor de Galba en la pretura Marco Vetilio, trayendo de nuevo diez mil soldados romanos. Comenzó sus hostilidades siguiendo los pasos de Galba contra los lusitanos que estaban en arma. Fuélos reduciendo poco á poco á cierto paraje escabroso y cerrado de montes sin fácil salida, y hubieron de hacerse fuertes en él. Cercólos allí con ánimo de rendirlos por hambre, y como vieron inevitable este desdichado fin, enviaron mensajeros á Vetilio pidiendo les diese campos que cultivasen, y pagarian su canon á Roma. Concediólo Vetilio, y estaban ya para tomar sus órdenes: pero Viriato les disuadió de la propuesta con acordarles la traicion y perfidia de Galba y Lúculo, y la certidumbre que debian tener de perecer del mismo modo que Cauca y demás que se habian fiado de los romanos. *Estos, decia, cuando median intereses, no tienen fe ni palabras, no tienen religion, no guardan juramentos ni las mas sagradas seguridades. Vienen de Roma hambrientos de nuestras haciendas y vidas. Crece su república robando los pueblos de la tierra, y solo conocen la justicia por el nombre. No desea Vetilio sino que nos pongamos en su mano para derramar nuestra sangre, y saquear nuestros pueblos, desamparados y sin defensores. Mi dictámen es que perdamos todos la vida matando romanos, ó que busquemos ardid para salir de este paraje en que nos vemos cercados.*

3. Todo el ejército aprobó la propuesta de Viriato, y nombrado allí mismo su capitán, acordaron procurase la salida si podía lograrse, y juraron seguirle en todos eventos. Una mañana pues sacó Viriato sus tropas al campo, con ademán de medir las armas con los romanos. Había situado con mucha extensión su caballería, para que su infantería no se divisase ni descubriese por los enemigos. Tenía orden esta de que cuando le viese montar en su caballo, comenzasen á dispersarse todos por las ásperas difíciles veredas y quebradas de los montes, y se reuniesen en la ciudad de Tríbola. Hicieronlo con tanta brevedad y ligereza como prácticos en el terreno, que cuando lo notó Vetilio ya no le fué posible seguirles, por ir derramados entre la maleza, bosques y breñas. Quedó Viriato en el puesto con mil caballos escogidos, con los cuales acometió á los romanos sin orden alguno de batalla, sino con escaramuzas y rebatos, ya en una parte, ya en otra. Acometiendo pues, y retirándose ligerísimamente, se fué poco á poco mejorando de puesto aquel día y el siguiente; hasta que una noche vió proporcion para la fuga, y la ejecutó felizmente como lo tenía premeditado, amaneciendo en Tríbola, en donde halló ya toda la infantería. La fama del ardid adquirió á Viriato tanta reputacion, que se le vinieron muchos españoles á militar bajo de sus banderas contra los romanos.

4. Burlado así Vetilio, cuidó buscar á Viriato en Tríbola misma; pero era este mas sagaz de lo que Vetilio creia. Púsole insidias en el camino, y fué atrayendo á los romanos hasta el paraje, empuñándolos con las escaramuzas acostumbradas, y

llegados allí sin advertirlo, salen improvisamente los emboscados. Empieza con los romanos la mas furiosa matanza: despeñan infinitos sierras abajo por las mas ásperas fraguras, y cogen un gran número de prisioneros, uno de los cuales fué el mismo pretor Vetilio que iba á derrotarlos. El soldado que lo cogió no lo conocia, y al verle viejo y muy gordo de cuerpo, y teniéndolo por inútil, le dió la muerte. Livio en el *Sumario* del libro LII solo dice fué preso: *M. Vetilium Prætozem, fuso ejus exercitu, cepit* (Viriatius). Paulo Orosio dice que Vetilio se salvó huyendo; y esto es inverosímil pues ya no hay de él mas memoria. Diodoro Sículo (*apud Photium, cod. 244*) escribe que despues de preso y conocido, lo mataron. Esto parece lo cierto. Apiano sigue á Livio. Murieron cuatro mil romanos; los otros hasta diez mil que Vetilio traia, se pudieron salvar huyendo á Carpeso, que Apiano cree era la antigua Tarteso, corte del celebrado Macrobio Argantonio.

5. Los seis mil romanos fugitivos, aun temblando, los repartió por el muro el cuestor de Vetilio, cuyo nombre ignoramos. Los pueblos Bellos y Tittos enviaron cinco mil hombres que el cuestor les pidió para poder sostenerse contra Viriato; y dejándolos fuera de Carpeso, él con sus romanos defendia los muros. Llegado allí Viriato con los suyos, no dejó con vida ningun celtíbero de los cinco mil que auxiliaban á los romanos: mas estos no se atrevieron á verle el rostro, y se estuvieron en la ciudad esperando socorros de Roma. Mientras tanto vieron como Viriato llevaba á sangre y fuego todos los pueblos de Carpetania

confederados con Roma, sin auxiliarlos.

6. Para el año de 149 sucedió á Vetilio en la 149
 pretura Cayo Plaucio, trayendo diez mil infantes y
 mil trescientos caballos. Apenas hubo llegado, bus-
 có á Viriato en Carpetania; pero éste luego que le
 vió cerca, fingió una meditada fuga. Despachó
 Plaucio cuatro mil hombres en su seguimiento:
 atrájolos Viriato lo mas que pudo lejos de los rea-
 les romanos, y revolviendo contra ellos, apenas
 quedó alguno vivo. Pasó al Tajo, y sentó su real
 en una loma poblada de olivos, llamada *monte de*
Venus. Hasta allí le siguió Plaucio ansioso de des-
 quitarse de la pasada rota; pero la tuvo mas gran-
 de. Dióse batalla de poder á poder, y Plaucio fué
 enteramente rompido y derrotado, de forma que
 tuvo que huir aviltado con algunos pocos de los
 suyos á los pueblos mas cercanos amigos de Roma.
 Hubo de tomar cuarteles de invierno á la mitad
 del verano. Estas ventajas de Viriato ya no deja-
 ban duda de que restauraria la libertad de España,
 y quizá como Anibal buscaria en Roma misma á
 los que la cautivaban y oprimian. Consta de aquí
 y de los tiempos sertorianos, que cuando los espa-
 ñoles tuvieron buenos caudillos, no temian á los
 mas aguerridos romanos ni cartagineses.

7. La ciudad de Segobriga, que era grande y
 populosa, carpetana y amiga de los romanos (1),

(1) Estaba donde ahora Cabeza del Griego, cerca de Uclés y Sahelices, cuyas ruinas se han examinado los años pasados por don José Corrido, de orden de la real Academia de la Historia. De la identidad parece no debe dudarse.

presumia vengar de Viriato la depopulación ó tala de su territorio. Sabidolo Viriato, notó un paraje cerca de los muros muy oportuno para una emboscada. Púsola en efecto, y envió gente suya que cogiese y se llevase los ganados de los segobrigenses que pastaban en sus campos. Salieron al recobro los ciudadanos, y llegados á las insidias, fueron todos muertos. Retiróse luego Viriato con su gente por espacio de tres dias de camino, y cuando los de Segobriga estaban haciendo sacrificios á sus dioses (que seria Diana, segun se ha visto en sus ruinas) en accion de gracias por la marcha de Viriato, regresó éste en el espacio de un solo dia, asaltó la ciudad, y la puso á saco. Esta y demás hazañas de Viriato contra Roma y sus aliados tenían al Senado confuso y temeroso, y resolvió era ya necesario viniese á España como los años atrás cónsul y ejército consular que la sostuviese, y se nombró á Quinto Fabio Máximo; pero mientras esto se disponia por hallarse Roma exháusta de tropas á causa de las guerras de Siria, Acaya y otras, 148 vino pretor á España el año de 148 Claudio Unimano con alguna mas gente que sus antecesores por la fama de Viriato, y él con vivas esperanzas de vencerle y acabarle.

8. Mas engañóle su confianza. Vencióle, destrozóle absolutamente Viriato todo su ejército. Tomóle sus reales, signos y banderas sin dejar seña de romanos, hasta las fasces pretoriales. Plantó todas las insignias romanas en las cumbres de los montes de Lusitania, como trofeos de sus victorias y abatimiento de las águilas enemigas. Estaban los romanos que por acá quedaban tan atemorizados,



El valiente lusitano.

Se retiraba tranquilo despues de la victoria un lusitano quando de improviso se vió asaltado por un cuerpo de caballería romana; pero lejos él de intimidarse se arrojó á uno de sus enemigos le mató con su lanza el caballo, y con una cuchillada de revés cercenó la cabeza al ginete, con lo que atónitos los restantes le miraban inmo- bles, y él partió sereno. El que sabe vencer á uno ven- ce en él á muchos.

que habiendo tenido mil de ellos un encuentro con trescientos lusitanos, de estos murieron solo setenta, mas de los romanos trescientos veinte. Ibanse aquellos retirando poco á poco, meditando si volverian contra los romanos que allí quedaban; y á la misma sazón aconteció un hecho memorable. Un lusitano algo separado de los suyos se vió súbitamente cercado de algunos caballos enemigos; mas aunque se hallaba á pie, no se acobardó, ni mostró temor alguno. Arrojanse á él para matarle; pero él del primer bote de lanza traspasó el caballo del mas cercano, y sacando la espada, de un revés cortó la cabeza del soldado. A vista de esto, huyeron los otros creyendo que la lanza lusitana les venia siguiendo, y el valeroso español tuvo lugar de volver á sus compañeros, haciendo todos no poca burla de los invencibles romanos.

9. Derrotó tambien Viriato á Cayo Nigidio, sucesor de Unimano en la pretura (que parece fué el año de 147 antes de la venida de Cristo), del cual no tenemos otra noticia segura sino la que damos segun Aurelio Victor. Otro pretor vino despues contra Viriato, llamado Cayo Lelio el *Sabio*; pero nada sabemos de sus acciones en España, ni aun asegurar el año cierto, aunque creemos fué el de 146. Lúculo y demás pretores regresarian á Roma concluidos sus años. De sus relaciones acordó el Senado, que la guerra con Viriato se hiciese por cónsul y ejército consular como ya tenia proyectado, y para el año 145 vino el arriba destinado para esta expedicion, Quinto Fabio Máximo, con quince mil infantes y dos mil caballos de refresco, considerando que debia ser muy poco lo

que del ejército pretoriano podía quedar en España. Llegado Máximo á Osuna tuvo que detenerse algun tiempo disciplinando su gente, casi toda bisona. Estuvo luego en Cádiz dando sus ofrendas y sacrificios á Hércules Gaditano, para la felicidad de sus armas contra Viriato.

10. Durante la corta detencion buscó Viriato á los romanos en Osuna misma, procurando saber las fuerzas que el cónsul traia, y dando casualmente en una partida de vivanderos y leñadores, les dió caza y mató muchos. Huyeron los otros adonde estaba la escolta, y se renovó la refriega en que murieron otros. Vuelto Máximo de Cádiz á Osuna, se le presentaba Viriato muy á menudo, con objeto de sacarle á campaña: pero la rehusó siempre, por no tener aun adiestrada su gente en aquella guerra, y solamente les permitia algunas escaramuzas para virlos ensayando. Cuando conoció que ya eran diestros, los sacó contra Viriato. (Era esto á la entrada de primavera del año 144, y dádose una gran batalla, Viriato quedó vencido, con haber hecho todos los oficios de capitán valeroso y experto. Tomóle Fabio Máximo dos ciudades que por allí tenia confederadas, quemó la una, y persiguió á Viriato hasta un lugar fuerte llamado *Becor*.)

11. Este año fueron cónsules romanos Lucio Aurelio Cotta, y el inicuo Servio Sulpicio Galba en premio de las bellas cosas que en España habia perpetrado, de cuyos delitos habia sido absuelto á fuerza de oro. Ambos anhelaban venir á nuestras provincias, Cotta para medrar, y Galba para robar de nuevo. Preguntado Scipion Emiliano en

Senado pleno cuál de los dos era mas conveniente para España, respondió: *Ninguno de ellos; pues Cotta nada tiene, y á Galba nada basta.* Siguióse parecer tan prudente y verdadero, y quedó prócónsul acá el mismo Fabio Máximo hasta el año siguiente. Trató Viriato paces con este y con Roma, conviniéndose en que serian restituidos á la república los pueblos amigos que Viriato habia tomado y sujetado á su obediencia. Parece que esta paz fué poco estable, como lo son todas; pues el año siguiente de 143 vino á continuar la guerra 143 misma el cónsul Quinto Cecilio Metelo Macedónico, y á sujetar los pueblos bellos, tittos y arévacos que Viriato habia incluido en el tratado. Dion Casio en los fragmentos 78 y 163 trata de Viriato, y en el segundo lugar nombra aquí un Popilio. Lo mismo hace Aurelio Victor, cuyos comentadores creen hay error en el texto de Victor, y en vez de *Popilio*, quieren leer á *Populo*. Esto pudiera caber en Victor, pero no en Casio; pues en su lengua griega no se pueden equivocar *Populo* y *Popilio*. Tengo pues por verosímil, que en lugar de Máximo viniese Marco Popilio Lenate, que 144 cinco años despues fué cónsul y lo veremos sobre Numancia. Este año debió de venir pretor contra Viriato.



CAPITULO IV.

Continúan las guerras de Viriato hasta su muerte alevosa.

1. Con el cónsul Metelo contra Viriato vino el pretor Quincio. La primera accion que tuvieron fué favorable á los romanos, y Viriato hubo de retirarse al *Monte de Venus*, arriba nombrado: mas en la segunda salió victorioso, les mató mucha gente, les cogió banderas, y los encerró en sus reales. Echó de la ciudad de Ituca, ó Ituce, (como escribe Apiano; y es muy probable fuese la *Itucci* que nombra Plinio, y caia cerca de Martos, que fué colonia inmune) la guarnicion de romanos, y destruyó todo el territorio bastitano, devoto de Roma. Mientras tanto, nunca Quincio se movió de Córdoba: pero Metelo combatió y sujetó á los arévacos y vacceos. El Senado le prorogó el mando en su provincia como procónsul para el año de 142 antes de la venida de Cristo. A la España Ulterior y contra Viriato vino Fabio Máximo Serviliano con diez y ocho mil infantes de tropa nueva y mil ochocientos caballos: tanto era el asombro que Viriato causaba á Roma. Marchando á *Ituca*, salióle Viriato al paso con solos ocho mil hombres; aunque en extremo feroces, horribles y espantables con su cabello y barba crecidos y enmarañados, de forma que apenas se les divisaba el rostro, no menos feroz que su cuerpo. Acometieron al romano con su acos-

tumbrada vocería: pero como sus fuerzas era tan inferiores, no les pudieron impedir la marcha. Juntóse poco despues al ejército de Metélo la tropa que tenia el pretor Quincio; y además diez elefantes y trescientos caballos que les enviaba Micipia, hijo de Masinisa, rey de Numidia. Sin embargo les hizo Viriato gravísimos daños con sus acometidas, escaramuzas y rebatos imprevisos. Quisieron una vez seguirle demasiado los caballos romanos: pero revolviendo sobre ellos Viriato, les mató tres mil hombres y siguió el alcance hasta los reales romanos. Estos frecuentes é inopinados ataques apenas dejaban á los romanos lugar al reposo, y hubieron de encerrarse en Ituca; mientras lo cual Viriato se entró en Lusitania.

2. Sabido por Fabio el retiro de Viriato, salió con sus legiones contra los pueblos de Beturia (cercanos á Mérida) que habian favorecido á Viriato, y destruyó cinco de ellos. Entróse en Algarbe, y en el camino dos cuadrillas de bandoleros acometieron repetidas veces á los romanos, y mataron muchos. Acometiólos tambien Fabio, y en el choque murió el capitan de una partida llamado *Curio*. El de la otra llamado *Apuleyo* pudo salvarse; con lo cual Metélo recobró las presas que le habian hecho. Tomó no menos tres ciudades, que fueron Iscadia, Gemela y Obulcula que tenian guarnicion de Viriato, saqueando á unas y perdonando á otras: aunque procedió cruelmente con diez mil prisioneros que hizo, degollando cinco mil y vendiendo los otros. Obulcula estuvo cerca de Moncloa: Gemela pudo ser Tucci, cognominada *Augusta Gemella*. Sobre la crueldad de Máximo

véase Paulo Orosio, libro V, capítulo 4; Valerio Máximo, libro II, capítulo 7; y Frontino, libro IV, Stralag., capítulo I.

3. Esto durante sujetó Metélo toda la Celtiberia. Tomó la ciudad de Contrebia, antes con los ardides que con las armas. En este sitio procedió tan observante de la disciplina militar, que habiendo cinco cohortes suyas sido rechazadas por los contrebianos, las hizo volver al puesto mismo, no porque pudieran recobrarle, sino para castigar y reprehender su flojedad y miedo con el nuevo peligro. Ganó despues á Nertóbriga, cuyo paraje se ignora, y perdonó á sus moradores por amor de Rotógenes su régulo, el cual se habia pasado á los romanos. Venido el invierno, acuarteló su ejército; y allí tuvo noticia de que el Senado le daba por sucesor en la provincia Tarraconense al cónsul designado Quinto Pompeyo Nepote. Fué tanto su despecho, que deshizo su ejército, dando dimision á cuantos la quisieron por cualquiera causa. Dejó con poca guardia los graneros, para que fácilmente fueran robados. Quebró los dardos, lanzas y saetas que tenia en las armerías y arsenales, y lo arrojó todo en un rio caudaloso. Quitó la comida á los elefantes á fin de que muriesen, con otras acciones dignas de un loco temerario, y de severo castigo. Por ello le fué negado el triunfo regresado á Roma, con lo cual lo perdió todo y debia haber perdido tambien la vida.

141 4. Para el año de 141 vino á su provincia Citerior el arriba dicho cónsul Quinto Pompeyo Nepote: contra Viriato se prorogó el imperio proconsular á Máximo Serviliano. Salido de sus

cuarteles, trabó amistad con un cabo de bandoleros llamado *Canoba*, y puso sitio á la ciudad de Erisana, que estaba sujeta á Viriato. No se hallaba á la sazón en ella; pero corrió allá y pudo entrar sin ser visto de los romanos. Venida la mañana, hizo una salida tan valerosa contra ellos que les obligó á levantar el sitio. Retiróse el ejército romano á un paraje montuoso y quebrado, donde hubiera perecido todo sin remedio, si Viriato hubiera querido; pero creyó le convenia mas la humanidad y cortesía, con ánimo de inducir al procónsul á concluir una paz honesta. Efectivamente se consiguió en breve, á condicion *que Viriato quedase amigo de Roma*. Apiano dice que este tratado se ratificó por el Senado romano, lo cual y demás que añade es muy verosímil, aunque diga Livio *la tuvo por afrentosa*. Estas dos cosas no son incompatibles en ciertos tiempos y coyunturas.

5. El año siguiente de 140 vino á la guerra ¹⁴⁰ de Viriato el nuevo cónsul Quinto Servilio Cepion, á quien Morales llama *Gneyo*. A la provincia Tarraconense pasó el procónsul Quincio Pompeyo. Lo primero que Cepion hizo fué tomar la ciudad de *Arsa*, que por haber paz estaba sin defensas. Fuése luego á buscar á Viriato y le halló en Carpetania; pero como las fuerzas del cónsul eran cuadruplicadas á las suyas, creyó Viriato no se debía aventurar á batalla campal con ejércitos tan desiguales, sino salvar el suyo por uno de sus ardides. Ordenólo como para próxima batalla situando en la frente su caballería, y mandando á la infantería huyese por veredas desconocidas al enemigo, y se reuniese en puesto señalado. Cuando

los romanos creían iba á comenzar el choque, vieron á Viriato y su caballería puestos en velocísima fuga por lo mas fragoso y áspero de los montes, adonde no era posible seguirles. Así, burlado Cepion, marchó contra los vettones y gallegos, que tambien habian hecho daños á los pueblos aliados con Roma.

6. Ya por este tiempo deseaba Viriato la paz para no ver las provincias en la postrera desolacion con tan porfiadas guerras. Temia tambien alguna traicion de los romanos, muy inclinados á ruindades y vilezas cuando con las armas no conseguian triunfar de sus enemigos. Con estas miras envió al cónsul tres de sus oficiales, *Aulaco*, *Ditalco* y *Miminuro*, con encargo de tratar y acordar la composicion mas decente y honesta que pudiesen. Estos traidores se dejaron corromper por Cepion con alhagos, dádivas y promesas, tanto que le prometieron quitar la vida proditoriamente á Viriato. Ejecutaronlo de esta forma. Viriato dormia muy poco, y para dormir nunca se desarmaba cuando se hallaba cerca del enemigo, á fin de hallarse pronto y prevenido en cualesquiera rebato. Por esta razon tenian sus oficiales y amigos libertad de entrar á todas horas en su tienda ó alojamiento. De esta se valieron aquellos falsos y traidores amigos. Entraron en la tienda una noche poco despues de haberse recogido Viriato (que ya dormia) fingiendo tenian que comunicarle cosa de importancia. No se detuvieron mas que los pocos momentos que necesitaron para degollarle: lo cual hecho, sin que lo notase nadie, se retiraron á los reales romanos á coger el premio de su alevosía. Venida la mañana,

extrañando las centinelas y tropa lo mucho que su general dormía contra su costumbre, entraron á despertarlo, y le hallaron cadáver. Los alaridos y lamentos de todo el ejército fueron extremados; pero mayores las iras de no poder vengar aquella infamia en los agresores. Hicieron al cuerpo solemnes exequias, y pelearon parejas al uso hasta herirse y matarse sobre la sepultura.

7. Tan indigna como esta fué la muerte del español mas valeroso que en la antigüedad tuvimos, honor del mundo y afrenta de Roma en vida y en muerte. Sus prendas militares fueron, son y serán aclamadas en todas edades aun por sus enemigos, confesando que solo por traicion podia ser vencido. Aquellos vilísimos traidores pidieron á Cepion el premio de su infamia, el cual les dió por toda satisfaccion: *Que los romanos nunca aprobaban la muerte alevosa de los generales enemigos; y si admitian la traicion, nunca estimaban ni premiaban á los traidores.*

8. Los historiadores romanos acostumbran por oprobio llamar *ladron* á Viriato. ¿Qué harán? No les queda otro desquite de las afrentosas derrotas que les dió Viriato, y siempre con las mas desiguales fuerzas. No reparan estos historiadores despreciables, que nadie mereció el nombre de *ladron* mas que Roma desde su principio, no habiendo sido nunca mas que una república de ladrones. ¿Quiénes son los verdaderos ladrones, los que defienden sus hogares, ó los que vienen de tantas leguas á robarlos?

9. El triste ejército lusitano nombró general á uno de sus oficiales llamado Tántalo: mas éste

carecia de las dotes militares de Viriato, y hubo de continuar el acomodamiento ya comenzado con el cónsul. Entregósele con todo su ejército y territorio á condicion de repartirseles para cultivarle. Concedióselo Cepion, dándoles lo que era de ellos; pero los desarmó para que no se rebelasen.

CAPITULO V.

Guerra Numantina.

1. La paz concluida con Servilio Cepion muerto Viriato, encendió de nuevo la guerra de Numancia. Meditaba el procónsul Q. Pompeyo hacerse famoso en algun hecho notable: pero á la sazón no se le presentaba coyuntura que cohonestase la transgresion de las paces, establecidas á tan poca costa de Roma. Fuéle preciso buscar un motivo precario con que sobredorar su perfidia. Habia Mé-télo sujetado la Celtiberia, dejadas en su libertad dos solas ciudades que fueron Numancia y Termesta: pero como Viriato antes de ser asesinado habia concitado contra los romanos ambas ciudades, y sin duda tambien á Segeda, y Pompeyo venia resuelto á castigarlas, los segedanos se acogieron á Numancia (como ya otra vez habian hecho) á fin de que esta valerosa república mediase con el procónsul. Hizolo Numancia enviándole personas de carácter que le sosegasen con los mejores partidos que pudiesen. Pero el procónsul, ya resuelto á meter rui-

do, respondió secamente *que dejasen todos las armas.* Este era el medio de conseguir mejor su designio; mas como en concepto de los numantinos *era una misma cosa quitarles las armas que cortarles las manos*, según expresa Floro, sintieron en sumo grado la respuesta de Pompeyo. Viéndole resuelto á quitarles las armas y la libertad, se determinaron á no dejarse desarmar con tanta facilidad como Pompeyo creía. Tan injusta y tiránica fué la causa de la guerra numantina.

2. Resuelta, pues, Numancia á defender su libertad y lares, nombró caudillo á su valeroso ciudadano Megara (voz griega que significa *Grande* ó *Magnífico*, como lo era en efecto) cuyo valor era acreditado y sabido. No tenía Numancia por entonces arriba de ocho mil hombres que pudiesen defenderla con las armas: pero valerosísimos y resueltos á morir por su libertad y patria contra los injustos agresores. Pompeyo contaba en su ejército treinta mil infantes y dos mil caballos, todos gente veterana y aguerrida, cuya mayor parte había militado con Metelo y demás cónsules anteriores. Contra un ejército tan superior al suyo, no podía Numancia prometerse buen fin en aquel empeño: pero no por eso mostró la menor seña de cobardía. Situado Pompeyo cerca de la ciudad, los numantinos, que ya lo estaban aguardando en un cerro, bajaron impetuosamente contra los romanos y se echaron sobre la caballería que venía en la frente, matándoles un crecido número. Sacó Pompeyo toda su gente á lo llano, y la puso en orden de batalla, creyendo el pobre bisoño que los numantinos la aceptarían ó la darían de poder á poder. Mas ellos,

muy distantes de temeridad semejante, no hacian sino bajar de la colina contra los enemigos, escaramucear por todos lados, acometer, matar, y retirarse ligeramente á su cerro. Con estas continuadas agresiones y rebatos fueron atrayendo á los enemigos á cierta hondonada ó vega cercana á la ciudad por el oriente, donde tenia foso, trinchera, vallado y otros reparos en defensa, segun la táctica de aquellas edades. Allí pusieron á los romanos en tal aprieto, que hubo Pompeyo de retirarse precipitadamente para no perderse todos, como ya habia perdido muchísimos.

3. Dejada por entonces Numancia con gran vergüenza del romano, quiso probar fortuna en Termesa ó Termancia (que distaba como ocho leguas de Numancia, donde ahora está la ermita de nuestra Señora de Tiermes): pero no le fue mejor que en Numancia. En la primera salida que contra él hicieron los termesanos le mataron setecientos hombres, y en otra que hicieron sucesivamente, le pusieron en afrentosa fuga por montes y parajes desconocidos, en donde se despeñó mucha caballería con la oscuridad de la noche y alcance de los termesanos. Pelearon otra vez todo un dia sin ventaja de nadie, hasta que venida la noche se retiró Pompeyo, bien corrido del poco fruto y mucho descalabro en Termancia. Todavía poco satisfecho, pasó su campo al pequeño pueblo de Manlia ó Malia, que tenia guarnicion de numantinos. Fué Malia traidora y degenerada. Degolló una noche la guarnicion numantina, y se entregó á Pompeyo. Esta desunion de los españoles les hizo esclavos de los romanos.

4. De Malia marchó Pompeyo á los pueblos edetanos ó sedetanos, que parece eran hácia Calatayud, llamado por sus naturales contra una compañía de salteadores que los asolaban, cuyo capitán era uno llamado *Tangino*. Buscólos Pompeyo, venciólos y mató muchos; pero los mas se mataron á sí mismos por no rendirse. Vuelto el procónsul á Numancia, proyectó rendirla por hambre, quitándola los víveres que la venian por el Duero, mudándole el cáuce y derramándole por los campos: pero los numantinos mataron improvisamente casi todos los trabajadores, y quedó la empresa sin efecto, si bien el rio fué derramado por entonces, como refiere Dion Casio en los fragmentos de los libros perdidos. Al fin fatigado el ejército romano con tan repetidas alarmas que siempre salia descalabrado (no siendo aquel estilo de guerrear conforme á su disciplina) y por el invierno que ya entraba rigoroso, intolerable á los de país templado como es la Italia, enfermaba y moria mucha gente. Para cortar los progresos de este daño, hubo Pompeyo de repartir el ejército por las ciudades amigas y pasar en ellas el invierno.

5. El año próximo 139 antes del nacimiento 159 de Cristo, vino sucesor de Q. Pompeyo el cónsul M. Popilio Lenate, á continuar la guerra numantina. Las pocas medras de Pompeyo en los dos años que por acá estuvo, le movieron á componerse con Numancia. Temia ser acusado en Roma de adelantar poco en esta guerra; y en el acomodamiento anduvo la política con hábito de conveniencia. Como quiera que fuese, Apiano escribe fueron las condiciones ventajosas para Roma, y sin embargo el se-

nado las tuvo por indignas; indicio claro de que en oculto fueron otras. Una era: *Que Numancia pagase la multa de treinta talentos de plata.* Llegado el cónsul, se trataron paces y confederacion de Numancia con Roma, ya concluidas con Pompeyo, y por mas que Numancia probó la verdad de ellas, por medio de los primeros oficiales del ejército, negó Pompeyo haberlas concluido. Popilio resolvió enviar á Roma embajadores numantinos que dedujesen su derecho en el Senado; mas aunque tuvieron á su favor algunos senadores justos, al fin acordó aquel inicuo congreso se continuase la guerra contra Numancia. La mas poderosa razon que tuvo para ello fue decir: *Que en caso de haber Pompeyo concluido paces con Numancia eran nulas, por faltarles la autoridad del Senado.* Esta salida era una receta general que Roma tenia siempre pronta y prevenida con que burlarse de la razon, equidad y justicia cuando la tenia cuenta; mas cuando le acomodaba lo hecho por los cónsules, lo ratificaba, ó callaba.

6. Mientras los embajadores numantinos hicieron este viaje, marchó Popilio contra los pueblos lusones, que eran de la Celtiberia, hácia las fuentes del Tajo: pero hallada en ellos una resistencia que no esperaba, tuvo que volverse corrido, y sin hacer cosa de provecho. Si hizo despues alguna no lo refieren los historiadores romanos, que no suelen omitir nada que no les dé gloria, por leve que sea. Tampoco dicen nada de este cónsul en el año 138 en que parece se le continuó el imperio proconsular en España, excepto un choque que tuvo con los numantinos, en que le derrotaron el ejército y lo pusieron

en fuga. A la provincia Ulterior vino Décimo Junio Bruto, cónsul este año. Habia en el ejército romano muchos soldados ya cumplidos que habian servido en las guerras de Viriato, y pedian la dimision debida. Dióselas Bruto, y con ellos fundó una colonia, dándola el nombre de *Valentia*, á saber, valor ó valentía. Creyeron algunos corresponde á Valencia del Miño, por haber sido por allí las mayores batallas con Viriato, y era de la provincia de este cónsul: mas otros son de dictámen opuesto, porque por entonces no estaba fundada Valencia del Miño, y creen fué nuestra Valencia Edetana. Yo no me resuelvo á decidir esta controversia, porque quizá tampoco Valencia de los edetanos existia por lo menos bajo de este nombre. La cláusula de Floro (*libro LV, Epit.*) es: *Junius Brutus, consul in Hispania iis qui sub Viriatho militaverant, agros, oppidumque dedit, quod Valentia vocatum est.* Hay quien escriba que estos soldados heredados en Valencia por Bruto eran españoles y de las banderas de Viriato, pues éste habia obtenido de Cepion y demás gefes romanos anteriores tierras que cultivasen, y dejarían las armas. Aun la frase de Floro *sub Viriatho militaverant* parece pide lo mismo; sin embargo, tengo por mas probable eran romanos, que habian cumplido el tiempo de la milicia. No sabemos si Roma hizo otras cosas en España este año.

7. En el de 137 vino á la Tarraconense el cónsul Cayo Hostilio Mancino con el peor agüero que su religion gentílica tenia. Estando para sacrificar sus víctimas á los dioses por la felicidad de sus expediciones en España, los pollos destinados al solistimo huyeron volando á un bosque vecino, y

nunca pudieron ser hallados. Al subir Mancino en la nave para venir á España sonó una voz desconocida que dijo: *Detente, Mancino, detente*. Así lo escriben Livio, Valerio Máximo, Victor, Obsecuente, y lo indica también Orosio. Llegado á su provincia con ejército de cuarenta mil hombres, se puso sobre Numancia con aparente seguridad de apoderarse de ella muy en breve; pero sus valerosísimos ciudadanos le salieron á buscar repetidas veces y le vencieron en todas. Aun le llegaron á tener sitiado en sus reales, sin que osase romano alguno salir al campo ni sacar la cabeza.

8. Corrió voz de que los cántabros y vacceos iban al socorro de Numancia, y Mancino huyó de noche con sus invencibles legiones á un lugar fortificado y seguro. No supieron los numantinos esta fuga hasta tercero día, por estar ocupados en unas festividades en que celebraban los casamientos de sus doncellas. Entre ellas habia esta vez una de singular belleza y gracia, y la deseaban por esposa dos nobles numantinos. Respondióles el padre que la daría luego al primero de los dos que cortase y trajese la mano derecha de un romano. Salidos ambos en busca de la prenda, llegaron á los reales enemigos, y los hallaron desiertos por la fuga ya dicha. Dieron aviso á Megara y Senado, y salieron en seguimiento de los romanos cuatro mil numantinos. Alcanzaronlos en unos montes sentando sus reales, y los acometieron con tanto denuedo y valentía, que no vió Mancino, para no perderse todos, otro medio que rendir las armas y rendirse todos. Por poco que en esto se detuvo, ya los numantinos habian degollado veinte mil romanos,

aviltados como tímidas ovejas, si creemos á Sexto Aurelio Victor. Livio (en el Epítome) dice fueron vencidos treinta mil: los otros diez mil que completaban el ejército pudieron ser prófugos y prisioneros.

9. Hubo pues por necesidad Mancino de tratar paces con Numancia; que no debieran aceptar sus ciudadanos, sino pasar á cuchillo los romanos que quedaban, empezando ó acabando por Mancino. Las condiciones de esta paz debieron de ser tales para Roma (para la invicta Roma) que sus historiadores la llaman *su afrenta y oprobio*, añadiendo que la reprobó el Senado. ¿Diria tambien este severo congreso que el cónsul Mancino carecia de facultades para salvar la vida de los que le quedaban y la suya? Esta era su decantada integridad cuando las cosas no salian á su gusto y provecho. Una sola condicion nos han transmitido los historiadores romanos, y es que *Numancia quedaba en su plena libertad nativa y primitiva, y que se podia llamar amiga y compañera de Roma*. A peticion de Numancia intervino en las capitulaciones Tiberio Gracco (cuestor de Mancino) en memoria y estimacion que Numancia conservaba de su padre Tiberio Sempronio Gracco, de que tratamos el año 179.

10. La priesa con que marchó Mancino con las reliquias de su ejército fué tanta, que se dejó en los reales la mayor parte del bagaje y comestibles; cosa que vino bien á los numantinos aprovechándose de todo. No menos el cuestor Gracco se dejó por olvido los libros de la cuestura; y halládoslos menos, volvió por ellos acompañado de cuatro sol-

dados. Llegados á las inmediaciones de Numancia envió dos soldados por los libros para poder dar sus cuentas al Senado. Rogaronle los numantinos con sumo comedimiento, se sirviese de entrar en la ciudad, y ver el afecto que toda le tenia por la grata memoria de su padre, y por la presente paz en que habia mediado. Entró Gracco en Numancia, y fué hospedado con el mayor honor y agrado, le festejaron y le regalaron mucho. Restituyeronle los libros, y le condujeron á las casas consistoriales donde guardaban la presa de los reales de Mancino, rogándole tomase para sí lo que quisiese. Gracco tomó un poco de incienso para los sacrificios, y agradecido de todo se despidió para los suyos.

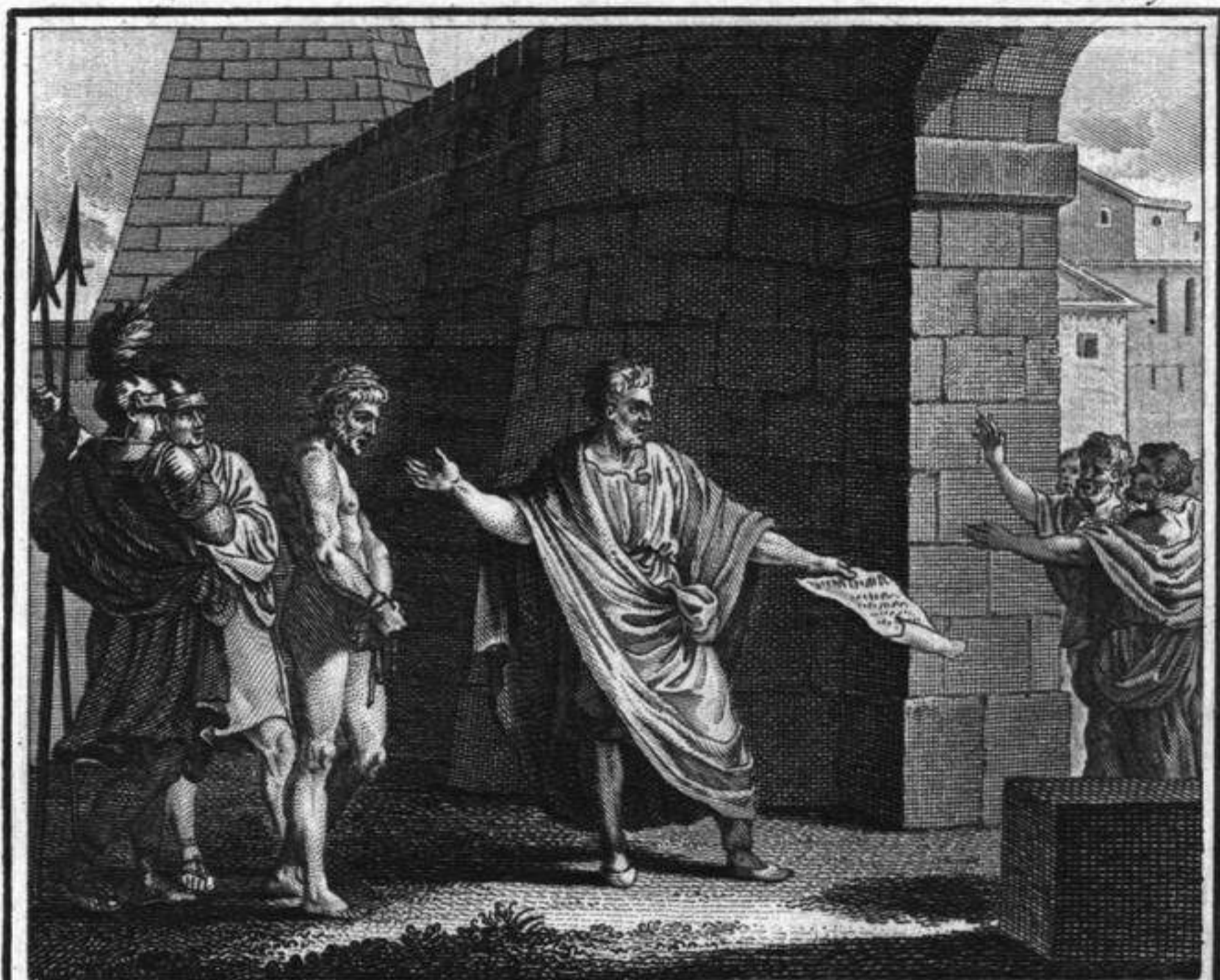
11. Esto durante, Décimo Bruto hacia algunos movimientos en Galicia; y llegado al rio *Letes* ó *del Olvido*, hoy llamado *Limia*, ninguno de sus soldados queria pasarle temiendo supersticiosamente se olvidarían al punto de todas sus cosas. Cogió Bruto una bandera y pasó con ella el rio, quitando con esto á todos supersticion tan vulgar y despreciable. Continuó sujetando el país, ya con el miedo, ya con la fuerza, ya con la benignidad y maña, hasta dejar la provincia quieta y amiga de Roma. Esto le grangeó el sobrenombre *Gallaico* ó *Gallego*.

12. Llegada á Roma la noticia y condiciones de la paz de Mancino con Numancia, el Senado romano citó al cónsul mandándole comparecer en él, y dar descargo de paz tan ignominiosa, y en lugar de Mancino enviaron á su cólega Emilio Lévido. Tambien envió Numancia sus embajadores con Mancino, los cuales llevaban las capitulacio-

nes acordadas en el tratado, y dijeron al Senado: que si no las ratificaba, debía reponer el ejército romano que no habia perecido del todo y quedaba á Mancino al tiempo que este pidió la paz, en el estado y paraje mismo en que se hallaba cuando se hizo el tratado. Estas son, decían, las leyes de la guerra. Pretendia la iniqua junta de ladrones rescindir la contrata y no perder su tropa. ¿Y qué resolvieron? Entregar á Mancino á que Numancia hiciese de él como quisiese. El honrado Tito Gracco por mas que manifestó al Senado la necesidad del tratado de Mancino en aquella coyuntura, y que los numantinos hubieran degollado si hubieran querido á toda la tropa que á Mancino quedaba, solo pudo conseguir ser absuelto de la que llamaban culpa; por causa de que si accedió á la contrata fué mandado por el cónsul. Aun divulgaban que los respetos de su padre le libraron del castigo, juntos con los de su cuñado Scipion Emiliano, mas adelante Numantino. De tan indignos acuerdos en todo un Senado romano, se queja con mucha razon nuestro Paulo Orosio por estas gravísimas razones: *El dolor y sentimiento natural nos obligan á prorumpir aun ahora con estas exclamaciones: ¿Con qué razon; oh romanos! os usurpais los especiosos nombres de justicia, fidelidad, valor, misericordia? De los numantinos pudierais aprenderlos. ¿Se necesitaba dar muestra de su valor? Os vencieron en campaña. ¿De su fidelidad? Concedieron la vida mediante la paz, á quien podian quitarla por derecho de guerra defensiva. ¿De justicia? He aquí que os piden la ratificacion y cumplimiento de los tratados, ó el ejército que por estos fué libre de la muerte.*

¿De su misericordia? Dejan ir libres á las tropas, y no admiten á Mancino para la pena. Decidme pues, ¿fué accion loable entregar al cónsul para el castigo por haber salvado con la paz el resto de su gente que ya se consideraba debajo del cuchillo? ¿Por haberla conservado con vida? Si desaprobais el tratado, ¿cómo no devolveis la tropa á que sea degollada? ¿Por qué la recibis en Roma? Si dais por buena la conservacion de sus vidas, cualquiera que haya sido la causa, ¿por qué entregais al cónsul que supo conservarlas?

13. Mientras esto pasaba en Roma, Emilio Lépido marchó contra los vacceos (que eran la tierra de Campos) con achaque de que habian dado socorros á Numancia. Corrió la tierra llevándola á sangre y fuego sin reserva alguna hasta Palencia, y la puso sitio. Quejaronse los palentinos al Senado romano de padecer aquellas hostilidades sin culpa, y el Senado mandó á Lépido sobreseer en aquellas destructoras correrías, y se retirase de Palencia y demás pueblos. No quiso obedecer, enviando al Senado las razones que para ello tenia, y apretando mas el sitio de Palencia. Salieronle las cosas peor de lo que creia. No solo perdió todo el tiempo que allí se detuvo, sino tambien la reputacion y mucha gente por hambre y epidemias. Al fin, hubo de levantar el campo durante la noche, y con tanta precipitacion que se dejó los enfermos, los heridos y mucho bagaje. Ni paró en esto. Fué seguido por los palentinos, y le causaron gravísimos daños en la retaguardia, tanto, que Paulo Orosio dice le mataron hasta seis mil hombres. Por esta y otras culpas de que fué acusado y la desobediencia



Mancino.

Dando Roma por ilegítima la paz autorizada por el Cónsul Mancino, que con ella la preservó 10.º D. ciudadanos: entrega atado y desnudo el mismo Cónsul á los Numantinos. Estos no le admiten, y exigen se les entregue el ejército mismo que Mancino libró con aquella paz: pero viendo atropellada su razón, incendiáren su ciudad, abrasándose en ella todos sin quedar uno á quien impusiera su vergonzoso yugo la pérfida Roma.

al Senado sobre dejar á los vacceos, le fué quitada la provincia, se le mandó regresar á Roma, entrar en ella como privado y sin honor alguno, y condenado á una grande suma pecuniaria.

14. Para el año de 136 vino á esta provincia 136 Citerior el cónsul Publio Furio Filon. El Senado le entregó á Mancino para que lo trajese y entregase á Numancia. No sabemos quién vino á la Ulterior. Apiano dice que Junio Bruto tomó á Talábriga, Cinania y otras ciudades célticas, gallegas y lusitanas, y regresó á Roma. Es creible volviese despues acá con título de procónsul ó pretor á continuar la guerra de Galicia, aun pendiente; pues lo que los historiadores refieren en pocas palabras, acaso costó algunos años.

15. Llegado Filon á Numancia, una mañanita dejó al miserable Mancino junto á la puerta de la ciudad, desnudo y atadas las manos. Allí estuvo el infeliz todo el dia sin ser admitido por los numantinos, hasta que hubo Filon de recogerlo en sus reales, como que ya habia cumplido la entrega del reo. ¡ Brava resolucion de todo un Senado romano! ¿ Tiene en su historia pasaje mas ridículo? No sabemos si este Furio Filon hizo otras cosas en España. Sucedióle en el consulado y provincia Quinto Calpurnio Pison en el año de 135. En la 135 Ulterior debió de quedar Bruto como ya dijimos. Hizo Pison guerra á Numancia y á Palencia durante el verano con muy poco fruto, y venido el invierno se acantonó en Carpetania. No dice mas Apiano; pero Julio Obsecuente añade, *que la guerra que hizo á Numancia fue infeliz, y su ejército destruido.* Esta continuada série de victorias de Nu-

mancia contra la gran Roma era causa, según escribe Floro, de *que ningun romano tenia valor para mirar en el rostro á un numantino. ¡Oh gran Roma! ¡Oh invencibles romanos! Orosio les dice: No os acordaré cuántos pretores, cuántos legados, cuántos cónsules, cuántas legiones, cuántos ejércitos perdisteis. Acordaréos solo cuán inaudito fué vuestro horror y espanto, de forma que vuestros soldados amedrentados y envilecidos, ya no ponian los pies en tierra sino para huir; pues luego que eran vistos por los españoles enemigos, se tenian por muertos primero que vistos.*

CAPITULO VI.

Continúa Scipion Emiliano la guerra de Numancia hasta destruir la ciudad.

1. La ninguna prosperidad y las muchas pérdidas que sufría en esta guerra, tenia lleno de confusion al Senado; llegando á tener por cierto que nadie podria vencer á Numancia sino el destructor de Cartago. Para el año pues de 134 antes de Cristo creó cónsul para esta guerra á Publio Cornelio Scipion Emiliano, llamado tambien *Africano*. Para esta peligrosa jornada de Numancia se dispuso Scipion lo mas que pudo, pues en el concepto comun era una de las mas dificiles que Roma habia tenido. Por lo cual no quiso traer á ella ningun soldado bisoño, novato, ni tampoco de baja estirpe, que por lo comun se cuida poco del honor en la milicia. Trajo pues cuatro mil romanos no-

bles que voluntariamente se quisieron hallar en esta famosa guerra; el resto del ejército se compuso de la gente veterana que por acá tenía Pison en sus cuarteles. Era mayor el número de los caballeros y patricios romanos que deseaban venir con Scipion á esta guerra Numantina; pero el Senado se opuso á que viniesen mas de los cuatro mil, los cuales parece fueron todos de caballería. Vino tambien con ellos Yugurta (hijo de Mastanabal, rey de Numidia y nieto de Masinisa), mozo de mucho brio, como mostró mas adelante en la guerra Yugurtina contra los mismos romanos, que le vencieron á traicion, como solian. Sirvieron tambien en esta guerra contra Numancia los célebres romanos Cayo Mario, Quinto Sertorio y otros valerosos soldados, algunos de los cuales escribieron sus *Memorias* sobre tan señalada guerra.

2. Con estas disposiciones y otros grandes preparativos de la gran Roma para vencer á ocho mil hombres que defendian á Numancia, sin otros muros ni reparos que sus pechos, encargó Scipion la conduccion de la gente á Marco Buteon, su legado: él se vino á la ligera con ánimo de prevenir en España cuanto pudiera conducir á no salir de la empresa tan desairado como sus antecesores. Llegado al ejército cuidó de limpiarlo de los abusos y vicios que ordinariamente lo corrompen, restauró la mas rigurosa disciplina, desterró la delicadeza y lujo, ejercitó la tropa en todo género de faenas y ejercicios militares, arrojó de todo el distrito las rameras que se dice llegaban á dos mil, y despidió grande número de traficantes, vivanderos, calones y otras gentes, que mas iban para su provecho propio que

para la tropa, y son siempre la polilla de los grandes ejércitos. En suma, suprimió todas las superfluidades en vestido, comida, tiendas, pabellones, camas &c., siendo él quien primero se acostó en su jergon de paja. Con tan eficaces medicamentos quedó sano el ejército de la relajacion y flojedad que padecia y recobró su vigor antiguo; pero el mas poderoso correctivo fué el ejemplo del general, hallándose siempre el primero al trabajo y el último al reposo. En una palabra, Scipion venció á Numancia conseguida la reforma del soldado, pues segun escribe Floro mas tuvo que pelear con ellos, que con los numantinos.

3. Llegado Buteon con su nobleza romana movió Scipion todo su ejército para Numancia, y con tal orden y cuidado como si siempre se hallase á vista de los numantinos. Temia caer en algun descuido, siendo cierto que cualquiera que fuese en los principios le frustraria sus esperanzas, y rebajaria la celebridad de su renombre. Puesto á vista de Numancia, todavía no se atrevió á combatirla, observando que su gente aun no habia perdido el miedo que le causaban aquellas paredes. Contentóse con arrasar los campos en contorno para privar á Numancia de cuanto pudiera necesitar en el sitio. Sus oficiales y tropa, ya prácticos en aquella guerra, le decian *que para ser asaltada la ciudad habia un llano muy á propósito por la parte del Oriente.* Respondióles: *Vosotros tratais de la entrada, pero yo solo me cuido de la salida. Si entramos, habremos de pelear aunque no queramos: si vencemos, no ganaremos mucho: si somos vencidos, lo perderemos todo. Yo no tengo por buen general*

al que busca la pelea, sino al que no la huye cuando es necesaria, y procura ganar la victoria. Jamás ha de decir un capitán: No pensé que esto sucediera.

4. Gastada pues la campaña numantina, marchó Scipion para Palencia, cuya comarca estragó tambien, sin reservar mas que lo que su ejército necesitaba. ¡Gran valor! ¡Gran Scipion Africano! Armaronle los palentinos una celada en unos cerros vecinos de donde bajaban en pelotones improvisamente, y daban caza á los romanos taladores. Envió Scipion contra ellos cuatro compañías de caballos á cargo del tribuno Rutilio Rufo, que segun Apiano, escribió relacion de la guerra Numantina. Creyó Rufo que los palentinos huirian al punto que le vieran, y resolvió seguirles hasta cierta colina bastante elevada. Fué su fortuna haber divisado la emboscada, y se detuvo esperando la resolucion de los palentinos. Advirtió Scipion el riesgo que amenazaba al tribuno, metido tan adelante, y envió allá toda la caballería que le quedaba: con lo cual le sacó de una perdicion segura. Los palentinos desistieron ya de su designio, y no hubo mas que unas ligeras escaramuzas; aunque fué Scipion quien excusó la batalla que le presentaron los palentinos. Este Scipion no sabia vencer sino por hambre. Regresó á Numancia, y de camino sitió una ciudad de los vacceos, cuyo nombre calla Livio (Epit. libro LVII) único autor de la noticia: pero parece era la capital, llamada *Intercacia*. Sus ciudadanos al verse sin remedio, mataron bárbaramente á sus hijos y mujeres, y despues se mataron á sí mismos. Bajó tambien á Cauca, todavía despoblada desde la infamia de

:

Lúculo con sus moradores el año de 151. Publicó Scipion salvoconducto y franquicia á los cauceses y demás que quisiesen repoblarla; y mientras tanto entró el invierno y se retiró al campo numantino donde invernar, y tener con menos libertad á sus ciudadanos. Allí le vino el socorro de Yugurta traído del Africa; el cual consistia en diez elefantes encastillados y guarnecidos de flecheros y honderos, y además alguna infantería y caballería ligera. Durante el invierno acabó Scipion de yermar el campo numantino.

155 5. Para el año nuevo de 133 el senado romano prorogó á Scipion el imperio en su provincia Citerior para continuar la guerra de Numancia, que tan amedrentada tenia á la gran Roma, ya señora del mundo. En la Ulterior debió de quedar Junio Bruto; pues los historiadores tenían puesta toda su atención en Numancia, y de nada mas se acuerdan. Tenia el *gran Scipion* por arriesgado venir á las manos con los numantinos, y mostró su valentía militar vencéndolos por hambre. Dividió su ejército en dos partes, apostándolas en parajes diferentes donde convenia. Dió el mando de la una á su hermano Quinto Fabio Máximo, y él se quedó con el de la otra. No sabemos el número de gente del ejército romano: pero los escritores que menos, le hacen de cuarenta mil hombres; y algunos lo suben á sesenta mil. La pobre Numancia cuando mas, solo tenia ocho mil combatientes segun Apiano, que sin duda lo tomó de Rufo. Patérculo la dá diez mil: cuatro mil, Floro y Orosio. Con fuerzas tan excesivamente inferiores á las romanas hacian los numantinos frecuentes

salidas, y siempre resueltos á empeñarlos en accion decisiva no desconfiando de la victoria. Pero el valeroso Scipion nunca se aventuró á parecerlo admitiendo batalla campal: mas quiso una victoria segura aunque indecorosa. Esta cobardía le objeta- ban sus oficiales, como que era miedo declarado; mas á todo respondia serenamente: *Que su madre le habia parido para general y no para soldado.*

6. Circuyó toda la ciudad con un foso de veinte pies profundo y diez ancho, con fuerte parapeto y cuatro trincheras á proporcionadas dis- tancias. Todavía para mas asegurar su vergonzoso empeño, mandó que las ciudades aliadas le man- dasen número de tropas. Aun no creyéndose bastan- te seguro con tantos preparativos, levantó un malecon y vallado alto diez pies, y ancho ocho, con sus torres á ciertas distancias bien armadas de ballestas y catapultas; de forma que formó un verdadero muro. Inferase de aquí á cuan alto punto debió de llegar el miedo, la cobardía del gran Publio Cornelio Scipion Emiliano, y despues *Numantino* por la destruccion de Numancia. ¡Para rendir una pequeña ciudad con pocos defensores, y sin muros, tantos y tan exquisitos aparatos! Para esto, ¿qué necesidad habia del segundo Scipion Africano? Bastaban los Mancinos: bastaban los Popilios: bastaba un centurion: bastaba un tri- buno. Esto no fué mas que dejar á la posteridad un eterno testimonio de que Numancia no podia ser vencida de Roma sino por hambre, es decir, por cobardía. Mucho habia degenerado este Sci- pion de sus progenitores, en especial del antiguo Scipion *Africano* que ganó á Cartagena en veinte

y cuatro horas, y mas adelante á Cartago y toda el Africa. Nuestro Scipion Emiliano sostuvo para oprobio el epíteto *Numantino*.

6. En tal estado de fortificaciones obsidionales, no quedaba á los invencibles numantinos otro recurso que los escasos víveres que se procuraban por el rio Duero que bañaba la ciudad por el Poniente: pero eran pocos y habidos con mucha dificultad y peligro. Habian de procurárselos por medio de barquichuelos, y tambien por medio de buzos por debajo de las aguas. Aun les quitó este costoso remedio el *Alejandro romano*. Levantó una fortaleza á uno y otro lado del rio; y atravesó en él debajo del agua varios maderos armados de garfios de hierro contra los nadadores. Con operacion tan valerosa quedó la ciudad privada de aquel consuelo. Tanto trabajó el héroe romano por no llegar á verse cuerpo á cuerpo con un puñado de numantinos. El sabio Noguera, ilustrador de la *historia de Juan de Mariana*, duda mucho de la presente circunstancia de entrar víveres en Numancia por medio de barcos; pues no distando la ciudad mas que siete ú ocho leguas del nacimiento del Duero, no podia ser allí navegable. Yo tengo esta conjetura por mal fundada. Una cosa es ser un rio navegable, y otra el ser en uno ú otro paraje undoso capaz de sufrir pequeños esquifes ó barcos llanos para un lance como este de sitio. Apiano tomó la relacion de dos testigos de vista, ambos tribunos romanos en aquella guerra, que fueron Sempronio Aselio y Rutilio Rufo, cuyos escritos ya no existen: pero debemos estar á su dicho, siendo como es poco favorable á su general y ejército romano.

Mas hoy deben ya cesar dudas. El señor Loper-
raez en su muy apreciable *Descripcion del Obispado
de Osma*, tomo II, pág. 283, deja absolutamente
vencida la dificultad, y fuera de duda la relacion
de Apiano en esta parte.

7. Salian estos á menudo contra los sitiadores:
mas acudia tanto número de estos, que les era
forzoso retirarse presto para no perderse: pero
jamás en estas retiradas permitió Scipion el seguirles
temiendo siempre un empeño necesario. Cuando
le culpaban en esto los oficiales, respondia fria-
mente, *que no queria matar numantinos á fin de
que mas pronto se les acabasen los mantenimientos,
pues ya conocia que mientras los tuviesen no se
rendirian.* El nobilísimo numantino Retógenes Ca-
raunio (1) salió de la ciudad una noche oscura
con cinco hijos suyos, cinco criados y cinco caballos,
con objeto de buscar auxilios de las ciudades co-
marcanas en aquel comun peligro de todas. Los
criados llevaban escalas y maderos á propósito para
superar trincheras, terraplenes, vallados y foso.
Sorprendieron y mataron las centinelas: salió Re-
tógenes con sus hijos de tan peligroso lance, y
los criados regresaron á la ciudad á dar cuenta
de la feliz salida. Corrieron aquellos animosos
numantinos brevemente los pueblos arévacos, pro-
curando moverles al socorro de Numancia contra
el enemigo de todos. Mas aquellas gentes azoradas
de miedo con lo que Numancia padecia, les ne-

(1) *Rhetógenes es voz griega, que significa
noble, ilustre, de esclarecida sangre, &c.*

garon todos los auxilios, y les mandaron salir de sus territorios, por no incurrir en la indignacion del romano. Solo la juventud de la ciudad de Lutia (nueve leguas distante de Numancia) mostró voluntad de socorrer á los numantinos; pero los traidores ancianos que no podian disuadir de su buena voluntad á los mozos, avisaron proditoriamente á Scipion de lo que pasaba, temiendo caer en su desagrado. ¡Maldad inexpiable! Corrió allá Scipion durante la noche con mucha gente de guerra, llegando á Lutia en ocho horas de marcha. Sitióla repentinamente todo en rededor, y mandó se le entregasen presos aquellos mozos. Respondieron los viejos por si podian excusar la entrega que todos habian huido; pero el héroe de Roma insistió en *que si no se los entregaban luego, arrasaria la ciudad*. Asustados de tal amenaza le entregaron hasta cuatrocientos, y el gran Scipion *Africano segundo* y único numantino, les mandó cortar las manos. Con esta noble hazaña muy digna de juntarse con la del pérfido Lúculo en Cauca, regresó á Numancia la noche siguiente, y al amanecer entró en sus reales.

8. Los numantinos ya muy acosados del hambre y sin esperanza de socorro movieron trato de paz con Scipion, enviándole por embajador un noble numantino llamado *Abaro* con algunos otros. Habló con resolucion y entereza en los términos siguientes: *No es menester, ó Scipion, hacerte saber quiénes somos los numantinos: ya nos conoces, y nos ves constantes en defensa de la patria á costa de nuestras vidas. Creemos por tanto emplearás bien el favor si nos otorgares lo que te suplicamos; no es*

*el que nos perdones á todos del todo, sino que miti-
gues el castigo de modo que sea honrado y llevade-
ro. Conocemos lo mudable de la fortuna, y lo pro-
bamos á nuestra costa. Vemos que la salvacion de
nuestra madre Numancia ya no está en nuestra ma-
no, sino en la tuya, despues de haber hecho en su
defensa lo que hemos podido. Tómala pues para Ro-
ma, y conténtate como noble con darnos una pena mo-
derada, considerando que la propia defensa no es
culpa. Pero si nos niegas esto, no esperes vencer á
Numancia; pues antes que tú la tomes con tantos
aparatos como ya te cuesta, ella se sabrá destruir,
abrasar y asolar á sí misma, como que no será la
primera, y está bien determinada á practicarlo.*

9. No dejó de conmovirse y admirarse Scipion de que Numancia tuviese todavía tanto brio; pero respondió *no aceptaria mas condicion ni convenio que entregarse todos á la voluntad del vencedor.* Hubo pues de volver Abaro á la ciudad con una respuesta tan seca y desabrida; y fué tanta la ira que causó en aquellos terribles hombres, que no bien habia acabado de darla, se echaron sobre Abaro y sus acompañados, y los hicieron pedazos en un momento, figurándose habian tratado con Scipion alguna cosa en su particular provecho. Arrebatados en un furor extremo desafiaban á Scipion y á sus romanos de mil maneras con palabras y retos ignominiosos, tratándole cuando menos *del mas cobarde romano que habia producido Roma; que no era hombre para pelear con hombres cuerpo á cuerpo, sino con extratagemas y raterias.* Mas él pasaba por todo, resuelto á no entrar en batalla con hombres desesperados, á menos que no pudiese excusarla,

prefiriendo siempre una victoria (si merece tal nombre) segura y sin peligro ni sangre.

10. Viéndose pues los invencibles numantinos en el postrer apuro resolvieron morir todos en el campo enemigo, vendiendo bien cara su vida, ya que necesariamente habian de perderla. Usaban de cierto brebaje, llamado *celia* por el calor que daba, compuesto de grano cocido ó fermentado, al modo de nuestra cerbeza. Serviales de vino, porque en aquella region no habia, y tambien embriagaba. Cargaronse de esta bebida despues de bien comidos de carne casi cruda, y se pusieron como furibundos y vacantes. Salieron luego de golpe por dos puertas opuestas en busca del enemigo, y fué tan atroz la pelea, que pusieron á los romanos en el último peligro. Hubieran confesado nuevamente con la fuga que las habian con numantinos, á no tener á Scipion Emiliano por general, y tan superiores fuerzas. Considerando aquellos hombres invencibles que habian ya muerto muchos y muy principales de los suyos, empezaron á retirarse con buen orden sin volver las espaldas al enemigo. Aun no quisieron enterrar sus muertos como Scipion les permitia, por no tener nada que deberle, ni que agradecerle. Tentaron luego una precipitada fuga; pero se la frustraron las mujeres numantinas cortando todo correage de sillas, cinchas y frenos de los caballos.

11. Por fin, llegó la hambre á ser extrema, pues faltándoles ya pieles, cueros y correas cocidas que hasta entonces eran el alimento comun, se aplicaron á la carne humana de los que morian. Encendióse tambien epidemia, de que perecian

muchos; y fastidiados de la carne contagiada de los cadáveres, empezaron á matarse unos á otros para alimentarse con carne mas sana y fresca los que quedaban con vida. Madres hubo que mataban sus niños y se los iban comiendo, esperando si amanecía algun remedio. Reiteróse tratado de rendimiento y entrega por el medio mas honesto que se pudiese; pero engreido ya Scipion, respondió *que en tal caso debian todos depositar las armas en un lugar que les señalaria, y remitirse totalmente á su voluntad, ya fuese para ser pasados á cuchillo, ya para ser conducidos esclavos á Roma en su triunfo.* A tan agria y dura propuesta pidieron un dia de tiempo para que cada cual eligiese el género de muerte que mas le acomodase, los que no quisiesen sobrevivir á la pérdida de su libertad y patria. Fueron varios los votos y pareceres, de los cuales los mas querian dejarse morir de hambre cerrados en sus casas; pero Retógenes regresado ya de su expedicion infructuosa, puso fuego á su casa y barrio, que era el mas hermoso de Numancia; y mandó que todos peleasen en parejas, y al vencido le fuese cortada la cabeza y echada á las llamas de una voraz hoguera que habian encendido. Muertos así los defensores de Numancia, se arrojó tambien Retógenes al fuego. Dos dias emplearon en accion tan generosa como desesperada; y en el tercero salió la demás gente al sitio que Scipion les habia designado; pero tan horribles, hediondos y espantables, que mas parecian fieras que racionales, aumentando su portentosa figura las barbas, melena y uñas desmesuradamente crecidas. Reservó Scipion cincuenta numantinos de estos

para entrar en Roma triunfante con ellos: los demás de ambos sexos y de todas edades fueron subastados, y la ciudad arrasada, de forma, que hoy apenas hay vestigios en el cerro de Garay donde estuvo. Su territorio fué distribuido á los pueblos comarcanos. Con tanto marchó Scipion á Roma y se le dió el triunfo (de cobarde).

12. Esta relacion y fin de Numancia (digna de mejor suerte) siguió Juan Freinshemio en los suplementos de Livio. Floro y Orosio se explican con algo mas de vehemencia. El primero dice: *Y así viendo el desdichado fin que les instaba, dándose á las iras y furor extremo, resolvieron morir en esta forma. Mataron á los gefes, á sí mismos y á la patria, con el puñal, el veneno y el fuego, encendida la ciudad por todos lados. ¡Gloria inmortal á vosotros, ó valerosísimos, y en mi dictámen, felicísimos ciudadanos, aun en medio de la infelicidad misma! Fuisteis fieles en los tratados de paz con Roma. Sostuvisteis con vuestras solas fuerzas por tanto tiempo las de la señora del mundo; y por fin, oprimidos por un general poderoso ninguna satisfaccion le dejasteis de la victoria. No tuvo un solo numantino que llevar con cadenas en su triunfo. La presa, como de pobres, fué ninguna. Las armas vosotros las quemasteis. El triunfo fué de nombre. La expresion de Floro, *Unus enim vir numantinus non fuit, qui in catenis duceretur*, se debe entender de la gente de guerra que defendió á Numancia. Los que fueron llevados á Roma para el triunfo eran populares ó plebeyos, viejos, mujeres y muchachos.*

13. Paulo Orosio tomó en parte de Floro (ó

Livio) su narrativa, que incluye diciendo: *Por último, esperanzados en su misma desesperacion, y bien resueltos á matarse todos, cerrada por adentro la ciudad, la incendiaron y perecieron á hierro, veneno y fuego. Los romanos ningun fruto sacaron de esta victoria sino su seguridad: pues arrasada Numancia, antes dijeron haberse librado de sus ciudadanos, que haberlos vencido. La cadena del vencedor no aprisionó siquiera un numantino; ni pudo Roma ver las arras del triunfo. El oro y plata que pudieran escapar del incendio, no los habia, como entre pobres. Las armas las habia consumido el fuego.*

14. Efectivamente, los siglos posteriores no se han descuidado de cargar á Scipion Emiliano la cobardía de tomar á ocho mil numantinos con sesenta mil romanos que mandaba, y no hizo con esto mas que multiplicar coronas á Numancia, y degradar á Roma.

CAPITULO VII.

Vicisitudes de España hasta las guerras de Sertorio.

1. Hallábase por ahora nuestra España sin guerra extraña, y por la mayor parte sujeta á Roma, por carecer de fuerzas unidas con que sacudir el yugo. Así, para el año de 132 no vinieron 132 cónsules ni procónsules como antes, sino diez legados ó gobernadores, que distribuidos en sus ciudades, administrasen justicia en las provincias, y

las robasen como acostumbraban. Mas aquí nos falta la historia de Apiano en algunos años, y apenas podemos producir cosa que interese hasta el de **123** 123, en el cual parece vino contra las islas Baleares el cónsul Quinto Cecilio Metélo. Infestaban los mallorquines con piraterías las costas de Valencia y Cataluña, sin otras armas que sus hondas. Llegado Metélo con su escuadra, creyeron los mallorquines tener ya la presa en las manos. Descargaron sobre las naves tal granizada de guijarros, que llegó á dar susto; pero pasada la primera lluvia, y luego que los buques se pudieron aproximar á tiro, comenzó otra lluvia de dardos tan espesa, que despejaron incontinenti la costa, y huyeron á los montes, dispersándose de forma, que fué necesario buscarlos uno á uno en las covachas, grutas y matorrales. La victoria fué completa y breve; y por ella dió el Senado á Metélo el sobrenombre de *Baleárico*.

111 2. En el año 111 antes de la venida de Cristo parece hubo revueltas en Lusitania, para cuya quietud vino el cónsul Lucio Calpurnio Pison, cognominado *Bestia*; y años despues Servio Sulpicio **106** Galba. Dia 3 de Enero del año 106 antes de Cristo nació en Arpino, ciudad de Toscana, el padre de la elocuencia latina Marco Tulio Ciceron; y el año mismo dia 29 de Setiembre nació en Roma Pompeyo el Grande. Julio Obsecuente trae estas noticias sin mas particularidades sino que continuaban las guerras en Lusitania y Celtiberia aun **98** el año 98 antes de Cristo. Tito Didio mató dos mil celtíberos en varios encuentros: asoló á Termesa, y la reedificó en paraje llano y sin muros para que no se rebelase. Puso sitio á Colenda y la rindió á

nueve meses de combates, vendiendo en subasta sus moradores. Ignoramos qué ciudad era Colenda, si no es Calanda en Aragon, como se pretende. Termesa ó Termisa parece la misma que nombramos los años atrás, llamada tambien *Termancia* ó *Tiermes*, que aun conserva este nombre. El año mismo se concedió el triunfo á Lucio Cornelio Dolabela por sus hechos en Lusitania, quedando en esta guerra el cónsul Publio Licinio Eraso. Este año mismo nació en Roma el gran Julio César, primer emperador romano, tio de Augusto, hijo de su nieta.

3. Hasta el año de 93 antes de Cristo se 95 mantuvo Tito Didio en España con imperio proconsular. Cometió cruelísimas atrocidades, auxiliado de los legados, que continuaban en sus gobernaciones. Estas guerras y hostilidades eran en especial con los celtíberos, nunca bien sujetos; y en ellas estaba de tribuno militar el célebre *Sertorio*, que poco despues fué nuestro defensor y caudillo contra Roma. En España Ulterior se mantuvo tambien algunos años Publio Licinio Craso; que dicen construyó la famosa calzada de sesenta leguas desde Mérida á Salamanca, llamada hoy el *camino de la plata*. Apiano refiere que habiéndose por ahora sublevado la Celtiberia por las exorbitantes vejaciones de los legados romanos, vino á sujetarla Flacco, que parece sería el cónsul de este año Marco Valerio Flacco; y en varios encuentros les mató veinte mil hombres. La juventud de la ciudad de Segeda quiso tambien amotinarse contra los romanos; pero los magistrados y senadores les contuvieron á vista del destrozo que las

otras ciudades habian padecido. Vengóse muy bien el pueblo, poniendo fuego á las casas consistoriales donde los senadores estaban y quemándolos vivos: pero acudió Flacco, y castigó á los culpados con el último suplicio.

82 4. En el año 82 antes del nacimiento de Cristo se nos vino acá el gran Quinto Sertorio huyendo del furor de Sila, que le habia proscrito como parcial de Mario. Mantuvose entre nosotros mientras en Roma se destruian en guerra civil aquellos dos revoltosos, hasta que por fin, aniquilada la parte de Mario, Sila se apoderó de Roma, y se hizo dictador perpetuo. Con tanto los proscritos por Sila, como consortes de Mario, no tuvieron otro recurso que la fuga mas lejana, y defenderse si los perseguian. Acogióse pues á España Quinto Sertorio, conociendo sin poder dudarlo, que si los españoles tuviesen un general como él era, poco caso harian de los ejércitos romanos; pues ya sabia el mundo lo que habian hecho en las guerras de Viriato y Numancia. Era Sertorio conocido en España, como que era tribuno en las guerras de Tito Didio; y no tuvieron los celtíberos y lusitanos reparo alguno de elegirle por su general contra los legados romanos y demás que viniesen de Roma. Desde luego puso en pie un ejército numeroso, con el cual comenzó á espantar de España los gobernadores romanos, cuya crueldad, avaricia y despotismo los hacian odiosos al pueblo. Derrotó en un soplo los ejércitos que contra él juntaran Lucio Domicio pretor, y el cuestor Hércules. Buscó tambien al cónsul Q. Metelo Pio que acababa de llegar de Roma con

un poderoso ejército; y lo hubiera derrotado enteramente á no haber acudido en su socorro Lucio Lolio (ó Manilio) desde la Galia Narbonense. Sertorio envió contra éste á su cuestor Hertuleyo con buena tropa española, y dándole batalla, le mató mucha gente y entre ella á su legado *Valerio Preconino*. Aun hubiera perecido el mismo Lolio, á no haber abandonado el real y bagaje á Hertuleyo, y huido á Laurona. Algunos modernos quieren que esta Laurona corresponda á la moderna Liria; pero las pruebas son ningunas. Mas probable es que se llamó *Edeta*, y dió nombre á la Edetania. Lo que hay de cierto es, que estaba á las riberas del *Turia*, ó del *Turulis*.

5. Esto sucedia en el año 80 antes de Cristo, 80 en que fué cónsul romano dicho Metélo Pio. En el de 78 ó el siguiente vino á juntarse con Sertorio 78 otro proscrito de Sila llamado *Perpenna*, hombre malvado y detestable, que poco despues le fué traidor y le mató proditoriamente. Trajo del ejército que Lépidó tenia en Cerdeña cincuenta y tres cohortes, con las cuales extendió Sertorio no poco sus proyectos y esperanzas. Para el año de 77 vino 77 á España Pompeyo el Grande. Unió al ejército de Metélo las tropas que traia de Roma, que segun Apiano, eran treinta mil infantes y mil caballos, y juntos ambos, movieron contra Sertorio que se hallaba en Valencia. Rindieronseles algunos pueblos sin resistencia alguna, y fortificaron á Laurona lo mas que pudieron. Corrió luego Sertorio á recobrarla con sesenta mil infantes y ocho mil caballos, como dice Orosio, á tiempo que Metélo y Pompeyo se hallaban en Palancia, que se cree corresponde

á un pueblo arruinado á dos leguas de Valencia, río Turia arriba, si bien sus ruinas nada presentan de cosa romana, sino de árabe, fuera de una ú otra moneda. Este pueblo dista otras dos leguas de Laurona; y habida noticia de que Sertorio ya la tenia cercada, marcharon á socorrerla poniendo su campo á la vista.

6. No les fué el socorro tan fácil como creían, á causa de las muchas fuerzas de Sertorio; pero mientras el tiempo y algun acaso les proporcionaba alguna coyuntura favorable, enviaba Pompeyo diariamente su caballería á forrajear á dos prados que habia á propósito, el uno distante de su real y el otro muy cercano. Sertorio sacaba su caballería ligera contra los que forrajearan en el prado cercano, y solian tener algunos rebatos: mas ninguno enviaba contra los forrajeadores del prado distante. Ansiosos estaban los españoles de venir á las manos con los enemigos; pero Sertorio, no dando oídos á las murmuraciones y quejas de los soldados, se contentó con presentarles un ejemplo contra su imprudente fogosidad, cuya leccion es admirable: hizo conducir á presencia de todo el ejército dos caballos, uno jóven y de brio, y otro viejo y casi sin vigor: el primero debia ser despojado poco á poco de todas las cerdas de su espesa cola por un anciano; practicando igual operacion con el estenuado, aunque de una vez, un jóven robusto de fuerzas muy superiores; pero mientras este se fatigaba en vano para arrancar de un golpe la cola del caballo débil, concluyó felizmente el anciano su empresa, dejando despoblada la del brioso bruto. Entonces Sertorio, dirigiéndoles la palabra, les



Prudencia de Sertorio.

Para contener Sertorio el ardor de sus tropas las hizo presenciarse que un anciano arrancaba una á una las cerdas de la cola de un caballo brioso, y que en vano intentaba un joven robusto arrancar unidas las de un caballo débil: convenciendo así de que arrojar-se sobre la fuerza unida de su enemigo, sería temeridad; y debilitarle poco á poco, seguridad del triunfo. Vence mas el prudente que el animoso.

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

dijo: *Si de este modo, por acabar de un solo golpe con nuestros enemigos, nos precipitamos á una temeraria accion, sufriremos el castigo de nuestra imprudencia, quedando nuestros esfuerzos malogrados, y ellos mas orgullosos para insultar nuestro valor; pero si con pequeños golpes repetidos, y aprovechando la oportunidad y la ocasion, los vamos debilitando poco á poco, los veremos al fin caer á nuestros pies sin esperanza de levantarse.*

Continuando, pues, Sertorio en inaccion por muchos dias, hicieron juicio los pompeyanos que Sertorio no se cuidaria de aquel prado, como tan apartado de su real. Mas este, cuando los creyó bien persuadidos de esto, una noche envió allá diez compañías de romanos y otras diez de españoles á cargo de Octavio Gracino, y órden de emboscarse lo mas próximo que pudiese. Colocó además otra celada de dos mil caballos, al mando de Tarquicio Prisco. Andaban los españoles en la vanguardia y frente de la emboscada, los romanos detrás de los españoles, y la caballería detrás de todos á fin de que no se oyesen fácilmente los relinchos. Estuvieronse quietos hasta bien entrado el dia dejando descuidar á los forrajeros pompeyanos, y viéndolos esparcidos acá y allá segando, recogiendo y hacinando cargas, acometieron improvisamente los españoles, y dando sobre ellos tambien los romanos hicieron mucho destrozo. Quisieron huir á sus reales, pero les atacó Tarquicio con sus caballos, y no pudieron librarse. Avisado Pompeyo por algunos batidores, envió allá á Decio Lelio con una legion entera para socorrerlos. Dejóla pasar cautamente Tarquicio hasta que se incorporase con los forraje-

ros que quedaban, tomóles las espaldas inopinadamente, y ejecutó en ellos un horrible destrozo cogidos en medio. Temió Pompeyo lo mismo que sucedía, y corrió allá con el resto de su gente; pero se le anticipó Sertorio con la que necesitaba, y tomó un puesto seguro y ventajoso. No se atrevió Pompeyo á pasar adelante, y hubo de tragarse la pena de ver romper y derrotar á los suyos sin poder auxiliarlos. Perdió diez mil hombres y á Lelio con ellos, mucha parte del bagaje, y aun hubo de huir á paso largo.

7. Durante el sitio de Laurona quiso Sertorio tomar un cerro cercano que creyó le era ventajoso, y envió allá gente para ello, siguiendo él detrás con un fuerte destacamento. Tuvo Pompeyo por fácil cercarle allí, por estar entre la ciudad y sus legiones, cogiéndole las espaldas. Con esta satisfacción y ligereza envió recado á los de Laurona, *tuviessen cuenta como él y ellos cercaban en un punto á quien los tenia cercados, solo con acometerle ellos por la frente, mientras él lo hacia por la espalda.* Supo Sertorio, y riéndose de la necia presuncion de Pompeyo, dijo á todos: *Yo haré ver á ese aprendiz de Sila, que el capitan experto mas ha de mirar atrás que adelante.* Mandó salir al campo diez y seis mil infantes que habia dejado en el real, con orden de acometer á Pompeyo por las espaldas en caso de que éste moviese contra él. Cuando los vió Pompeyo, conociendo lo prevenido que obraba Sertorio, hubo de abandonar su vano proyecto, y dar que reir á todos.

8. Apretó luego Sertorio mas y mas el sitio de Laurona, y hubo de rendirse á su voluntad sin condicion alguna. Concedió la vida á todos sus

ciudadanos; pero los trasladó á Lusitania. Dió el despojo á su tropa, y puso fuego á la ciudad; *no por crueldad ni venganza, como dice Plutarco, pues estaba muy ageno de ella, sino para menosprecio y burla de Pompeyo, que se estaba y estuvo con su ejército á la vista, como calentándose á las llamas de una ciudad amiga.* Durante el saqueo de Lauro-na, hubo un soldado romano que quiso violar á una lauronesa; castigóle ella muy bien metiéndole los dedos en los ojos con tal furia, que los sacó de cuajo. Sabidolo Sertorio, no solo aplaudió el hecho de la valerosa lauronesa, sino que deshizo la cohorte de que era aquel impúdico soldado, aunque toda romana, la cual ya tenia fama de nefaria. Aproximabase ya el frio, y ambos ejércitos marcharon á sus cuarteles de invierno: Pompeyo y Metélo hácia el Pirineo: Sertorio y Perpenna á Lusitania. Sexto Rufo dice que á Pompeyo se le prorogó el imperio en España por cinco años.

9. Venida la primavera del año 76 antes de Cristo, movieron Pompeyo y Metélo en busca de Sertorio, y tuvieron sangrientos combates en las Andalucías. Peleó Metélo cerca de Itálica con Lucio Hirtuleyo, cuestor de Sertorio; y aunque valerosamente por ambas partes, hubieron de ceder los sertorianos, perdidos veinte mil hombres, y retirarse á Lusitania con Hirtuleyo. Reparó presto Hirtuleyo la quiebra, y marchó en busca de Metélo que se hallaba cerca de Segovia, segun escribe Floro. Dadole batalla venció Metélo, muertos muchos sertorianos con Hirtuleyo y un hermano suyo. Su gente que pudo escapar se retiró al ejército de Sertorio en Celtiberia.

10. Mientras andaban estas refriegas de Hir-
tuleyo y Metélo, se dieron tambien una recia bata-
lla Pompeyo y Sertorio, de la cual Pompeyo salió
vencido, mal herido, y por poco no preso. Pudo
escapar entre la maleza y la noche que ya entraba,
mientras unos soldados africanos que le habian
herido, se cebaron en coger los arneses de su caballo
que eran preciosos, y luego reñir sobre la presa.
Venida la mañana puso Sertorio en órden su gente
para seguir á Pompeyo divulgada su herida; pero
como llegase entonces Metélo al socorro de los
pompeyanos, hubo de tocar á recoger diciendo: *Si
no hubiera venido ahora esa vieja, yo hubiera dado
buenos azotes al rapaz y enviadola á Roma.* La
batalla para ninguno fué ventajosa, pues cada parte
perdió diez mil hombres. Solo tuvo Sertorio de la
suya la herida de Pompeyo: pero como fué en un
muslo curó en breve, y poniendo sitio á la ciudad de
Segida, la rindió por hambre. No se descuidaba
Sertorio á vista de esto. Resarcida su quiebra mo-
vió contra Pompeyo, y le puso en el último trance
entre Sigüenza y Túcía. Pelearon porfiadamente
desde mediodia hasta cerrada la noche. Murieron
seis mil pompeyanos, entre los cuales Cayo Mem-
mio, cuestor de Pompeyo y soldado valeroso. Serto-
rio perdió tres mil hombres. Por otra parte Perpen-
na y Metélo se dieron tambien batalla y perdieron
ambos considerable número de gente. Súpolo Serto-
rio, y marchando contra Metélo, le puso en el
mayor aprieto, y tuvo necesidad de toda su pericia
para no perderse. Fué Metélo gravemente herido
de una lanzada; y esta desgracia que debia desma-
yar á su tropa, fué quien sostuvo con mas vigor

la batalla; pues avergonzados los soldados de ver á su general herido, temiendo cayese preso en manos de Sertorio, cargaron allí en tanto número que hubieron de retirarse los españoles; y los romanos pudieron sacar á Metélo de tan inminente peligro, y llevarle en brazos á su real cubierto de escudos. Con el pesar de no haber obtenido Sertorio una victoria que ya tuvo entre las manos, se disponia para asaltar los reales de Metélo, considerándole con el estorbo de la herida: pero llegado Pompeyo en su socorro sabida esta, hubo de abandonar el empeño y retirarse á Calahorra, ciudad montucsa y fuerte. Ya comenzaba el invierno que es riguroso en aquellas regiones; y dejando Pompeyo y Metélo cerca de Calahorra algunas legiones acuarteladas como en observacion de Sertorio, se retiraron tambien ellos á paises mas benignos.

CAPITULO VIII.

Prosiguen las guerras de Sertorio hasta su alevosa muerte.
Comienzan las de César en España.

1. Creyó Metélo que la retirada de Sertorio á Calahorra era por miedo de sus armas, y luego se hizo aclamar *emperador* por sus tropas y pueblos obedientes; mandó le recibiesen con inciensos y sacrificios; le coronasen de laureolas; cantasen niños y niñas sus alabanzas y proezas mientras comia en

público con insignias y vestiduras triunfales, y que varias figuras de la victoria anduviesen artificioosamente volando por encima, dejando caer sertas, coronas y trofeos. A tantas y tales fatuidades añadía menosprecios, invectivas y baldones de Sertorio llamándole *transfuga de Sila* y *miserable deshecho de los proscritos Carbon y Mario*. Finalmente para que se viese no podía ocultar el miedo que á Sertorio tenia, publicó bando prometiendo cien talentos de plata y veinte mil yugadas de tierra (segun Plutarco) á quien le matase.

75 2. En la primavera del año 75 antes de la venida de Cristo, salió Sertorio de Calahorra por medio de los enemigos, se juntó con sus legados que habian reclutado mucha gente, y marchó contra los pompeyanos. Quitóles los comestibles por mar y tierra: molestólos con emboscadas, escaramuzas y rebatos en tal manera, que Metélo y Pompeyo tuvieron que separarse, pasándose Metélo á la Galia y Pompeyo á los vacceos con extremas incomodidades. Escribió éste al senado romano, *que sino le enviaba dinero se veria obligado á regresar á Roma con todo el ejército, consumido ya su patrimonio peleando acá para bien de Italia*.

3. Desde que el infatuado y cobarde Meteló habia pregonado la cabeza de Sertorio, se comenzaron á ver entre los suyos, ó digamos de Perpenna, evidentes amagos de traicion, y le fué preciso proceder austero y riguroso con los indiciados. Por este miedo, que sin duda era fundado, desertaron muchos romanos, y se pasaron á Metélo, dando por causa el que Sertorio fiaba de los españoles mas que de ellos. Por los mismos indicios de conjura mandó quitar la

vida á ciertos mancebos nobles que seguian sus estudios en la universidad de Huesca que él habia fundado, y á otros los vendió en subasta. Por estos y otros castigos iba diariamente creciendo el recelo de sus oficiales y tropa; y Sertorio agravaba tambien al mismo paso los rigores, no hallando otro medio de conservar su autoridad y vida. Perpenna debió de ser el mas culpado, pues fué quien deliberó matarle, acaso con esperanza de sucederle en el imperio de la tropa. Conjuróse Perpenna con otros diez, igualmente recelosos por culpados; pero descubierta la conspiracion, unos huyeron y otros fueron castigados. Perpenna pudo disimular, porque ninguno le citó como cómplice ni sospechoso por entonces; pero temeroso de ser delatado y descubierto, abrevió sus asechanzas y alevosía.

4 No era fácil matar á Sertorio sin peligro, porque iba siempre con mucha guardia de españoles; y el traidor amigo urdió su máquina convidándole á comer en su alojamiento. Cayó Sertorio en el lazo; y durante el banquete los otros conjurados le dieron de puñaladas, y murió allí mismo. Los historiadores ponen su muerte el año 8.º de su venida á España, que parece deben contarse de 80 antes de Cristo, en que vino contra él Metélo. Con esta suposicion murió Sertorio el año 73 antes de Cristo, si bien algunos señalan el siguiente. Estrabon escribe que Sertorio murió de muerte natural: pero no habiendo escritor antiguo que lo confirme, debemos estar á lo referido, que es la opinion general de los historiadores. No convienen estos con el nombre de la ciudad en que murió Sertorio, llamándola unos *Oscá*, otros *Etosca*, otros *Ileosca*. La mayor parte de los modernos quie-

ren sea *Huesca* de Aragón, aunque no está fuera de toda duda.

5. Publicada la alevosa muerte de Sertorio, fué extrema la indignacion de sus amigos y soldados contra los asesinos, en especial contra el infame Perpenna; mas aun se aumentó luego que leído su testamento, se vió lo hacia su heredero y sucesor en el gobierno de España. Sin embargo supo aquel ruin hombre sosegar á todos con sus halagos, dádivas y promesas. Aun hubo de emplear el rigor de los suplicios con algunos sertorianos para terror de los otros: pero como necesitaban de general que los gobernase contra los dos romanos, no fue mucho lograrse Perpenna apaciguarlos, y seguir en todo la disposicion testamentaria de Sertorio.

6. No tardó mucho Pompeyo en buscar á Perpenna; y en la primera celada que le puso, desbarató su gente y él fue cogido en unos matorrales escondido como gallina. Daba grandes voces pidiendo no le matasen antes de ver á Pompeyo, pues tenia cartas de muchos romanos que llamaban á Sertorio á Italia para hacerle dueño de ella. Pero como Pompeyo sabia que todo eran embustes para engañarle, y causar nuevas inquietudes, le mandó matar antes de llegar á su presencia. Las cartas las quemó todas diciendo, *que á los malos se les debia dar tiempo de arrepentirse y enmendarse.*

7. Muerto Perpenna, todo mudó de semblante. Huesca, Valencia, Termes, Túcía, se dieron á Pompeyo: Osma y Calahorra que quisieron resistirse y defenderse libres, fueron tomadas por asalto y destruidas; aunque Calahorra sufrió el sitio hasta el extremo de comer carne humana. Con tanto,

sujeta á Roma casi toda España, levantó Pompeyo trofeos de sus hazañas en ella sobre los montes Pirineos, enumerando cerca de nuevecientos pueblos ganados desde los Alpes hasta Lusitania. Segun escribe Plinio, Pompeyo en este padron no hizo memoria de haber vencido á Sertorio; como no le venció en efecto, aunque concluyó la guerra. Morales afirma que de estos trofeos pompeyanos son reliquias unas grandes argollas de hierro que permanecen emplomadas en peña cerca de Andorra, y collados de Alava hácia Sobrarbe. Quizás entonces fundó Pompeyo á Pamplona, si es él su fundador como de Estrabon se colige. Regresaron á Roma Metelo y Pompeyo, y triunfaron ambos separadamente, por haber pacificado á España, el año de 71 antes de Cristo.

71

67

8. En el 67 vino por primera vez á España el famoso Julio César con el cargo de cuestor de Antistio (que sería pretor en ella); y entonces fué cuando al visitar el templo de Hércules gaditano, y á su vista en él de una imágen de Alejandro Magno, dió un suspiro acusando su poco valor de no haber aun hecho nada, siendo de la edad en que Alejandro habia conquistado el mundo. Suetonio dice sucedió esto en su primera venida á España: pero Plutarco y Casio escriben que en la segunda, de que vamos á tratar.

9. En el año pues de 61 antes de Cristo, volvió César con pretura á la España Ulterior, y la limpió de ladrones que la tenian infestada. En Lusitania mandó que los habitantes de las Sierras Herminias bajasen á vivir á lo llano, para que no tuviesen ocasion de cometer latrocinios al abrigo

61

de los montes. Compuso no menos algunos litigios y discordias entre los españoles; puso varias leyes de policía, y quitó no pocos abusos. Con esto, antes que llegara á España su sucesor en la pretura, regresó á Roma para procurarse el consulado que obtuvo en el año de 64.

49 10. Quince años pasaron ahora sin que sepamos de nuestra historia cosa de importancia: pero en el 49 antes de Cristo, comenzaron las sediciones y guerra civil de Roma entre César y Pompeyo. Nuestra España padeció mucho en estas discordias que nada la importaban, por estar la Ulterior apasionada á César, y la Citerior á Pompeyo. Tenia éste el gobierno de España de algunos años atrás, por medio de sus legados Marco Petreyo, Lucio Afranio y Marco Varron. Este último gobernaba desde el bosque Castulbonense ó de Cazlona, hasta Guadiana, con dos legiones. Afranio con tres, tenia la España Citerior: todo lo demás Petreyo con dos legiones. Así lo escribe el mismo César.

11. Llegado pues el infausto rompimiento entre César y Pompeyo aunque yerno de aquel, envió á España á Vibulio Rufo con la noticia á sus tres legados encargándoles prohibiesen á César la entrada cuando acá viniese. A vista de la novedad y mandato de Pompeyo consultaron los legados lo que convendría, y acordaron que Petreyo desde Lusitania donde estaba, marchase con su gente por los vettones á juntarse con Afranio, y que Varron guardara la España Ulterior con sus dos legiones. Petreyo antes de salir de Lusitania reclutó mucha gente de toda arma, y aumen-

tado casi doblado su ejército, marchó para reunirse á Afranio. Tambien éste levantó mucha tropa en Celtiberia, Cantabria, y demás partes del mar Cantábrico; y llegado Petreyo, determinaron esperar á César en Lérida, lugar oportuno y defendido. La gente de guerra que tenían era cinco legiones romanas, ochenta cohortes españolas y cinco mil caballos, que todos ascenderian á setenta mil hombres.

12. Esto durante, no habiendo César podido conseguir del Senado un razonable convenio con Pompeyo, que á la sazón estaba en Grecia, partió de Roma para la Galia Narbonesa, donde debia reclutar tropas auxiliares contra los legados de Pompeyo, en España. Llegado á Marsella no quiso la ciudad admitirle, y hubo de ponerla sitio y tomarla por fuerza; pero por no perder tiempo para la guerra de España, se quedó él en el sitio, y envió acá á Cayo Fabio su legado con tres legiones que tenia acantonadas en Narbona y cercanías, ordenándole ocupase los bosques del Pirineo donde Lucio Afranio tenia destacamentos. A otras legiones que invernaban mas apartadas mandó siguiesen á C. Fabio. Cumplió éste su encargo muy en breve marchando á jornadas dobles en busca de Afranio, y aun estando en marcha le alcanzaron las tropas que le enviaba César, que eran seis mil infantes y tres mil caballos aliados (que le habian servido en la guerra de las Galias) y otro igual número de galos escogidos de entre los mas nobles y valerosos, en especial aquitanos. Finalmente, dejando César el sitio de Marsella á cargo de Bruto y Fribonio, se vino tambien á España con nuevecientos caballos que le quedaban, por correr voz, aunque falsa, de

que Pompeyo habia pasado de Macedonia al Africa, y por la Mauritania se venia á España.

13. Ya por entonces Cayo Fabio habia logrado por enviados y cartas la amistad y alianza de varios pueblos comarcanos á sus reales, y construido dos puentes de madera en el rio Segre para pasarle prontamente cuando lo necesitase, y enviar al pasto su caballería y bagaje. Con este motivo no faltaban escaramuzas con los pompeyanos, y aun peleas no poco sangrientas. En una sucedió, que habiendo los cesarianos pasado el puente mas cercano á su real con un trozo de caballería para forrajear y guardar á los que pastaban, el aire que corria violento y la fuerza de las aguas se llevaron una porcion del puente. Por las maderas que pasaban rio abajo conoció Afranio lo que era, y envió luego cuatro legiones con toda su caballería contra los cesarianos, que no podian repasar el rio y retirarse á sus reales. Lucio Plauco que con dos legiones convoyaba los forrajeros, al observar tanto número de enemigos, obligado de la superioridad de fuerzas, hubo de tomar un cerro, y dividir su gente en dos cuerpos á fin de que no lo cercase la caballería de Afranio. Sufrió allí la primera descarga con alguna pérdida: pero sobreviniéndole dos legiones que por el otro puente le envió Fabio (aunque cuatro millas distante) temiendo lo que sucedia, tuvieron que retirarse los de Afranio sin hacer otra cosa.

14. Venido César dos dias despues con los nuevecientos caballos que dijimos, hizo restaurar el puente aquella misma noche, y dejando en su guardia y de los reales seis cohortes y el bagaje,

partió á Lérída el dia siguiente. Formada su gente en tres columnas, se puso á la vista de Afranio. Previno éste la suya para batalla, situado hácia la mitad de la cuesta del monte donde tenia sus reales: indicio manifiesto de que se reconocia con menos fuerzas, y no pasó á mas por ahora. Conociólo César, y sin detencion sentó su real á solos cuatrocientos pasos del monte mismo; y para que ningun rebato del enemigo estorbase los trabajos, no levantó vallado ni trinchera, sino que solamente abrió un foso de quince pies, puestas delante dos columnas de gente, mientras detrás cavaban las otras. Concluyó estas faenas antes que Afranio supiese lo que César hacia; y venida la noche, pasaron el foso dos legiones, y toda ella estuvieron sobre las armas. Amaneció el dia, mandó César venir allí el resto del ejército; y por no estar lejos las faginas para los atrincheramientos, los alzó á los ojos del enemigo, disponiendo que cada legion fortificase su lado del real y continuase el foso. Petreyo y Afranio para espantar á los de César y poner estorbo á los trabajos, hicieron bajar su gente al pie del monte, y causaron algun daño: pero no pudieron interrumpir las obras por la defensa de las legiones y foso cesarianos que mediaban. Fue muy poco lo que se apartaron del monte, y brevemente se retiraron, de forma que al tercero dia tuvo César acabado de poner su real, y recogida en él toda su gente y bagajes.

15. Entre la ciudad y el próximo monte donde Afranio tenia su real (que yo creo era donde ahora está el castillo y la iglesia vieja) mediaba un pradillo como de trescientos pasos, y en su centro

habia una pequeña loma ó eminencia de mediana altura. Creyó César que tomándola, podria interceptar los comestibles y socorros que de Lérida venian á los enemigos ; y con este designio destacó tres legiones , con orden á los signíferos de la primera corriesen á ocupar el puesto. Conoció Afranio sus intentos , y al instante despachó allá las cohortes que guardaban el real por otro camino mas breve para que se anticipasen. Trabóse una súbita pelea ; y como los de Afranio llegaron antes al cerro , pudieron rechazar á los de César , y hubieron de retirarse. Renovóse de allí á poco la refriega y disputa : pelearon cinco horas con variedad de fortunas , hasta que cansados unos y otros , se recogieron á sus respectivos reales. Murieron setenta cesarianos y entre ellos Quinto Fulginio, soldado de cuenta : los heridos pasaron de seiscientos. De los afranianos murieron mas de doscientos soldados , cuatro centuriones y el primipilo Tito Cecilio. Ambas partes se tuvieron por victoriosas ; pero con mas razon los afranianos por haber quedado dueños del pradillo y cerro que se disputaban : lo fortificaron mucho y pusieron buen presidio.

16. Durante estos dias fué extraordinaria la creciente del Segre , y saliéndose de madre , inundó los campos , y en un dia mismo se llevó los dos puentes de César. Esto le causó muchas incomodidades ; pues estando su real entre ambos rios Segre y Cinca (ocupando como ocho leguas) sin que pudiesen vadearse , por necesidad habia de padecer falta de todo. Las ciudades amigas no podian traerle socorros ; y aun los forrajeadores que habian pasado los rios antes de la repentina creciente no po-

dian volver á sus reales. Los grandes auxilios de gente que de Italia y Galia venian á César no se le podian incorporar por la causa misma. Fuera de esto era el tiempo mas apretado del año, no estando aun en sazón las mieses, y Afranio habia comprado y almacenado en Lérida todo el grano de la comarca antes que llegase César. Los ganados que en el día podian ser de remedio, los habian sus dueños trashumado á país lejano por miedo de la guerra. Los soldados que salian al pasto de sus caballos y á buscar provisiones eran perseguidos por varias partidas de vélites lusitanos y españoles cetrados, prácticos de la tierra y en pasar á nado los rios. En el campo de Afranio era todo abundancia, por lo referido, y por venirle provisiones frescas y diarias por el puente de la ciudad.

CAPITULO IX.

Continúan las guerras hasta rendirse Afranio y Petreyo.

1. Las inundaciones de los rios duraron por muchos dias á causa de las nieves derretidas de los Pirineos y montes cercanos. Tentó César en ellos restaurar los puentes; pero no se lo permitió la violencia de las aguas, y no menos los enemigos que estaban á la margen opuesta. Supo Afranio que los socorros venidos á César eran hasta seis mil flecheros y caballos, y que estaban detenidos á las márgenes del Segre, aguardando que bajase la avenida, y salió de noche con tres legiones contra

ellos, acometiéndolos de improviso sin que lo presintieran, aunque estaban vigilantes. Defendieronse por un rato los caballos contra los enemigos; pero como vieses acudía mas gente afraniana, dejaron la pelea y huyeron á los montes cercanos con bastante pérdida. Murieron hasta doscientos flecheros, algunos caballos, y corto número de bagajeros. La falta de víveres en el campo de César era tanta, que cada modio de trigo costaba cincuenta denarios; siendo el *modio* como dos celemines de Castilla, y el *denario* real y medio. Petreyo y Afranio escribieron á Roma las angustias en que tenían al ejército cesariano y la prosperidad del suyo con tales exageraciones, que ya casi daban por acabada la guerra. De tal modo conmovieron los ánimos de muchos, que dejaron el partido de César y se pasaron á Pompeyo.

2. Viéndose César en situación tan crítica y peligrosa, deliberó construir un puente de barcos como los que habia visto en Inglaterra, cuya quilla y costillaje era de una madera muy leve: lo demás era un tejido de mimbres cubierto de cuero. Condujo estos barcos de noche hasta veintidos millas rio arriba, y con ellos pasó número de tropas á la margen opuesta. Tomó allí una colina, y puso de guarnición en ella una legion, sin que los enemigos lo supiesen. En los dos dias siguientes construyó el puente con aquellos barcos, y con él dió paso á los italianos y galos, y facilidad á los víveres y municiones. En la hora pasó el puente una partida de caballos que dió caza á los forrajeros enemigos que andaban derramados y sin recelo, y cogió muchos con sus acémilas. Acudieron allá varias compañías

en defensa; pero no solo no recobraron la presa, sino que pereció toda una cohorte, sin morir cesariano alguno.

3. Mientras esto sucedia en Lérída, Bruto y Tribonio ganaron una batalla naval de los marseleses. Tomaronles un crecido número de naves: echaron nueve á pique y dispersaron las otras en muy mal estado. Cuando llegó á Lérída esta fausta noticia, mudaron las cosas á favor de César, de forma que los pompeyanos iban recatados y recelosos. Huesca y Calahorra su contributaria, enviaron embajadores á César poniendose á su obediencia. (Parece que César, cuyas son estas palabras, añade que Calahorra era contributaria de Huesca; así entiendo la frase, *Calagurritani qui erant cum Oscensibus contributi*, para denotar que esta Calahorra no era la *Násica* como creyó Mariana, sino la *Fabularia*, á cuatro leguas de Huesca, donde hoy está *Loharre*, ó quizás *Alerri*.) Lo mismo hicieron Tarragona, Vique, los jaccetanos y los ilergavoneses. A todos encargó César le favoreciesen y acudiesen con trigo y víveres, como efectivamente lo cumplieron. Aun se le pasó una cohorte de ilergaboneses que tenia Afranio; y comenzó á crecer esta mudanza de forma, que como á porfia se fueron acomodando con César los pueblos aun los mas apartados. Cesó tambien la voz esparcida de que Pompeyo venia en auxilio de sus legados y tropa de su partido.

4. Todas estas novedades no solo cedian en favor de César, sino que acobardaban á los pompeyanos, y mas que todo la actividad de César aun en los mayores conflictos. Al ver el mucho rodeo

:

que su caballería tenia que hacer para pasar el Segre por el puente de barcos, buscó paraje oportuno por donde sangrarlo. Abrió varios canales treinta pies hondos, por donde dirigió gran parte de las aguas, y dejó el rio vadeable. Cuando lo vieron Afranio y Petreyo, recelaron que César con su mucha caballería les quitaria los comestibles; y con esta consideracion acordaron trasladar la guerra á Celtiberia. Movíales tambien, el que las ciudades ganadas por Pompeyo en la guerra sertoriana, aun ausente le temian, y las amigas lo amaban. Esto resuelto, mandaron juntar en Octogesa (hoy *Mequinenza*) los barcos que en el Ebro habia, y formar con ellos un puente para no detener la marcha. Ignoraban aun que de nada habia de servirles. Pasaron sus legiones el rio por el puente de Lérida, y esto hizo que César apresurase el desagüe de su caudal para pasarle mas pronto. Pasóle pues, aunque con detencion y trabajo, y ya no le quedaba mas arbitrio que seguir el alcance de Petreyo y Afranio, haciéndoles el daño que pudiese en su retaguardia con su caballería lijera. Seguian detrás las legiones: lo cual visto por Afranio y Petreyo, se detuvieron en parajes elevados y seguros bien ordenada la gente. Dió César algun descanso á la suya; pero hubo de ser breve porque los enemigos se pusieron en marcha, y era fuerza detenerlos con las acostumbradas escaramuzas.

5. Sentaron su real Petreyo y Afranio mas temprano de lo que habian pensado, por estar ya cerca los montes en que se podian librar de la caballería cesariana. Era su designio ocupar las angosturas y gargantas del camino, donde impedir

el paso á los de César , mientras las legiones que seguian pasaban el Ebro por el puente construido en Octogesa. Debian haberlo hecho aquel dia mismo; pero los continuos rebatos de César , y el cansancio, se lo hicieron dejar para el siguiente, en que ya no pudieron ejecutarlo. Puso César aquella noche su real en un cerro vecino, y sobre la media noche sus caballos, que corrian el campo, le trajeron algunos prisioneros que habian ido por agua. Supo de ellos que Petreyo y Afranio marchaban á la sorda con toda su gente, y en el momento mandó tocar al arma, levantar el alarido, y sonar vivamente los vasos de metal como solian en los acometimientos. Oido esto por los pompeyanos, creyeron que los caballos de César habian ocupado las estrechuras del monte, y suspendieron la salida. Frontino trae esta extratagemas de César. Venida la mañana, salió Petreyo con alguna caballería á reconocer los pasos y caminos. Lo mismo hizo César por medio de Lucio Decidio; y una misma fué la relacion de todos, á saber: *Que luego venian como cinco millas de camino llano, pasadas las cuales empezaban asperezas y quebradas: el que primero las ocupase, rechazaria fácilmente al enemigo.*

6. Con esta noticia Petreyo y Afranio tomaron acuerdo sobre la mejor hora de ponerse en marcha. Muchos eran de dictámen partiesen la próxima noche, adelantándose lo posible en procurar los puestos; pero decian otros no era ya posible marchar sin que lo supiese César, como lo habian visto en la noche precedente. Si salian los cercaria luego con su caballería, que ya sin duda tendria tomados los pasos. Que se debian excusar

peleas nocturnas, pues en guerras civiles mas puede con la tropa el miedo del castigo, que el juramento prestado. No así peleando de dia: todos ven lo que todos hacen; y la presencia de los oficiales y gefes sirve para que cada uno haga lo que debe. Por tanto, concluyeron: *salgamos de dia, y si recibimos algun daño, por lo menos salvaremos el cuerpo del ejército, que podrá tomar los puestos que procura.* Prevaleció este dictámen, y quedó resuelta la marcha para el dia inmediato.

7. Con la primera luz de la mañana exploró César por sus batidores toda la comarca, y sacó su ejército á campaña, sin tomar camino determinado, porque los que conducian á Octogesa estaban ocupados por el enemigo. En la ruta que aparentaba llevar habia profundos barrancos y despeñaderos que cortaban absolutamente la marcha, de forma que los afranianos se burlaban diciendo: *¿ si de hambre se volvan á Lérida?* Creyeron efectivamente que César seguiria camino tan fragoso, y celebraban la resolucion de haber salido de dia. Bien podian haber recelado algun ardid de César, puesto que no llevaba bagaje; pero luego que le vieron doblar poco á poco sobre la derecha, y que su vanguardia les tomaba la delantera, conocieron su designio y engaño propio, y resolvieron salir al encuentro. Tocarón pues al arma, y dejando guardia en los reales caminaron al Ebro.

8. Reduciase la disputa á quién ocuparia primero las gargantas del camino y montes adyacentes. El ejército de César marchaba poco por las asperezas del que llevaba: al de Afriano retardaba la caballería de César. Sin embargo mas anduvo Cé-

sar que Afranio; y habiendo topado cierta llanura despues de lo escabroso, ordenó César su ejército en ella al encuentro del enemigo. Cuando Afranio vió maltratar su retaguardia por los caballos de César, y á éste con las legiones al paso, se mantuvo quieto en el cerro que ocupaba. De allí envió cuatro cohortes cetradas que prontamente ocupasen otro monte elevado que tenia delante con objeto de trasladarse allá, y luego de cumbre en cumbre fuera de camino llegar á Octogesa. Mas atacadas las cuatro cohortes por la caballería cesariana, y cercadas todo en derredor, murió toda su gente á vista de los dos campos.

9. Ocasión oportuna era esta para derrotar César á los enemigos dándoles allí mismo batalla, y así se lo persuadian sus tribunos casi con ruegos; pero César habia deliberado cuerdamente conseguir la victoria sin sangre. *¿A qué propósito, decia, derramarla y aventurar la vida de tantos ciudadanos, cuando el estado de los enemigos indicaba un próximo rendimiento?* Desaprobaban sus oficiales esta resolucion y esperanza; y aun el vulgo de los soldados osaba proferir: *Que si César dejaba pasar aquella favorable coyuntura, cuando querria no pelearian.* Pero César perseveró firme en su propósito, y aun se alejó algo del enemigo para minorarle los temores. Con esto los pompeyanos retrocedieron á su real; César coronó de gente los montes del camino, tomó todos los pasos para el Ebro, y sentó su real bien cerca del enemigo.

10. Vió Afranio el dia siguiente cogido el paso para los comestibles, y la imposibilidad de llegar al Ebro sin batalla decisiva. Tenido consejo,

se vió que solo les quedaban dos caminos para salvarse, el uno era regresar á Lérída, y el otro declinar á la izquierda y bajar á Tarragona. Pero mientras esto discurrían, he aquí que la caballería cesariana no dejaba ir por agua á los afranianos, y les fué preciso alargar hasta el Segre dos ramales de trincheras. Partieronse los trabajos Afranio y Petreyo, y cada cual se fué á dirigirlos. Vieron ocasion oportuna los soldados para formar corrillos, y no reparar algunos en pasarse al campo de César donde tenían amigos, deudos y paisanos, los cuales les daban gracias de haberles perdonado las vidas que el dia antes hubieran podido quitarles si hubieran querido. Pidieron á César por medio de los centuriones, si los perdonaria poniéndose en sus manos, ya que sentían mucho no haberlo hecho antes. Aun suplicaron por la vida de Petreyo y Afranio, en fe de que no le eran traidores, desertores, ni perjuros. Si se les otorgaba, se pasarían á César banderas y signos. A continuacion unos se quedaron convidados en los reales de César, y otros regresaron á los suyos con algunos amigos. Ya los de César alababan la resolucion de éste de no haber querido dar batalla, pues creían que todo se compondría sin ella, y la guerra daría fin amigablemente. Muchos oficiales afranianos se fueron para César encomendándose á su lenidad y misericordia; y lo mismo hicieron los españoles distinguidos y nobles que Afranio tenía en rehenes. Hasta el hijo mismo de Afranio, cuidadoso de su salvacion y de la de su padre, se convino con César por medio de Sulpicio, su legado. Finalmente, resonaron alegrías y enhorabuenas en ambos reales como

si fueran uno solo, unos por evitar el riesgo, y otros por ganar la victoria sin batalla.

11. Cuando Afranio supo lo que pasaba en el ejército, dejando la trinchera, regresó á sus reales mostrándose resuelto á recibir serenamente lo que resultase; no así Petreyo, que tambien acudió pronto. Puso en arma sus amigos y familiares, y con la cohorte pretoriana cetrada y alguna caballería su devota, se situó sobre el vallado, dispó los corrillos de la soldadesca, prohibió que los cesarianos entrasen en su real, y dado á las furias, quitó la vida brutalmente á diferentes que se le antojaron apasionados al convenio. Un trozo de estos que no pudieron huir de sus iras, al verse acometidos, se formaron en cuña, revolvieron sus sagos ó capotes en la siniestra, y desnudaron las espadas en su defensa. Defendieron en efecto su vida, y pudieron escapar de los reales. Iba Petreyo corriendo como demente por entre las legiones con la espada en la mano y las lágrimas en los ojos, clamando *no quisiesen entregar al suplicio á su persona, y á su general Pompeyo*. Concorre toda la oficialidad al pretorio; hace jurar á todos de no desampararle, no ser traidores al ejército y gefe, ni deliberar privadamente cosa alguna. Jura él primero que todos, y hace luego que jure Afranio, y que los centuriones y tribunos le entreguen en el momento los soldados de César que tengan escondidos. Presentados algunos los mandó degollar allí mismo; pero hubo muchos que los tuvieron ocultos hasta la noche en que les dieron escape. Con esta crueldad y juramento quedó frustrada la composicion que se esperaba, y volvió todo al primer estado;

pero de nada le sirvieron estas locuras y barbarie. Ya no era tiempo de buscar otro recurso que la piedad de César.

12. Obró César muy al contrario que Petreyo. Envió libres á sus reales los pompeyanos que en los suyos habia. Quedaronse con César algunos tribunos y centuriones, y los honró mucho. Crecia diariamente la falta de comestibles en el ejército pompeyano, y mas las deserciones. De los dos recursos que les quedaban, el menos malo parecia el regreso á Lérida, pues Tarragona distaba demasiado, y en tan largo camino sucederian infinitos azares, aun cuando pudiera conseguirse. Resolvieron pues Afranio y Petreyo volverse á Lérida y se pusieron en marcha; pero despachó César allá su caballería que les picase la retaguardia como solia, y detuviese con escaramuzas, mientras él seguia con las legiones. Acosados pues así por espacio de una legua en que padecieron infinito, y por eso caminaban poco, pudieron ocupar un monte muy alto, y se fortificaron allí por la parte que miraba al ejército de César. No descargaron el bagaje con ánimo de marchar luego que César parase y enviase á pacer su caballería. Salió la cosa como discurrieron; pero luego que César los vió en marcha, revocó su caballería al paraje, y él con sus legiones dieron tantos rebatos y correrías á los afranianos, que los llegaron á poner en huida, y mataron infinitos que se resistieron. Aun no les dieron lugar ni tiempo para fortificarse en paraje ventajoso, y tuvieron que hacer alto en el mas incómodo por muy distante del agua. No quiso César molestarlos mas por la causa ya dicha; pero los

tuvo allí cerrados hasta cuatro dias. Mientras tanto hicieron mil tentativas para escapar por la parte mas cercana al Segre, hácia el cual alargaban de continuo los reales y vallado; pero César se lo estorbó todo con su vigilancia, conocidos sus intentos.

13. Por último, forzados de la necesidad pidieron habla con César privadamente: pero César no se lo concedió sino pública, y á presencia de ambos ejércitos. Vinieron pues Afranio y Petreyo al puesto señalado; y el primero con grande sumision habló diciendo: *No se les debia culpar hubiesen guardado á su general Pompeyo la fidelidad jurada: pero ya eran hartos los trabajos padecidos por ella. Se debian confesar rendidos á César, y pedirle usase de su misericordia con ellos, y no hacerles merecedores de un suplicio.* Respondióle César: *A ninguno de ese ejército convienen menos los lamentos y mi lenidad que á sus dos generales: todos los otros han hecho lo que debian. Yo por mi parte he cuidado no derramar sangre de los ciudadanos, aun despues de haberme provocado vosotros á ello, quitando bárbaramente la vida á muchos de mis soldados fuera de batalla, y procurando las paces. Aun gran parte de los vuestros, ó todos, han procurado evitar, por medio de composicion amistosa, las miserias de la guerra. Todos pues los que aquí estamos hemos sido piadosos: solo vosotros dos habeis rehusado la paz, y quebrantado las sagradas leyes del armisticio. Os acaba de suceder lo que sucede siempre á los arrogantes orgullosos. Cuando se hallan mas satisfechos de sí mismos, y cuando menos lo piensan, se ven humillados á pedir con lágrimas lo que poco antes despreciaran. Sin*

embargo, no quiero pedir os cosas con que crecer mis fuerzas como puedo, sino solo que deshagais al momento esos ejércitos que armasteis contra mí. No quiero tampoco que esos soldados militen en mis banderas, sino que no tomen contra mí las armas, y se les dé luego su licencia y retiro. Con esto solo me contento, y á nadie causaré el menor daño. Este es mi genio militar; y la última resolución que para la paz os propongo.

14. Los soldados aceptaron al punto condicion tan útil para ellos, pues en vez de castigo y pena los eximia del servicio. Se dispuso luego se les diera la dimision á los establecidos en España, ó que tuviesen bienes raices en ella: los otros fuesen libres del servicio luego que llegasen al rio Varo (que desagua junto á Niza de Provenza) dándoles César vituallas para el camino. Petreyo (que merecia la muerte) se fué á Caton que estaba en el Peloponeso: Afranio á Pompeyo, existente aun en Macedonia.

CAPITULO X.

Pacífica César á España y regresa á Roma. Inquietudes en Andalucía contra Casio Longino. Venida de los hijos de Pompeyo el Grande, y guerra de César con ellos.

1. Puesta en paz la España Citerior, pasó César á la Ulterior que sostenia Varron con las legiones romanas. Dos de las suyas envió César delante, mientras él con una celeridad increíble marchó á Córdoba con seiscientos caballos. Habia mandado por escrito viniesen á esta ciudad los

magistrados y principales de las otras ciudades; y ninguna dejó de enviar allá sus senadores viniendo acompañados de los ciudadanos romanos establecidos en ellas. Antes que César llegase á Córdoba ya esta cerró sus puertas á Varron, y puso centinelas en los muros reteniendo dos cohortes coloniales que tenia á servicio de Pompeyo. Por el mismo tiempo la ciudad de Carmona echó de su alcázar tres cohortes que Varron tenia de presidio. Retiróse Varron á Cádiz temiendo ser atajado en el camino si lo retardaba: pero los gaditanos se pusieron de parte de César, y le enviaron á Córdoba sus legados como César habia pedido, Mas unieronse con los tribunos y las cohortes que tenia de guarnicion en Cádiz el legado de Varron llamado *Galonio*, expelieronle de la ciudad y la guardaron para César. Sabidas estas novedades en Sevilla, una de las dos legiones de Varron alzó banderas y desertó delante de sus ojos; con lo cual ya no vió mejor camino que tratar con César, y ofrecerle la legion que le quedaba. No lo dilató un instante poniéndolo en ejecucion por medio de mensajeros; y además, le entregó las cuentas y caudales de su ejército, con las naves que tenia.

2. Dió César gracias en general á todos por aquellos favores: prohibió se pagasen los pedidos de Varron: premió á los beneméritos, y alentó á los otros con buenas esperanzas. De allí á dos dias se fué de Córdoba para Cádiz, dejando allá á Quinto Casio Longino, pro-pretor de la provincia, con cuatro legiones; hizo ciudadanos de Roma á los gaditanos, y se embarcó para Tarragona. Esperabanle allí mensajeros de todas las ciudades de

España Citerior, y le colmaron de regalos y parabienes: á lo que correspondió César con urbanidad, gracias y ofrecimientos, y tomó por tierra la vía de Marsella. Tanta muchedumbre de cosas grandes acontecieron á César en España durante el año 49 antes de Cristo; pues como se saca de varias cartas de Ciceron y otros documentos indubitables, la paz de Mequinenza con Afranio y Petreyo fué dia 2 de Agosto, y César á fines del otoño mismo ya estaba en Roma con el cargo de dictador que le habia dado Lépido su gobernador, y disponiéndose para buscar en Grecia á Pompeyo.

3. Casio Longino, dejado por César gobernando á España, la tenia conmovida por su crueldad y avaricia, siendo por lo mismo aborrecido de todos; pero para precaverse tenia contenta la tropa á fuerza de dádivas que exigia de los pueblos. Levantó una legion nueva y aumentó sobrado la caballería, recargando de pechos la provincia con estos inútiles gastos. Tan pesadas fueron sus vejaciones que los andaluces maquinaron contra su vida, hallando apoyo en sus mismos criados, que sin embargo de ser partícipes de sus robos y cohechos le aborrecian de muerte. Fraguóse la conjuración: diéronle algunas puñaladas, pero no mortales ni muy peligrosas, y sanó en breve. Sucedia esto durante el año 48 antes de Cristo, en que vencido Pompeyo por César en Farsalia, fugitivo, y después degollado en Egipto por Tolomeo su rey, quedó César absoluto dueño del imperio romano.

4. Recobrado Longino de sus heridas, agravaba de nuevo mas y mas al pueblo con extorsiones y latrocinios, de forma, que ni los soldados

podian aguantarle, y se le rebelaron infinitos, tomando por gefe á Tito Torio, ciudadano de Itálica. La legion *Vernácula*, que era la que habia desertado de Varron en Sevilla, pasó á cuchillo cuatro cohortes que se iban á juntar con Longino. Sublevóse Córdoba consintiéndolo de grado ó fuerza Marco Marcelo con dos cohortes que allí tenia, dándose todos á Torio que sobrevino luego. Quiso Longino recobrar á Córdoba; pero fué nuevamente rechazado por Torio y Marcelo, y huyó á Carmona.

5. Vino á la sazón la noticia de que ya caminaba para España el pretor Aulo Trebonio, sucesor de Longino, y al instante dió éste cuarteles de invierno á la tropa. Partió á Málaga con los inmensos tesoros acá robados, y se embarcó de contado sin atender á que la mar estaba gruesa. Llegó en breves dias al Ebro; se detuvo en los Alsaques por no pasarlos de noche, y la mañana siguiente continuó su viaje por mas que la mar arreciaba. Por fin, forcejando contra los vientos y olas, embistió contra la corriente, vaciló entre ímpetus opuestos un rato, hasta que zozobró de golpe, y la mar se tragó á Longino con sus tesoros. Esto parece sucedió á principios del año 46 antes de la 46
venida de Cristo.

6. Mientras estaba César en las guerras africanas contra Scipion, Caton, Yuba, Petreyo y demás enemigos, la España Ulterior alzó banderas por los hijos de Pompeyo, con una levedad de locos. Nombró por gefes contra el pretor Trebonio á Quinto Scápula y á Quinto Aponio. Pero César, derrotados todos sus enemigos en Africa, se fué á Roma, triunfó cuatro dias consecutivos ó bien

celebró cuatro triunfos por las victorias de las Galias, Egipto, de Farnaces, rey del Bósforo, y de Yuba, rey de Mauritania. Formó padron ó censo de los ciudadanos romanos, y halló la mitad menos que antes de las guerras civiles habia. *Solvantur diaboli, et tot occidant*, dice con mucha razon Luis Vives. Puso algunas leyes de policía, corrigió el calendario, y mandó comenzar el año corregido dia 1.º de Enero del 45 antes de Cristo.

45

7. Esto durante, Scapula y Aponio sacaron de la Bética á Trebonio; y estaba ya toda por Gneo Pompeyo (hijo mayor del Grande) que ya venia por Mallorca. Solo la ciudad de Ulia, que se cree estuvo donde ahora Montemayor, se mantuvo por César. Con los Pompeyos Gneo y Sexto, su hermano, venian los capitanes Accio Varo y Tito Labieno con alguna gente que habia podido escapar de las rotas africanas. Tomaron tierra en Carteya y ocuparon la provincia Ulterior sin dificultad alguna, como que ya estaba por ellos. César tenia acá por legados á Quinto Pedio y á Quinto Fabio Máximo, al parecer enviados en auxilio de Trebonio; pero como aun todos unidos no bastaban á resistir á las fuerzas de Pompeyo, no hacian mas que amonestar á César se viniese luego, porque sin él todo peligraba. Desocupado pues de sus triunfos, se puso en camino para España á principios del mismo año 45 antes de Cristo, que, segun dijimos, fué el primer año *Juliano*, ó de la correccion *Juliana*. Su viaje fué tan ejecutivo, que segun los escritores de aquellos tiempos y siguientes, llegó á Obulco, hoy *Porcuna*, en veinte y siete dias. O siguiendo la frase de dichos autores, vino de Roma

á Sagunto en diez y siete dias, y en siete mas á la provincia Ulterior.

8. Esto durante, se dieron una sangrienta batalla de mar Accio Varo con la escuadra Pompeyana, y Cayo Didio con la de César. La acción fué junto al Estrecho, y la perdió Varo, huyendo derrotado al puerto de Carteya. Aun allí no le hubiera quedado bajel alguno, á no haber interceptado el paso á Didio con las áncoras y cables enlazados á modo de cadena.

9. Llegado César á Porcuna, le fueron á ver algunos cordobeses sus apasionados, y le dijeron *que de noche podria ocupar la ciudad; pero tuviera entendido que todo estaba lleno de espías de Pompeyo.* Comunicó César á Pedio y Fabio su llegada, y les encargó le enviasen al punto la caballería provincial que hubiesen alistado; mas antes que le viniese, llegó César al ejército. Sexto Pompeyo estaba en Córdoba, y Gneo tenia á Ulia cercada. Los ulienses enviaron mensajeros á César pidiéndole socorro, y les envió once cohortes de infantería y otras once de caballería á cargo de Julio Pacieco, caballero español, práctico en aquella tierra. Llegaron á Ulia muy entrada la noche, que era tempestuosa, oscurísima y de ventisca; de forma que nadie conocia á quien tenia al lado. Envió Pacieco los caballos dos á dos hácia la puerta, y preguntados por las vigias de Pompeyo, *¿qué gente?* respondió uno, *que callasen, que aquel era el momento en que iban á tomar la plaza.* Con esta respuesta pasaron adelante sin estorbo, creyendo eran sus camaradas, venidos de parte de Pompeyo. Llegados á la puerta, dieron señal, y fueron recibidos

en Ulia, y sin detencion hicieron salida unos y otros contra los sitiadores, causándoles repentinamente gravísimos daños.

10. Socorrida Ulia, movió César contra Córdoba con designio de atraer de Ulia á Gneo Pompeyo. Envió delante la caballería y algunos lorigados ó coraceros con órden de que llegados á vista de la ciudad los lorigados montasen á las ancas de los caballos, y anduviesen así sin que les observasen los enemigos. Ejecutaronlo puntualmente, y llegados á Córdoba, salió gente de ella solo contra la caballería; pero saltando luego de las ancas los soldados lorigados trabaron tan atroz pelea, que de la muchedumbre que habia salido, pudieron escapar muy pocos. El extratagema causó miedo á Sexto Pompeyo, que escribió á su hermano se viniera luego si queria salvar á Córdoba.

11. Llegado César al Betis, no pudiendo pasarle por falta de puentes, hundió en su cáuce un tan gran número de cuévanos llenos de piedras, que sobre ellos pudo dar paso seguro al ejército y bagaje. Sentó su campo á la margen opuesta, y levantó trinchera contra la ciudad á una y otra mano de los reales. Acudió tambien Gneo, como César tenia previsto, y puso su real enfrente de la ciudad misma. Extendió César hasta el puente de esta un brazo de trinchera con ánimo de quitar á Pompeyo la entrada en Córdoba y los comestibles, y lo mismo hizo Pompeyo por su lado con el mismo objeto. Ambos contendian sobre tomar primero el puente de Córdoba, empeñándose de manera que un dia pelearon tan unidos entre la margen del rio y el puente, que urgiendo unos y otros,

cayeron muchos en el rio y se ahogaron.

12. Procuraba César sacar á los enemigos á campo ancho y darles batalla; pero no pudiendo conseguirlo, repasó el Betis y marchó contra Ategua, ciudad fortificada en que Pompeyo tenia su granero. Parece que Ategua estaba donde hoy es un despoblado, á cuatro leguas de Córdoba hácia Porcuna, llamado *Teba la vieja*. Con la ausencia de César entró Pompeyo en Córdoba sin estorbo; pero tuvo luego que marchar al socorro de Ategua. Mientras tanto ocupó César algunos castillos del contorno para la retirada si la necesitase; pero llegado Pompeyo una mañana nebulosa, su caballería y cohortes cercaron á los de César que tomaban los castillos, y los mataron casi todos.

13. En la noche siguiente quemó Pompeyo sus reales, y se fué á ponerlos en los montes á la otra parte del Salado entre Ategua y Ucubi (ó *Atubi* que es una ciudad misma). César apretaba la primera con todo género de ingenios y máquinas de guerra. Quiso Pompeyo quitarle uno de los castillos y fortalezas arriba nombradas; pero corriendo allá César con tres legiones, le mató y apriisionó mucha gente, y la restante huyó escarmantada y medrosa. En el siguiente dia vinieron de Italia á César dos grandes partidas de caballos á cargo de Arguecio y Asprenate: lo cual puso tanto miedo á Pompeyo, que pensó retirarse á Córdoba la misma noche. Por la causa misma le dejaron algunos soldados de cuenta, y se fueron á César. Aun la caballería de éste cogió gran número de vivanderos pompeyanos con sus cargamentos y ba-

:

gajes, que de Córdoba iban á los reales de Pompeyo, ignorando su retiro.

14. Los ateguanos peleaban vivamente sobre sus muros, disparando á los de César todo género de petardos y materias incendiarias que les causaban gravísimos daños. Causaronseles mayores en una salida que hicieron con un ímpetu furioso; pero fueron rechazados con pérdida notable. Nada acobardaban á César estos accidentes: por el contrario apretaba mas y mas el sitio de Ategua. Envióle esta mensajeros diciéndole se le entregaria la ciudad como dejase ir libre la guarnicion que tenia de pompeyanos. Respondió César: *Que él no acostumbraba recibir condiciones sino darlas.* Indignaronse de forma los ateguanos de la respuesta, que levantando los ordinarios alaridos dispararon una densa lluvia de dardos y flechas, y no se dudó harian salida. Pelearon desesperadamente desde los muros por toda la ciudad en contorno; pero la porfia y resistencia de César era demasiada. Sus ingenios derribaron una torre muy importante, y este accidente no pensado les inclinó á rendirse; pero Munacio Planco, legado de Pompeyo (mas adelante amigo de Augusto) que defendia la plaza, prohibió la rendicion, degollando bárbaramente á cuantos dijese palabra que sonase á rendirse, y arrojando los cuerpos al campo. El dia siguiente salieron de la ciudad dos embajadores á César, rindiéndosela salvas las vidas de los ciudadanos, del mismo modo que César la concedió á los rendidos que solo se habian defendido honradamente. Respondiólos: *Que segun habia usado con todos, usaria de su clemencia con ellos.*

15. Viendo ya Pompeyo imposible estorbar la rendición de Ategua levantó su campo, mandando degollar brutalmente á uno que era de parecer diesen á César allí mismo la batalla. Con esto desmayó tambien Munacio Planco, y desde la muralla dejó caer un escrito al campo de César, que decia: *Lucio Munacio á César: Si me otorgas la vida ya que Pompeyo me deja, seré para tí lo que para él he sido.* Los ateguanos instaron pidiendo de nuevo lo que tenian suplicado á César. Respondió César á todos: *César soy; mantendré mi palabra.* Rindióse pues Ategua dia 18 de Febrero. Si los números de los autores estan incorruptos, inferimos que César salió de Roma para España á primeros de Enero, llegó á Porcuna á los últimos del mismo, y ejecutó hasta 18 de Febrero lo que dejamos historiado. Bien examinado el *Diario de Hircio*, que se halló en esta guerra, sacaremos algunos dias mas. Sabemos de Suetonio, que César solia caminar cien millas al dia. Luego que Pompeyo supo lo sucedido marchó á Ocubis, Ucubis ó Atubis, que estaba donde hoy Espejo ó cerca, á dos leguas de Ategua, como averiguó Morales. Algo mas arriba de Espejo hácia Alcalá la Real, aun queda el castillo de Lucubin, y un salado del mismo nombre. En ellos parece se conserva un eco del Ucubis antiguo. Siguióle César, y puso sus reales próximos á los de Pompeyo. Un desertor de éste dijo á César: *Que Pompeyo habia mandado á los magistrados ucubienses averiguasen quiénes eran en la ciudad sus partidarios, y quiénes los de César. Y que tenida razon habia degollado setenta y cuatro de los aficionados á César: los demás hasta ciento y*

veinte delatados habian huido. Efectivamente, cuarenta y seis se presentaron al campo de César.

16. Cuando se entregó Ategua se hallaban casualmente en ella algunos naturales del municipio Bursavolense. Algunos imaginan es *Bujalance*; pero no nombrándola otro escritor sino Hircio, puede ser error de copiantes, y se puede leer *Ursaonense*, que es Osuna. Envió César algunos de ellos á su lugar acompañados de mensajeros romanos que dijese á sus compatriotas lo sucedido en Ategua y Ucubis y lo que podian esperar de Pompeyo, que degollaba sus aliados en vez de socorrerlos. Llegados al municipio no se atrevieron los romanos á entrar en él temiendo algun desman del pueblo, y entraron solo los bursavoleses. Hubo contrariedades en el municipio acerca del mensaje de César, y tuvieron sus contestaciones con los de César que esperaban en el campo. Mas al fin, cuando los mismos que habian venido de César y volvian á él con la respuesta del magistrado, tuvieron audacia muchos bursavoleses de acometer con armas á los romanos mensajeros de César con tal ímpetu que no les dieron lugar de salvarse, y los mataron todos, fuera de dos que fueron mas ligeros de pies, los cuales contaron á César lo sucedido.

17. El atentado causó el mayor temor y disgusto al magistrado bursavoles, y dando sobre un ciudadano que habia sido el autor, lo corrieron á pedradas; pero se salvó como pudo del ímpetu primero. Sosegado este, pidió le enviasen embajador á César, y verian como daba de todo satisfaccion cumplida. Concedieronsele incautamente; pero lo que hizo fué convoyar una cuadrilla de malvados y

salir con ellos como á la embajada, regresar de noche al lugar, y degollando á los principales de él, apoderarse de todo. No dicen los escritores lo que César hizo de aquellos asesinos.



CAPITULO XI.

Siguen las guerras de César con los pompeyanos, y la célebre batalla de Munda.

1. El dia siguiente tuvieron César y Pompeyo una pelea junto á Soricaria, que se cree la misma poblacion que Soricia, nombrada mas adelante, y correspondiente á un cortijo llamado *Jorquera*, cerca de Espejo. Fué porque Pompeyo conoció que le queria alejar de Aspavia (á cinco millas de Vacbis) la cual parece corresponde á Castro-el-Rio; y por ello se mantenía sobre cerros y alturas ventajosas, hasta que César á viva fuerza lo hizo bajar á lo llano. Peleóse porfiadamente por un rato; pero los pompeyanos huyeron al monte, y solo perdieron cuatrocientos sesenta y dos hombres. Se pasaron entonces á César tres caballeros naturales de Asta, ciudad cerca de Lebrija, llamados *Aulo Bebio*, *Cayo Flavio* y *Aulo Trebelio*. Dijeronle habian resuelto pasarse á sus banderas todos los ciudadanos romanos del ejército de Pompeyo: pero descubiertos por un esclavo habian sido presos, excepto ellos que habian huido. El mismo dia se cogió una carta de Pompeyo á la ciudad de Ursao, ó Ursaona, que es *Osuna*, cuyo contenido era: *Si gozais salud, me alegro: yo la gozo. Aunque sigue la prosperidad de nuestras armas, hasta la hora presente solo tenemos rechazados á los enemigos; con todo, si tuvie-*

ren ánimo para salir á campaña, habríamos acabado la guerra antes de pensarlo. Pero su ejército bisoño no osa salir de los reparos, y así va prolongando las cosas, y sitiándonos los lugares donde proveerse de mantenimientos. Procuraré conservar las ciudades amigas y pronto daremos feliz término á la guerra. Os enviaré algunas cohortes en auxilio. Privados de víveres los enemigos, necesariamente vendrán á batalla. No tenia razon Pompeyo para hablar tan satisfecho y arrogante: pero la necesidad de mantener en su fe las ciudades amigas le forzaba á escribir de aquel modo.

2. Por los mismos dias vinieron á los reales de César algunos esclavos desertores de Pompeyo, y dijeron, que desde la batalla de 5 de Marzo, que segun Hircio, era la misma de Soricia ó Soricaria, era grande el miedo de todos los pompeyanos. El dia mismo movió Pompeyo su campo, y sentó su real enfrente de Hispali. (Las palabras de Hircio son: *Eo die Pompejus castra movit et contra Hispali in oliveto constitit.* Esta marcha no pudo ser mas que de algunas horas, y no era posible que Pompeyo anduviese con su ejército treinta leguas que habia de Ucubis hasta la moderna Sevilla. Tengo pues por indubitable que hubo otra *Hispali* á tres ó cuatro leguas de Ucubis, hácia Monturque.) Siguióle César; y antes de marchar, dice Hircio, se vió la luna hácia el mediodia. De paso puso fuego á Ucubis abandonada por Pompeyo. Combatió luego y rindió la ciudad de Ventisponte. Unas impresiones de Hircio leen así, y otras *Ventiponti*. El P. Florez prueba bien debe leerse *Ventipontem* ó *Ventiponem* en caso acusativo. Las medallas tienen

Ventipo en nominativo. La inscripcion hallada donde estuvo este pueblo pone los adjetivos *Ventiponen-sis* masculino y *Ventiponensia* femenino. Este municipio estuvo donde ahora *Puente de Don Gonzalo*, hácia *Miragenil* y *Estepa*. Dirigióse á *Carruca* (1), y puso su real enfrente de *Pompeyo*. Este incendió la poblacion por haber cerrado sus puertas á la guarnicion que la habia enviado. Movi6 Pompeyo para el campo de *Munda*, y en él sentó sus reales. Siguióle César como hasta entonces habia hecho, y puso su real enfrente del de Pompeyo. A otro dia queria César mover su campo: pero los batidores le dijeron que Pompeyo tenia su ejército pronto desde las tres de la madrugada, con objeto de socorrer á *Ursaona*, como por carta la habia prometido. Confiaba poder hacerlo todo por lo defendido del paraje y fortalecido de la ciudad en que tenia sus reales. Esta era *Munda*, como luego veremos; y erró *Freinshemio* creyendo era *Ucubis*, quemado antes por César.

3. » Pero no debemos omitir (dice *Hircio* que se halló presente) las circunstancias de la batalla de este dia. Mediaba entre ambos reales una llanura de hasta cinco millas. Solo el ejército de Pompeyo era favorecido por lo elevado de la ciudad y naturaleza del paraje en que estaba. De allí comen-

(1) *Hircio dice*: *Iter fecit in Carrucam. De este pueblo no hallamos otra memoria, si no leemos Carulam ó Carbulam, que fué bastante conocido por aquella comarca.*

zaba la llanura del terreno igual, y á su principio habia un arroyo que tambien era en defensa de los pompeyanos, porque su cáuce nos dificultaba llegar á ellos, y corria hácia la mano derecha por terreno palustre y voraginoso. Cuando vió César á Pompeyo sobre las armas no dudó de que para la batalla bajaria al llano que todos tenian á la vista, y hacia que la caballería en él escuadrada formase un aspecto agradable, concurriendo tambien la claridad del sol y serenidad del dia. Los cesarianos estaban generalmente alegres, aunque tambien habia cuidadosos que consideraban haberse conducido las cosas y fortunas de todos de manera, que no sabian lo que dentro de dos horas habria decretado la suerte en aquel campo.

4. » Sacó primero César su ejército á la llanura, no dudando que Pompeyo haria lo mismo; mas éste no se alejó de la ciudad mas que una milla, resuelto á pelear cerca de sus muros. Avanzó César con toda su gente hasta el medio del campo, y se alargó á la margen del arroyo. Es decir, ocupó toda la llanura de Munda: pero los pompeyanos no se movieron un paso. Su ejército consistia en trece legiones con la correspondiente caballería en las alas, y seis mil vélites ó cazadores. Las tropas auxiliares hacian otro tanto número; y todo el ejército de Pompeyo sería como de ciento treinta y seis mil infantes, y cerca de ocho mil caballos. El ejército de César no constaba sino de unos treinta y cuatro mil infantes y ocho mil caballos: casi cuatro veces menor que el de Pompeyo; pero á éste le desampararon los aliados, como veremos.

5. » Llegados los cesarianos al arroyo (de donde empezaba la subida hasta los enemigos) les mandó César no le pasasen, á fin de no pelear desventajosamente cuesta arriba. Esta detencion hizo creer á los pompeyanos que César les temia, y desde sus puestos lo provocaban con dicterios. Duróles poco. Los cesarianos, hechos á vencer, no pudieron detenerse. Pasaron el arroyo medio atascándose, y se comenzó la batalla con los acostumbrados alaridos, y una espesa nube de dardos. Brevemente se llegó á las espadas. Los de César peleaban antes furiosos que valientes: pero la ventaja de los pompeyanos por el sitio, les hacia desconfiar de la victoria.

6. » Esto durante, la ala derecha de los cesarianos peleó tan constante y valerosa, que por allí comenzaron á ceder los pompeyanos. Para sostenerlos, mandó Pompeyo pasar allá una legion de la ala siniestra: pero al punto que marchó, apretó mas allí la caballería cesariana; y aunque los pompeyanos se defendieron vigorosamente, no hubiera quedado uno vivo si no hubieran huido á Munda. Murieron hasta treinta mil, y entre ellos Labieno y Varo, á los cuales César mandó enterrar como distinguidos. De la caballería romana y aliada murieron tres mil. César no perdió mas que mil hombres de toda arma, y tuvo quinientos heridos. Sucedió dia 17 de Marzo.»

7. Esta es sustancialmente la relacion que hace Hircio de la celeberrima batalla de Munda: por quanto su libro está muy descorrecto y depravado en este asunto, que es de los mas importantes, doy aquí la narracion de Dion Casio que me parece

mas llena, y lo debió de tomar de Livio que en tiempo de Casio estaba entero, y quizá tambien del mismo Hircio. Dice pues «Habia en ambos ejércitos muchos españoles y africanos; pues los hijos de Bocco, rey de Mauritania, servian á Pompeyo. Bogud, rey tambien africano, militaba con César; pero la batalla de Munda fué solo entre romanos. Los de César confiaban en su número y pericia militar: pero mas en la presencia de ánimo y actividad de su caudillo. Los de Pompeyo sabian, que siendo vencidos moririan todos como enemigos de César, y que ya le habian sido desleales: así, estaban resueltos á vencer ó morir. Por esta causa no necesitaron de que sus gefes les animasen á la pelea. Al primer acometimiento huyeron las tropas auxiliares de ambos ejércitos. Las legiones romanas vinieron luego á las manos, y se cebaron en la lid mas porfiada. Nadie perdía un palmo del terreno que sus pies ocupaban. Allí permanecia matando ó muriendo, como si solo en él estuviese librada la perdición ó la victoria de los suyos. No se oian los alaridos militares como otras veces: solo sonaban por ambas partes, *hiere, mata*, ejecutándolo las manos aun antes de la lengua. César y Pompeyo estaban á caballo en parajes elevados mirando la pelea, dudosos de su fortuna, y sus corazones fluctuaban entre temores y esperanzas: pero no pudieron contenerse. Saltaron de los caballos, y se metieron entre los suyos, teniendo por menor la lid externa y peligro de sus vidas, que el afan y batalla interior de sus corazones. Anhelaban auxiliar á sus huestes con el ánimo, consejo y espada; y en no pudiendo mas, morir

entre ellas. No aumentó el valor del soldado la presencia del caudillo, porque no podía aumentarse; pero les infundió el mayor desprecio de la muerte, ver que su general aventuraba la vida. Continuó pues el destrozo sin observarse ventaja ni flaqueza por ninguno; y parece hubieran muerto todos en el campo, ó la noche los hubiera separado, si Bogud que se habia quedado con los suyos mirando la batalla, no hubiera intentado tomar el real de Pompeyo que se hallaba con poca guardia. Notólo Labieno, y dejando luego las filas sin decir á nadie nada, corrió contra Bogud. Creyeron los pompeyanos que Labieno huía, y al punto desmayaron de manera, que sin embargo de que luego conocieron el designio de Labieno, ya no pudieron reordenarse. Se comenzaron á retirar unos á Munda y otros á sus reales, segun mas en breve podian. Los que se acogieron al real rechazaron á los de César que los seguian, y no murió ninguno de ellos hasta despues de haber muerto á otros tantos cesarianos. Los que huyeron á la ciudad se defendieron en ella, y no fué tomada mientras quedó uno vivo. En general fueron tantos los romanos que murieron por ambas partes, que no teniendo los de César con que cercar á Munda para que nadie saliese de ella durante la noche, levantaron vallado hacinando cadáveres.»

8. Nuestro Lucio Floro cuenta esta batalla con tanta brevedad como elegancia, diciendo «Munda fué la última de las disputas civiles de César. No peleó aquí con igual felicidad que en otras batallas. Fué funesta y dudosa por grande rato, y tanto, que pareció que la fortuna meditaba algo

contra César. Ello fué, que hallóse al frente de su ejército mas triste de lo que solia: ya fuese considerando la debilidad humana, ya fuese teniendo por sospechosa la sobrada continuacion de prosperidades. En lo mas crítico de la batalla, habiendo peleado muchas horas sin mas ventaja de ninguno que *herir y matar*, sobrevino un repentino y absoluto silencio general como de concierto, nunca visto. Siguióse luego lo que César no podia sospechar. Despues de catorce años de guerra, en que tenia bien experimentada su tropa, la vió ceder y retroceder en el conflicto; y aunque todavía no era fuga declarada, mostraba demasiado que mas resistia por afrenta que por valentía. Entonces arrojándose del caballo, saltó delante de la primera fila, y comenzó á sostener á fuerza de brazos á los que retrocedian, alentándolos, y corriendo acá y allá con ojos, voces y manos, á manera de furioso. Se cuenta, que durante la batalla y en su mayor aprieto, pareció meditaba ya quitarse la vida, y se le vieron en el semblante señales de ejecutarlo, anticipándose á la muerte que le debian dar los enemigos.

Plutarco añade que salido de la batalla dijo á los suyos: *Que siempre habia peleado para ganar la victoria: pero aquella vez para salvar la vida.* Concluida pues la batalla, corrió á Córdoba un jóven romano llamado *Valerio*, y comunicó á Sexto Pompeyo la derrota de su hermano. Sexto repartió entre los caballeros que le asistian el dinero que tenia, y diciéndoles iba á tratar paces con César, marchó de Córdoba cerca de media noche. Gneo su hermano salió de la batalla

huyendo por la parte opuesta de Munda con algunos infantes y caballos. Dirigióse á Carteya donde tenia su escuadra, ciento setenta millas distante de Córdoba, y se puso en manos de los carteyenses (1).

(1) *Lo mas que Carteya podia distar de Córdoba por línea recta es ciento cuarenta millas: las ciento setenta que pone Hiscio sería por los rodeos del camino. Parece que este autor puso la distancia de Córdoba á Carteya, y no la de Munda, porque vendria á ser la misma, y mas conocida la primera que tendria camino militar.*



CAPITULO XII.

Ultimos acontecimientos de esta guerra y muerte de Gneo Pompeyo. Guerra de Augusto en Cantabria y Asturias, hasta el nacimiento de Cristo.

1. Dejando César á Munda sitiada, partió para Córdoba. Ocupaban su puente los fugitivos de Pompeyo, y le negaron el paso: pero lo consiguió por otra parte, y marchó contra los que le ocupaban, cuyo caudillo era Quincio Scápula. Viéndose éste infaliblemente perdido, formó una grande hacina de leña, cenó espléndidamente, repartió entre sus familiares cuanto tenia, cubrióse de nardo y resina, y subiendo sobre la leña se mandó degollar por un esclavo, mientras otro encendia la pira, y murió abrasado. Luego que los cordobeses vieron á César, tuvieron sus disensiones entre pompeyanos y cesarianos, y esto con tal gritería y calor, que se oian los alborotos en el campo de César. Habíase juntado en la ciudad mucha gente fugitiva enemiga de César, y tentó resistirle; pero como fugitivos y cobardes, luego que les acometió César huyeron, y solo se desquitaron poniendo fuego á las casas donde estaban. Aun esto no les aprovechó de nada. Acosaronles los cesarianos dentro de la ciudad misma y mataron hasta veinte y dos mil de ellos, con otros que ya habian perecido fuera.

2. Tomada Córdoba, marchó César á Sevilla (ó Hispalis) y antes que llegase salieron emba-

jadores pidiéndole clemencia. Respondióles, *cuidaría de que la ciudad no padeciese daño*. Envióla guarnicion de legados á cargo de su legado Caninio, mientras él ponía su real fuera de los muros. Todavía tenia mucha gente de guerra la faccion pompeyana, y llevó á mal hubiese sido recibida la de César. Cierta Filon, cabeza de los pompeyanos, y muy conocido en Lusitania, se fué ocultamente de Sevilla, pasó á Lenio, que debia ser ciudad de Lusitania, trató con Cecilio Nigro que capitaneaba un gran trozo de lusitanos, y ambos vinieron á Sevilla con ellos. Entraron de noche por el muro, y lo primero que hicieron fué degollar las centinelas y detrás toda la guarnicion cesariana, que tal no imaginaba ni temia. Apoderados de todas las puertas de la ciudad, la pusieron en arma aquella misma noche. Para vencerlos César á menos costa, y para que no pusiesen fuego á los edificios, aparentó no cuidarse nada de ellos, ni aun buscarlos. Engreido Filon con esto, tomó motivo de atreverse á mas de lo que podia, y maquinó quemar de noche las naves que tenia César en el Betis. Pero César le cogió la espalda con su caballería, y los mató todos sin escapar uno. Con esto se le rindió la ciudad dia 9 de Agosto.

3. A la sazón vinieron á César embajadores de Carteya, diciéndole tenian en su ciudad á Pompeyo. Pasó César á la ciudad de Asta (que está mas allá de Cádiz, cerca del Puerto de Santa María), la cual se le dió luego. Súpose tambien, que los fugitivos á Munda se habian entregado: mas habiéndolos repartido en las legiones que los

tenian sitiados, conjuraron con los mundeses salir de noche contra los cesarianos, y que con su ayuda los degollarían. Descubrióse la trama, y unos y otros fueron pasados á cuchillo.

4. Mientras acababa César de sujetar algunos pueblos aun rebeldes, hubo sedición en Carteya entre pompeyanos y cesarianos. Unos y otros ocuparon las puertas de la ciudad, y hubo grande matanza, de lo cual salió herido el mismo Pompeyo; pero se pudo salvar retirándose á treinta naves que en el puerto tenia. Didio que con la escuadra de César estaba en Cádiz, tenida la noticia salió al mar en busca de Pompeyo, y lo descubrió al cuarto dia. Pompeyo por haber entrado en el mar arrebatadamente, estaba sin agua, y hubo de saltar en tierra por ella. Mientras la tomaban, acometió Didio las naves de Pompeyo, incendió algunas, cogió otras, y dispersó las restantes.

5. No pudiendo ya Pompeyo huir por mar, ocupó con alguna gente que le seguia un paraje muy fuerte por naturaleza; pero sabiéndolo las partidas de caballos de César que lo buscaban, hubo de solicitar puesto mas oculto. Retardaba su fuga el ir herido en un hombro y pierna siniestra; y mucho mas una torcida de pie, que no le dejaba dar paso. Era forzoso llevarlo en hombros ó silla de manos por las asperezas. Cuando premeditaba su retiro de allí, ya los de César le tenían el monte cercado; pero era dificultosa la subida y de mucho riesgo, fueron repelidos con bastante pérdida, aunque no por eso desmayaron. Cesonio Lenton que los gobernaba, subió sobre los reparos á fin de pelear á igual altura; visto lo cual se dieron á la

:

fuga. Podía Pompeyo caminar poco en paraje tan quebrado, y no hallaban modo para librarse de los cesarianos que los acosaban. Era llegada la fatal hora. Metióse Pompeyo en un profundo barranco donde deslizado el terreno, formaba un socavon ó cueva. Entróse allí, y quizá no hubiera sido descubierto fácilmente si no lo hubieran indicado los prisioneros cogidos. En fin, hallada la cueva, lo mataron allí mismo, le segaron la cabeza, y se la llevaron á César, como le habían llevado la de su padre despues de la batalla de Farsalia.

6. Muerto Gneo Pompeyo, y huido su hermano, los lusitanos que por allí quedaban se juntaron bajo de una bandera, y acometieron á Didio que desde una atalaya cercana á la mar guardaba las naves. Apretaronle con frecuentes rebatos, hasta procurar poner fuego á la escuadra. Quiso Didio salir contra ellos; pero cogido en una emboscada, murió con muchos de los suyos, y quemaron las naves cercanas á tierra. La presa fué considerable. Los de Didio que pudieron escapar cogieron algunos barcos pequeños que habia en la playa, y ganaron las naves que estaban mas adentro; lo cual no fué poca dicha.

7. Despues que Fabio Máximo hubo rendido á Munda, movió contra Osuna que se mantenía por Pompeyo, fiada en su mucha fortaleza. No era fácil rendirla por sitio, por no haber agua fuera de ella en distancia de ocho millas. Tampoco habia madera para los vallados y torres en distancia de seis millas, pues Pompeyo habia arrasado su campo en rededor á fin de dificultar su toma. Era pues necesario que los soldados fueran á traer de Munda

recien tomada la madera y demás aperos para el sitio de Osuna. Quisiera que los que porfian sobre que la antigua Munda estuvo donde ahora la moderna Monda, reflexionasen mejor este lugar de Hircio. Si no se hallaba madera en seis millas al contorno de Osuna por haberla Pompeyo cortado toda y metidola en la ciudad, y fué preciso traerla de Munda (la misma que habia servido para sitiarla y tomarla), es cosa bien evidente que Munda distaba de Osuna menos de las seis millas. La moderna Monda, que tiene engañados á tantos con el nombre, dista de Osuna mas de cincuenta millas: luego no puede ser la antigua Munda. Estaba pues esta entre Osuna y Ecija (como lo confirma Plinio) cerca de Estepa, quizás á mano derecha del Genil. Lo mismo se saca de Estrabon, cuyas palabras son: *Estan tambien las ciudades en que los hijos de Pompeyo fueron derrotados: Munda, Stepetna, Urso Tuscis, Julia, Egua; todas poco distantes de Córdoba. En cierto modo es Munda la Metr6poli del territorio, la cual dista de Carteya mil cuatrocientos estadios.* No podia decir Estrabon que Munda estaba cerca de Córdoba (como las otras ciudades que nombra que lo estan), si entendiera la Monda del dia, que dista cien millas. Los mil cuatrocientos estadios hacen ciento setenta y seis millas. Hircio pone ciento setenta de Córdoba á Carteya; luego podemos tambien conjeturar de aquí que Munda estaba á legua y media de Osuna. De esto escribimos una *Memoria*, que se publicará entre las de la real Academia de la Historia. No sabemos en qué paró este sitio por estar aquí falto el libro de Hircio; pero consta por otros escritores sobre esta guerra, que

César, una vez derrotado y disperso del todo el ejército de Pompeyo y muerto éste, ya no se detuvo en España, sino que dejando acá á Asinio Polion, amontonó riquezas inmensas aun desnudando los templos, partió para Roma y celebró nuevos triunfos. Poco pudo gozar de sus glorias y victorias. Dia 15 de Marzo del año siguiente 44 antes de Cristo, fué muerto á puñaladas en pleno Senado por Bruto y Casio con otros conjurados.

8. Sexto Pompeyo, despues que huyó de Córdoba, se retiró á la España Citerior. Acogieronle los lacetanos (ó catalanes), y le ocultaron de los de César que le buscaban, acordándose de los favores recibidos de su padre en otro tiempo. Fueron acudiendo allí los pompeyanos que habian podido salvarse con la fuga, y con los lacetanos que quisieron seguirle formó Sexto un ejército razonable con ánimo de salir contra Asinio Polion en la próxima primavera. Efectivamente, pasó con el ejército á las Andalucías, cuyos pueblos se le rindieron unos por fuerza y otros de grado, ya libres de César. No podia Polion hacerle resistencia (principalmente llegada la noticia de la muerte de César y sediciones en Roma), y venidos á batalla fué Polion vencido y derrotado. Debió la vida á un acaso; pues viendo muerto un caballero del mismo nombre, y en manos de su tropa la toga que el verdadero Polion habia dejado caer cuando se dió á la fuga, hizo creer á los suyos habia sido muerto, y dejaron la batalla. Con esta victoria quedó por Sexto Pompeyo casi toda España; pero poco despues vino de la Galia Narbonense Marco Lépido, y persuadió á Sexto la reconciliacion con Roma,

muerto César, devolviéndole los bienes de su padre. Aceptada la condicion, marchó de España para Marsella. Mas adelante, hecho fuerte en Sicilia, fué vencido por Augusto en una batalla naval, y derrotado del todo; mas esto no pertenece á nuestra historia.

9. Encendida con mas furor la guerra civil en Roma el año 43 antes de Cristo, persiguieron con las armas los triunviros Octaviano, M. Antonio y M. Lépido á los asesinos de César. Murieron violentamente los primeros senadores, y el gran M. Tulio Ciceron entre ellos, durante lo cual dejaron á España sin guerra por algunos años. En el dia primero del año 38, siendo cónsules romanos Apio Claudio Pulcro y Cayo Norbano, tomó principio entre nosotros la célebre Era Española ó de César, al parecer, en gracia de César Octaviano, despues Augusto. Duró su cómputo en los reinos de Aragon hasta las córtes de Valencia tenidas en el año de la Era vulgar Cristiana 1350, en Castilla hasta las de Segovia en 1383, y en Portugal hasta el año de 1413.

10. Vencedor Octaviano de M. Antonio y Cleopatra en Egipto, se apaciguaron las guerras civiles de Roma, y comenzó César Octaviano á disponer los ánimos para convertir la república en monarquía. Tenia muchos aduladores; y aunque no faltaban enemigos de la monarquía logró que Munacio Planco le diese el sobrenombre de Augusto el año de 27 antes de Cristo, aludiendo á que habia aumentado el imperio y nombre romano.

11. Hecho pues Augusto único señor y dueño del imperio Romano, España, como parte de él,

le quedó sujeta. Solo quedaban libres los pueblos de Cantabria, que son los de la parte boreal de la Península, hácia Santander, á donde las águilas de Roma no habian nunca llegado. Confederaronse los cántabros, los asturianos y los gallegos, y entraron unidos en tierra de los vacceos, murbogos y astrigones, todos confinantes y sujetos á Roma. Cuando Augusto tuvo la noticia, no fió la expedición á nadie, sino que se vino en persona con un ejército numeroso. Llegado á España sentó el real junto á Segisama, entre Palencia y Reinosa. Dividió su gente en tres cuerpos, y abarcó toda la Cantabria. Persiguió á los cántabros á modo de quien caza fieras por los montes; pero se le defendieron como tales, amparados de las asperezas en que vivian. No se rendian, ni buscaban batalla campal, porque no tenian mas armas que las flechas. Cuando eran acometidos por un lado, luego amanecian enriscados en lo mas erizado de sus montes. De los valles y derrumbaderos salian emboscadas continuas con que acometiendo y huyendo causaban mucho daño á los romanos. Fué preciso que Augusto les tomase las espaldas por la marina con una escuadra de naves aquitanas y gente de desembarco, y los coartase á pelear cerca de la ciudad de Vélica ó Bélgica, en que fueron derrotados. Huyeron al monte Vinio (ó Hermio) que era tan elevado é inaccesible, que no se creyó posible llegar á ellos. Así Augusto cercó el monte, y en él murieron de sed y hambre.

12. Los trabajos de esta guerra causaron al emperador una grave dolencia, que le obligó á retirarse á Tarragona, dejando la continuacion á sus

legados Cayo Antistio, Publio Firmio, Tito Carisio y Marco Agrippa, que despues fué su yerno. Llevaron las armas romanas hasta Galicia, sujetándolo todo por fuerza, si bien á costa de mucha sangre romana y española. Carisio hizo guerra á los asturianos, que tenian un ejército numeroso á las márgenes del rio Ezla. Habianse dividido en tres columnas para echarse á un mismo tiempo por tres partes sobre los romanos. No se dió la batalla, que pudiera ser ventajosa por nuestra parte, porque los trigesinos, confederados con los asturianos, avisaron á Carisio traidoramente la resolucion tomada. Anticipóseles Carisio, dándoles batalla antes de que se previniesen, y los venció, aunque le costó cara la victoria. Los españoles que pudieron huir se recogieron en la ciudad de Lancia (que dicen estaba cerca de Lara) donde se defendieron con tanta valentía, que los romanos intentaban ya ponerla fuego por varias partes. No lo permitió Carisio, alegándoles *era mucha vergüenza de su tropa vencer una ciudad quemándola. Que el honroso modo de vencer era el valor y la espada, dejando los edificios para creces y monumentos de la victoria.* Por fin á los continuos combates hubo Lancia de entregarse; y con su entrega terminó la guerra Cántabra, y toda España quedó de romanos despues de doscientos años que peleaban por ella.

13. Cinco años duró esta expedicion de Augusto. Sucedióle en ella, que caminando en silla de manos una noche tempestuosa, cayó una centella y mató al esclavo que iba delante alumbrando con un hacha, sin que César ni otro de la comitiva recibiesen daño. Agradecido Augusto al favor

celeste, llegado á Roma fundó el magestuoso templo de *Júpiter Tonante*, del cual aun existe buena parte á la falda del Capitolio. Tambien cerró entonces Augusto el templo de Jano por no haber á la sazón guerra ninguna en el imperio Romano; y fué esta la tercera vez que lo cerró Augusto, y la cuarta despues que fué fundado. Durante la guerra este templo estaba siempre abierto.

20 14. El año 20 de la Era vulgar Cristiana, siendo cónsules romanos Marco Apuleyo y Publio Silio, se cree nació en Nazaret la santísima Vírgen María, dia 8 de Setiembre, concebida en gracia dia 8 de Diciembre del año antecedente. Dia 25
5 de Marzo del año 5 antes de la misma Era vulgar fué la dichosa Encarnacion del Hijo de Dios, y dia 25 de Diciembre su Nacimiento, siendo cónsules Octaviano Augusto y Cornelio Sula. Esta es la opinion comun de los cronólogos (aunque no del todo cierta ni averiguada). Por tanto, la Era vulgar Dionisiana retarda cuatro años enteros el nacimiento de Cristo. Nosotros por no alterar y confundir los cómputos establecidos hace mas de mil trescientos años, seguimos contando los de esta Era como han hecho todos. Con época tan dichosa para los hombres como es la venida de su Redentor, concluimos este tomo I en que todo es gentilismo.

FIN DEL TOMO I.

ERRATA.

En la página 209, línea 12, dice *Traggion*; léase *Traggia*.

PAGINAS A QUE CORRESPONDEN

LAS ESTAMPAS DE ESTE TOMO.

	<u>PAGINAS.</u>
<i>Retrato del autor.</i>	v
<i>Irrupcion de los cartagineses.</i>	17
<i>Sagunto destruida.</i>	45
<i>Bostar burlado.</i>	68
<i>Muerte de Publio Cornelio Scipion.</i>	91
<i>Continencia de Scipion.</i>	124
<i>El valiente lusitano.</i>	251
<i>Mancino.</i>	271
<i>Prudencia de Sertorio.</i>	290

... con el ...

PAGINAS A QUE CORRESPONDEN

... LAS ESTAMPAS DE ESTE TOMO.

...

...

...

Retrato del autor 17

Tragedia de los cortinajes 17

Segundo destruido 45

Bosque pintado 68

Muerte de Publio Cornelio Scipion 91

Continencia de Scipion 124

El valiente lusitano 251

Mancino 271

Prudencia de Scipion 290

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

... ..

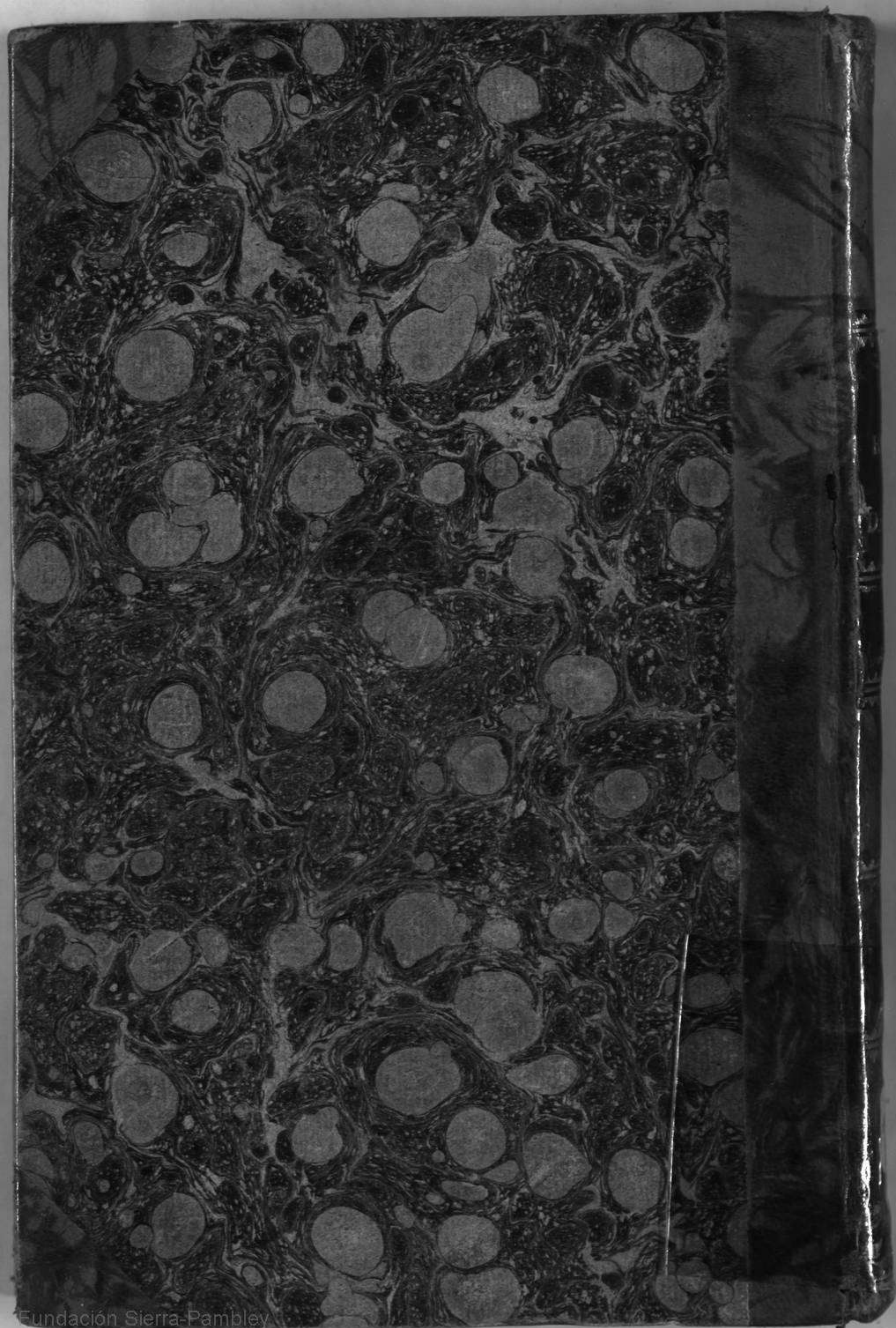
... ..

FIN DEL TOMO I

En la plaza ...

Base Traggia







ORTIZ

HISTORIA

DE ESPAÑA

1

126